EL CORAZÓN DE LAS MONTAÑAS



Serie
LEGADO
III

KATE RIVERS

EL CORAZÓN DE LAS MONTAÑAS

KATE RIVERS



©KATE RIVERS

Título original – El corazón de las montañas

Primera edición, 2026

Todos los derechos reservados.

Gold
Publications

Una novia por correo y un forajido jamás debieron cruzar sus caminos… pero el destino tenía otros planes.

Cuando el tren que la lleva hacia una nueva vida como novia por correo es asaltado en mitad de Nebraska, Elinor Kristensen cree que su destino ha quedado sellado. No imagina que será un forajido quien la arranque del peligro… y la arrastre hacia uno aún mayor.

Rowland MacRae no buscaba redención, ni compañía, ni una mujer que cuestionara cada una de sus decisiones. Solo necesitaba una maestra para suhijo y una oportunidad de recuperar lo que le fue arrebatado. Pero Elinor no es dócil, ni frágil, ni fácil de manejar.

Es voluntad, inteligencia y orgullo bajo un vestido polvoriento. Y cada día a su lado despierta en él algo que creía enterrado.

Perseguidos por hombres sin escrúpulos y enfrentados a decisiones que pueden separarlos para siempre, ambos descubrirán que el verdadero riesgo no es el Oeste indómito… sino el vínculo que comienza a unirlos.

En una tierra de montañas abruptas y horizontes infinitos, el amor no nace de promesas, sino de elecciones. Y esta vez deberán decidir si su matrimonio fue un simple acuerdo… o el inicio de una vida compartida.

Aunque pertenece a una serie, se puede leer de forma independiente.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo

Capítulo 1

A bordo del Ferrocarril Central del Pacífico.

Agosto de 1878

Forajidos... por favor, Dios. No dejes que me elijan a mí. Elinor Grace Kristensen susurró la plegaria para sí misma mientras bajaba la mirada hacia los nudillos blancos que apretaban las asas de la maleta que tenía en el regazo. Una gota de sudor le resbalaba por la mejilla, pero resistió el impulso de levantar la mano siquiera para secársela. El calor era sofocante —sobre todo ahora que el tren se había detenido—, pero no se atrevía a moverse en absoluto por miedo a que alguno de los bandidos se fijara en ella.

Mantuvo la mirada baja, moviendo los ojos solo lo suficiente para mirar por la ventana en busca de alguna señal de la ley o de un pueblo cercano. No vio nada más que la hierba aplastada de las praderas de Nebraska, y recordó que el revisor había dicho que sería casi de noche antes de que llegaran a la siguiente parada.

El anochecer. Se estremeció de miedo y luego enderezó la espalda, conteniendo la respiración mientras otro par de botas de vaquero polvorientas pasaba junto a su asiento. Gracias a Dios no estaba sentada junto al pasillo. La idea de que uno de esos hombres terribles la tocara —aunque fuera sin querer al pasar— le resultaba espantosa. Sintió una punzada de culpa por la dulce anciana que tenía al lado y que le había ofrecido el asiento de la ventana. Pero, se consoló Elinor, al menos su compañera tenía una edad que la ponía a salvo de las insinuaciones lascivas de los hombres.

Elinor esperaba que ella también aparentara una edad que la mantuviera a salvo de esos hombres. Por una vez, se sintió agradecida por el desagradable traje de lana marrón que llevaba.

Aparte de picarle y darle calor, sabía que hacía tiempo que había pasado de moda, y la cubría modestamente desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos. Seguramente los hombres estarían más interesados en las otras mujeres de aquel tren. Se había fijado en muchas de ellas cuando subieron hacía dos días. Sus elegantes peinados, bonitos sombreros y coloridos vestidos indicaban que se dirigían al oeste como novias o, posiblemente, incluso... No quería ni pensarlo.

Elinor tragó el nudo que se le había formado en la garganta seca. Era terrible por su parte imaginar tales cosas de aquellas mujeres simplemente porque eran atractivas. Ser guapas era su destino tanto como lo era el suyo ser fea. Y en ese momento, parecía que ella era la afortunada.

—Te quiero, cariño —retumbó una voz grave en algún lugar detrás de ella, seguida de los chillidos de la siguiente víctima elegida.

Elinor apretó con fuerza la bolsa de viaje hasta que la amable señora que tenía al lado se inclinó y le puso la mano encima.

—Todo irá bien. Se irán pronto —la tranquilizó la anciana—. Ya se han llevado a casi una docena.

—¿Una docena? —susurró Elinor, horrorizada—. Esas pobres chicas...

Su compañera asintió solemnemente y le apretó la mano.

—Pero te habrás dado cuenta —continuó la anciana, con tono de reproche— de que no todas protestan.

Elinor abrió mucho los ojos ante lo que insinuaba.

—No querrá decir que quieren...

Su susurro se detuvo cuando otro par de botas pasó lentamente junto a ellas.

—Date prisa, Rowland —gritó una voz de hombre desde la parte trasera del vagón—. Ya llevamos demasiado tiempo parados.

Búscate una guapa, coge el oro y lárgate de este tren.

—Ya voy en un minuto. Y no quiero ninguna guapa —murmuró el hombre que estaba justo detrás de ella, dejando caer la última frase entre dientes.

Justo al pasar por delante de su asiento, se detuvo. Los dedos de la anciana apretaron los de ella.

—Tú. Mírame.

Elinor mantuvo la barbilla agachada, pero percibió un movimiento en el asiento de al lado.

—No tú, anciana. La que está a tu lado. Tú, morenita.

—No.

La negativa salió de la boca de Elinor antes de que tuviera tiempo de pensar. Un segundo después, oyó el inconfundible sonido de una pistola amartillándose.

—No creo haberte oído bien, muchacha.

Elinor levantó la cabeza y se volvió hacia el hombre. Unos ojos azules la atravesaron, y percibió su ceño fruncido tras el pañuelo descolorido que le cubría la mayor parte del rostro. El pelo rubio le salía en todas direcciones, y los músculos se tensaban bajo su camisa gastada y sucia. Sintió que fruncía la nariz con disgusto al ver las manchas de sudor bajo sus axilas.

Junto con el terror absoluto que amenazaba con abrumarla, una sorprendente chispa de ira se encendió en lo más profundo de su ser. Se le sonrojó el rostro mientras él la evaluaba.

—¿Eres profesora?

—Sí. Me esperan en Sterling. Las clases empiezan el lunes por la mañana. Veintidós alumnos...

—Ya basta —la interrumpió él—. Servirás. Vamos.

Apuntó con su arma hacia el pasillo.

Elinor pensó que el corazón se le iba a salir del pecho.

—No. No puedo. Yo... yo...

Miró a la anciana.

—Viajo con mi abuela. Necesita mi ayuda...

Solo es una pequeña mentira, Señor. Y por mi seguridad, ya que no respondiste a esa última oración hace unos minutos.

—Mis disculpas, señora.

Para sorpresa de Elinor, el hombre se quitó el sombrero y asintió a su acompañante.

—Pero creo que ahora mismo necesito más a su nieta. Le deseo lo mejor en su viaje.

Se volvió a colocar el sombrero polvoriento en la cabeza y miró expectante a Elinor. Su tono hosco regresó.

—Vamos. No tengo todo el día.

Ella se encogió hacia la ventana, con un gemido escapándose de sus labios.

—Por favor, no haga esto. No soy ese tipo de mujer. Yo...

Una mano áspera se extendió y la sacó bruscamente del asiento.

—Ay, Dios mío... —exclamó la anciana mientras el hombre arrastraba a Elinor por encima de su regazo.

—Disculpen —añadió el secuestrador, todo cortesía y modales mientras apretaba su agarre.

Elinor se estremeció cuando sus dedos se le clavaron en el brazo. La arrastró al pasillo justo cuando el tren se puso en marcha. Su brazo la rodeó por la cintura, la pistola balanceándose frente a ellos, advirtiendo a cualquiera que intentara ayudar. De todos modos, nadie parecía dispuesto a hacerlo.

Al parecer, Dios no tenía intención de salvarla. Elinor decidió que era ahora o nunca. Inclinando la cabeza, hincó los dientes en la mano de su captor.

Él gritó y retiró la mano de un tirón. La pistola cayó al suelo a sus pies, y ella la pateó con todas sus fuerzas, enviándola a rodar por el pasillo hacia la parte trasera del vagón. El forajido soltó una retahíla de obscenidades en su oído, lo que reforzó la convicción de Elinor de que, a toda costa, tenía que escapar.

Levantando el pie, le dio un fuerte golpe con el talón en el dedo del pie, y luego se esforzó por zafarse de su agarre. Su otro brazo se agitaba en el aire mientras él intentaba sujetarlo también. Se retorció y gritó, tratando de alcanzar su rostro para poder usar las uñas.

—Ayúdenme —gritó—. Que alguien, por favor, me ayude.

Elinor se dio cuenta de que en su vagón, extrañamente, no había hombres —y casi tampoco mujeres, ahora que los forajidos se habían llevado a tantas—. Su única esperanza era su anterior compañera de asiento, que estaba rebuscando en la maleta abandonada de Elinor.

—Coge el diccionario —gritó Elinor—. Golpéale en la cabeza con él.

Siguió luchando, dando patadas inútiles mientras él la arrastraba hacia la puerta. Bajo sus pies sintió que el tren ganaba velocidad.

Finalmente logró sujetarle el otro brazo y se lo inmovilizó a la espalda mientras se agachaba para recoger su pistola y empujaba la puerta con el hombro. Elinor bajó la vista hacia los raíles que se deslizaban a su lado. ¿Acaso el loco pretendía empujarla hacia la muerte? Una oleada de ira la invadió. No había llegado tan lejos ni luchado tan duro por su libertad para que un desconocido se la arrebatara. No se la iba a quitar, se juró a sí misma, y le dio un cabezazo con toda su fuerza en el pecho.

Él soltó un gruñido de dolor, aflojando el agarre sobre su muñeca lo justo para que ella liberara la mano. Dándose la vuelta, le clavó el dedo en el ojo izquierdo, con tanta fuerza que esta vez él la soltó para protegerse la herida.

—¡Maldita mujer! No tenías por qué dejarme ciego.

Con una mano aún cubriéndose el ojo, se abalanzó para agarrarla de nuevo.

Elinor se agachó y cargó hacia delante, utilizando toda la fuerza de su metro sesenta y cinco de estatura para embestirlo. Tomado por sorpresa, él trastabilló hacia atrás, saliendo por la puerta abierta del tren.

Elinor gritó, apretando los ojos con fuerza, esperando sentir la sacudida del tren al atropellarlo.

En cambio, no oyó nada más que el constante chasquido de las ruedas contra el raíl. Conteniendo la respiración, se abalanzó hacia la ventana más cercana y se sintió medio aliviada al ver a su aspirante a secuestrador de pie, corriendo junto al tren.

Así que no había matado al hombre. Bien. Y había salvado su virtud. Ahí quedaba la terrible predicción de su padre de que no duraría ni una semana en el indómito Oeste. Sintiéndose extraordinariamente satisfecha de sí misma, Elinor se alejó de la ventana para cerrar y echar el cerrojo a la puerta, no fuera que el hombre los alcanzara y volviera a subir.

La anciana se acercó a ella.

—Se ha ido.

Le tocaba a Elinor tranquilizarla. La mujer se aproximó con una expresión peculiar en el rostro.

—No pasa nada —dijo Elinor, dándose la vuelta mientras alcanzaba el pomo—. Voy a asegurar la puerta y...

Un empujón por la espalda la hizo caer de bruces hacia delante, fuera de la parte trasera del vagón. Con las manos extendidas delante de ella, no pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos mientras las vías, la grava y la pradera se precipitaban hacia ella.

Capítulo 2

La mano de Rowland se cerró sobre el brazo de la mujer, tirando de ella hacia delante, alejándola del tren. Ella cayó boca abajo sobre él, golpeándole con fuerza la barbilla con la cabeza mientras ambos caían de espaldas sobre la tierra.

Aturdidos y sin aliento, ninguno de los dos se movió, salvo por el gemido de dolor que se escapó de los labios de ella. A su lado, el tren pasó rodando, y los sonidos se desvanecieron gradualmente a medida que los dejaba atrás. Hacía un momento, había vuelto a coger el tren y estaba sano y salvo en el escalón, a punto de atravesar la puerta del vagón para intentar razonar de nuevo con aquella profesora. Ahora parecía que ella había cambiado de opinión por su cuenta, saltando literalmente del tren tras él, un pequeño problema, ya que su caballo hacía tiempo que se había ido y estaban en medio de la nada.

—Ahí queda tu pretensión de modestia —le susurró al oído.

La mujer abrió los ojos de par en par, levantó la cabeza y lo miró fijamente con esos inmensos ojos marrones.

Su único rasgo atractivo, gracias a Dios.

—Tú —comenzó ella—. Todo esto es culpa tuya.

Bajo el pañuelo, él se rió entre dientes.

—No veo cómo, ya que fuiste tú quien saltó y aterrizó encima de mí.

—¿Qué? —gritó ella, y luego se dio cuenta de que decía la verdad. Apresuradamente, intentó apartarse de él, pero al rodar

hacia un lado, su tobillo se enredó en la pernera de su pantalón y gritó.

—Cállate —le ordenó él, llevándole un dedo calloso a los labios.

—No me callaré. Yo...

—Shh. —Su mano cubrió la boca de ella—. Cállate, a menos que quieras trabajar en un burdel.

Ella abrió mucho los ojos y Rowland vio que el miedo regresaba. Bien, pensó. Una mujer con un poco de miedo tal vez muestre algo de sentido común.

—Levántate —le ordenó mientras se ponía de pie y miraba a su alrededor. Los Rawlins no eran más que una mota en la distancia. Si tenía suerte, los demás no los habían visto ni habían oído todo el alboroto que ella había armado, y cuando no apareciera, pensarían que había tenido mala suerte en el tren. Por otra parte, ¿cuándo fue la última vez que le había sucedido algo afortunado?

Hace dos años, cuando encontraste esa veta de oro. Apartó ese pensamiento de su mente. El éxito de su mina ya no se podía considerar buena suerte, sino más bien el comienzo de varios desastres que habían hecho que su vida se fuera cuesta abajo.

Rowland se quitó el pañuelo de la cara y buscó su cantimplora. Al menos había tenido el sentido común de llevársela consigo. Y, tal y como él lo veía, eso era prácticamente todo lo que tenía para que él y la mujer regresaran al campamento lakota. Sí. Les esperaban un par de semanas duras, sin duda.

Desenroscó el tapón y se llevó la cantimplora a los labios para dar un breve trago antes de mirar a la mujer, que seguía sentada en el suelo.

—¿Tienes sed? —le preguntó, tendiéndole la cantimplora.

Ella negó con la cabeza.

—Como quieras. Avísame si cambias de opinión. —Volvió a enroscar la tapa—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Me

gustaría tener algo más de cobertura si vienen a buscarnos.

—¿Quién va a venir a buscarnos? —Se llevó una mano a la frente y entrecerró los ojos mientras lo miraba.

Rowland asintió hacia el este.

—La banda de Rawlins, por supuesto.

—Por supuesto —replicó ella con sarcasmo, cruzándose de brazos—. No tengo intención de ir a ningún sitio contigo.

Él le lanzó una mirada exasperada.

—Escucha, señorita. O vienes conmigo o mueres aquí, así que baja de tu pedestal y vámonos.

En lo que él consideró un gesto de extraordinaria galantería, se inclinó hacia delante y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Ella atacó rápidamente, golpeándole con la bota en la parte interna del muslo casi antes de que él se diera cuenta de lo que le había alcanzado. Un segundo después, estaba en pie y corriendo, al menos en la dirección correcta.

Doblado por el dolor, Rowland maldijo entre dientes mientras observaba su carrera descoordinada. ¿Había elegido a una mujer que cojeaba? Frunció el ceño, preocupado. Esa sería su suerte. Al enderezarse, divisó un trozo de madera oscura entre la hierba. Se agachó, lo recogió y sintió alivio al darse cuenta de que sostenía el tacón de una bota de mujer. Por primera vez en toda la semana, sonrió.

No cojeaba. Miró hacia el este y vio que los caballos habían desaparecido.

—Gracias, Señor —murmuró. Había conseguido una maestra que no era guapa y que podía caminar, y eso era todo lo que podía pedir.

—Cuando lleguemos a ese saliente, giraremos hacia el norte. —Rowland miró hacia atrás por centésima vez en las últimas dos horas. Se sentía inquieto, aunque no había ni rastro de Silas Rawlins ni de sus hermanos.

La mujer no dio señales de haberlo oído, sino que siguió con su mismo paso decidido varios metros por delante. Su cojera había disminuido un poco desde que él le había roto el tacón de la otra bota hacía un par de horas. Ella no había dicho más que una docena de palabras en todo el día, y eso le venía muy bien. Aunque en ese momento necesitaba que ella lo escuchara.

—Hacia el norte, he dicho.

Habló con firmeza, esperando no tener que volver a sacar su arma.

—Siéntete libre de ir donde quieras. —Su voz estaba llena de desdén—. Yo me voy a quedar cerca de las vías hasta llegar al próximo pueblo.

—Va a ser una noche larga y fría aquí fuera sola, sobre todo sin nada que mantenga a raya a los coyotes.

Ella le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Me arriesgaré.

Era la primera vez que le miraba a la cara desde que había huido de él esa mañana, y sus mejillas, sonrojadas, le preocuparon.

—Para un momento —ordenó—. Necesitas beber un poco de agua.

Ella negó con la cabeza y siguió avanzando con dificultad.

—Mujer testaruda —murmuró Rowland entre dientes mientras alargaba la zancada para alcanzarla.

Le agarró el brazo justo cuando ella se daba la vuelta para mirarlo.

—No me toques, o te arranco los dos ojos.

Levantó las manos a la altura de la barbilla, con las uñas amenazantes.

—No me cabe duda —replicó él con sequedad.

Todavía le dolía el ojo por el zarpazo que le había dado antes. Se quitó la correa del hombro y le tendió la cantimplora.

—Toma.

Ella la miró un momento, y Rowland pudo ver cómo su terquedad luchaba contra su necesidad de beber. Finalmente, se la arrebató. Él observó, exasperado, cómo ella se agachaba y usaba la falda para limpiar el borde de la cantimplora, como si no pudiera soportar que su boca tocara algo que había tocado él.

—No te pases —advirtió mientras ella bebía el agua a grandes tragos—. Es todo lo que tenemos.

—¿Hasta cuándo? —preguntó ella, lamiéndose los labios para quitarse los últimos restos de humedad.

Irritado por haberse dado cuenta, apartó la mirada.

—Hasta que encontremos un arroyo o un río para rellenarla.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No lo planificaste muy bien, ¿verdad?

—No contaba con una mujer tan bocazas.

La imagen de Margaret se le vino a la mente. Aunque debería haberlo hecho. Parecía ser el único tipo de mujer que siempre encontraba.

—Perdona si no te he dado las gracias por secuestrarme —replicó ella mientras volvía a enroscar la tapa de la cantimplora y se colgaba la correa al hombro—. Me quedaré con esto.

Él frunció el ceño, pero decidió que no valía la pena discutir por eso. De todos modos, el agua ya casi se había acabado. Pero dejó las cosas claras.

—Yo no te secuestré. Te salvé el pellejo cuando saltaste de ese tren. Si no fuera por mí, te habrían aplastado.

—Yo no salté. Me empujaron.

Con un movimiento de faldas, se dio la vuelta y empezó a caminar.

—Hmm. ¿Y quién habría hecho eso? —gruñó incrédulo mientras la seguía, manteniéndose lo suficientemente lejos como para que ella no pudiera golpearlo si su temperamento volvía a estallar de repente, cosa de la que no tenía ninguna duda—. Silas y sus hermanos ya se habían ido hacía rato.

Ella continuó con su andar desequilibrado, aunque su paso se ralentizó un poco.

—Creo que fue la anciana que estaba sentada a mi lado.

—¿La querida y dulce abuelita? —preguntó él, fingiendo sorpresa.

Ella abrió la boca, pero la cerró enseguida.

—Me mentiste —la acusó él, con un tic en los labios.

—Algo perfectamente aceptable, dadas las circunstancias.

Ella lo miró con ira, retándolo a decir lo contrario.

—Y yo que pensaba que me había topado con una maestra respetable.

Ella no respondió, sino que apartó la cara y siguió cojeando con aire desolado.

—Aun así, me cuesta creer que te empujaran. ¿Qué llevabas en el bolso además de un diccionario? ¿Dinero en efectivo... oro?

Ella negó con la cabeza, abatida.

—Oro no. Solo un poco de la plata de la familia. Pero quién hubiera pensado que esa dulce anciana...

Su voz se apagó, pero no antes de que Rowland percibiera un atisbo de tristeza.

—No se puede confiar en nadie —dijo él, sacudiendo la cabeza —. La gente no siempre es lo que parece.

Ella lo miró de reojo.

—Lección aprendida. Aunque tú pareces exactamente lo que eres: un forajido ruin y manipulador que se aprovecha de los inocentes. Un depredador de mujeres.

—Ahí es donde te equivocas —replicó él, interrumpiendo su diatriba—. Te concedo lo de despreciable, ladrón y cualquier otra cosa que me hayas llamado, pero eso último no lo soy. Nunca me he aprovechado de una mujer, y nunca lo haré.

—¿Y se supone que debo creer eso? Después de que me obligaras a bajar...

Él negó con la cabeza.

—Intentaste secuestrarme.

—Solo era una farsa hasta que los Rawlins se bajaran del tren. Tenía pensado quedarme a bordo hasta que Sidney… con suerte, para entonces ya te habría convencido de que te unieras a mí.

—Como si fuera a creer que buscabas a un profesor —replicó ella.

—Cree lo que quieras. Pero si lo único que hubiera querido de ti fuera un revolcón en el heno… o en la pradera… —Rowland miró a su alrededor, al vasto vacío que los rodeaba—, podría haberlo hecho hace horas.

—Bueno, entonces, señor...

—MacRae —respondió él bruscamente, sin quitarse el sombrero ni molestarse en formalidades.

En su opinión, la conversación se estaba alargando demasiado.

—Señor MacRae —continuó ella—, ¿adónde vamos y qué piensa hacer conmigo?

Él le tocó el codo, señalándole hacia el norte.

—Vamos al territorio de Dakota, a un campamento sioux en las Black Hills.

Ella se detuvo y se apartó de él.

—¿Indios?

Él percibió la alarma en su voz, pero no se sentía inclinado a calmar sus temores todavía. Ya tenía suficientes preocupaciones propias en ese momento. Alguien los seguía. Lo notaba.

—Sí, indios —respondió con impaciencia—. Tienen algo valioso que me pertenece, pero ahora que te tengo a ti, puedo recuperarlo.

Volvió a mirar por encima del hombro.

Ella abrió mucho los ojos, alarmada.

—¿Qué quieres decir con «ahora que me tienes»?

—Escucha, señorita...

—Kristensen —interrumpió ella con la misma falta de formalidad que él había empleado.

—Señorita Kristensen, ninguno de los dos va a llegar vivo a ese campamento a menos que dejemos de hablar y salgamos de aquí. Tengo el mal presentimiento de que la banda de Rawlins no está muy lejos, y he visto con mis propios ojos que a Silas Rawlins no le gustan los desertores.

La tomó del codo, con firmeza esta vez, y la condujo hacia el norte.

—Pero…

—Más tarde —insistió.

Ella frunció los labios hasta convertirlos en una línea fina y se detuvo una vez más.

—No voy a dar ni un paso más hasta que me expliques qué pretendes hacer en ese campamento indio. Porque si piensas por un solo minuto...

Rowland sacó su pistola de la funda. Con el arma en la mano, apuntó hacia ella.

—Muévete.

Ella negó con la cabeza y se puso las manos en las caderas.

—Si nunca te has aprovechado de una mujer, supongo que es seguro asumir que no le dispararás a una.

Rowland entrecerró los ojos.

—Te equivocas otra vez —dijo con total seriedad—. Ya he disparado a una mujer antes, y no dudaré en volver a hacerlo.

Capítulo 3

Dormía como un tronco. Rowland había considerado brevemente atarla por si se le ocurría alguna idea descabellada, como sacarle los ojos o largarse en mitad de la noche, pero menos de cinco minutos después de que él anunciara por fin que podían dar por terminado el día, ella se había desplomado y se había quedado profundamente dormida. De alguna manera, no le parecía bien atar las manos de una mujer dormida.

¿Pero te pareció bien secuestrarla?

Al observarla ahora, sintió una fuerte oleada de culpa. Acurrucada de lado, con el pelo revuelto y los labios ligeramente entreabiertos, parecía inocente y joven, mucho más joven de lo que él había pensado al principio. A esa hora de ayer, probablemente estaría llena de sueños de una aventura en el oeste. Y si procedía de una familia con dinero de sobra, apostaba a que no se había hecho maestra por necesidad, sino más bien porque quería.

Y él le había arrebatado esos sueños de un plumazo.

Pero no tuve otra opción, se dijo a sí mismo. Fue ella quien saltó de ese tren. Y ahora que la tengo... Eran sus sueños o Ethan, y Rowland sabía que volvería a subir a ese tren si fuera necesario. Haría cualquier cosa por Ethan. Y en eso era en lo que tenía que concentrarse ahora: mantener con vida tanto a él como a la maestra mientras recorrían las siguientes trescientas millas.

Hacía un tiempo sorprendentemente bueno aquel día; calculaba que habían caminado cerca de veinte millas. No estaba mal, teniendo en cuenta que habían tenido que hacerlo sin caballo. Si seguían al mismo ritmo, otras dos semanas deberían bastar para

llegar al campamento lakota. Dos semanas de más, pensó. Había sido una gran tontería por su parte perder sus provisiones y su caballo. Pero peor que eso era la sensación, de la que no podía deshacerse, de que los Rawlins estaban empeñados en dar con ellos. Le costaría mucho explicar por qué se había llevado a la mujer y había huido en lugar de devolverla para que trabajara con el resto, tal y como habían acordado.

Esa era la parte en la que su plan se volvía confuso. Antes le había parecido bastante sencillo y directo. Unirse a una banda de forajidos. Fingir atracar un tren con ellos y encontrar a una maestra en el proceso. Luego alejar a la maestra y a sí mismo de la banda. Recoger a Ethan. Volver a casa.

Con una mueca, Rowland se dio cuenta de lo acertada que había estado la señorita Kristensen al acusarle de no planificar bien las cosas. Esperaba que su deficiencia no resultara fatal para ambos.

Ella suspiró mientras se daba la vuelta y se ponía boca arriba. Rowland deseaba tener algo con qué cubrirla, no solo para que se mantuviera caliente durante la noche, sino, lo que era más importante, para no tener que mirarla. Ya estaba irritado consigo mismo por la docena de pequeñas cosas que había notado de ella ese día. No había querido fijarse en nada y, sin embargo, se había sorprendido pensando en sus grandes ojos marrones cuando ella lo miró por primera vez en el tren. La había llamado brownie por el atuendo espantoso que llevaba, pero, una vez vio aquellos ojos, apenas podía pensar en ella de otra manera.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios al recordar su determinación de defenderse de él con uñas y dientes —literalmente —. Tenía una fuerza sorprendente para ser tan menuda. Todas buenas cualidades, razonó, mientras se sorprendía a sí mismo mirando de nuevo el subir y bajar de su pecho. ¿Lucharía así por Ethan? Si era así, ¿qué más podía pedir?

Dormir. Eso es lo que necesitaba. Verla dormir le provocó el deseo de hacer lo mismo y, tras echar otro vistazo a su alrededor, se quitó el sombrero y se tumbó a unos metros de la señorita

Kristensen. La inquietud que le había acompañado todo el día persistió unos minutos más, hasta que, por fin, incluso eso se disipó y cayó en un sueño intranquilo.



Elinor apenas se atrevía a respirar mientras miraba al forajido dormido y trataba de decidir si cogerle el arma. Decidió que no valía la pena correr el riesgo de despertarlo cuando —incluso si hubiera conseguido el arma— dudaba de que pudiera usarla contra él, probablemente ni siquiera contra un animal. Nunca había sostenido un arma y no tenía ni idea de cómo funcionaba.

Una vez tomada la decisión, se alejó sigilosamente, girando el cuerpo con cuidado, lo justo para ponerse a cuatro patas. Movió primero la mano derecha y luego el pie, deteniéndose para comprobar si él había oído el susurro de sus faldas. Tras varios segundos, todo permaneció en silencio, y Elinor se agachó, recogiendo todo lo que pudo de sus enaguas. Metiendo el borde de las capas bajo su barbilla, comenzó a arrastrarse lenta y laboriosamente por la hierba alta, alejándose del forajido. Estaba bastante segura de que podría volver a encontrar la vía del tren y, si caminaba con la misma determinación que el día anterior, debería llegar a un pueblo para el día siguiente.

Otro día entero. Quería morirse. Tenía los pies llenos de ampollas y sentía la cara tirante y caliente por las quemaduras del sol. El milagro de viajar en tren cobró un nuevo sentido cuando su cuerpo protestó incluso ante sus movimientos lentos y silenciosos. ¿Qué pasaría cuando intentara ponerse de pie y usar las piernas? Músculos que ni siquiera sabía que existían ya gritaban de dolor. Se obligó a seguir adelante. Un poco más y se sentiría lo bastante segura como para ponerse en pie y avanzar con mayor rapidez.

Mientras gateaba, bajó la vista hacia sus manos. Lo último que necesitaba era toparse con una serpiente desprevenida. Izquierda. Derecha. Izquierda. Dere—

Algo se le enroscó en el tobillo y tiró de él. Un grito le brotó de la garganta mientras luchaba por mantener el equilibrio y lo perdía, cayendo boca abajo, con los brazos y las piernas abiertos en el suelo.

—¿Estás tan mal que ni siquiera puedes caminar? Va a ser un día largo.

Elinor apretó los dientes mientras se daba la vuelta y se ponía boca arriba para mirar al forajido.

—Buenos días —dijo él alegremente.

Soltó su tobillo y se enderezó.

—Me alegra ver que eres madrugadora. Vamos a ponernos en marcha y a disfrutar del frescor mientras podamos.

Ella se incorporó apoyándose en los codos, pero no hizo ningún movimiento para seguir adelante. Rowland volvió a apuntarle con la pistola.

—Actuaría como un caballero y te ofrecería una mano, pero la última vez eso no salió muy bien.

Elinor dudó un segundo más, preguntándose si realmente le dispararía. Al fin y al cabo, ¿no la necesitaba para algo? ¿De qué le serviría ella si le disparaba ahora?

Él entrecerró los ojos.

—Podría dispararte en el brazo y seguirías pudiendo caminar sin problemas —dijo, como si respondiera a su pregunta.

Su actitud alegre había desaparecido.

¿Me ha leído el pensamiento?

Llena de alarma, Elinor se puso en pie de un salto, olvidando momentáneamente sus dolores ante la posibilidad de que el forajido

le metiera una bala en el brazo.

—Dame la cantimplora.

Extendió la mano libre.

Esta vez ella se apresuró a obedecer. Aunque sabía que era una tontería, no pudo evitar hablar con aire de suficiencia mientras se la entregaba.

—Está vacía. Me bebí el resto del agua esta mañana.

Observó con recelo cómo él quitaba el tapón y se llevaba la cantimplora a los labios. No sabía si había salido algo, pero sabía que no podía haber sido más de una gota o dos. Un nudo de preocupación se formó en su estómago vacío. El simple hecho de mirarlo le recordaba su propia sed insaciable.

Ayer, el terror absoluto y la esperanza de que seguir las vías la llevaría a un lugar seguro la habían mantenido caminando. Pero ahora estaban lejos de la vía del tren, y ella ya tenía hambre, sed y estaba dolorida. Sabía que no aguantaría todo el día como lo había hecho el día anterior. ¿Le dispararía si se derrumbaba?

—No te preocupes —dijo él mientras volvía a colocar la tapa y se echaba la correa al hombro—. Llegaremos al agua en una o dos horas.

Ella se abrazó a sí misma, aún más desconcertada porque parecía que él le había leído la mente otra vez.

—Y entonces yo seré el primero en beber.

Le hizo un gesto con la pistola para que se pusiera delante de él, y se pusieron en marcha.

Capítulo 4

Rowland frunció el ceño con preocupación al ver que la mujer volvía a dar un paso en falso y casi se caía al suelo.

—Cuidado —le advirtió, acortando la distancia entre ambos para sujetarla por el codo. Al comprobar que ella no protestaba, supo que su estado se estaba agravando. Se había equivocado al pensar que encontrarían agua en la primera o segunda hora. Los dos arroyos con los que había contado estaban secos y, a juzgar por el sol, se acercaba el mediodía. Se iban a meter en un buen lío si algo no cambiaba pronto.

Pensar en Ethan le daba fuerzas para seguir adelante, pero la señorita Kristensen no tenía una motivación similar. Mientras que antes le había irritado su lengua afilada, ahora le alarmaba su falta de lucha. Sabía reconocer la miseria cuando la veía, y ella la tenía desde la punta de sus botas hasta la coronilla, con el cabello revuelto cayéndole lacio por la espalda. No se atrevió a apuntarle con la pistola de nuevo por miedo a que ella lo invitara a usarla.

Le soltó el brazo un momento y se sacó el pañuelo para secarse el sudor de la cara. Al llevarse el paño a la frente, la vio caer, desplomándose en un montículo a sus pies. Maldiciéndose por su descuido, se agachó a su lado y le enderezó las extremidades para que quedara estirada.

Tenía la cara roja como un tomate; no sabía decir en qué medida se debía a las quemaduras solares y en cuál a su temperatura. Al ponerle dos dedos en el cuello, se sintió aliviado al notar un pulso débil.

Entonces no la había matado. Bien. Sería un fastidio tener que empezar todo el proceso de nuevo, buscando otro profesor para Ethan, aunque Rowland sabía que, si no tenía cuidado, eso era exactamente lo que acabaría ocurriendo. Se quitó el sombrero estropeado de la cabeza y empezó a abanicarla frente al rostro de la señorita Kristensen. No era gran cosa como brisa, y sabía que lo que ella realmente necesitaba era agua, pero por ahora era lo mejor que podía hacer.

—Señorita Kristensen —murmuró, acariciándole suavemente la mejilla—. Estoy seguro de que ya nos queda muy poco. —Miró a su alrededor, a la pradera abierta, esperando no equivocarse—. Y de verdad que no quieres morir aquí fuera. Piensa en lo que los coyotes le harían a tu cuerpo… —Dejó de abanicarla y contempló ese cuerpo envuelto de pies a cabeza en lana marrón.

—Necio —murmuró, refiriéndose tanto a sí mismo como a la mujer. Debía de estar asfixiándose con ese atuendo; tendría que haberlo pensado horas antes. Volvió a colocarse el sombrero en la cabeza y sus dedos callosos comenzaron a desabrochar la tela gruesa y áspera. Pensó que incluso unos pocos botones abiertos en el cuello podrían aliviar el calor que se acumulaba en el interior. Pero cuando desabrochó los primeros botones, apareció debajo una blusa de algodón blanco. Rowland frunció el ceño, incrédulo. ¿Por qué demonios no se había quitado la chaqueta antes, mucho antes?

—Mujeres —masculló.

Sin miramientos, arrancó los tres últimos botones de sus ojales. Sin demasiada delicadeza, la incorporó y le sacó las mangas de los brazos, arrojando la chaqueta a un lado. Cuando fue a volver a recostarla, sus manos notaron los inconfundibles cordones de un corsé bajo la blusa.

Oh, no. Casi la dejó caer.

No lo haré, se dijo. No la tocaré. No debo tocarla. Necesito que llegue a Ethan.

Bajó la cabeza, vencido.

La necesitaba… viva.

Que hubiera resistido al calor hasta ese momento, con un traje de lana, una blusa de algodón y un corsé, era poco menos que un milagro. Rowland frunció el ceño, consciente de que, por su propio bien, había que quitarle aquella prenda restrictiva.

A regañadientes, giró a la señorita Kristensen sobre su costado. Tirando de la blusa desde la cintura de la falda, obligó a su mano a rozar el odioso corsé, manteniendo la mirada deliberadamente fija en la pradera.

Intentó, en vano, no pensar en la última vez que había desatado uno. La imagen de Margaret acudió con una claridad dolorosa.

Rowland apretó los ojos con fuerza para alejar aquel recuerdo. ¿Por qué todo tenía que llevarlo a ella, incluso una simple maestra con un vestido marrón sin gracia?

Se obligó a mirar a la señorita Kristensen mientras luchaba por desatar el lazo.

—Un artilugio ridículo.

Su ceño se frunció aún más cuando, tras unos segundos, el nudo seguía firme. Sacó la navaja, levantó un poco más la blusa y cortó los cordones. Se oyó un chasquido seco y las varillas de ballena cedieron bajo sus dedos. Trabajando con rapidez, soltó los restos del entramado y tiró con fuerza de un lado del corsé. Apenas cedió.

Frustrado, Rowland estudió su rostro en busca de cualquier señal de despertar. Sería propio de su mala suerte que eligiera ese momento para abrir los ojos y creer que él era —¿cómo lo había llamado?— un depredador de mujeres.

Mejor eso que muerta, le susurró el sentido común.

Volvió a agarrar el corsé y, esta vez, logró arrancarlo de su cuerpo. Arrojó la prenda a un lado, no sin advertir que era tan

elegante como la de Margaret. Sorprendente para alguien vestida de lana basta.

Rowland se quitó el sombrero y volvió a abanicarla.

Un minuto después, sus esfuerzos se vieron recompensados cuando ella comenzó a moverse.

—No, papá. No puedo. No lo haré… —Sus palabras se diluyeron mientras negaba con la cabeza.

Obstinada, incluso medio inconsciente.

—Me alegra saber que no soy el primero que ha tenido que soportar tu lengua —comentó él.

Rowland se puso en pie, recogió la chaqueta marrón y luego la alzó en brazos. A pesar del cansancio que arrastraba, ella apenas pesaba, y entonces reparó en lo menuda que era. Su inquietud creció. Alguien tan frágil no resistiría mucho tiempo allí fuera. La deshidratación no era una amenaza vana.

Con paso firme, siguió avanzando hacia el norte, llevándola en brazos.

Rowland giró el cabrestante, con los labios resecos anticipando el agua fresca y dulce a medida que el cubo ascendía desde el pozo. Apenas podía creer su suerte y, no por primera vez, se preguntó si aquella granja abandonada no sería un espejismo. Tras pasar tres cuartas partes del día sin agua y dos días sin comida, la posibilidad de alucinar no resultaba descabellada. Pero el mango de madera se sentía sólido bajo su palma y la cuerda permanecía tensa mientras subía el cubo. Extraño, pensó, que quien hubiera abandonado el lugar no se hubiera llevado el cubo. Decidió que él sí lo haría al marcharse. Cargaría con él sin dudarlo.

Por fin, el cubo alcanzó el borde. Rowland lo sacó y miró dentro. Agua salobre flotaba sobre el lodo. La decepción lo invadió mientras arrojaba la mezcla al suelo con brusquedad. Se inclinó sobre la boca del pozo, escrutando la oscuridad. Luego miró hacia la señorita Kristensen, tendida en la hierba, con los ojos cerrados y la respiración superficial. Tenían que conseguir agua.

Tendría que bajar.

Se quitó el sombrero y comprobó el nudo del cabrestante, recorriendo con la vista toda la longitud de la cuerda. Parecía resistir. Lo suficiente, esperaba, para soportar su peso. Se asomó de nuevo al interior. Además de agua, habría dado cualquier cosa por una vela. ¿Cuánto tiempo llevaba sin usarse aquel pozo? ¿Qué gases podían haberse acumulado allí abajo?

Reuniendo valor, dejó descender la cuerda y el cubo, y metió las piernas en el hueco. Se sentó en el borde, mirando hacia la negrura. Con suerte, tras una docena de cubos, el agua empezaría a aclararse. Sin pala no sería tarea fácil, pero no tenía alternativa.

Aferrándose a la cuerda, respiró hondo y comenzó a descender, mano a mano, hacia el fondo.

La luz fue menguando poco a poco hasta convertirse en una débil rendija sobre su cabeza. Sus pies tocaron finalmente el cubo y, después, el agua fangosa que cubría el fondo. Sin perder tiempo, volcó el cubo y hundió ambas manos en la superficie para reunir la mayor cantidad posible de aquel barro líquido. Cuando lo llenó, lo enderezó, agarró la cuerda y comenzó el ascenso.

Al alcanzar la superficie, estaba exhausto y con náuseas. Sin duda, algo no iba bien ahí abajo. La próxima vez tendría que aguantar la respiración durante más tiempo.

Se dejó caer sobre la hierba, junto a la señorita Kristensen, y decidió descansar unos minutos antes de volver a descender. Cerró los ojos.

El sueño lo venció de inmediato.

Capítulo 5

Un trueno sacudió a Elinor y la devolvió por completo a la conciencia. Abrió los ojos de golpe cuando volvió a destellar un relámpago, perfilando la silueta del forajido que se encontraba en el umbral de la puerta.

—Es difícil... creer que pudiera sentirme peor.

Aunque no era su intención, las palabras sonaron airadas. Tenía la voz ronca y los labios resecos.

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—Parece que tu lengua no ha sufrido ningún daño.

Elinor lo miró con ira y luego giró la cabeza, observando a su alrededor. La única luz provenía de un montículo de cera de formas irregulares que rodeaba un trozo de cordel. Su débil llama chisporroteaba en el suelo, cerca de una chimenea. Se encontraban dentro de una cabaña bastante rudimentaria, con paredes, suelo y techo de madera tosca y tierra. Un goteo constante caía desde el techo en varios puntos, formando pequeños charcos de barro en el suelo. No había muebles, salvo un taburete y la cama en la que yacía —un colchón lleno de bultos y áspero, sin duda—, pero aun así era un alojamiento mucho mejor que el de la noche anterior. Y ya era de noche. Detrás del forajido vio la oscuridad cerrada. ¿Dónde se había ido el día? Recordaba haber caminado, sentirse mal y...

Un relámpago iluminó el cielo de nuevo, haciéndola sobresaltarse. Unos segundos después, un trueno retumbó justo sobre su cabeza. Instintivamente, se encogió, deseando que la tormenta desapareciera. Pero afuera seguía arreciando, y a través de la puerta abierta vio caer una lluvia constante.

Se llevó una mano a la frente —un esfuerzo agotador— y tocó un paño húmedo y fresco. Al apartarlo, vio que era el pañuelo del forajido.

Él se acercó a ella.

—Mejor déjalo ahí un rato más. Entre el sol y esa fiebre, has tenido mucho calor.

Le quitó el paño y se lo colocó de nuevo sobre la frente.

Un escalofrío recorrió a Elinor cuando sus dedos callosos le rozaron la piel.

—Toma.

Se quitó la cantimplora y desenroscó la tapa.

—Recuerda, bebe despacio.

Ella asintió y no protestó cuando él la ayudó a incorporarse y le llevó la cantimplora a los labios. El agua era una auténtica delicia. Bebió despacio y durante un buen rato, sin importarle lo más mínimo que un poco le chorreara por la barbilla y le manchara la parte delantera del blusón. ¿Su blusón?

Elinor levantó la cabeza de golpe y miró al señor MacRae con aire acusador.

—¿Dónde está el resto de mi ropa?

Cruzó los brazos delante de sí, dándose cuenta al hacerlo de que su chaqueta no era lo único que faltaba.

Él tuvo la osadía de poner cara de avergonzado.

—Eras tú o ese corsé. Pero los dos no ibais a aguantar con este calor.

Se encogió de hombros.

—Pensé que verías las cosas a mi manera: que elegirías la practicidad antes que la moda.

—La moda no tiene nada que ver con esto, mientras que la modestia...

—Y esa lana —continuó él, señalando con la cabeza hacia los pies de la cama, donde yacía su chaqueta en un montón arrugado—. El invierno no llegará hasta dentro de unos meses. No hay necesidad de llevar algo que retenga tanto el calor en agosto.

Le tendió la cantimplora una vez más.

Ella se la arrebató, a punto de perder el equilibrio y caer hacia atrás al hacerlo.

—Ahí queda tu noble promesa.

Fortalecida por el agua y su ira, habló con audacia.

Él entrecerró los ojos.

—Créeme, no me ha supuesto ningún placer. Si no hubiera necesitado tu ayuda, habría estado encantado de dejarte achicharrándote en la pradera. Tal y como están las cosas, me debes la vida. Te he cargado más de cinco millas hoy y he arriesgado mi propio cuello para conseguir agua.

—¿Entonces trajisteis la tormenta tú y tus amigos indios?

No esperó a que él respondiera, sino que apartó la mirada mientras daba otro trago, volvió a tapar la cantimplora y se giró de costado, dándole la espalda.

Su cuerpo protestó ante el movimiento, y Elinor se mordió el labio para no gemir. Otro escalofrío la recorrió mientras se le erizaba la piel en los brazos. Él no bromeaba; tenía fiebre. Aunque sentía la cabeza en llamas, el resto de su cuerpo estaba helado. Se acurrucó, recogiendo los pies —sus pies descalzos, se dio cuenta, aún más mortificada— bajo la falda. Al menos todavía llevaba eso puesto.

Oyó al forajido levantarse y caminar de nuevo hacia la puerta. La lluvia continuaba sin cesar, aunque los truenos parecían alejarse. Elinor se sintió agradecida. Odiaba las tormentas y no se sentía con fuerzas para lidiar con los terrores habituales que le provocaban.

La cabaña quedó en silencio y ella miró por encima del hombro para comprobar si se había marchado. Él estaba de pie en la puerta, de espaldas a ella. Quizá lo había enfadado al referirse así a los indios. Solo había querido provocarlo para que le contara algo —cualquier cosa sobre sus planes—. Se dio la vuelta y, armándose de valor, se atrevió a retomar la conversación.

—¿Me hablarás de ellos?

—¿De quiénes? —preguntó él con voz cautelosa.

—De los indios, por supuesto. ¿A quién creías que me refería?

Elinor deseaba poder verle el rostro, pero él seguía mirando fijamente hacia la oscuridad.

—Los lakota son bastante amigables. No te harán daño.

—¿Amigables? —replicó ella, incrédula—. Seguro que sabes lo que le hicieron al general Custer y a todo su ejército el año pasado.

—Sí. —El forajido asintió—. Custer se lo merecía.

—¿Cómo puedes decir algo así?

Al sentir que le resultaba demasiado difícil discutir estando tumbada, Elinor se esforzó por incorporarse. El pañuelo cayó sobre su regazo. Observó cómo el forajido cogía el único taburete que había en el centro de la estancia y lo colocaba junto a la puerta. Se sentó, inclinándolo y apoyándose contra la pared.

—Él prometió esa tierra a los sioux, dijo que los dejaríamos en paz. Luego, hace unos años, llega la expedición de Custer, encuentra una miseria de oro, se extienden los rumores... Y al poco tiempo, los blancos se están asentando por todas partes, repitiendo la historia.

Su rostro se había vuelto sombrío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elinor.

Un escalofrío recorrió la habitación. Se ajustó la falda alrededor de las piernas y buscó su chaqueta.

—Los indios han vivido en esta tierra durante años. La tierra prosperaba, ellos prosperaban. Luego llegamos nosotros, destruyendo todo a nuestro paso. Se talan los árboles, se mata a los bisontes, se excavan las montañas en busca de oro...

Elinor estaba desconcertada por el pesar que percibía en su voz. Al otro lado de la estancia, él la miró a los ojos mientras continuaba.

—¿Sabías que Custer se jactaba de que él y el Séptimo de Caballería podían derrotar a todos los indios del noroeste?

—Bueno...

No sabía muy bien qué decir. Él había planteado un punto de vista que ella nunca antes había considerado. Pero eso no bastaba para disipar su miedo.

—Independientemente de tu opinión, independientemente de quién tuviera la razón o no, los indios han demostrado ser peligrosos. Amigables no parece precisamente la palabra adecuada para describir sus acciones hacia los hombres blancos.

—Los jefes que lucharon contra Custer se han ido todos al norte, a Canadá, o han muerto. No queda nadie que te cause preocupación alguna.

—Pero ¿por qué tienes que llevarme allí? ¿Me van a intercambiar? He oído historias de tribus que se llevan a los blancos para reemplazar a los suyos que han perdido. ¿Es eso...?

—No.

Su tono indicó que la discusión había terminado. Aun así, ella no podía dejarlo pasar. La ansiedad por lo que iba a ser su destino superó incluso su fatiga y su fiebre.

—¿Es tan terrible que no puedas decirme qué va a ser de mí?

Él ignoró la pregunta.

—¿Por qué no me cuentas primero por qué te dirigías al oeste?

—Ya lo he hecho. Tenía un contrato para dar clases en Sterling, Colorado.

—¿Y la verdadera razón?

Inclinándose hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, centró toda su atención en ella.

—¿De qué huyes, señorita Kristensen? ¿Por qué discutiste tú y tu padre?

—¿Cómo sabes...? —Elinor no pudo ocultar la sorpresa—. Eso no es asunto tuyo.

Él se encogió de hombros.

—Sospecho que tienes razón. Y yo diría que los lakota tampoco son asunto tuyo.

Elinor apretó los labios para no lanzarle una reprimenda. ¿Cómo se atrevía a preguntarle aquello? ¿Cómo se atrevía a insinuar que sabía algo sobre su padre o sobre la discusión que la había llevado a su situación actual? Cruzándose de brazos, se dejó caer hacia atrás en la cama, haciendo un mohín como una niña.

Él no le prestó atención. Se levantó del taburete y salió.

—Te sugiero que duermas un poco. Tengo la sensación de que recibiremos visitas en breve.



La señorita Kristensen aceptó con entusiasmo el trozo de carne chamuscada que Rowland le tendió.

—¿Qué es...? No, da igual. —Levantó la mano para impedir que hablara—. Probablemente sea mejor que no lo sepa.

—Buena idea.

Rowland hincó el diente en su propio trozo, observándola de reojo mientras ella hacía lo mismo. Esperó, anticipando más quejas, y se sorprendió cuando no dijo nada. La vio dar un bocado, luego otro, con los ojos cerrados en un éxtasis inconfundible.

—Mmm... —murmuró ella, con los labios ligeramente curvados.

En ese momento, parecía casi guapa, y Rowland se movió incómodo en el taburete. Si apreciaba tanto un trocito de carne quemada, ¿cómo sería si...

Se apartó, sin permitirse terminar el pensamiento. De repente, demasiado consciente de la mujer a su lado, se obligó a concentrarse en su propio desayuno, que no era nada sabroso salvo para alguien que se muriera de hambre.

—Estaba bueno —dijo ella unos minutos después—. ¿Queda algo más?

—No.

Sacudió la cabeza y se obligó a no mirarla mientras se chupaba los dedos.

—Era un bicho pequeño.

—Oh...

Su expresión se apagó.

—No quiero saberlo...

—Pues no preguntes.

La ira brilló en sus ojos.

—No lo he hecho.

Rowland suspiró en silencio. Era mejor cuando ella se comportaba así: valiente e indignada. No quería que le gustara, y, para su sorpresa, le estaba costando no hacerlo.

—Si tienes que ocuparte de algún asunto fuera, ahora sería el momento. Quiero que estés bien escondida antes de que llegue la banda de Rawlins.

—¿Por qué estás tan seguro de que van a venir?

Elinor se agachó debajo de la cama y sacó sus botas y medias.

—Vengo de una larga estirpe de escoceses intuitivos. Cuando intuimos que algo va a pasar, pasa.

—Qué talento tan útil. Lástima que yo no lo posea, o nunca me habría subido a ese tren.

Dándole la espalda, metió con dificultad sus doloridos pies en las medias y luego cogió una de sus botas, tirando de los cordones para aflojarlos. Miró con pesar sus pies cubiertos de ampollas.

Rowland le quitó la bota y sacó su cuchillo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó ella, tratando de recuperarla.

Él la mantuvo fuera de su alcance.

—Facilitándote que te pongas esto.

—No, gracias.

Se levantó de la cama y se lanzó hacia delante hasta que sus dedos se cerraron sobre el cuero.

Él la miró con severidad.

—Tienes que confiar en mí.

—Si fueras el último hombre...

—Podría serlo, teniendo en cuenta que soy lo único que se interpone entre tú y una docena de muertes atroces.

Le arrebató la bota y procedió a cortar la puntera.

—Esto sigue sin estar bien, pero aliviará un poco esas ampollas.

Giró en el taburete para mirarla, con la mano extendida.

—Dame el pie.

—¿Pretendes cortarme eso también?

Puso los ojos en blanco y le agarró el tobillo. Ella abrió la boca para protestar, pero Rowland le lanzó una mirada de advertencia.

—No tenemos tiempo para teatralidades. No si valoras tu vida.

Aflojó el agarre, deslizó con cuidado su pie dentro de la bota y luego utilizó el cuchillo para abrir también un poco los laterales. ¿Qué clase de idiota diseñó los zapatos de mujer? Sus botas eran lo más poco práctico para caminar que había visto en su vida. Le iría mejor ir descalza, pero sabía que la señorita Recatada y Correcta —con su blusón ya abrochado hasta el cuello— se opondría a esa idea, así que guardó silencio.

Rowland le ajustó la otra bota y ella le tendió el pie. Él se lo colocó, ató los cordones lo más flojos que se atrevió y se echó hacia atrás.

—Ya está. Así estará...

Su voz se apagó al fijarse en su rostro, de un tono carmesí aún más intenso que el que le había dejado el sol. Observó cómo metía los pies debajo de la cama, cruzando recatadamente los tobillos.

—En el futuro, preferiría... ponerme mis propios zapatos —dijo con voz titubeante.

Bajó la mirada hacia sus manos, entrelazándolas y separándolas en su regazo.

Rowland se quedó desconcertado un instante, casi esperando que ella le propinara un golpe si estaba tan enfadada. Pero cuando no lo hizo y se negó a levantar la vista, comprendió que no estaba enfadada en absoluto —o al menos no tanto como avergonzada—. Tardíamente, cayó en la cuenta de que probablemente ningún hombre le había tocado antes los tobillos.

No es Margaret. Gracias a Dios por eso.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta, pensando que era una maldita suerte que la señorita Kristensen hubiera estado inconsciente cuando le quitó el corsé. Si algo tan simple como

ayudarla con los zapatos la había descompuesto, probablemente habría muerto si hubiera sentido sus manos en su espalda.

En cambio, era él quien se sentía perturbado por el recuerdo.

Lo intentó, pero no pudo borrar del todo la imagen: sus labios entreabiertos, la repentina inspiración al llenarse sus pulmones sin restricciones.

Apretó los puños al recordar cómo había arrugado su chaqueta bajo su cabeza y le había apartado los mechones de pelo de su delicado rostro.

Maldiciendo en silencio, Rowland salió al exterior. Cogió el cubo, ahuecó la mano y se echó agua de lluvia fresca en la cara sin afeitar. No le gustaba el rumbo que tomaban sus pensamientos y reconoció la necesidad de cambiar de dirección rápidamente. Lo mejor era ir sobre seguro y volver a ponerla de los nervios. No creía que fuera demasiado difícil.

Al parecer, ella tenía la misma idea.

—Supongo que sería demasiado esperar que seas lo suficientemente civilizado como para tener algún tipo de letrina por aquí.

Su voz volvía a ser firme... y molesta.

—¿Cómo voy a saber qué es...

Se detuvo de pronto al comprenderlo. Rowland se volvió hacia ella, con la irritación claramente reflejada en el rostro.

—¿Crees que vivo aquí?

—¿No?

Salió al exterior, llevándose la mano a la frente para protegerse del sol.

—No.

Miró a su alrededor, al patio desierto y a la choza mal construida, ofendido porque ella hubiera pensado que aquel era su

hogar. Pero, pensó, ¿qué otra cosa iba a creer si él no había sido capaz de proporcionarle ni siquiera lo básico durante los últimos días?

¿Qué le importaba lo que ella pensara?

—Este no es mi hogar. Mis circunstancias son algo... diferentes.

—Ah. Por supuesto.

Ella se cruzó de brazos y pareció mirarlo desde arriba, aunque apenas le llegaba al hombro.

—Eres un forajido. No tienes hogar.

Se dio media vuelta y, con el susurro de su fea falda, rodeó la esquina de la cabaña.

Rowland se quitó el sombrero polvoriento y se secó el sudor de la frente. La tormenta no había hecho más que aumentar la humedad, y sus intentos por ayudar a la señorita Kristensen solo habían conseguido irritarla aún más. Parecía que aquel día iba a ser incluso más miserable que el anterior.

Capítulo 6

Rowland vació las balas de la recámara en la palma de su mano, luego cerró el arma y se la entregó a la señorita Kristensen.

—Sería mejor que dispararas a algunos blancos, pero no nos sobran balas.

Ella lo miró.

—¿Cuántas tienes exactamente?

—Tres.

La tomó por el hombro y la hizo girarse.

—Sostén la mano así. El dedo índice en el gatillo.

—¿Tres? ¿Cuántos Rawlins hay?

Ella ladeó la cabeza hacia atrás para verle el rostro.

—Seis. No te preocupes por eso. Tendrás que esperar a que se acerquen y luego apuntar justo al centro. Siempre que le des en algún punto del torso le harás daño, con suerte el suficiente para que puedas escapar. Pero si apuntas demasiado alto, tu objetivo se reduce. Habrá retroceso, así que...

—¿Piensas apilarlos y esperar a que una bala atraviese a dos a la vez? —preguntó Elinor con sarcasmo.

Sabía que su pregunta era absurda, pero no podía imaginar qué otra cosa tenía él en mente.

—¿Quieres prestar atención? Esto podría salvarte la vida.

Ante la inconfundible irritación en su voz, bajó la cabeza como correspondía, tratando de escuchar mientras él le explicaba cómo

disparar a un hombre. Como si ella pudiera hacer algo así. ¿Podría?

—Puede que tengas que hacerlo.

Elinor dio un respingo al oír las palabras susurradas en su oído. Era más que inquietante que el señor MacRae pareciera leerle el pensamiento. Sintió que se le enrojecían las mejillas una vez más. ¿Sabía lo que estaba pensando hacía unos minutos, mientras le ponía los zapatos?

Que Dios la ayudara si era así. *Que Dios me ayude de todos modos*, pensó, escandalizada de nuevo por los sentimientos impropios que la invadían cada vez que él se acercaba demasiado. Cuando le había sujetado el pie, se había sentido tan mareada y aturdida que pensó que se desmayaría. Ahora, mientras él se colocaba cerca detrás de ella para enseñarle a empuñar el arma, sintió que la misma agitación le subía por el estómago. No era del todo desagradable, y eso era lo que más le preocupaba. Una parte de ella se preguntaba si era por eso por lo que había insistido tanto en ir en contra de los deseos de su padre. ¿Era por eso por lo que no podía casarme con Crowe? Cada vez que él había intentado abrazarla, lo único que había sentido era repulsión.

—¿Lo has entendido?

El forajido aflojó el agarre de su mano y dio un paso atrás.

—Ahora date la vuelta y finge dispararme.

Elinor abrió mucho los ojos.

—No puedo. ¿Y si hay una bala que se te haya pasado? ¿Y si...?

—Hazlo —ordenó él secamente—. Piensa en todos los problemas que te he causado, enfádate y dispárame.

—Está bien.

Entrecerró los ojos mientras apuntaba.

—Brazos rectos. Pies firmes —indicó él—. Te hará retroceder cuando dispares de verdad.

Ella hizo una mueca y apretó el gatillo, cerrando los ojos con fuerza al hacerlo.

—No. Todo mal.

Él se acercó a ella, le agarró la mano y la atrajo hacia sí.

—Si no me disparas, te pondré el cuchillo en la garganta. Te tiraré al suelo y...

—Está bien, lo entiendo.

Elinor se apartó bruscamente de él.

—No creo que lo entiendas.

La miró con desprecio.

—Los Rawlins son unos asesinos despiadados. Te utilizarán como les dé la gana y luego, si tienes suerte, te dispararán.

—Entonces, ¿por qué asaltaste ese tren con ellos? Si ellos son tan horribles y tú no, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué te uniste a esos hombres?

—Porque estaba desesperado —respondió él—. No tenemos tiempo para discutir esto otra vez.

—¿Por qué no te quedas tú con el arma?

Le devolvió el arma a las manos.

—No entiendo por qué esperas que sea yo quien dispare.

—No lo espero. Espero que no lleguemos a eso, pero, si ocurre, quiero saber que puedes manejarlo.

—Bueno, no puedo.

—Tendrás que hacerlo.

Miró más allá de ella, hacia la pradera. Elinor siguió su mirada, pero no vio nada.

—Entra.

La tomó del brazo de nuevo y la guió hacia el interior de la cabaña.

—Tenemos mucha suerte de que encontrara este lugar. Tiene dos bodegas subterráneas, y vamos a rezar con todas nuestras fuerzas para que los Rawlins no se den cuenta de la segunda.

Se dirigió a la cama, la levantó y la apartó unos palmos de la pared.

Ella bajó la vista hacia el suelo de tierra, sin ver nada al principio. Él se colocó detrás de la cama y empezó a apartar la tierra, dejando al descubierto unas tablas de madera. Al cabo de un minuto, sacó su cuchillo y levantó una de las tablas anchas del suelo. Ella se acercó sigilosamente, asomándose a la oscuridad que había debajo.

—¿Nos vamos a esconder ahí abajo?

No parecía lo suficientemente grande para los dos.

—Tú sí.

Le tomó la mano, guiándola hacia el agujero. Ella se resistió.

—Dime que no le tienes miedo a la oscuridad —refunfuñó él.

Elinor negó con la cabeza.

—No, pero ¿dónde te vas a esconder tú?

—Yo no.

Sus ojos se encontraron con los de él, y entonces sí sintió verdadero miedo.

—No lo entiendo.

—Te lo explicaré más tarde. Vamos.

La atrajo hacia sí, y Elinor obedeció. La tomó por los brazos.

—Voy a bajarte despacio.

Ella asintió, conteniendo la respiración mientras él la levantaba y luego la descendía por el hueco. Unos segundos después, sus pies

tocaron el suelo.

—¿Todo bien? —preguntó él desde arriba.

Ella asintió, aunque se sentía todo menos bien. El sótano no era muy profundo; su cabeza quedaba apenas unos centímetros por debajo del suelo. Pero el espacio era más amplio de lo que había pensado. Reprimió un escalofrío mientras su imaginación se desbocaba.

—¿Y si hay otras cosas aquí abajo? ¿Arañas o ratones?

—Entonces quizá tengas algo para cenar.

Sus palabras eran burlonas, pero su tono no lo era. La dejó sola y regresó un minuto después con la pistola y la cantimplora. Primero le entregó esta última y luego, con la culata hacia abajo, le pasó el arma.

—Ahora está cargada. Ten cuidado.

Ella se balanceó de un pie a otro, inquieta.

—¿Se supone que debo sentarme en el suelo?

Él frunció el ceño, pero salió por la abertura y regresó con el taburete un minuto después.

—Gracias —dijo ella cuando lo bajó—. ¿Y si...?

Él se llevó un dedo a los labios para hacerla callar.

—A partir de ahora, silencio. Y, oigas lo que oigas, quédate donde estás hasta que vaya a buscarte.

—¿Y si no vienes?

Se apretó el arma contra el pecho mientras lo miraba.

—Entonces espera hasta que no oigas nada durante un buen rato.

Hizo una pausa, como si decidiera qué más debía decir.

—Hacia el oeste, a un día de camino, llegarás a Sidney. Si no voy a buscarte, ve allí lo más rápido posible.

Volvió a colocar la tabla en su sitio y Elinor se quedó sola en la oscuridad.



Aunque a Rowland le picaba ir a la ventana para comprobarlo todo una vez más, se obligó a quedarse donde estaba, descansando —o aparentando hacerlo— en la cama. Recostado contra el cabecero, sus ojos recorrieron la cabaña con cuidado, inspeccionando el suelo en busca de cualquier rastro, cualquier huella, una sola marca que pudiera delatar la presencia de la señorita Kristensen. No vio nada, pero eso no alivió su preocupación por ella, por él mismo... por Ethan.

Rowland estaba furioso por haberlos metido en aquella situación y, más aún, lo estaba con Margaret, porque todo se remontaba a ella. Ya no le importaba demasiado lo que le ocurriera a su propia y lamentable vida, salvo por el hecho de que otros dependían de él: Ethan y ahora la señorita Kristensen. Rowland estaba bastante seguro de que, mientras los Rawlins no la encontraran, ella saldría adelante. Sonrió levemente. Era una mujer difícil de doblegar. Se diera cuenta o no, estaba convencido de que sabría usar esa pistola si llegaba el momento.

Ethan era otro asunto completamente distinto. No habría nadie para él si su padre no salía adelante. Una vez más, el peso —y la dicha— de ser padre se apoderó de él. Rowland cerró los ojos, imaginando a Ethan, su dulce olor, sus manitas regordetas aferrándose a él. La culpa y la pena brotaron a la superficie, y se juró una vez más ser un mejor padre, volver y cuidar de su hijo.

Pasaron varios minutos más, y Rowland sintió que se le cerraban los párpados. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía una noche decente? No lo recordaba, y dormitar, aunque fuera unos minutos, se convirtió en una tentación peligrosa. Una idea tonta, una a la que no podía permitirse ceder.

Por fin oyó el sonido de caballos acercándose. No galopaban, sino que entraron en el patio a un paso lento y constante. A través de sus párpados entrecerrados, miró hacia la puerta abierta, procurando que la tensión no se reflejara en su rostro mientras escuchaba a los hombres desmontar y acercarse a la cabaña.

—Vaya, vaya. Si es el desertor.

Isaac Rawlins se quitó el sombrero en su dirección.

—Parece que lo hemos encontrado, muchachos. Pero ¿dónde está la señora?

—Se ha ido.

Rowland abrió los ojos del todo y fingió sorpresa al ver a Isaac y a sus dos hermanos. Solo tres. ¿Dónde están los demás?

—Y desertor me parece un poco fuerte, teniendo en cuenta que os llevasteis mi caballo y mis provisiones y me dejasteis atrás.

Negó con la cabeza mientras se incorporaba en la cama como si el esfuerzo le resultara considerable.

—El cazo le dice a la sartén que está negra, si me preguntas.

—No recuerdo haber preguntado. ¿Y vosotros, chicos?

Isaac miró a sus hermanos. Estos negaron al unísono.

—Ya me lo imaginaba. Pero te lo pregunto por última vez: ¿dónde está la mujer... y el oro?

Isaac sacó su pistola y apuntó a Rowland.

Este levantó las manos.

—Eh, eh. No tengo oro, ni siquiera tengo mi arma, y estoy demasiado enfermo para intentar nada más, así que no tiene sentido que andes agitando eso. Si me escuchas un momento, te lo explicaré.

—Adelante.

Isaac no hizo ademán de bajar el arma.

Cíñete lo más posible a la verdad, se recordó Rowland. Se humedeció los labios y comenzó.

—Me tomé mi tiempo en ese tren, buscando a una mujer que realmente le gustara a Silas, una que no hubiera sido utilizada antes. Y acababa de encontrarla cuando el tren volvió a arrancar.

Junto a Isaac, Jonah también sacó su arma.

—Date prisa. No tengo paciencia para historias largas.

—Luchó como una gata enloquecida —continuó Rowland—. Mira aquí, donde me mordió.

Se subió la manga, dejando al descubierto la marca amoratada de los dientes de la señorita Kristensen.

—Entonces supe con certeza que había elegido bien. Silas iba a estar encantado cuando la viera.

—Ahora mismo no está precisamente encantado —dijo Isaac.

—Bueno, yo tampoco.

Rowland se enderezó, animándose.

—Me quitasteis el caballo, el agua, la comida, la cuerda... casi todo lo que tenía, y me quedé solo con una mujer más ingeniosa de lo que puedas imaginar.

—Me cuesta creer tu historia —dijo Jonah, mirando a Isaac—. ¿No podemos simplemente llenarlo de plomo y volver?

Rowland no esperó la respuesta.

—¿Dónde está Silas, por cierto?

—De vuelta en el campamento —respondió Isaac—. Disfrutando del whisky y de las mujeres, mientras nosotros vamos tras tipos como tú.

Rowland se maldijo en silencio por no haberse quedado con su pistola. Era un buen tirador y podría haber abatido al menos a dos de los tres, equilibrando bastante las cosas. Pero, creyendo que se enfrentaría a los seis, había pensado que la única forma de proteger

a la señorita Kristensen —de convencer a los Rawlins de que realmente se había ido— era hacerles creer que él estaba enfermo y que ella le había quitado el arma y había escapado.

Isaac caminó hasta el centro de la habitación y se arrodilló en el suelo embarrado. Solo le llevó unos segundos encontrar el hueco y levantar la tabla, dejando al descubierto el sótano vacío.

Rowland apoyó la cabeza contra la pared y puso cara de aburrimiento.

—Ya te lo dije, aquí no hay nada ni nadie. Lo último que vi fue a Mark metiendo las manos en ese saco de oro. Y sí que tenía una mujer, pero se escapó... aunque antes se desmayó. La traje hasta aquí, encontré este pozo y pensé que nos habíamos salvado. Pero el agua no estaba clara, así que bajé a ver si podía excavar más allá de la turbidez. Casi muero por los gases; apenas logré arrastrarme fuera antes de desmayarme yo mismo. Cuando volví en mí anoche, la mujer y mi pistola habían desaparecido.

—Bonita historia —dijo Jeremiah, el más joven, dando un paso al frente—. Excepto que te has saltado una parte...

De detrás de su espalda, sacó el corsé de la señorita Kristensen.

Rowland se encogió de hombros.

—Jonah no quería una historia larga, así que omití los detalles, como que se lo corté para que pudiera respirar o que llevo vomitando desde anoche. Si no me creéis, salid fuera y comprobadlo.

—Yo te creo —dijo Isaac, guardando por fin el arma—. Fue Mark quien nos dijo que tenías el dinero, justo antes de largarse él mismo. Sucio traidor. Lo encontraremos ahora.

Miró a sus hermanos y luego a Rowland.

—Le dije a Silas, la primera vez que te vimos, que no tenías el cerebro necesario para ser un forajido. El problema es: ¿qué vamos a hacer contigo ahora?

—Simplemente dispárale y acabemos con esto —sugirió Jonah.

Isaac negó con la cabeza.

—Demasiado fácil. Tenemos que hacer algo para apaciguar a Silas. Ahora está furioso, pensando que te llevaste su botín y a su mujer... Sé lo que vamos a hacer.

A Rowland no le gustó el destello malicioso en los ojos de Isaac. *Mantén la calma. Piensa en Ethan. Mantén la cabeza fría y saldrás de esta.* Se obligó a mantener las manos relajadas mientras Isaac lo observaba.

—Echad un buen vistazo a vuestro alrededor, muchachos. A ver si encontráis a la chica, y luego...

Isaac frunció los labios.

—El pobre Rowland va a darse un chapuzón.

Capítulo 7

A sus espaldas, Rowland giró las manos atadas, tratando de mantener la circulación. Iba a necesitar toda la sensibilidad posible si quería ser capaz de desatar la cuerda una vez que lo bajaran al pozo.

Al otro lado de la habitación, Isaac Rawlins estaba sentado en el suelo, masticando un trozo de cecina mientras lo observaba. —Fracasaste en la agricultura, fracasaste en la minería, incluso fracasaste como forajido. Deberías darme las gracias por sacarte de tu miseria.

La respuesta de Rowland fue apenas un gruñido. Durante la última hora, se había limitado principalmente a escuchar mientras Isaac mantenía una conversación unilateral. Tras registrar el pozo, la cabaña y los alrededores, Jonah y Jeremiah habían cabalgado en direcciones opuestas para ver si podían encontrar a la señorita Kristensen.

Abandonado con Isaac, Rowland se había visto obligado a escuchar los detalles escabrosos de la estancia de Isaac con las mujeres capturadas, una de las cuales ya había muerto. Rowland sentía repulsión y una culpa más que considerable por su participación en los secuestros. Las acusaciones de la señorita Kristensen sonaban ciertas y, tras escuchar a Isaac, Rowland ni siquiera pudo justificar el cuidado de Ethan como una buena excusa para unirse a los forajidos. Una mujer había muerto; varias más estaban siendo aterrorizadas, y él era, al menos en parte, responsable. Juró que, si salía vivo de aquello, proporcionaría la información necesaria a la ley para que los Rawlins pudieran ser capturados.

El sonido de un caballo galopando hacia el patio hizo que Isaac se pusiera en pie. Con el arma desenfundada, se dirigió hacia la ventana. Cuando vio que era su hermano, caminó hasta la puerta.

—No hay ni rastro de ella por ningún lado —dijo Jonah mientras desmontaba.

Jeremiah se acercó a caballo detrás de él.

—Por mi camino tampoco hay nada. Puede que haya llegado a Sidney si se marchó anoche.

Isaac se volvió hacia Rowland.

—Qué pena. Se acabó el tiempo.

Le hizo señas con la pistola para que saliera.

Rowland se inclinó hacia delante, exagerando de nuevo su debilidad mientras se esforzaba por levantarse de la cama.

Le habían dejado los pies desatados, así que caminó lentamente hacia la puerta. *Quédese donde está, señorita Kristensen. Quédese quieta y no se mueva un rato más.*

Una vez fuera, entrecerró los ojos ante el sol. La pistola de Isaac en su espalda lo empujaba hacia el pozo. Rowland pensó en el pequeño trozo de vela que había hecho con restos de cera derretida en la repisa de la chimenea. Ojalá hubiera tenido la previsión de bajarla aquella mañana para ver si ardía. Por otra parte, si hubiera sabido que solo iba a enfrentarse a tres hermanos Rawlins, se habría quedado con su arma y no estaría a punto de bajar al pozo.

Al levantar la vista, vio cómo Jeremiah derribaba el trozo de madera que quedaba de la plataforma. El cabrestante astillado cayó al suelo, con la cuerda deshilachada enrollada a su lado. A Rowland le pareció un milagro que hubiera aguantado su peso el día anterior. Ahora necesitaba otro milagro —varios, de hecho— si quería sobrevivir a aquello.

—Arriba —ordenó Isaac.

Él y Jonah agarraron cada uno un brazo de Rowland y lo levantaron unos sesenta centímetros, hasta el borde de piedra del pozo. Isaac se inclinó, mirando hacia abajo.

—Serán los gases o el ahogamiento; cualquiera de los dos debería garantizarle a Silas que ya no eres una molestia.

Rowland no respondió, pero miró hacia abajo, calculando sus posibilidades de sobrevivir a la caída sin romperse una pierna o abrirse la cabeza de un golpe. No tenía ninguna esperanza de que lo bajaran con suavidad.

—¿Vas a saltar o tengo que empujarte?

Siempre impaciente, Jonah puso la mano en la espalda de Rowland.

Este se la quitó de encima y apenas logró contener su ira, recordándose a sí mismo que era culpa suya estar en aquella situación.

Sin decir palabra, extendió el pie y se asomó al agujero, con los ojos cerrados y la espalda recta mientras se precipitaba por el estrecho pozo.



Elinor se acurrucó en el taburete, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos bien cerrados mientras escuchaba los disparos.

Uno. Dos. Tres.

Se mordió el labio agrietado y la sangre brotó de inmediato. El sabor amargo le llenó la boca y le trajo a la mente la imagen del señor MacRae, tendido en el suelo, con la sangre manando de su pecho. El terror la envolvió. Lo habían matado, y ahora era solo cuestión de tiempo que la encontraran.

Con el cuerpo temblando, empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás en el taburete, intentando que su corazón

dejara de latir a toda velocidad y que su mente se aclarara. Necesitaba pensar, formular un plan. ¿Qué hacer? Esperar. El señor MacRae le había dicho que esperara mucho tiempo. ¿Sabía él que lo matarían? Debía de saberlo. Las lágrimas le picaban en los ojos y una inesperada sensación de pérdida la inundó. La razón le decía que debería sentirse aliviada. Él también era un forajido, por el amor de Dios. La había amenazado con su pistola, le había quitado el corsé… la había salvado.

Al oír voces en el piso de arriba, Elinor dejó de balancearse y se quedó completamente inmóvil, salvo por su mano, que se deslizó hacia la pistola que tenía en el regazo. Los muebles chirriaban contra el suelo superior, y ella contuvo la respiración, apuntando el arma hacia arriba, esperando el momento en que arrancaran la tabla y quedara al descubierto su escondite.

Ya no tenía ninguna duda sobre su capacidad para apretar el gatillo. Después de escuchar a los Rawlins hablar de lo que les habían hecho a las otras mujeres del tren, Elinor sabía que lucharía con todas sus fuerzas. El señor MacRae le había dejado tres balas, y ella tenía la intención de usarlas todas. Con cuidado, apoyó el taburete contra una sólida pared de tierra, que le proporcionaba el apoyo que necesitaba.

Sus manos temblaban bajo el peso de la pistola, y luchó por estabilizarlas. Arriba, oyó un grito final y luego el sonido de pasos corriendo hacia la puerta. Unos segundos más tarde, una explosión ensordecedora la tiró al suelo. Su cabeza se estrelló contra la pared mientras la tierra y los escombros se desmoronaban sobre ella. La pistola se le escapó de las manos y, a ciegas, se arrastró por el suelo, buscando a tientas el arma. Conservarla parecía ahora lo único que importaba.

Por fin, sus dedos se cerraron sobre el cañón; la recogió y la colocó en sus manos tal y como el señor MacRae le había enseñado.

Permaneció de pie varios minutos, con la ansiedad creciendo mientras esperaba a que la encontraran. Pero no oyó voces. *Quizá se hayan ido.* Pero el señor MacRae dijo que esperara un buen rato.

Le temblaban los dedos y la pistola se agitaba en sus manos. Gotas de sudor salpicaban su frente y levantó los brazos, tratando de secárselas. De repente se dio cuenta de que el sótano había pasado de estar fresco a estar cálido. Elinor sintió que se le humedecían los ojos de nuevo, no por las lágrimas —le ardían por el polvo… no, por el humo.

Fuego. La cabaña está en llamas.

Contuvo un grito al levantar la vista, imaginando las tablas de madera ardiendo y derrumbándose sobre ella. Se oyeron crujidos agudos sobre su cabeza mientras buscaba a tientas el taburete, lo enderezaba y se subía a él. Podía enfrentarse al enemigo de fuera, o podía morir en aquel horno.

No tardó en decidirse. Metió la pistola bajo la falda, alzó las manos y palpó las tablas del suelo superior. Estaban calientes, pero siguió tocándolas una a una hasta que notó que una se movía ligeramente. Con ambas manos empujó una y otra vez hasta que la tabla cedió, lanzándole una oleada de calor.

Elinor se encogió y volvió a meterse en el agujero, pero luego se obligó a mirar hacia arriba una vez más. Un humo espeso llenaba la cabaña de adobe, ocultando todo salvo las llamas de un naranja brillante que devoraban la cama en el centro de la habitación. Aún podía salir.

Alargando los brazos, luchó por salir. El humo le llenó los pulmones y le ardían los ojos, que le lloraban tanto que apenas podía ver. Cuando levantó la rodilla para arrastrarse hacia fuera, una mano callosa se cerró alrededor de su brazo.

Elinor gritó mientras se soltaba y caía de nuevo en el agujero bajo el suelo.

Capítulo 8

-Señorita Kristensen —gritó Rowland por encima del rugido de las llamas a su espalda y de los gritos que ascendían desde abajo.

Haciendo una mueca de dolor, se asomó al sótano, tanteando a ciegas en la oscuridad. Un segundo después, los delgados dedos de ella se aferraron a su brazo. El alivio —seguido de un dolor punzante en el hombro— lo atravesó mientras se echaba hacia atrás para sacarla.

Tenía los ojos llorosos y tosía cuando su cintura quedó a la altura del suelo. Él la soltó y ella salió gateando por su cuenta.

—Mantente agachada —gritó, señalando con su mano buena hacia lo que había sido la puerta.

El humo le llenó los pulmones. Ella lo siguió a gatas fuera de la cabaña. Una vez fuera, Rowland se puso en pie tambaleándose, comprobó que ella lo seguía y se alejó todo lo que pudo antes de desplomarse sobre la hierba.

—Señor MacRae... ¿estás muerto? —gritó ella, dejándose caer a su lado y extendiendo la mano con cautela.

Rowland abrió un ojo, dolorido.

—Todavía no. Pero estoy en ello.

—Por favor, no... —suplicó ella.

Sus ojos se agrandaron al examinarlo, deteniéndose en el corte de la frente y en la sangre que empapaba la camisa.

—Te han disparado.

—Supongo que sí —gruñó—. Un ciego podría haberme dado. Es difícil fallar cuando disparas por un conducto de un metro de ancho.

Levantó la mano sana y comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Te han disparado en el pozo? —preguntó Elinor, mirando por encima del hombro hacia la cabaña en llamas.

—Sí.

Rowland hizo una mueca al mover el brazo, luchando aún con el primer botón.

Ella volvió la mirada hacia él.

—Pero ¿cómo has salido? Oí los disparos. Luego prendieron fuego. Pensé que estabas...

Su voz se apagó. Tras varios segundos, sus dedos temblorosos apenas habían logrado desabrochar un botón. Él la miró en busca de ayuda.

—Tengo que detener la hemorragia... o moriré.

Ella asintió, tragando saliva, pero no se movió.

—Señorita Kristensen —dijo él con suavidad—, me vendría muy bien tu ayuda ahora mismo.

Elinor miró más allá de él y permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas en el regazo hasta que los nudillos se le tornaron blancos. Rowland reconoció los signos. El shock la estaba atrapando, y si la dejaba caer en él, ambos estaban perdidos.

Tal vez aún podía sacudirla.

—¿Señorita Kristensen? Si tu intención es que muera, hágame el favor de usar esa pistola.

Asintió hacia el arma que yacía en la hierba.

—Pareces una persona compasiva, y no tiene sentido alargar las cosas.

Ella no respondió.

—Señorita Kristensen —insistió con brusquedad, alcanzando la cantimplora—. ¿Podría...?

—Elinor —susurró ella.

—¿Qué?

Rowland frunció el ceño.

—Me llamo Elinor. Ya me has salvado dos veces. Supongo que puedes saber mi nombre.

Él resopló.

—Son cuatro si cuentas el corsé y la cola.

Ella negó con la cabeza.

—No lo hago.

—Sea como sea, me debes una.

Bajó la mano, sosteniendo su mirada.

—¿Vas a dispararme o a salvarme?

Ella dudó, mordiéndose el labio.

—No se me da muy bien salvar a la gente.

Rowland vio cómo el vacío volvía a empañar sus ojos.

—Te diré exactamente qué hacer.

Le tomó la mano y la posó sobre su pecho.

—Quítame la camisa. Veremos cómo están las cosas. Si tenemos suerte, las balas habrán atravesado.

—¿Y si no?

—Un problema cada vez.

Aún no quería contemplarlo.

—Solo quítamela.

Elinor frunció los labios y se inclinó. Sus manos temblaban más que las de él mientras desabrochaba los botones. Rowland cerró los ojos. No podía dormirse. No con el hombro latiendo como un tambor. Ojalá tuviera whisky.

—¿Y ahora qué?

Abrió los ojos. El rostro de ella estaba pálido bajo la suciedad y la ceniza.

—Retira la tela. Despacio... por el lado izquierdo.

Se preparó para el dolor. Pero sus dedos eran sorprendentemente suaves, casi cuidadosos, al apartar la tela de su pecho y su hombro.

Su súbita inspiración lo sobresaltó.

—Tan mal, ¿eh? —murmuró él, intentando alzar la cabeza.

—Te han dado dos veces... casi en el mismo sitio. Y la piel está... está prácticamente desprendida de tus hombros... y de la espalda.

—Eso será de arrastrarme fuera del pozo. ¿Están limpias las heridas?

Volvió a dejar caer la cabeza, maldiciendo el mareo que lo invadía.

—¿Limpias en el sentido de...?

—¿Las balas han atravesado?

—No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo?

—Si no lo ves, tendrás que comprobarlo con el dedo.

Le tomó la mano, notando la uña afilada.

—Con cuidado.

Elinor retiró la mano de golpe.

—No. No podría hacer eso. Yo...

—Tienes que hacerlo —insistió él—. Si no... si se infecta, estoy perdido. Y entonces te quedarás sola aquí, sola para enfrentarte a hombres como los Rawlins.

El horror cruzó su rostro. Dudó un instante más y, finalmente, asintió.

—De acuerdo, señor MacRae.

Su dedo encontró la primera herida.

—Rowland —jadeó él—. Me llamo Rowland, por si lo necesitas para mi lápida.

Sintió cómo el dedo se hundía en la carne. Sus ojos se volvieron y la oscuridad lo reclamó.



Elinor echó agua sobre la última tira de su enagua y la escurrió sobre la hierba junto al señor MacRae —Rowland, se corrigió—. No es que pensara necesitar su nombre para una lápida.

Él seguía inconsciente, pero su respiración era profunda y regular, y ella casi había terminado de vendar ambas heridas. Había tenido suerte. Una bala lo había atravesado por completo. La otra había quedado cerca de la superficie y la había extraído sin demasiada dificultad, aunque el recuerdo de aquel minuto interminable, introduciendo el dedo en la herida, le revolvía aún el estómago. A veces, la delicadeza no servía de nada.

Colocó el último paño y se echó hacia atrás sobre los talones, observando si la sangre volvía a filtrarse. No lo hizo. Exhaló, aliviada. Había utilizado toda su enagua y no sabía qué prenda habría tenido que sacrificar después. Ya había considerado su chaqueta; la lana podría servir como cabestrillo cuando él estuviera en condiciones de moverse.

¿Y cuándo será eso?

Al mirar los restos carbonizados de la cabaña, sintió un vacío en el pecho. No habría refugio aquella noche. Tampoco comida. Solo agua, abundante gracias a su arriesgada hazaña en el pozo. Apenas se había atrevido a creer la historia que había contado a los Rawlins, pero cuando bajó el cubo hacía una hora, había encontrado agua clara.

Su estómago gruñó. Cogió la cantimplora y bebió un largo trago. El agua calmó su garganta, pero no el hambre.

¿Había sido solo esa mañana cuando él le había dado de comer aquella carne? Habían ocurrido tantas cosas que parecía que hubieran pasado días.

Elinor deseó con fervor que no transcurrieran días antes de que el señor MacRae volviera a ser el mismo hombre autoritario de siempre. Incluso la idea de ser entregada a los indios le parecía menos aterradora que enfrentarse sola a la pradera.

Le puso la mano en la frente. No tenía fiebre. Se tranquilizó.

Se sentó a su lado, abrazándose las rodillas mientras el sol descendía lentamente en el horizonte.

A lo lejos, un coyote aulló. Elinor se estremeció. La noche caía con rapidez.

Se acercó más a él, se acurrucó de lado y, con una mano aferrando el arma, cayó en un sueño intranquilo.

Capítulo 9

El sol de la mañana ya caía de lleno cuando Elinor por fin abrió los ojos. Le costó incorporarse, con el brazo entumecido por haberlo usado como almohada casi toda la noche. Cambió de postura y se volvió hacia el señor MacRae, que yacía completamente inmóvil, exactamente en la misma posición en la que lo había dejado la noche anterior. Su propio pulso se aceleró al posar la mano sobre su pecho. Se sintió aliviada al percibir el latido lento y constante de su corazón.

Manteniendo la mano sobre su piel un instante más de lo necesario, se reconfortó con su presencia. Antes de anteayer, nunca había visto a un hombre sin camisa. Ahora, la curiosidad la mantenía hipnotizada. Una variedad de cicatrices —grandes y pequeñas— se extendía por sus musculosos brazos y pecho, indicios de una vida dura. Es un forajido, se recordó. Aunque nada que ver con esos hombres que estuvieron aquí ayer. Estudió el rostro de Rowland y se sorprendió al descubrir en él una huella de preocupación y dolor, incluso dormido. ¿Quién eres? No es un hombre frío y despiadado como creí al principio. Un escalofrío de miedo la recorrió al darse cuenta de lo fácil que le habría resultado entregarla a los hermanos Rawlins. En cambio, le había entregado su única pistola y se había enfrentado a ellos desarmado, arriesgando su propia vida. ¿Qué clase de forajido hace eso? No lo sabía, y tampoco tenía intención de averiguarlo. Sigue siendo peligroso, se recordó. Él es la razón por la que estoy atrapada aquí.

Al tocar suavemente las tiras de tela color óxido que cubrían sus heridas, Elinor se alegró de comprobar que la sangre estaba seca. No se alegró, sin embargo, un momento después, cuando su

estómago gruñó y sintió el dolor punzante del hambre. Con un gemido, se puso en pie y estiró los músculos doloridos. ¿Y ahora qué?

El «descanso» de ayer no había sido, en realidad, un día de descanso —entre la banda de Rawlins, el incendio y las heridas de bala del señor MacRae—. Mientras Elinor llevaba el cubo vacío al pozo, se dio cuenta de que se sentía más agotada, física y emocionalmente, de lo que se había sentido en toda su vida.

De una forma extraña, ninguna de esas sensaciones le resultaba del todo desagradable. ¿No era esto lo que había querido? ¿Vivir una aventura? ¿Hacer algo con su vida? ¿Tener un propósito, aparte de ser la dulce y dócil esposa de un banquero?

El agua salpicaba la parte delantera de su falda mientras sacaba el cubo del pozo y lo arrastraba de vuelta. Los últimos días podían calificarse, sin duda, de aventureros. ¿Pero un propósito? Desde luego, su propósito en la vida no era ser intercambiada con una tribu india. Y ahora tenía la oportunidad de hacer algo al respecto.

Se detuvo junto al señor MacRae y se agachó para quitarle la tira de enagua de la frente. La tela estaba seca, incluso caliente. Elinor le tocó la frente. Ardía. ¿Lo suficiente como para preocuparse? No lo sabía.

Las arrugas de preocupación surcaron su rostro mientras se llevaba los dedos a los labios, pensativa. Con fiebre o sin ella, el señor MacRae necesitaba cuidados que iban más allá de lo que ella podía ofrecerle. Quizá pudiera dejarlo y buscar ayuda. Él había dicho que podía llegar a Sidney en un día.

Se levantó despacio y permaneció de pie, mirándolo desde arriba. Marcharse era lo más sensato. Sola así, no le servía de nada. No tenían refugio, comida ni medicinas. La cruda realidad dictaba que debía irse. Entonces, ¿por qué me siento tan culpable? Se mordió la uña, indecisa.

Porque me voy tanto por mí como para ayudarle a él.

—¿Y qué hay de malo en eso?— se respondió en voz alta—. Ese hombre me secuestró. ¿Por qué no iba a intentar escapar?

Con esas palabras, se apartó con decisión de la lamentable imagen del señor MacRae, tendido e indefenso en el suelo.

Se iría. Encontraría la vía del tren y llegaría a Sidney. Una vez allí, podría enviar a alguien para que ayudara al señor MacRae, mientras ella se quedaba en la ciudad y enviaba un telegrama a Sterling. Seguramente su puesto de profesora aún no se habría cubierto. Le pediría a la junta escolar que le enviara dinero para otro billete, y podría devolvérselo con su sueldo. Lo más probable era que su baúl ya hubiera llegado sano y salvo. Las arrugas de preocupación se suavizaron al imaginar una posibilidad tan dichosa.

Empapó el paño en el agua, lo escurrió y lo colocó sobre la frente del señor MacRae. Él no se movió, ni siquiera se inmutó. La culpa la atormentaba. ¿Cómo podía dejarlo? ¿Cómo no iba a hacerlo? Él la había salvado dos veces. Le debía una más. Pagaría su deuda buscando ayuda.

Dando la espalda al sol, miró hacia el oeste, sobre la pradera. ¿Podría encontrar Sidney por su cuenta? Las dudas se deslizaron en su mente. Pero si alguien le hubiera preguntado la semana pasada si sería capaz de extraer una bala del hombro de un hombre, habría respondido que no.

Y, sin embargo, lo había hecho.

De algún modo llegaría hasta Sidney… y los sacaría a ambos de este aprieto.

Elinor llenó la cantimplora, cogió la pistola y miró con nostalgia su chaqueta, arrugada bajo la cabeza del señor MacRae. Supuso que sería mejor dejarla allí para que le proporcionara el consuelo que pudiera, aunque la idea de entrar en la ciudad sin ella, con la blusa sucia —y sin corsé debajo—, resultaba espantosa. Procuró no pensar en la vergüenza, razonando que, probablemente, ya sería de noche cuando llegara.

Miró a su alrededor por última vez y se aseguró de que el cubo de agua quedara a su alcance.

Dio un paso atrás, a punto de aplastar su sombrero gastado. Lo recogió y lo sostuvo, pensativa. Estaba asqueroso, sin duda, pero… Con una mueca, se lo colocó en la cabeza. El sombrero podría protegerla de más quemaduras solares y quizá le permitiría resistir un poco más. Bajó la mirada una vez más.

—Adiós, señor MacRae… —La voz se le quebró—. Adiós, Rowland.



Con su brazo sano, Rowland levantó el cubo y se echó a propósito la mitad del agua por delante de la camisa. Le proporcionó un alivio inmediato, aunque efímero, y saboreó el momento antes de salir en busca de Elinor Kristensen.

—Mujer tonta… —murmuró entre dientes mientras buscaba su sombrero y recordaba que ya no lo tenía.

Lo que no recordaba era cuándo lo había perdido —antes de saltar al pozo o cuando la había rescatado del incendio—, pero sabía que, sin su protección, le esperaba una caminata larga y calurosa. Ya sentía un calor anormal, y dejar que el sol le diera en la cabeza todo el día no mejoraría en nada su situación. Miró la chaqueta de lana arrugada de Elinor, que aún yacía en el suelo. Debía de habérsela puesto bajo la cabeza la noche anterior, después de que él se desmayara.

Rowland frunció el ceño, disgustado consigo mismo por comportarse de forma tan poco viril por un par de pequeñas heridas de bala. Como para demostrarse que era más fuerte que eso, giró el hombro herido y apretó los dientes para soportar el dolor, maldiciendo al ver aparecer la mancha roja brillante de sangre

fresca. Quizá estuviera peor de lo que había pensado. Solo esperaba que la señorita Kristensen hubiera logrado extraer las balas.

Haciendo lo posible por ignorar el hombro, se agachó, recogió la chaqueta y la sumergió en el cubo. Cuando estuvo bien empapada, se la echó sobre la cabeza, colocándola de modo que las mangas le colgaran a ambos lados de la cara, por encima de las orejas. La lana mojada olía fatal, y no quería pensar en la humillación que sentiría al entrar en la ciudad con ese aspecto. Seguro que ese improvisado sombrero no le duraría hasta llegar. Pero por ahora, mientras seguía a una mujer insensata por la calurosa pradera de Nebraska, tendría que bastar.

Rowland caminó hasta el pozo, volvió a llenar el cubo, vació la mitad y luego cortó un trozo de la cuerda del cabrestante roto. Se alegró de seguir teniendo su cuchillo, aunque se sentía casi desnudo con la funda vacía colgando de su cintura. Al pasar la cuerda alrededor del mango y por encima de su hombro sano, improvisó una forma de transportar el cubo con algo más de facilidad. Al parecer, la señorita Kristensen había considerado oportuno llevarse no solo su pistola, sino también la cantimplora. Se dijo que era mejor así. Esas dos cosas podrían mantenerla con vida. Se enfadaría considerablemente si la encontraba de otro modo. Le había dado demasiados problemas como para que se marchara y muriera ahora. Solo esperaba poder alcanzarla antes de que lo hiciera cualquier otra cosa o persona.

Con zancadas largas, partió en la dirección en la que ella se había ido —evidenciada por las huellas de sus lamentables botas en la tierra entre la hierba de la pradera—. Por muy llana que fuera la extensión, no creía que le llevara mucho tiempo alcanzarla. Puede que estuviera herido, pero apostaría a que aún podía moverse el doble de rápido que ella. Rowland alzó la vista al cielo y calculó que serían unas diez de la mañana. Si se daba prisa, tal vez llegaría a Sidney antes del anochecer. Decidió que lo mejor era ir al pueblo. Sacaría algo de dinero del banco y podrían disfrutar de una buena comida, dormir bien por la noche y conseguir provisiones. Después,

de algún modo, tendría que convencerla de que continuara con él hacia las Colinas al día siguiente.

El único problema era cómo lograr que la señorita Kristensen mantuviera la boca cerrada mientras él la persuadía y lo organizaba todo. Nadie en Sidney lo conocía realmente. Si ella gritaba «forajido» y lo señalaba con el dedo, no habría quien pudiera dar fe de su carácter. Rowland empezó a caminar más deprisa, contando los pasos en segundos, sumando minutos, observando cómo el sol lo alcanzaba hasta detenerse justo sobre su cabeza.

Mediodía. Se detuvo para beber de nuevo, con cuidado esta vez de no abrir la herida del hombro al levantar el cubo. Una vez saciada la sed, reanudó la marcha. La vía férrea debía de estar ya cerca, y habría apostado su pistola —si la tuviera— a que ella seguía la vía hacia el oeste.

Una hora más tarde, su corazonada se confirmó cuando divisó una figura solitaria que se balanceaba, patéticamente, arriba y abajo junto a la vía. Al principio no pensó que fuera ella, sino algún vaquero medio borracho que avanzaba con dificultad. Al fin y al cabo, no conocía a muchas mujeres que llevaran un sombrero como… como el suyo. Parpadeó con rapidez y apartó la manga de la chaqueta de su campo de visión antes de mirar de nuevo. La rezagada llevaba una falda marrón oscuro.

—Me has robado el sombrero…

El enfado le tensó la mandíbula. Allí estaba él, un tonto con lana mojada en la cabeza. Se quitó la chaqueta de un tirón y la golpeó contra el muslo.

Ella le había quitado el arma, el sombrero y la cantimplora. Él la había salvado dos veces, y ella no solo lo había dado por muerto, sino que además le había robado. Le demostraría ahora mismo que no estaba muerto. De hecho, de repente se sentía mejor que en todo el día. El sol podía agotarte, pero también podía contribuir a la curación de un hombre, del mismo modo que la certeza de que

pronto volvería a tener su sombrero y su pistola. Alargando el paso, avanzó hacia la figura, acortando la distancia entre ambos.

A menos de cien metros, oyó su grito desgarrador, y ella desapareció de su vista, perdiéndose entre la alta hierba que crecía junto a la vía.

Capítulo 10

El sonido de una serpiente de cascabel hizo que Rowland se quedara paralizado. Bajó la vista justo a tiempo para ver a una serpiente de cascabel de la pradera, de un metro de largo, deslizarse junto a Elinor. Buscó una piedra, pero, al no encontrar ninguna, se agachó lentamente, lo suficiente para alcanzar su pistola, que yacía en la hierba a unos metros. Levantó el arma, apuntó y apretó el gatillo. El disparo resonó por toda la pradera, dejando tras de sí un silencio denso. Elinor ni siquiera se inmutó.

Rowland recogió los restos decapitados de la serpiente y los lanzó al otro lado del camino. Enfundó el arma y se dejó caer al suelo junto a ella. ¿La había mordido o solo se había asustado? Esperaba fervientemente que fuera lo segundo mientras le revisaba los brazos y, luego, levantaba el dobladillo de la falda, revelando una marca distintiva e inflamada justo por encima de su tobillo izquierdo.

Todo esto… y una serpiente. Rowland sacó su cuchillo y cortó una tira de tela del dobladillo. Ató la tela justo debajo de su rodilla y, después, volvió a alzar la hoja, trazando una X en la mordedura. Bajó la boca hacia su pierna y comenzó la ardua e incierta tarea de extraer el veneno de su torrente sanguíneo.



—Arriba, la segunda puerta a la izquierda —indicó la señora Hayes mientras entrelazaba y separaba las manos—. El doctor no está, ya lo sabe.

—Sí. Ya lo había oído —respondió Rowland con sequedad. Era la tercera vez en unos tres minutos que la angustiada mujer mencionaba la ausencia de su marido—. Estoy seguro de que, habiendo sido usted su asistente, sabrá algo que pueda ayudar a la señorita.

Empezó a subir las escaleras empinadas y estrechas, con Elinor inerte en sus brazos.

Detrás de él, la señora Hayes miró hacia la calle, pensativa.

—Bueno, sí… sí. —Su voz se alzó con repentina certeza—. Hay algo.

Cerró la puerta principal y se volvió para entrar en el comedor.

—Ahora mismo voy —gritó hacia las escaleras.

Rowland entró en el dormitorio y acostó con cuidado a Elinor sobre la cama. Ella seguía con los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Él le tomó la mano y le buscó el pulso. Parecía anormalmente rápido. ¿El veneno haciendo efecto?

Detrás de él oyó los pesados pasos de la señora Hayes.

—Lo compré el mes pasado. Al señor Hayes no le hizo mucha gracia, pero él no vio la demostración como yo.

La mujer entró apresuradamente en la habitación, con un frasco marrón en una mano y una cuchara en la otra.

—Milagroso. Eso es lo que fue. Curó a Miranda Bigbee, y esa mujer llevaba años sin estar bien.

Rowland frunció el ceño.

—¿Cuándo dijo que podría volver el doctor?

—Oh, no por un buen rato —respondió la señora Hayes, casi alegre—. Está en la granja de los Nielson para un parto. Y Mary está tan grande que es probable que tenga gemelos.

No eran buenas noticias. Rowland se frotó la barba incipiente mientras la observaba verter una cucharada de jarabe verdoso.

—¿Qué es eso exactamente?

—El homeopático número 28 de Humphrey.

Levantó el frasco, fijándose en la letra pequeña de la etiqueta.

—Una cura segura para la debilidad nerviosa, la debilidad vital o la depresión, una sensación de debilidad y agotamiento, falta de energía o valor, resultado del exceso de trabajo mental, indiscreción o exceso.

—¿No dice nada sobre mordeduras de serpiente?

Rowland rodeó la cama y se colocó al otro lado.

—Claro que sí.

Como si intuyera su intención de detenerla, la señora Hayes se inclinó, le abrió la boca a Elinor a la fuerza y le introdujo la cuchara. Elinor empezó a tener arcadas, y el líquido verdoso se derramó por los lados de su boca.

—Ahora reténlo ahí, chica —ordenó con firmeza.

Se volvió hacia Rowland, que estaba de pie a su lado con expresión tensa.

—Está débil y agotada, y si el veneno no cuenta como exceso, entonces no sé qué sí cuenta.

Sacó un paño del bolsillo del delantal y volvió a centrar su atención en Elinor.

—Déjame a mí lo de curarla, y la tendremos como nueva en un santiamén.

Rowland ladeó la cabeza mientras un ronquido se escapaba de su boca abierta. La señora Hayes chasqueó la lengua en señal de desaprobación mientras entraba en la habitación, con los brazos

cargados de sábanas limpias que sujetaba contra su generoso pecho.

—Señor MacRae —llamó en voz alta.

Rowland respondió con otro ronquido, aún más profundo.

Ella entrecerró los ojos, avanzó y le dio una rápida patada a la pata delantera levantada de la silla en la que él descansaba, ya apoyada en un ángulo precario contra la pared.

La silla se tambaleó y Rowland levantó la cabeza de golpe, abriendo mucho los ojos mientras una mano se agitaba en el aire y la otra se dirigía automáticamente a la funda de la cadera.

Estaba vacía.

La silla lo arrojó al suelo y se golpeó la cabeza contra la pared. Al alzar la vista, recordó tardíamente dónde estaba y que la mujer corpulenta que se erguía sobre él le había exigido que dejara el arma antes de entrar en la casa.

—Ya se lo dije antes. No regento una pensión, aquí no se duerme.

—Sí, señora.

Rowland levantó una mano para tocarse el sombrero en señal de disculpa, antes de recordar que la mujer también se lo había quitado. Ningún caballero lleva sombrero en mi casa, había insistido ella. ¿Estoy en lo cierto al suponer que usted es un caballero, señor MacRae? ¿Qué podía decir entonces o ahora? Necesitaba que ella lo considerara tan caballeroso como el que más.

Se puso de pie lentamente, haciendo una mueca por el dolor en el hombro.

—Me buscaré una habitación tan pronto como mi Elinor despierte y sepa que está bien.

—Ella está perfectamente sana —insistió la señora Hayes, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la cama.

Dejó las sábanas a los pies y luego se inclinó hacia el cabecero, extendiendo la mano para tocarle la frente a Elinor.

—No tiene fiebre.

Le cogió el brazo flácido, le sujetó la muñeca y le tomó el pulso.

—Tan estable como puede estar —anunció menos de diez segundos después, sin el tiempo suficiente para saberlo con certeza, pensó Rowland.

Dejó caer el brazo de Elinor sin miramientos sobre la cama y se volvió hacia él.

—Su esposa está bien. Váyase ya. Puede volver mañana.

Rowland se devanó los sesos buscando una excusa para quedarse.

—Pero…

—No.

Lo interrumpió, agitando la mano ante su cara.

—Tener a un hombre desconocido en nuestra casa no nos gusta ni al señor Hayes ni a mí.

No iba a dejarse convencer. Miró más allá de ella hacia Elinor, que dormía plácidamente en una cómoda cama, mientras a él le ordenaban marcharse como a un perro callejero.

La señora Hayes extendió el brazo, indicándole que saliera de la habitación antes que ella. Rowland dio un paso y luego se volvió.

—Se va a asustar si no estoy aquí cuando despierte.

La señora Hayes negó con la cabeza.

—Tonterías. Una mujer siempre se siente mejor en compañía de otra mujer.

Rowland temía que tuviera razón, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que Elinor había pasado en los últimos días.

Despertarse en una cama —en una casa— con una mujer cerca en lugar de él probablemente le parecería el paraíso después de haber sido arrastrada por la pradera, hambrienta, deshidratada, a punto de quemarse y mordida por una serpiente. Si fuera un hombre decente, simplemente se marcharía y la dejaría allí en paz.

Lástima que hacía mucho tiempo que había dejado de ser decente. Sus necesidades —o más bien, las de Ethan— prevalecían sobre las de la señorita Kristensen en ese momento, y eso era todo.

Rowland salió al pasillo y la señora Hayes cerró la puerta tras ellos. No tuvo más remedio que bajar las escaleras y esperar en el salón mientras ella iba a buscar sus cosas.

—¿Mi pistola? —preguntó, irritado cuando ella regresó con su sombrero y nada más.

—Es una garantía. Se la devolveré cuando nos paguen, por supuesto.

Le dedicó una sonrisa forzada.

—Por supuesto —refunfuñó él.

Podría pagarle en ese mismo instante con el dinero que le quedaba, pero decidió esperar. Si no conseguía que el banco de Deadwood le enviara un giro para una carreta y provisiones, quizá necesitara ese dinero para llevarlos a casa. Lo que necesitaba en ese momento era una historia que mantuviera a Elinor a salvo allí hasta que él pudiera regresar por ella.

—Cuídela —dijo, mirando hacia la puerta al final de las escaleras—. No nos conocemos desde hace mucho. Una novia por correo, ya sabe.

La señora Hayes arqueó las cejas.

—Ya veo. Qué… interesante.

Evidentemente, quería saber más. Rowland sonrió para sus adentros mientras permanecía allí, observando cómo ella luchaba por no preguntarle. Sin duda, ya se imaginaba el jugoso cotilleo que

tendría que compartir con sus amigas. Giró el sombrero entre las manos, pensativo, mientras construía su historia.

—Es una chica de ciudad. Nos escribimos un par de cartas. Cogí el tren y quedé con ella en Chicago, y nos casamos. Al día siguiente subimos al tren de vuelta a Colorado, y hace tres días, en medio de Nebraska, ese tren fue asaltado por forajidos.

—¡Ay, Dios mío! —La señora Hayes se llevó una mano al corazón—. Supongo que fue horrible.

Él asintió con énfasis.

—¿Eran muchos? Me refiero a los forajidos. ¿Sabe qué buscaban? ¿Había algún cargamento especial en el tren?

La lengua de la señora Hayes casi se le trababa mientras se apresuraba a formular todas sus preguntas.

—No estoy seguro de qué buscaban —respondió Rowland—, pero nos echaron a todos los hombres del tren, a mí incluido. Pero Elinor, mi pequeña Ellie…

Una media sonrisa se dibujó en sus labios al recordar cómo ella se había enfrentado a él en el tren.

—Se abalanzó sobre el forajido más cercano, de alguna manera lo desequilibró y luego saltó del tren justo detrás de mí. Ambos estuvimos a punto de morir.

—Me habían llamado la atención sus moratones —comentó la señora Hayes.

—Una vez que nos recuperamos lo suficiente como para caminar, nos pusimos en marcha por la vía. El problema era que apenas teníamos comida ni agua. Al cabo de un tiempo, nos alejamos de la vía férrea, buscando un manantial que nos permitiera seguir adelante.

Rowland se encogió de hombros.

—Eso es más o menos todo… oh, excepto por los agujeros.

Se tocó el hombro con cautela.

—Unos forajidos me dispararon dos veces. Perdí bastante sangre. Elinor me cuidó.

Volvió a mirar hacia las escaleras con lo que esperaba que fuera una expresión tierna.

—Lo único que hice fue traerla hasta aquí después de que se cruzara en el camino de esa serpiente. Pero verá, lo ha pasado mal… apenas ha dormido, excepto cuando yo estaba ahí para consolarla. Ha tenido pesadillas horribles sobre esos forajidos.

Negó con la cabeza.

—Menuda forma de empezar un matrimonio.

—Bueno, ahora está durmiendo plácidamente. Debe de ser el tónico.

La señora Hayes lo estudió durante un largo minuto.

—Desabróchese la camisa, señor MacRae.

Cruzó los brazos sobre el pecho, expectante.

Él la miró fijamente.

—¿Perdón?

—Menuda historia la que acaba de contar, y quiero ver si es cierta. Además, quizá usted mismo necesite que le echen un vistazo.

—Estoy bastante bien —refunfuñó Rowland.

Aun así, empezó a desabrocharse la camisa, más que dispuesto a ofrecerle aquella prueba a la esposa del médico. Cuando soltó el último botón, se echó la tela hacia atrás todo lo que pudo. Llevar a Elinor le había dolido, pero mover el hombro también le provocaba un dolor agudo.

La señora Hayes se acercó, con los labios fruncidos mientras inspeccionaba las heridas.

Rowland hizo una mueca y maldijo entre dientes cuando los dedos de ella tiraron de los vendajes improvisados que se habían adherido a su piel con sangre seca y sudor.

—Cállese —lo reprendió ella—. Por lo que parece, quizá necesite una cama.

Una sonrisa sincera asomó a sus labios.

—Una cama y una cucharada del Remedio Homeopático Número 28 de Humphrey.

Se hizo a un lado y guio a su nuevo paciente escaleras arriba.

—Arthur cambiará de tono cuando descubra que he curado no a uno, sino a dos pacientes en su ausencia.

Capítulo 11

Rowland silbaba alegremente mientras salía del banco y se dirigía hacia la caballeriza. El pagaré de Deadwood había llegado esa mañana, y se disponía a comprar una yunta de caballos, una carreta y provisiones para el resto del viaje y el invierno que se avecinaba. Si Elinor se hubiera recuperado más rápido, simplemente habría comprado un par de caballos para que montaran, pero ella había dormido casi todo el tiempo durante los dos últimos días, despertándose solo durante breves momentos. Le preocupaba su lenta recuperación —más aún que su ya delgado cuerpo se estuviera consumiendo sin una alimentación adecuada—, pero esperaba que eso se solucionara pronto. Después de verse obligado a tomar el desagradable tónico de la señora Hayes y de dormir como un tronco durante las siguientes doce horas, estaba bastante seguro de saber qué estaba causando el continuo letargo de Elinor. Afortunadamente, aquel día el doctor Hayes estaba por allí para mantener a su esposa fuera de la habitación de la enferma. Rowland esperaba fervientemente que por la tarde vieran una gran mejoría en su paciente para la noche.

Pensando en Elinor y en lo que ambos necesitarían para llegar al campamento lakota y luego a casa, Rowland se detuvo frente a una de las dos tiendas de Sidney. Observó a través del escaparate cómo dos mujeres hablaban sobre un rollo de tela, con la cabeza inclinada en la conversación. Pensó en la lana marrón rasgada de Elinor, su corsé abandonado, sus zapatos destrozados. No se había portado bien con ella en absoluto, y ya era hora de que cambiara eso, de que le demostrara a la mujer de la que esperaba tanta ayuda que podía proporcionarle todo lo que necesitaba. E incluso un poco más.

—Tengo que enviar un telegrama —insistió Elinor mientras intentaba, con un éxito solo parcial, incorporarse en la cama.

Sentía que su cabeza pesaba el doble de lo normal y la habitación daba vueltas vertiginosamente; el hombre y la mujer que estaban junto a ella se movían entrando y saliendo de su campo de visión. Elinor concentró todos sus esfuerzos en la mujer.

—Se supone que debería estar en Sterling, pero unos forajidos abordaron nuestro tren. Uno me secuestró y…

—Te lo dije. Sigue necesitando ese tónico.

Con las manos en las caderas, la mujer miró de Elinor al hombre a su lado.

Él movió un dedo.

—Es el maldito tónico el que le ha provocado las alucinaciones en primer lugar.

—Te equivocas, Arthur. Por una vez, por favor, admite que estás equivocado. Su marido me dijo que ha tenido pesadillas desde que aquellos forajidos les tendieron una emboscada.

—¡No tengo marido!

La voz de Elinor sonó aguda, y se aferró a las sábanas, enderezándose.

—Soy maestra. Respondí a un anuncio para ir a Colorado.

—Tranquila, querida.

La mujer lanzó otra mirada fulminante al médico, luego se sentó en el borde de la cama y tomó la mano de Elinor entre las suyas.

—Soy la señora Hayes, y este es mi marido, el doctor Hayes. Sé que es difícil, pero intentemos ayudarte a recordar dónde estás. Ibas de camino a Colorado, justo después de casarte.

—No… yo…

—Es normal que lo hayas olvidado —la interrumpió la señora Hayes—. Apenas te habías casado cuando esos bandidos pararon el tren. Ahora recuerdas estar en el tren, ¿verdad?

—Sí. Pero yo no estoy…

—¿Recuerdas que te mordió una serpiente?

Elinor se estremeció. Probablemente nunca lo olvidaría. Aquel día había caminado hasta estar segura de que se le iban a caer los pies y, entonces, de la nada, la serpiente había atacado.

—Casi lo había conseguido. Estaba casi a salvo, y esa horrible serpiente me mordió.

Volvió a enfadarse. Se llevó una mano a la cabeza, masajeándose la sien mientras miraba a la pareja con aire suplicante.

—Intentaba escapar, e incluso iba a buscar ayuda para el señor MacRae.

—Por supuesto que sí.

La señora Hayes cogió la botella de la mesita de noche.

—Debió de ser terrible.

—No tienes ni idea —respondió Elinor—. Casi muero en un incendio. Le dispararon dos veces.

—Sí, sí. Vimos sus heridas. Fuiste una buena esposa al cuidarlo con tanto esmero.

La señora Hayes arqueó una ceja y miró con complicidad a su marido. Él negó con la cabeza, pero ella le dio la espalda, con la mano posada sobre el tónico mientras le hablaba con dulzura a Elinor.

—Te haremos sentir mejor en un santiamén.

—Ya está mejor.

El doctor Hayes se alzaba imponente junto a su esposa.

—Dame el frasco, Agatha, y baja a prepararle algo de comer a esta pobre mujer.

Le puso una mano en el hombro a su esposa mientras con la otra intentaba arrancarle el frasco de los dedos.

—Arthur, yo…

—Ahora, Agatha.

Su tono era severo, sin dejar lugar a discusión.

Elinor se encogió sobre las almohadas, observando el peculiar intercambio entre sus cuidadores. Con un bufido, la mujer se puso de pie, con los labios fruncidos y las cejas entrecerradas. Su marido extendió la mano, esperando claramente que le entregara la medicina. Con expresión de disgusto, ella se la dio y luego salió pisando fuerte de la habitación. Él la siguió en silencio, girándose en la puerta para dirigirse a Elinor.

—Traeremos la cena en breve, y no te preocupes más por los remedios de la señora Hayes. Tiene buenas intenciones, pero la vigilaré de cerca esta noche.

Cerró la puerta a medias y salió al pasillo.

Elinor cerró los ojos, con la cabeza inclinada en señal de derrota, mientras pensaba en qué hacer ahora. Evidentemente, la señora Hayes no iba a creerla ni a ayudarla, pero quizá el médico sí. ¿Y el señor MacRae? ¿Dónde estaba? ¿Cuándo habían visto sus heridas y escuchado su retorcida versión de su secuestro?

Casada, claro que sí.

Sintió la misma chispa de ira que cuando él le había exigido por primera vez que se levantara de su asiento en el tren. Pensando en todo lo que había enfrentado desde entonces, Elinor sabía que aún podía encontrar una salida a aquel embrollo. Solo necesitaba llegar a la oficina de telégrafos. Preguntándose si la casa tendría una escalera trasera y una salida distinta a la puerta principal, se inclinó

hacia delante, apartando las mantas, con la intención de caminar hasta la ventana y observar la calle de abajo.

—Necesitarás ropa nueva antes de irte.

Las manos de Elinor se quedaron paralizadas sobre la colcha, y levantó lentamente la cabeza. Rowland MacRae estaba de pie, sano y salvo, en el umbral. Sus ojos se encontraron con los de él, cristalinos y azules, que la observaban con una inquietud apenas disimulada.

—Estás vivo.

Era algo ridículo de decir, pero solo podía pensar en la última vez que lo había visto y en la culpa que había sentido al dejarlo solo y herido.

—No gracias a ti.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Elinor se subió la colcha hasta el pecho.

—No te despertabas. No sabía qué hacer. Me fui a buscar ayuda.

No sabía por qué le importaba, pero de pronto le importaba que él creyera que no lo había abandonado a su suerte.

—Estoy seguro de que ese era tu plan —replicó con sarcasmo —. La ayuda habría llegado un poco tarde, teniendo en cuenta que me dejaste sin pistola, sin cantimplora ni sombrero.

—Te dejé un cubo de agua —se defendió Elinor—. ¿Y qué ibas a hacer con un arma si ni siquiera podías mover el brazo?

—¿Y mi sombrero?

Rowland se acercó y dejó caer un paquete sobre la cama.

—Hacía calor —respondió ella—. Pensé que me ayudaría a llegar a Sidney sin desmayarme otra vez.

—Buen intento, y quizá te hubiera creído, si no fuera porque la señora Hayes acaba de contarme que dijiste que ya estabas casi a

salvo cuando te mordió esa serpiente.

—¡Y lo estaba!

Elinor se inclinó hacia delante, con los puños cerrados a los lados.

—¿Estaba tan equivocada al querer alejarme de ti, para llegar a Sterling, donde se supone que debo estar?

Pasaron varios segundos antes de que Rowland respondiera. Por fin, negó con la cabeza.

—No estás equivocada en absoluto, Brownie. No puedo culparte por querer irte. El problema es que todavía te necesito.

—No es cierto.

Elinor negó con la cabeza.

—¿Para qué podrías necesitarme? En los últimos días has salido de más apuros de los que la mayoría de la gente ve en toda una vida. Seguro que puedes conseguir lo que necesites de los indios sin mi ayuda.

Sus dedos se aferraron a la manta mientras lo miraba, suplicante.

Rowland apartó la silla de la pared y la giró. Se sentó a horcajadas, inclinándose hacia ella.

—¿Te encuentras bien?

—Maravillosamente —refunfuñó Elinor, consciente de que no iba a convencerlo—. ¿Cuánto tiempo permanece el veneno de serpiente en el cuerpo? Siento la cabeza como si estuviera llena de telarañas.

Rowland asintió con comprensión.

—Eso no es el veneno; de eso me encargué yo mismo. Y, para que conste, ya van cinco veces que te he salvado el pellejo.

Elinor lo miró con ira.

—El tónico de la señora Hayes es lo que te está nublando la mente. Yo mismo tomé una dosis y me dejó fuera de combate.

—No creo que descanse hasta que me haya dado más —se quejó Elinor.

—No creo que pueda convencerla de que te deje en paz, pero ¿qué tal algo con lo que tomarte la medicina?

Rowland metió la mano en su funda vacía y sacó una brillante cuchara de plata. Se la tendió.

Elinor frunció el ceño un instante, luego abrió mucho los ojos y le arrebató la cuchara.

—¿Mi plata? ¿Dónde la has encontrado?

Rowland sonrió.

—Parece que tu querida abuelita se va a quedar en el Sidney Imperial unos días.

—Mi abu…

Elinor se detuvo en seco, consciente de que él la había descubierto mintiendo una vez más.

—Le dije que la traería aquí para que pudierais poneros al día, pero rechazó la oferta.

Elinor alzó la barbilla.

—Como te dije antes, dadas las circunstancias, mi mentira estaba perfectamente justificada.

—Lo que tú digas.

La sonrisa de Rowland se amplió.

—De todos modos, convencí a la abuela para que te devolviera la maleta.

—¿Tienes mi maleta completa?

Elinor no pudo ocultar su alegría.

En respuesta, Rowland se agachó y la sacó de debajo de los pies de la cama.

—Parece que es tuya. Todavía tienes ese pesado diccionario. Te dejaré quedártelo si prometes no pegarme.

Elinor ignoró la pulla y cogió la bolsa de viaje. Encantada, la colocó en su regazo, la abrió con rapidez y miró dentro. Una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios mientras revisaba los tesoros familiares, colocándolos sobre la colcha.

—Se parece mucho a ti —comentó Rowland un momento después, cuando Elinor levantó un retrato en miniatura.

Ella alzó la cabeza de golpe.

—¿Has rebuscado entre mis cosas?

—Solo para comprobar que tu plata seguía ahí. No iba a pagar un dineral por unos libros viejos.

—¿Dinero?

Elinor esbozó una mueca burlona.

—¿Qué has hecho, convencer a la anciana de que volverás a trabajar con ella en el próximo asalto a un tren?

Rowland negó con la cabeza.

—No. Solo conseguí algo de dinero a la vieja usanza. Fui al banco aquí en Sidney.

Elinor abrió mucho los ojos, horrorizada. El retrato se le resbaló de los dedos y cayó suavemente sobre la colcha.

—¿Robaste un banco? ¿Heriste a alguien? ¿Te están buscando? Ay, Dios mío.

Empezó a meter los libros y la cubertería de nuevo en la maleta.

Rowland puso los ojos en blanco.

—No lo he atracado. Hice una transferencia a mi banco y me enviaron un cheque. Los únicos que me buscan son el doctor y la señora Hayes, que me esperan para cenar abajo.

—¿Cena?

Elinor lo miró indignada.

—¿Por qué iban a invitar a un simple forajido a su mesa?

Rowland se encogió de hombros.

—Quizá sea porque he pagado una buena suma por tu cuidado. Y la señora Hayes está especialmente prendada de mí. Me bebí su tónico y sobreviví para contarlo. Me está francamente agradecida por haber dejado en ridículo a su marido, por no mencionar que le pareció especialmente heroico la forma en que traje a mi esposa hasta aquí con dos agujeros de bala en el cuerpo.

Elinor entrecerró los ojos.

—Eres despreciable. Tú… tú…

—¿Podrías desarmar a una serpiente con tu encanto? —preguntó Rowland con una sonrisa desarmante.

Ella asintió enérgicamente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Gracias a Dios que no soy una víbora.

—Exactamente lo que pensaba.

Rowland se levantó de la silla.

—Y no estamos casados —añadió ella con tono cortante, aunque no pudo evitar mirarlo con expectación.

Rowland soltó una breve risa.

—Por supuesto que no. Ya lo intenté una vez y, créeme, no volveré a cometer ese error nunca más.

Capítulo 12

Elinor se recogió el pelo mojado en la coronilla, echó la cabeza hacia atrás y se sumergió en la bañera hasta que el agua caliente le lamió la barbilla. Cerró los ojos con éxtasis. El cielo. Esto es el cielo absoluto. Por primera vez en casi una semana, tenía el estómago lleno y estaba limpia. Tal lujo le parecía positivamente decadente.

Se relajó durante varios minutos, pensando en su padre y en todo lo demás que había dejado atrás. Una sonrisa se dibujó en sus labios. En casa, si alguien le hubiera dicho que un plato de sopa le parecería un manjar y un baño caliente un capricho, se habría reído a carcajadas. Pero ¿quién iba a saber hace unas semanas que la arrojarían de un tren, la harían marchar a través de la pradera abrasadora, quedaría atrapada en un incendio, la perseguirían forajidos y la mordería una serpiente de cascabel? Por no hablar de haber sido envenenada lentamente por la esposa de un médico rural.

Con un suspiro, Elinor abrió los ojos y se incorporó en la bañera. Recordar la lista de horrores puso fin a su tranquilo respiro. El lujo no podía durar para siempre. El agua ya se estaba enfriando y la noche caía. Más le valía terminar de asearse, vestirse y marcharse lo antes posible.

Por si acaso —quién sabía cuándo tendría la oportunidad de bañarse de nuevo—, pasó el jabón con aroma a lavanda por los hombros y bajó por los brazos una vez más. Al levantar la pierna para hacer lo mismo, divisó la pulcra X unos centímetros por encima de su tobillo izquierdo. La costra roja y abultada no le provocó desmayos, ni la idea de la serpiente ya le hacía estremecerse, pero

la imagen de Rowland MacRae, con los labios presionados contra su piel, sí la hizo sonrojarse profusamente y hundirse de nuevo en la bañera.

Sus ojos se cerraron de nuevo mientras la vergüenza la invadía. Ya había sido bastante malo que él le sujetara el pie y le pusiera las botas. Era espantoso que hubiera cortado los cordones de su corsé para que pudiera respirar. Pero la idea de que él le levantara la falda —aunque fuera ligeramente— y presionara sus labios contra su pierna bastaba para hacer que quisiera hundirse en el fondo de la bañera de pura vergüenza.

¿Qué diría su padre de semejante comportamiento? Que era una mujer arruinada —caída en desgracia— y que ningún hombre respetable la querría jamás. Pensó en Crowe, tan respetable como se puede ser, y se sintió aliviada al no sentir remordimientos al respecto. Aun así, Elinor no quería que su padre se sintiera descontento con ella. Quería que él creyera, al igual que ella, que había tomado la decisión correcta al darle la espalda a Boston, al matrimonio y a la sociedad. Lo había dejado todo para hacer algo con su vida, para marcar la diferencia —una contribución mucho mayor que su asistencia a la última velada.

Elinor salió de la bañera y se envolvió con firmeza en una toalla. Se le erizó la piel de los brazos mientras se secaba con rapidez y pasaba la tela por sus rizos húmedos, que caían desde la coronilla dejando un rastro de agua fría por su espalda.

Mientras se frotaba las piernas enérgicamente, sus pensamientos volvieron a tornarse decididos. Su padre nunca tendría por qué saber nada de lo ocurrido en la última semana. Aún podía seguir adelante hacia Sterling, donde pasaría su año a solas. La gente del pueblo llegaría a conocerla y a respetarla. Sería una profesora maravillosa; los niños la adorarían y ella a ellos, y tal vez, solo tal vez, algún caballero amable e inteligente la enamoraría perdidamente.

¿Igual que el señor MacRae te sacó de ese tren? No. Por supuesto que no. Rowland MacRae no es ni amable ni inteligente, y

desde luego no es un caballero. Elinor sacudió la cabeza para secarse los rizos y despejar sus ideas. No quería saber nada más de Rowland MacRae. Esa noche se marcharía, y dentro de una semana apenas recordaría que existía. No lo olvidarás tan rápido. Sus pensamientos seguían burlándose de ella. En realidad, sabía que pasaría algún tiempo antes de que el azul intenso de sus ojos se borrara de su memoria o de que el recuerdo del tacto de su mano en su brazo dejara de provocarle un cosquilleo en la piel.

Bueno, de todos modos se esforzaría por olvidarlo.

Cogió el paquete que había junto a la palangana y desató el cordel. Al desenvolver el papel, apareció un vestido de suave calicó azul. Sus dedos recorrieron las ramitas de flores blancas que salpicaban la tela, rígida y nueva. No puedes aceptar un regalo así, y menos aún de él.

—Lo sé —susurró, como para apaciguar su conciencia, aunque sabía que, en realidad, no tenía más remedio que aceptar la ropa.

No tenía ni idea de qué había sido de su blusa y su falda marrón, y no podía quedarse para siempre con el camisón prestado de la señora Hayes. Era lógico, razonó Elinor, que Rowland le hubiera reemplazado la ropa. Al fin y al cabo, era culpa suya que sus prendas se hubieran estropeado.

Al levantar el vestido por los hombros, no pudo evitar sonreír al fijarse en los diminutos botones y los ribetes de encaje en el cuello y las muñecas. Aunque sencillo para los estándares de la sociedad de Boston, el vestido le parecía perfecto. El algodón ligero se adaptaría mucho mejor al clima que la lana de su traje de viaje.

Dejando el vestido a un lado, Elinor sacó una cofia blanca, una enagua, unos pantalones bombachos y un corsé —sin las varillas de ballena—. Sintió que se le calentaba el rostro de nuevo al imaginar al señor MacRae sosteniendo el corsé y quitándole las varillas. ¿Acaso pensaba que le estaba haciendo un favor? No sabía qué pensar, pero siguió sonrojándose mientras se preguntaba si él mismo había elegido cada una de las prendas. Sin duda, otra impropiedad.

Ni siquiera conocía a ningún marido de sus amigas casadas que se ocupara de detalles tan íntimos del vestuario de sus esposas.

Intentó no imaginar a Rowland tocando cada una de las telas mientras se ponía los pantalones bombachos y se metía a duras penas en el corsé, haciendo todo lo posible por atar los cordones. Una vez se puso el vestido y terminó con los botones, se atrevió a echar un vistazo al espejo que había sobre el tocador. El reflejo que la devolvió la mirada la sorprendió tanto que dio un paso atrás, llevándose la mano a la boca horrorizada. Incapaz de resistirse, se inclinó de nuevo, esta vez acercando el dedo a la punta de la nariz para examinar la causa de su angustia.

De un rosa brillante y descamándose, su nariz prácticamente brillaba. Lo único que evitaba que fuera el centro absoluto de todas las miradas era la salpicadura de pecas que cubría sus mejillas. ¿De dónde habían salido? Apartando la mirada del estado lamentable de su piel, Elinor levantó los ojos y se miró el pelo en el espejo. La masa empapada y enredada que colgaba flácida sobre sus hombros no contribuía en nada a mejorar el panorama. Con un suspiro que era en parte frustración y en parte desesperación, rebuscó en su maleta hasta encontrar un cepillo. Con tirones enérgicos, comenzó a peinar sus rizos, haciendo una mueca de dolor con cada enredo.

—Estoy arruinada… —susurró con irritación—. ¿Qué pensarán los buenos ciudadanos de Sterling cuando llegue con este aspecto?

Pasó varios minutos desenredando los nudos hasta que su cabello cayó liso por la espalda. Luego buscó horquillas en la cómoda y en la mesita de noche, pero no encontró ninguna. Al rebuscar en su bolso solo halló cuatro, además de sus dos peines de carey, que solía reservar para ocasiones especiales. Sin más remedio que utilizarlos para sujetarse el pelo, recogió los mechones húmedos en un moño apretado en la nuca; no tenía suficientes horquillas para nada más alto o elegante. Pero pronto se olvidó de su pelo al sacar el último objeto del envoltorio marrón.

Al tomar el par de medias blancas y sedosas, se dio cuenta de que no tenía zapatos. El paquete estaba vacío y sus viejas botas

gastadas no aparecían por ninguna parte. Por si acaso, miró debajo de la cama y en cada uno de los cajones de la cómoda.

Nada.

Con un gemido de desánimo, se sentó en la cama, con las medias nuevas aún apretadas entre las manos. Lo había hecho a propósito. De eso estaba segura. Probablemente Rowland había adivinado que ella intentaría marcharse antes de que él fuera a buscarla a la mañana siguiente y, para asegurarse de que no fuera a ninguna parte, la había dejado sin zapatos.

—Qué descaro tiene ese hombre…

Elinor se cruzó de brazos y se llevó una mano a la barbilla mientras pensaba qué hacer a continuación. Los Hayes seguían abajo. Quizá podría colarse en su dormitorio y ver si la señora Hayes tenía un par de zapatos de sobra.

No puedo hacer eso. Es robar. Elinor se llevó la mano a la frente mientras bajaba la cabeza, avergonzada. ¿Cómo podía siquiera pensar en algo así? Supuso que eso era lo que le pasaba por relacionarse con un delincuente común. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría arrepentirse y volver a sus caminos rectos y estrechos.

No podía robar un par de zapatos. Pero quizá podría pedir unos prestados, pensó, con la intención de devolverlos una vez que hubiera llegado sana y salva a Sterling. Pero supo de inmediato que esa idea tampoco servía. Un ladrón era un ladrón, y eso era exactamente lo que sería si se ponía a hurgar en el dormitorio de la señora Hayes.

Ojalá pudiera pedirle prestado un par, pero tras haber escuchado a escondidas la conversación anterior en el comedor, Elinor sabía que la señora Hayes no se mostraría complaciente. Estaba demasiado enamorada de Rowland como para creer nada de lo que Elinor dijera. No habría ayuda por ese lado.

Desolada, bajó la mirada hacia las medias que tenía en la mano. Al darse cuenta de que no tenía otra opción, se levantó de la cama y las guardó en su maleta junto con el cepillo y la cofia. Cerró la maleta de un golpe y la apretó contra sí. Lentamente, se dio la vuelta y miró hacia la puerta del dormitorio. Era sencillamente escandaloso imaginar que iba a recorrer la ciudad descalza, pero eso era lo que tendría que hacer.

Tenía que alejarse del señor MacRae. Tenía que llegar a Sterling.

Y tenía que ser esa misma noche.

Caminó de puntillas hacia la puerta, la abrió con lentitud y miró hacia el pasillo y las escaleras. Se oían voces desde abajo. Dudó si sería mejor marcharse en ese momento o esperar hasta más tarde, cuando los Hayes se hubieran acostado. Tras un instante de vacilación, decidió no esperar, con la esperanza de que aún pudiera encontrar a alguien en la oficina del telégrafo o del sheriff.

Con suma precaución, bajó las escaleras, pisando cerca del borde para evitar que alguna tabla crujiera. Una vez en la planta baja, se detuvo para escuchar de nuevo. Las voces provenían del salón, al otro lado de la pared. ¿Podría pasar por la puerta sin que la vieran?

Tras respirar hondo en silencio, se recogió las faldas, se arrodilló y se arrastró hacia la cocina, pegada a la pared. La señora Hayes era una ama de llaves meticulosa, y las rodillas de Elinor, cubiertas por sus nuevos pantalones bombachos, apenas rozaban el suelo encerado. Cuando se hubo alejado lo suficiente del salón, se puso en pie de nuevo, con el corazón latiéndole con fuerza mientras avanzaba hacia la puerta trasera, con la mirada fija en el pomo de latón, su puerta hacia la libertad.

Al llegar, se apartó a un lado y se asomó a través de la cortina de encaje para asegurarse de que no hubiera nadie en el porche. El callejón parecía oscuro y desierto, tal y como deseaba. Aún aferrada

a su bolso, giró el pomo, abrió la puerta y salió al exterior, libre por fin.

Capítulo 13

Elinor hizo un gesto de dolor cuando sus pies descalzos tocaron la grava fría y afilada. Hizo todo lo posible por ignorar la incomodidad, caminando lo más rápido posible hacia lo que esperaba que fuera el centro de la ciudad.

—Hace un poco de frío para ir descalza de noche, ¿no crees?

Dio un paso más antes de que su mente registrara la voz de Rowland. Levantó la cabeza de golpe y lo vio apoyado con indiferencia contra un poste del tendedero en el jardín de al lado. Con un grito ahogado, se dio la vuelta y huyó en la dirección de la que acababa de venir, con los pensamientos de pánico revoloteando en su mente mientras sus pies hacían todo lo posible por mantener su cuerpo en pie sobre el terreno irregular.

Subió corriendo los escalones, abrió de un tirón la puerta trasera de los Hayes y luego la cerró de un portazo, deseando tener la llave para echar el cerrojo. Atravesó apresuradamente la cocina, ralentizando el paso un instante al pasar frente al salón, camino de la puerta principal. Haciendo una breve inclinación, Elinor asintió con la cabeza al doctor y a la señora Hayes, que se habían levantado a medias de sus sillas.

—Gracias por tu amabilidad. Te lo agradezco mucho.

No esperó respuesta, sino que se apresuró hacia la puerta principal, la abrió de un tirón y corrió por el camino… chocando de frente con Rowland MacRae.

—Eh, espera, Ellie.

La sujetó con firmeza por los brazos.

—Justo venía a buscarte. Aún no estamos listos para partir.

—Tú…

Elinor lo miró, confundida.

—Saltaste la valla —añadió Rowland, señalando con la cabeza hacia el lateral de la casa—. Supuse que intentarías marcharte esta noche.

La giró hacia la calle, donde esperaban el equipo y la carreta.

—¿Va todo bien? —gritó la señora Hayes desde la puerta.

El médico se acercó detrás de ella, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Te dije que estaba ansiosa por ir a casa de su prima —respondió Rowland por encima del hombro.

Soltó uno de los brazos de Elinor y le quitó la bolsa de viaje. Ella liberó el otro, pero él le agarró la mano antes de que pudiera escapar de nuevo.

—Suéltame —balbuceó Elinor.

—Nos iremos en un momento, cariño —dijo Rowland con tono pausado—. Vaya, Ellie… ni siquiera esperaste a que te trajera tus zapatos nuevos.

Bajó la mirada hacia los dedos descalzos que asomaban bajo el vestido.

La señora Hayes chasqueó la lengua.

—Creo que será mejor que se lleve algún tónico, señor MacRae. Me preocupa que siga un poco alterada por esa mordedura.

—¡No! —exclamaron Elinor y el médico al unísono.

—Entra, Agatha —ordenó el doctor Hayes, tomándola del brazo —. Buenas noches. Que tengan un buen viaje.

Tiró de su esposa hacia el interior y comenzó a cerrar la puerta.

—Esperen —gritó Elinor—. Yo…

La pistola de Rowland, presionando su espalda, la silenció.

—Los dos le damos las gracias —añadió él mientras la guiaba hacia la calle.

La puerta se cerró tras ellos con un golpe seco. Haciendo caso omiso del arma, Elinor comenzó a forcejear con todas sus fuerzas, dando patadas y arañando. Pero, en la oscuridad y sin botas, no era ni de lejos tan eficaz como en el tren. Rowland la subió con facilidad al asiento de la carreta y, sin soltarla, trepó detrás de ella antes de que pudiera saltar por el otro lado. Arrojó su bolso a la parte trasera.

—Podemos hacer esto por las buenas, o puedo atarte y darte de beber el brebaje de la señora Hayes.

Sacó una botella marrón de su bolsillo.

Elinor aferró con la mano libre el extremo más alejado del asiento y tiró, intentando liberarse.

—Sigues siendo terca —murmuró él.

Guardó la botella y se agachó para sacar un rollo de cuerda.

Un destello de luz en la ventana delantera de la casa llamó la atención de Elinor.

—Adelante, átame —dijo de pronto, con una seguridad fingida —. Te están observando.

Rowland miró hacia la ventana, saludó con la mano a la señora Hayes y dejó caer la cuerda sobre el asiento.

Se volvió hacia Elinor con una sonrisa ladeada.

—Démosle algo de qué hablar.

Tomó su mano y la atrajo hacia sí.

Elinor abrió la boca, sorprendida, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Los labios de Rowland descendieron sobre los suyos.

Intentó resistirse, tensar la boca, apartarse… cualquier cosa menos corresponder. Pero él no le dejó espacio para ello.

Sus labios eran cálidos, inesperadamente suaves. Se movían con paciencia, con una insistencia que la envolvía. Un brazo la sostuvo por la espalda, acercándola. El otro se deslizó hasta su nuca, soltando mechones del peinado, acariciando la piel con una lentitud que la desarmaba.

Elinor cerró los ojos.

Por un instante, se permitió sentir.

La cercanía, el calor, el peso de aquellos brazos rodeándola.

Sin quererlo, su cuerpo cedió. Sus manos, antes tensas, se relajaron y se posaron sobre él. Un estremecimiento nuevo, desconcertante, se abrió paso en su interior.

Muy levemente, entreabrió los labios.

Rowland se apartó de inmediato, como si aquello lo hubiera sorprendido tanto como a ella. La miró fijamente.

—Vaya, vaya…

El murmullo la devolvió de golpe a la realidad.

Elinor se llevó una mano a la boca, avergonzada.

Rowland apartó la mirada, agarró las riendas y las sacudió con fuerza.

—¡Arre!

La carreta dio un brusco tirón hacia delante. Desequilibrada, Elinor cayó contra su costado. Él no la sostuvo ni la advirtió. Solo volvió a azuzar a los caballos.

El ritmo aumentó, la carreta se lanzó por el camino oscuro y salió de la ciudad, obligando a Elinor a aferrarse con todas sus fuerzas.

En la ventana, Agatha Hayes dejó caer las cortinas. Se apartó lentamente, llevándose una mano a la frente antes de cruzar la

habitación y dejarse caer en su mecedora.

—¿Y bien? —preguntó el doctor Hayes—. ¿Sobrevivirá tu paciente? ¿Estás satisfecha?

Agatha asintió sin convicción, tomando su bordado para abanicarse.

Satisfecha no era la palabra.

Cruzó las piernas y comenzó a balancearse, empujándose con el pie, mientras una sensación incómoda se instalaba en su pecho. Su marido nunca la había besado así.

Con un bufido, se colocó las gafas y clavó la aguja en la tela.

Ahora todo tenía sentido.

No era de extrañar que Elinor MacRae tuviera tanta prisa por marcharse.



Al oír que Elinor se movía, Rowland abrió un párpado y la observó. Ella examinó su entorno, intentó incorporarse y descubrió entonces que tenía la mano atada a la rueda de la carreta.

—Buenos días.

Se tocó el sombrero.

Elinor se apartó de él y tiró de la cuerda. Rowland volvió a cerrar los ojos, confiado en que no iría a ninguna parte.

—Exijo que me desates de inmediato.

El tono era tan irritado como esperaba. Él también lo habría estado en su lugar, pero no pensaba ceder mientras ella siguiera resistiéndose. Quizá, cuando llegaran al campamento sioux y conociera a Ethan, se ablandaría.

Abrió ambos ojos, se estiró y se puso en pie. Ignorándola, fue hacia la carreta en busca de lo necesario para el desayuno.

—Señor MacRae, insisto…

—Te has levantado con el pie izquierdo, ¿verdad?

Una piedra pasó silbando junto a su oreja.

—Voy a gritar —advirtió Elinor—. Desátame o…

—Adelante.

Rowland se agachó cuando otra piedra voló hacia él. Entonces la vio temblar. Dejó lo que hacía, tomó una manta y se acercó por detrás.

—Toma.

Se la colocó sobre los hombros.

—No es mi intención que te sientas miserable.

—Pues desde luego lo has conseguido —replicó ella, ajustándose la tela.

—Si pudiera confiar en que no vas a escapar…

Rowland dejó la frase en el aire mientras despejaba el terreno para encender fuego.

—¿Adónde iba a escapar?

Miró alrededor, perdida.

Él la observó de reojo. Parecía tan desamparada que, por un instante, sintió una punzada de culpa. Pero Ethan era lo primero. Y, en el fondo, ella no estaba peor de lo que habría estado en Sterling.

Recogió leña, encendió el fuego y puso el desayuno a cocer.

Luego regresó junto a ella y se agachó frente a su rostro.

—Te debo una disculpa por lo de anoche. Lo siento.

—¿Perdón por qué? —espetó ella—. ¿Por secuestrarme otra vez, por conducir como un loco o…?

—Por besarte.

La sostuvo con la mirada.

—No tenía derecho. No lo pensé… solo quería convencer a la señora Hayes…

—De tu mentira —terminó Elinor.

Rowland se irguió.

—Supongo que sí. Pero lo siento. No volverá a pasar. Quizá podamos empezar a decir la verdad de ahora en adelante.

Ella entrecerró los ojos.

—Mentí por necesidad.

—Yo también.

Elinor apartó la mirada.

—No. No es lo mismo.

Rowland se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras.

Ella guardó silencio, pero su labio tembló ligeramente.

—¿Qué tal si hacemos un trato? —propuso él—. Promesas por ambas partes… y te desato.

Elinor no respondió. Seguía mirando la rueda como si fuera lo único importante en el mundo.

—No confío en la palabra de un forajido —murmuró.

Rowland sonrió con ironía y volvió al fuego.

—Yo me pregunto si puedo confiar en ti.

Se sentó y empezó a comer.

—Se está muy bien aquí. Imagino que preferirías comer sola antes que dejar que te dé de comer.

Elinor alzó la vista, furiosa.

—Prefiero morirme de hambre.

—Tan mal, ¿eh?

Rowland negó con la cabeza.

—Avísame cuando estés lista. Prométeme que no vas a huir ni a intentar arrancarme los ojos, y te soltaré.

—Me vas a dar…

Resopló, dándole la espalda.

Rowland terminó de desayunar. Esperaba que ella se calmara, pero en lugar de eso se recostó y volvió a dormirse.

Se acercó, la cubrió mejor con la manta y, sin querer, rozó su pie. Ella no reaccionó, solo curvó los dedos ligeramente.

Rowland sonrió para sí mientras continuaba con las tareas de la mañana.

Capítulo 14

Elinor giró la muñeca dolorida mientras cojeaba de vuelta hacia la manta. Al sentarse, se sacudió la suciedad de los pies descalzos y luego los metió con cuidado bajo el dobladillo de su vestido. Andar sin zapatos la noche anterior ya había sido bastante malo, pero deambular con los pies y los tobillos al descubierto a plena luz del día era totalmente impropio. Con ese fin, se obligó a hablar con él una vez más.

—¿Podría tener esos zapatos nuevos de los que hablaste anoche?

—No.

Tenía la cabeza gacha, con la mirada fija en el trozo de madera que sostenía en una mano y el cuchillo en la otra.

—¿Por qué no? —exigió ella.

—No compré ningún zapato —respondió Rowland, pasando con cuidado la hoja a lo largo de la pieza.

Elinor se quedó sentada en un silencio atónito durante varios segundos.

—¿Cómo se supone que voy a caminar sin ellos? ¿Cómo…?

—Con mocasines.

Por fin levantó la vista y dejó a un lado la figura parcialmente tallada.

—Te compraremos un buen par cuando lleguemos al campamento lakota. Las botas de mujer de la tienda de Sidney eran tan ridículas como tu viejo par, así que no le vi sentido a comprarlas.

Y así la piel de tus pies tendrá unos días para respirar. Esas ampollas podrán curarse, y luego te compraremos los zapatos más cómodos que hayas llevado nunca.

Elinor se llevó una mano a la boca, completamente consternada.

—Sin zapatos… —repitió con tristeza.

—Zapatos diferentes —corrigió Rowland, llevándose el brazo a la frente y secándose el sudor con la manga—. No te preocupes. En las Colinas no hay ninguna sociedad de la que tengas que preocuparte. Confía en mí, los mocasines te servirán perfectamente.

Cogió el trozo de carne y volvió al trabajo.

Elinor soltó un bufido que dejaba claro que no estaba de acuerdo. Se apartó de él y cogió el cuenco de avena fría que él le había preparado antes. Frunciendo el ceño, hundió la cuchara en la mezcla grisácea. Tenía hambre, sin duda, pero ¿tanto?

—Cómelo —le indicó Rowland.

Al mirar por encima del hombro, se sintió incómoda al ver que él la observaba, esperando a que le diera un bocado.

—El parritch es bueno para ti —añadió—. Te llena el estómago, y a tu estómago le vendría bien un poco de sustento.

—¿Cómo lo has llamado? —preguntó ella, mirando el cuenco que tenía en el regazo—. Parritch… ese es el nombre escocés que usaba mi madre. Aunque por aquí se llama avena, supongo.

Elinor intentó removerla mientras trataba de imaginar a Rowland de niño con su madre. No quería imaginarlo así, no quería pensar en él de otra forma que no fuera como un forajido cruel y despiadado. No quería sentir culpa cuando finalmente escapara… y escaparía. La noche anterior había demostrado más que nunca la necesidad de hacerlo.

Al instante, deseó apartar ese pensamiento, pero ya era demasiado tarde. Como ya había ocurrido una docena de veces ese

día, el recuerdo de su beso volvió a su mente. Su imaginación evocó fácilmente los brazos de Rowland rodeándola una vez más, sus manos sorprendentemente suaves, la caricia de sus dedos en su cuello inclinando su cabeza hacia arriba mientras sus labios buscaban los de ella.

Y ella le había devuelto el beso.

Inundada de remordimiento, Elinor apretó los ojos con fuerza, confundida y enfadada consigo misma por no poder dejar de pensar en ese único momento. Crowe le había dado un beso de buenas noches en tres ocasiones distintas, y ella ni siquiera había dedicado un segundo a reflexionar sobre ellos. Besar a Crowe había sido como besar una tabla. Con Rowland, había sido aterrador, reconfortante y estimulante, todo al mismo tiempo.

Ya está. Eso era todo. Por fin se lo había admitido a sí misma. No solo había permitido que un forajido la besara, sino que además lo había disfrutado. Abrumada por la vergüenza, Elinor bajó la cabeza, rezando para que le volviera la fortaleza de carácter. Perdóname, Señor. Mis defensas están bajas y este hombre me está volviendo loca.

Un minuto después, Rowland carraspeó.

—¿Cuánto tiempo se tarda en rezar por un cuenco tan pequeño?

Agradecida por la distracción, Elinor se incorporó, con los ojos abiertos una vez más. A regañadientes, se llevó la cuchara a la boca y dio un pequeño bocado. Estaba frío, grumoso, quemado. Frunció los labios con disgusto.

—Esto es horrible.

—¿Echas de menos la nata y el azúcar? —preguntó Rowland con sarcasmo.

—Déjame adivinar —replicó ella en un tono muy similar—. Has usado ceniza del fuego como condimento.

—No pensé que te importaría mucho… después de lo mucho que disfrutaste de ese perro de la pradera el otro día.

Sonaba ofendido.

—¿Perro de la pradera? ¿De qué estás hablando?

Se movió de nuevo sobre la manta para quedar frente a él.

—En la cabaña de adobe. Antes de que llegaran los Rawlins.

Rowland arqueó las cejas, esperando a que ella recordara.

Así fue, y ella lo recompensó llevándose una mano a la boca y abriendo mucho los ojos.

—¿Eso es lo que me diste de comer?

Él asintió.

—Oh…

Su voz era tranquila, y se le había ido casi todo el color del rostro.

—Adelante, come —la animó Rowland, con voz más suave—. Un viento fuerte te llevaría volando en este momento. Es importante que recuperes fuerzas. En aquel tren, eras una fuerza a tener en cuenta.

En lugar de responder, Elinor comenzó a comer, llevándose obedientemente un bocado tras otro a la boca y tragando con rapidez. Él no tenía que decirle que necesitaba ser fuerte. Los acontecimientos de la semana pasada hablaban por sí solos.

Por fin sintió que su mirada la abandonaba. Al ver que su atención volvía a centrarse en el tallado, giró la cara y aprovechó la oportunidad para observarlo. Su ropa parecía limpia, si no del todo nueva —salvo por su sombrero maltrecho—, y se apoyaba contra el árbol, utilizando la mano y el brazo casi como si su hombro nunca se hubiera lesionado. La forma en que había conducido la carreta la noche anterior también la había asombrado, teniendo en cuenta que unos días antes había creído haberlo dejado por muerto.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó antes de poder contenerse.

Era otra cosa que no debería importarle. No debería importarle.

—Está mejorando —respondió él, esbozando una mezcla de sonrisa y mueca de dolor—, pero me duele como…

—Señor MacRae —le interrumpió Elinor, sabiendo lo que iba a decir a continuación.

Levantó la barbilla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Permítame recordarle que se encuentra en presencia de una dama y, como tal, debo insistir en que modere su lenguaje.

Hizo una pausa y añadió:

—Dudo que su madre, la devoradora de gachas, lo aprobara tampoco.

—Mis disculpas —murmuró Rowland, sin parecer en absoluto arrepentido—. Mi madre lleva mucho tiempo en la tumba, y hace bastante que no estoy en compañía de una dama.

Enfundó el cuchillo y dejó a un lado el trozo de carne.

Alejándose del tronco del árbol, se tumbó en la hierba y se caló el sombrero hasta cubrirse el rostro.

—¿De verdad vas a dormirte ahora mismo? —preguntó Elinor, molesta por el abrupto final de la conversación.

—Si te quedas callada el tiempo suficiente.

—¿No te preocupa que me escape?

—¿Descalza?

Ella percibió diversión en su voz.

—Sí. Lo haría. Lo haré. En cuanto sepa que estás dormido, me iré.

—No, no lo harás —aseguró Rowland—. Me diste tu palabra de que te quedarías aquí, y lo harás. Puede que quieras escaparte —

añadió—, pero romper una promesa va en contra de tu naturaleza.

—Bueno, ¿y qué hay de tu promesa a mí? —preguntó ella, indignada—. Dijiste que me dirías adónde vamos.

—Ya lo he hecho casi una docena de veces —replicó Rowland, con exasperación.

Se giró de costado, dándole la espalda.

—Pero no me has dicho por qué debo ir contigo.

—¿No es obvio?

Pasaron unos segundos antes de que ella respondiera. Ya había llegado a varias conclusiones, todas ellas demasiado inquietantes como para pronunciarlas en voz alta.

—No…

—Eres profesora. Necesito una profesora —dijo Rowland—. Creía que te habías dado cuenta desde el principio. Te lo pregunté en el tren.

Elinor intentó recordar la escena de su secuestro. Todo había sucedido tan rápido, y ella había estado tan aterrorizada. Ahora que lo pensaba, parecía que él le había preguntado si era profesora. Pero ¿por qué no buscar una de la manera tradicional? La respuesta no tenía sentido y, en lugar de tranquilizarla, la inquietó aún más. Había algo que él no le estaba contando. ¿Algo que no quiere que yo sepa?

—¿A quién voy a dar clase? —preguntó—. ¿Hay una escuela en las Colinas? ¿Y cómo voy a enseñar? Mi baúl con todos mis libros y materiales ha desaparecido. No tengo nada con lo que trabajar. Incluso tú debes darte cuenta de que es imposible enseñar a leer a los alumnos sin libros.

—No tienes que enseñar a leer.

Rowland volvió a darse la vuelta, se incorporó apoyándose en los codos y la miró.

—Necesito que le enseñes el idioma… el habla, en realidad. Pasará mucho tiempo —si es que alguna vez llega— antes de que

esté listo para leer.

¿Él? Elinor se imaginó a un muchacho mayor, grande y fornido.

—¿Y quién es ese él al que te refieres? —preguntó, tratando de ocultar el miedo—. ¿Solo voy a tener un alumno?

—Así es —respondió Rowland, ignorando claramente su primera pregunta.

Elinor frunció el ceño.

—Al menos dime si estoy en lo cierto al suponer que este individuo está en el campamento lakota.

—Sí.

Una sensación de agitación comenzó en lo más profundo de su estómago. Un alumno, que resulta estar con los indios. ¿Un pariente de Rowland, quizá? Un nuevo pensamiento, más inquietante que el anterior, se abrió paso en su mente.

¿Y si es peor que un muchacho rebelde? ¿Podría ser… un indio?

—¿Por qué esa persona no va simplemente a la escuela como todos los demás?

—No puede. No hay una escuela para los de su clase.

No ofreció más explicaciones.

—Y ya no te quedan preguntas. Necesito dormir un poco antes de esta noche. Te sugiero que hagas lo mismo.

No hay escuela para los de su clase. Tenía razón. Espera que le enseñe nuestro idioma a un indio. Elinor se abrazó a sí misma y miró las cenizas que quedaban del fuego de esa mañana. Por razones que no lograba comprender, Rowland debía de estar relacionado de alguna manera con su tribu y, para que le devolvieran algo valioso, tenía que llevarles una profesora.

El pánico que había sentido al principio regresó con fuerza. Iba a vivir con —y se esperaba que enseñara a— indios salvajes, la misma tribu que había masacrado a Custer y a sus hombres hacía

menos de dos años. ¿Qué pasaría si no cumplía bien con sus obligaciones?

Elinor se agarró el estómago, luchando contra el pánico y las náuseas, mientras la avena amenazaba con salir. Empezó a tener arcadas.

—¿Estás bien? —preguntó Rowland, incorporándose de inmediato.

—No… —jadeó ella.

Se puso de rodillas, se inclinó hacia delante y empezó a vomitar. Él se situó a su lado en un instante, sujetándole el pelo hacia atrás mientras con la otra mano le sostenía el brazo.

Pasó otro minuto y todo su tardío desayuno desapareció. Su estómago se calmó, al menos momentáneamente. Se dejó caer de nuevo sobre la manta, con la cabeza gacha mientras se limpiaba la boca. Rowland cruzó el campamento para buscar la cantimplora. Un momento después regresó y le tendió su pañuelo, húmedo y fresco.

—Gracias…

Se lo quitó de las manos y lo presionó contra su rostro.

—Me preocupas, Brownie —dijo él, agachándose a su lado.

Ella levantó la vista y sus ojos marrones se encontraron con los azules de él.

—Entonces déjame ir. Por favor.

El arrepentimiento se reflejó en sus ojos.

—No puedo —respondió en voz baja.

Extendió la mano, le acomodó la cofia sobre el cabello para darle sombra.

—Lo siento, pero no puedo.

El atardecer se cernió sobre la pradera cuando Rowland anunció que era hora de ponerse en marcha de nuevo. Elinor se sentía entumecida mientras le cogía la mano y subía al asiento de la carreta. Había dormido casi todo el día y lo único que deseaba era seguir haciéndolo. Dormir parecía su único escape de la pesadilla que estaba viviendo.

Rowland le entregó la manta y ella se la envolvió alrededor para protegerse del frío que sabía que vendría.

—Toma.

Le tendió un par de gruesos calcetines de lana que ella aceptó agradecida.

Se apartó de él, calzándose los calcetines con la mayor discreción posible. Cuando terminó, volvió a mirar al frente, con la mano aferrada al borde en previsión de otro viaje agitado.

Él la observó con curiosidad.

—Ojalá hubiera espacio suficiente atrás para que pudieras dormir. Pero tal y como están las cosas, apenas me cabe todo lo que necesitamos en la carreta. Es mejor traerlo todo ahora. Una vez que estemos en las Colinas, no tiene sentido salir de nuevo a por provisiones.

Elinor siguió su mirada hacia la plataforma de la carreta, observando los sacos, barriles, cajas y… el baúl apretujado en el espacio. Abrió mucho los ojos y se giró en el asiento.

—¿Es eso mío?

—Lo es —confirmó Rowland mientras encendía la linterna.

—¿Cómo… dónde tú…?

—La abuela —dijo él con un guiño—. Parece que tu resguardo de reclamación estaba en la maleta que ella tomó prestada, así que se adelantó y se sirvió también de tu baúl.

—Por supuesto…

Una breve sonrisa asomó en el rostro de Elinor.

—¿También has rebuscado en mi baúl?

—Solo eché un vistazo para asegurarme de que estaba lleno —respondió—. No me interesa hurgar en objetos íntimos, señorita Kristensen. No es que vayas a tener mucho uso para tales frivolidades en las Colinas.

—No…

Su voz se apagó, y el momento de alegría se desvaneció. Mientras Rowland guiaba el tiro hacia la carretera, ella encontró cierto consuelo en la vista de la interminable pradera. Mientras aquella extensión siguiera abierta, siempre habría una posibilidad de escapar y encontrar el camino de regreso a Sidney. Se preguntó cuántos días pasarían antes de que dar la vuelta se volviera imposible.

—¿Por qué viajamos de noche? —preguntó al fin.

—Es sencillo. No quiero encontrarme con nadie, y la carretera de Sidney a las Colinas es muy transitada.

—¿Eres un forajido buscado? —preguntó sin rodeos—. ¿Hay carteles que anuncien una recompensa por tu captura?

Rowland soltó una risa baja.

—¿Carteles? No. ¿Buscado? Probablemente lo esté muy pronto por los hermanos Rawlins. Fui a ver al sheriff de Sidney y le di toda la información que pude sobre su paradero.

Elinor apartó la mirada y se concentró en los caballos. ¿Había ido realmente al sheriff? Nada encajaba. Pero, en realidad, nada lo había hecho desde el momento en que él le había tomado la mano y la había sacado del tren.

Se estremeció y se envolvió mejor en la manta.

—¿Tienes frío? —preguntó Rowland—. Podríamos parar y coger otra manta. —Hizo una pausa—. Y deberías acercarte más.

Asintió hacia el espacio entre ambos.

Elinor tragó saliva. Sentarse más cerca era lo último que debía hacer, pero una parte traicionera de ella admitió que la idea le resultaba reconfortante. Él ya le había salvado la vida varias veces.

Y eso es todo lo que es, se dijo. Nada más.

—Estoy bien —mintió—. Tengo bastante calor.

Rowland negó con la cabeza.

—No es solo eso. Anoche estabas tan cansada que casi te caes del carro. Esta noche quiero que te apoyes en mi hombro si sientes que te duermes. Es más seguro.

Eso sería cualquier cosa menos seguro. Elinor trató de discernir su expresión en la oscuridad. Probablemente, ofrecerle su hombro no significaba nada más que mantenerla con vida.

Debía recordarlo.

Y, sobre todo, debía mantenerse despierta.

Capítulo 15

Elinor se quitó una pelusa de la punta del calcetín mientras miraba a Rowland, tumbado en la hierba a unos metros, con el sombrero calado hasta los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo un forajido?

—Unas seis semanas —respondió él con indiferencia, como si aquella elección no tuviera mayor importancia.

—Hmm…

Elinor se preguntó qué haría falta para reformarlo, para salvarlo de una vida de pecado y miseria. Había vislumbrado al buen hombre que se ocultaba en su interior y no podía evitar preguntarse cómo sería Rowland si cambiara de vida, si estuviera a la altura de su potencial.

—No es mucho tiempo. No me extraña que se te dé tan mal.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó él.

Elinor agitó una mano en el aire.

—Oh, ya sabes. No trajiste ni comida ni agua cuando me secuestraste. Además, solo tenías tres balas y te faltaba tanta confianza para usarlas que me diste el arma.

Rowland se quitó el sombrero y se volvió hacia ella.

—Te di el arma para salvarnos a los dos. Si los seis Rawlins hubieran venido a por nosotros, lo único que habrían conseguido tres balas es que nos mataran.

Elinor ignoró su defensa, sintiéndose en cambio excesivamente satisfecha de haberle sacado de quicio.

Solo tengo que enfadarlo lo suficiente como para que acceda a dejarme dar una vuelta.

—Y luego está el asunto de que te olvidaste del saco de oro en el tren.

—No lo olvidé.

Rowland volvió a cubrirse los ojos.

—Nunca tuve intención de robar. Me uní al asalto de los Rawlins con la esperanza de encontrar a un profesor al que pudiera tomar prestado.

—¿Tomar prestado? —replicó ella—. ¿Así es como llamas a esto? ¿Y durante cuánto tiempo voy a estar prestada?

—Hasta que termines el trabajo —refunfuñó él—. ¿No estás cansada? Has estado despierta toda la noche, igual que yo.

—La verdad es que no.

Se encogió de hombros.

—Hoy no consigo dormir.

Estoy demasiado preocupada. Nos estamos alejando de la civilización y acercando demasiado a las colinas.

—Bueno, yo sí puedo.

Se volvió ligeramente, dando por terminada la conversación.

Elinor guardó silencio unos minutos, esperando. Observó su respiración, cómo se volvía lenta y profunda.

Sonrió para sí.

—¿Sabe tu familia de esto? ¿Saben que su hijo se ha dedicado a…?

—¿Amordazar a las mujeres que no se callan para poder dormir?

Rowland se incorporó de golpe, mirándola con los ojos inyectados en sangre.

—Señorita Kristensen, te lo juro: si no dejas de parlotear, te voy a quitar esos calcetines y te los voy a meter en la boca… justo después de atarte otra vez.

—Bueno —resopló ella—, nunca en mi vida había oído que trataran tan mal a una maestra.

Se incorporó ligeramente.

—Está bien. Tómate tu siesta. Yo… iré a ver a los caballos.

Se puso en pie, sacudiéndose la falda.

—Hazlo —murmuró Rowland—. Acarícialos, dales manzanas, háblales en voz baja si quieres… pero déjame en paz un par de horas.

—A esos animales los tratan mejor que a mí.

—También son más cooperativos y bastante más silenciosos.

Se frotó la barbilla, pensativo.

—Pero si darte manzanas y acariciarte la cabeza te hiciera más agradable, lo haría encantado. Aunque, con tu carácter, quizá necesites terrones de azúcar.

Elinor apretó los puños. Había intentado irritarlo, pero él le había devuelto el golpe.

—Señor MacRae, usted es quien ha agriado mi carácter. Antes de verme obligada a soportar su compañía, era completamente agradable. Pero usted… usted me ha arruinado.

—Cuide sus palabras, señorita Kristensen.

La miró con calma.

—Incluso en el oeste, una mujer arruinada significa una sola cosa. Y ambos sabemos que nada de eso ha ocurrido. Ni ocurrirá jamás.

Con el rostro encendido, Elinor dio media vuelta y se dirigió a la carreta.

Como si alguien fuera a creer eso si sobrevivo a esta prueba.

Sacó dos manzanas del barril y caminó hacia los caballos. Guardó una en el bolsillo y sostuvo la otra en la mano. Cuando estuvo lo bastante cerca, extendió el brazo con cautela.

El animal relinchó suavemente y bajó la cabeza para tomar la manzana.

Elinor soltó el aire. Su corazón se calmó al notar la docilidad del caballo.

Se quedó allí varios minutos, frente a él. Su vía de escape.

Había esperado que Rowland accediera a dejarla montar. Pero aquello era aún mejor.

Inclinándose ligeramente, estudió el lomo del animal, calculando la altura, valorando cómo subir.

Una sonrisa asomó en sus labios al mirar por encima del hombro. Rowland ya se estaba quedando dormido.

Volvió al caballo y susurró:

—Oh, desde luego que no voy a correr.

Capítulo 16

Elinor tenía razón. Yo soy un forajido de pacotilla. Rowland corría por la pradera, con la mirada fija en el suelo mientras intentaba seguir las tenues huellas de cascos en la tierra polvorienta. No podía creer que hubiera dejado que la profesora de Ethan escapara de nuevo, esta vez a caballo.

Examinó el terreno y distinguió el momento en que había dejado de conducir a los animales a pie para montar uno y llevar al otro de la rienda. Por la forma en que las huellas se desviaban del camino hacia la hierba, dedujo que debían de pertenecer al caballo de Elinor. Ningún jinete sensato o experto trazaría un camino tan ridículo. Habría apostado su sombrero a que Elinor no era ninguna de las dos cosas. Probablemente ni siquiera se había subido a un caballo antes.

Dos veces se detuvo para recuperar el aliento y considerar dejarla a su suerte. Dos veces su conciencia le advirtió que no podía hacerlo. Aparte de necesitarla por Ethan y de necesitar los caballos que se había llevado, una verdadera preocupación por su bienestar pesaba en su pecho. Le gustara o no, la señorita Kristensen era su responsabilidad. Si le pasaba algo, nunca se lo perdonaría. Una cosa era trastornar su vida durante un año más o menos; otra muy distinta sería cargar con su muerte.

Eso, sumado a la otra culpa que ya arrastraba, bien podría acabar con él. Y esta vez no tendría a nadie a quien culpar. Había sido él quien se mostró tan cruel aquella mañana. Él quien le dijo que se callara y lo dejara en paz. Por una vez, parecía que ella había hecho justo lo que le pidió.

Rowland siguió adelante con esfuerzo, ignorando sus músculos cansados y su estómago vacío. La garganta seca le pedía agua, pero siguió avanzando. Si él tenía sed, ella estaría al borde de la deshidratación. Si a él le dolían las piernas de correr, las de ella debían de estar rígidas tras pasar horas aferrada a la grupa del caballo. Si él se sentía receloso, solo en campo abierto, ella estaba completamente vulnerable, expuesta a cualquier animal o a cualquier hombre que quisiera hacerle daño.

Recordaba con demasiada claridad la escena que había presenciado en su primera visita a las Colinas. Un tendero, decidido a montar un negocio cerca de los mineros, había cargado dos carromatos con mercancía, había llevado consigo a su esposa y a sus dos hijas, y se había puesto en camino solo desde Sidney.

Necio, pensó Rowland, y no era la primera vez. Aunque aquel día se había guardado la palabra al encontrarlo llorando junto al cuerpo sin vida de su esposa, al borde del camino. Sus hijas habían desaparecido. Un hombre solo que viajara por aquellos parajes con tres mujeres era como internarse en una guarida de leones. La familia no había tenido ninguna oportunidad. A dos días de las Colinas, una banda como la de los Rawlins había puesto un final atroz a su aventura.

Un escalofrío le recorrió el pecho al pensar que la señorita Kristensen pudiera correr la misma suerte. Era tan insensato como aquel tendero, y si algo le ocurría a Ellie, sería enteramente culpa suya.

Cinco minutos más tarde, gritó de alivio al ver a uno de los caballos que había comprado en Sidney pastando tranquilamente junto a la carretera. Ellie había sido lista, llevándose ambos animales para impedir que él la siguiera. Pero en algún momento este debía de haberse soltado, o ella se había alejado lo suficiente como para sentirse segura.
Reduciendo el paso, Rowland se acercó en silencio.

—Toma, chico…

Acarició el costado del animal y, con cautela, montó. Se alegró al notar que no era excesivamente nervioso. Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho Elinor, no parecía haberlo asustado.

Montar a pelo no era lo que más le gustaba, pero si la señorita Kristensen podía hacerlo, él también. Espoleó al caballo y galopó hacia el sur, con la esperanza de alcanzarla antes del anochecer y, con mayor urgencia aún, antes de que algo o alguien lo hiciera.

Tras media hora de cabalgar a toda velocidad, seguía sin haber rastro de Ellie. El sol descendía hacia el horizonte y la inquietud de Rowland aumentaba. Contempló la pradera desierta, imaginándola herida, perdida, sola… o, peor aún, en manos de otro hombre. Al menos cuando la había dejado estaba cerca de la ciudad y llevaba agua y un arma. Ahora, por lo que sabía, no tenía nada. Nada salvo un animal agotado y su obstinación.

A regañadientes, admitió que admiraba esa obstinación. Que la admiraba a ella. Que incluso le gustaba. Lo suficiente como para haber pasado el día evitando pensar en su cercanía en la carreta la noche anterior, en su beso en Sidney… y en el deseo de repetirlo.
Lo último que necesito es otra mujer. Y, aunque lo quisiera, no puedo permitírmelo.

Siguió cabalgando, recorriendo el camino que habían tomado los últimos dos días. La noche caía, y echaba de menos su linterna… y a Ellie. Se obligó a no perder la esperanza. Cuando el último rayo de sol desapareció, el frío se dejó sentir, y el sudor en su frente le provocó un escalofrío.

El camino continuaba hacia el sur, pero una intuición repentina lo empujó a abandonarlo. Se acercaban a las dunas, una zona que había inquietado profundamente a Ellie. Quizá ella se había desviado buscando un atajo. Confiando en su instinto, redujo la marcha y se apartó del sendero, examinando el terreno en busca de huellas.
Minutos después, las encontró: marcas inconfundibles que se internaban hacia el este.

Siguió el rastro durante unos cuatrocientos metros hasta que vio al segundo caballo, solo.

—¡Ellie!

Frenó y oteó la oscuridad.

—¡Señorita Kristensen! —Su voz se perdió en la pradera sin respuesta.

Desmontó de un salto, ató ambos caballos junto a un matorral y comenzó a buscar en círculos cada vez más amplios. Podía haberse cruzado con otros viajeros… pero si así fuera, el caballo no estaría tan lejos del camino. Siguió ampliando el radio hasta que un destello blanco llamó su atención a la luz de la luna.

La cofia de Ellie.

Se arrodilló y la recogió, apretándola entre los dedos mientras el pánico lo invadía.

—¡Elinor!

Era imprudente gritar así, pero no le importó. Si alguien la tenía, quizá el ruido lo haría desistir.

Corrió de un lado a otro, apartando la maleza, hasta que casi tropezó con un pie cubierto por una media.

Se lanzó al suelo.

Ella yacía tendida, con las extremidades en ángulos extraños y la falda levantada de forma indecorosa hasta la pantorrilla. El corazón se le encogió. Podían haberla derribado… o algo peor.

—Ellie… —Su voz sonó ronca.

Al posar los dedos en su cuello, encontró un pulso. Lento. Constante.

Desenroscó la cantimplora y dejó caer un poco de agua entre sus labios.

—Elinor…

Pasaron unos segundos. Ella abrió los ojos.

El alivio lo atravesó con fuerza. Tuvo que contener el impulso de estrecharla entre sus brazos.

El recuerdo de Ethan, tendido igual tras su caída, lo golpeó de pronto. El mismo alivio… y luego la certeza de que algo no estaba bien.

—¿Puedes moverte?

—Creo que sí…

Asintió, pero enseguida hizo una mueca y se llevó la mano a la nuca.

Él palpó con cuidado.

—No hay sangre —murmuró—. Pero tienes un buen golpe. Debiste de darte al caer.

Le acercó la cantimplora y la ayudó a recostarse.

—¿Y las piernas?

Ella las movió con cautela y luego se cubrió la falda al notar la piel expuesta.
Incluso en la oscuridad, él supo que se sonrojaba.

La ayudó a alisar la tela.

—Gracias…

Le mostró los brazos, llenos de arañazos pero intactos.

Rowland alzó la vista, comprobando que no hubiera nadie más. Estaban solos.

Cuando volvió a mirarla, su expresión se endureció.

—Te dije que no corrieras —la reprendió, más suave de lo que sentía.

—No corrí. Cabalgaba. Y nunca prometí que no lo haría.

—¿Tienes idea de lo que te podría haber pasado?

—Sí —respondió ella, abatida—. Podría haber llegado a Sidney si no me hubiera quedado dormida.

Rowland frunció el ceño.

—¿Te caíste porque estabas dormida?

Gruñó y se echó hacia atrás.

—Era difícil montar inclinada hacia delante… y estaba cansada.

Negó con la cabeza, mirando el cielo que comenzaba a llenarse de estrellas. Era la mujer más propensa a los accidentes —y, a la vez, la más afortunada— que había conocido. Pero la suerte no duraría siempre.

La observó. Permanecía inmóvil.

—Ellie, tenemos que hablar.

—¿No deberíamos volver al campamento? ¿Y la carreta?

—Tuve que dejarla atrás. No hay caballos.

Captó su gesto de culpa.

—Que te quede claro —añadió— que si alguien se lleva la carreta y nos quedamos sin comida ni agua, será totalmente culpa tuya.

—Supongo…

Se incorporó con esfuerzo.

—Vamos.

Rowland la rodeó con el brazo.

—¿Te duele?

—Todo.

La atrajo contra su pecho para sostenerla.

—Quédate quieta. Los caballos necesitan descansar y nosotros también.

Su cabeza descansaba bajo su barbilla. Él evitó pensar en ello y Ella se cubrió la cara, conteniendo un bostezo.

—Ni se te ocurra —advirtió—. Dormir tras un golpe así podía ser peligroso.

—Lo siento… por la carreta.

—Lo sientes por haberte dejado atrapar.

Ella giró la cabeza.

—Especialmente por eso.

Rowland casi sonrió.

Ella sostuvo su mirada durante largos segundos. Fue él quien apartó los ojos. Menos mal que estamos cerca de las Colinas. No puedo seguir así.

—Confié en ti —dijo—. Lo suficiente como para dormir sin atarte.

Había sido la primera vez en meses —dieciocho, para ser exactos— que descansaba de verdad.

—Me ayudaría que tú confiaras en mí.

Ella se burló.

—Suelo confiar en hombres que me apuntan con una pistola, me atan a una carreta y me envenenan.

Rowland puso los ojos en blanco.

—Qué tontería. No te envenené… y solo te até una vez.

—¿Y la pistola?

—Tenía que alejarte de los Rawlins. Necesitaba que avanzaras… nosotros y los Rawlins

Elinor apretó los labios.

Rowland no se molestó en preguntar qué era lo que ella intentaba no decir. Que ella hubiera optado por callarse le venía muy bien. Ya era hora de que empezara a escuchar.

—Todo lo que he hecho desde que te tiraron de ese tren ha sido para protegerte. Atarte fue incluso para protegerte, para que no hicieras ninguna tontería como la de hoy. ¿En qué pensabas, marchándote sin comida ni agua? ¿Sabes siquiera montar a caballo?

—Por supuesto que sí. Tomé clases de equitación… hace mucho tiempo. Mi profesor dijo que era la peor alumna que había tenido nunca, pero da igual. Hoy recordé lo que necesitaba. —Levantó la cabeza, y Rowland percibió orgullo en su voz—. Y tengo una manzana en el bolsillo. —Se puso tensa—. Perdóname si no vi la necesidad de preparar un picnic en condiciones. Lo más importante parecía alejarme de ti. Dijiste que el camino desde Sidney era muy transitado. Estaba convencida de que encontraría ayuda.

—Oh, te habrían ayudado de verdad.

Era el turno de Rowland de morderse la lengua. Agradecido de que ella hubiera despertado su ira más que los otros sentimientos contra los que había estado luchando, apartó el brazo y la miró.

—¿Tienes idea de qué tipo de gente recorre este camino?

Cuando ella no respondió, él extendió la mano y le levantó la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Mineros, jugadores, ladrones. A gente así es a quien te habrías encontrado. ¿Por qué crees que viajamos de noche?

—¿Para que no te atrape la ley?

—No. —Sacudió la cabeza, exasperado—. Porque es la mejor forma que conozco de protegerte. Solo soy un hombre, y si nos encontráramos con otros, no podría hacer gran cosa. En esta zona no hay ley, y los hombres que van a las Colinas son un grupo codicioso, que busca hacer fortuna rápidamente como sea. La mayoría estaría más que dispuesta a aprovecharse de una mujer que se cruzara en su camino.

—¿Cómo me has llamado?

—Una faldita —dijo Rowland—. Eso es todo lo que es una mujer aquí arriba. Serás una vista poco común y, en la mayoría de

los casos, los hombres con los que te encuentres pensarán en ti precisamente como eso: una faldita, y lo que hay debajo.

Ella frunció el ceño.

—Eso es despreciable.

—Lo es —asintió él, complacido por el matiz de miedo en su voz—. La situación en las Colinas es lamentable: sin ley y corrupta. El oro hace eso a la gente.

—¿Pero tú no? —preguntó ella con sarcasmo.

—No.

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—Aunque imagino que tú dirías lo contrario.

—Tendrías razón.

El rostro de Ellie se suavizó un poco. Con cuidado de mantener las piernas cubiertas, se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos.

—Aunque debo admitir que eres un forajido bastante… poco convencional.

—Piensa lo que quieras —murmuró Rowland—. Pero si quieres sobrevivir ahí arriba, tienes que aprender a confiar en mí.

Elinor apoyó la barbilla en las rodillas.

—Ya te lo dije antes: no se puede esperar que confíe en un forajido.

—Entonces no deberíamos tener ningún problema. Eres tú quien me ha puesto ese título. La verdad es que eres la única persona, o cosa, que me he llevado sin preguntar.

—Me siento muy privilegiada.

Ella lo miró con ira.

—Ya lo veo —dijo él con sequedad.

Le estudió el rostro en la oscuridad, preguntándose qué haría falta para traspasar su sarcasmo y su desconfianza. Mi habilidad con las mujeres no mejorado mucho. No era la primera vez que Rowland sentía recelos respecto a este encargo. ¿Y si se niega rotundamente a ayudar a Ethan?

Elinor bostezó y miró hacia atrás, como si se dispusiera a tumbarse.

—Ni lo sueñes —dijo Rowland, agarrándola del brazo—. Duerme en el camino de vuelta.

—¿A caballo? Eso no salió muy bien la última vez, ¿recuerdas?

Se tocó la nuca, palpando suavemente el chichón que tenía allí.

—Será bastante seguro. Viajarás conmigo.

—Preferiría no hacerlo.

—Ya somos dos —dijo Rowland, aunque dudaba que sus razones se parecieran en nada—. Pero como los caballos necesitan descansar, puedes responder a algunas preguntas. Te ayudará a mantenerte despierta. ¿Qué te llevó a decidirte por la enseñanza? ¿Por qué no te quedaste en casa y dejaste que papá cuidara de ti?

Elinor frunció el ceño.

—Quizá no quería que me cuidaran. Soy bastante capaz por mí misma.

Sí. Lo sé. Rowland se abstuvo de mencionar las muchas situaciones difíciles de las que había tenido que rescatarla durante la última semana y media.

—¿Tu padre aprobó tu decisión?

Ella vaciló, evitando su mirada mientras se volvía para contemplar la oscura pradera.

—Él no sabía de mi decisión. Y como no he recibido ninguna carta, no estoy segura de cómo se siente ahora.

—Probablemente esté preocupado.

—Enfadado —corrigió ella—. A estas alturas estará furioso.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Rowland—. ¿Por qué os peleasteis hasta el punto de que te marchases?

—Nosotros no…

—Ah… —Rowland la interrumpió—. Ya has hablado un poco mientras dormías, así que más vale que me cuentes el resto.

—No veo por qué necesitas saberlo.

Hizo un puchero y apretó los labios, carnosos y suaves, recordándole una vez más lo agradable que había sido besarla.

—Oh, muy bien —dijo ella al fin—. Mi padre y yo tuvimos un desacuerdo sobre mi prometido.

¿Prometido? Rowland esperó a que continuara, aunque lo que acababa de revelar le inquietaba más de lo que quería admitir. No había considerado la posibilidad de que ella perteneciera a alguien. Cuando la vio por primera vez en el tren, nunca en la vida habría creído que existiera la más mínima posibilidad de que estuviera prometida. Pero entonces, aquella mujer se veía muy diferente de la que tenía ahora ante sí.

El moño severo había desaparecido, sustituido por una mata despeinada de cabello color miel que le caía hasta la mitad de la cintura. Su piel, ya no pálida, brillaba tras días al sol, y una encantadora lluvia de pecas había brotado por sus mejillas y el puente de la nariz, haciéndola parecer más joven que nunca. Rowland se recordó a sí mismo que debía preguntarle cuántos años tenía.

El vestido de calicó azul que le había comprado era una gran mejora respecto al feo traje de viaje, ya que resaltaba su esbelta figura en lugar de ocultarla. Y sus ojos —esos ojos profundos y expresivos—: que Dios le ayudara. Si alguna vez descubría cómo utilizarlos en su beneficio, él estaría en serios apuros. Para colmo de todo, sabía que detrás de esa boca descarada y esa lengua afilada se escondían unos labios que pedían a gritos ser besados.

¿Cómo demonios se le había pasado todo eso por alto a primera vista? Al mirarla ahora y ver las diferencias, se preguntó, de repente, si su atuendo no había sido más que una artimaña.

—¿A tu padre no le gustaba tu pretendiente? —preguntó Rowland cuando ella no continuó con la historia.

Ella negó con la cabeza.

—A mí no me gustaba. Pero mi padre le dio su bendición a Crowe. Nuestro compromiso se anunció en un acto muy público. No tuve más remedio que aceptarlo o hacer que todos sufriéramos una humillación total.

Rowland frunció el ceño ante la imagen que ella acababa de describir. Se imaginó a Ellie, con la barbilla en alto, un orgullo feroz conteniendo sus emociones, mientras permanecía junto a un hombre al que no amaba y soportaba una velada de felicitaciones. ¿No había nadie que tuviera en cuenta sus sentimientos?

—¿Y tu madre? ¿Apoyó a tu padre en su decisión? ¿Pensaba lo mismo? —preguntó Rowland.

—Mi madre está muerta —dijo Elinor—. Pero no, ella no me hubiera obligado a comprometerme. No le importaba mucho lo que los demás pensaran de la sociedad. Era muy…

—Franca —supuso Rowland.

La boca de Elinor se curvó en una sonrisa.

—No, en realidad. Mi madre nunca dio un discurso en su vida, nunca habló con la gente de los círculos sociales. Sin embargo, a su manera tranquila, aun así dejaba claras sus opiniones. No tengo ninguna duda de que no me habría encontrado en esta situación si ella estuviera viva.

—Lo siento —dijo Rowland.

—Sí, bueno, tuve que marcharme —continuó Elinor, haciendo caso omiso de su compasión mientras se limpiaba una lágrima del rabillo del ojo—. Era la única salida. Encontré un puesto como

niñera, pero luego vi el anuncio de profesora en Sterling. Me pareció una buena solución, lo correcto. Compré un billete y pedí prestada algo de ropa del contenedor de la iglesia.

—¿Pediste prestada?

—Muy bien, la cogí —admitió—. Fue después de la reunión de la Sociedad de Socorro de las Damas. Cogí el traje marrón y dejé mi propio vestido a cambio. Estoy segura de que a la persona que se quedó con el vestido le gustó mucho más que a ella le habría gustado ese horrible traje.

Rowland se rió entre dientes.

—Te doy la razón. Sigue.

—Y eso es todo. Mi amiga me ayudó a llevar el baúl a la estación y ya estaba de camino… hasta que cierto forajido me sacó de mi asiento en el tren.

Le lanzó una mirada cómplice.

—¿Ya podemos irnos?

—Todavía no.

—Pero he respondido a tus preguntas —protestó ella—. Seguro que los caballos ya han descansado.

Rowland negó con la cabeza.

—No viste lo rápido que cabalgué para encontrarte.

Elinor miró con nostalgia el suelo detrás de ella.

—Al menos déjame dormir, entonces.

—No —dijo él sin una pizca de compasión—. Al responder a mis preguntas, ya has pagado por robar un caballo. Aún tienes que pagar por el otro.

Ella jadeó.

—No te debo nada, señor MacRae. Me gustaría saber cómo tú pretendes compensar el haberme robado mi libertad.

—Responde a unas cuantas preguntas más y entonces te lo diré.

—¿Qué ha sido de lo de las damas primero?

—Tú vas primera —Rowland sonrió—. Habla tú, luego hablaré yo.

Ella apretó los labios y apartó la mirada.

—Te merecerá la pena —prometió Rowland—. Recibirás una compensación más que justa por tus servicios como profesora.

—Ninguna cantidad de dinero —ni de oro— puede sustituir a la libertad.

Su voz tembló, y Rowland supo que casi la había llevado demasiado lejos. Aun así, tenía que saber más sobre ese prometido. Si ella sentía algo por ese hombre, sería mejor dar media vuelta y subirla al próximo tren de vuelta a casa. Necesitaba una profesora con la cabeza en su sitio, no a una mujer que se pasara el año suspirando por su amor perdido.

—¿Por qué no te importaba tu prometido?

Elinor se mostró sorprendida, y luego incómoda ante su pregunta.

—¿Fue cruel contigo? —preguntó Rowland—. ¿Acaso él…?

—No. Nada de eso.

Hizo un gesto con la mano, descartando la idea.

—Crowe no tenía ni pizca de maldad. De hecho… —vaciló— creo que eso era parte del problema. Era un cobarde y un auténtico dandi, al que no le importaba nada más que el banco de su padre y los eventos sociales —cuyo único propósito era hacer acto de presencia y eclipsar a los demás—. Era aburrido, egocéntrico…

Se contuvo, como si se diera cuenta de lo que estaba diciendo y a quién se lo estaba diciendo. Respiró hondo.

—Lo siento —dijo con humildad—. Eso es más de lo que querías saber.

Era exactamente lo que él quería saber. Se sintió aliviado de que ella no sintiera ningún afecto por aquel hombre y de que lo único de lo que hubiera huido fuera una vida de aburrimiento seguro. Sintiendo por primera vez que estaba haciendo algún progreso, Rowland dijo:

—Así que, al menos en parte, viniste al oeste en busca de aventuras.

—Supongo que eso es cierto —admitió ella—. Pero creo que ya he tenido suficiente.

Le dedicó una media sonrisa.

Se le encogió el corazón.

—¿Te gustaría volver? Si te ofreciera un billete de vuelta a casa, ¿lo aceptarías?

—Lo aceptaría y lo cambiaría por un billete a Sterling.

Odiaba la expresión esperanzada de su rostro.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Lo que quiero saber es si prefieres estar en casa o aquí, conmigo.

Tardó en responder, pero finalmente susurró:

—Aquí.

Su expresión le indicó que estaba tan sorprendida por esa confesión como él.

—No quiero irme a casa.

Sus ojos buscaron los de él.

—Pero quiero volver a sentirme segura.

—Me parece justo —respondió Rowland—. Hay algunas cosas que deberías saber.

Elinor asintió. Seguía abrazándose las rodillas contra el pecho y tragó saliva nerviosamente. De alguna manera, su confesión había cambiado algo entre ellos. Al mirarla ahora, Rowland estaba seguro de que ella sentía ese sutil cambio tanto como él.

—A pesar de mi mala planificación como forajido, no te elegí al azar en ese tren. Casi diría que Dios pudo haber tenido algo que ver en ello.

—Dios no haría…

—Sé lo que estás pensando —la interrumpió Rowland—. Dios no me llevaría a hacer algo malo. Pero piénsalo. Pude averiguar todo sobre los Rawlins, sus planes, su escondite. Gracias a mí, la ley los persigue ahora, y lo más probable es que la banda sea detenida antes de que puedan hacer daño a mucha más gente.

—No sé qué pensar de eso —admitió Elinor.

—No pienses. Solo siente la verdad de todo esto. Caminé de un extremo a otro del pasillo de ese tren sin siquiera mirar a los pasajeros. Sabía que si confiaba en mi intuición —el instinto que Dios me ha dado— encontraría a la mujer adecuada. Y así fue.

—Cuando lo sentí, bajé la vista y allí estabas tú, una maestra recatada y correcta, con un diccionario en el bolso, para colmo. Sabía que estabas destinada a ayudarme.

—Eso está muy bien para ti —replicó Elinor—. Pero yo no tengo esa seguridad. Mientras intentabas sacarme de ese tren, yo le rogaba al Señor que me salvara.

—Parece que eso es justo lo que hizo.

—No veo cómo.

—¿Qué haría tu padre si supiera adónde te has ido?

Elinor se mostró desconcertada ante el cambio de tema.

—No creía que se enterara hasta que le escribiera.

—¿Alguien más, aparte de tu amiga, sabía que te habías ido? ¿Un criado, tal vez? Porque apostaría a que alguien te delató.

Cuando estuve en Sidney, había un hombre mayor con tu fotografía preguntando por ti.

Elinor alzó la cabeza de golpe.

—¿Crees que era mi padre?

—A menos que Crowe ya se esté quedando calvo y tenga tus ojos.

Elinor se tapó la boca con la mano.

—¿Mi padre me ha seguido? Nunca lo imaginé… No pensé que él…

Lo miró, confundida.

—¿Qué debo hacer?

Rowland repitió su pregunta:

—¿Quieres volver a casa?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Es demasiado pronto. Quiero estar fuera al menos un año. Pero mi padre debe de estar preocupado. Si está aquí, entonces…

—Ya me he encargado de eso.

—¿De verdad?

Rowland asintió.

—Tu padre envió un telegrama un día; supongo que a alguien de tu casa o quizá a tu prometido. Hablé con él después y le dije que creía haberte visto en el tren. Me dejó sus datos y, más tarde, pagué a un chico para que enviara un telegrama a la misma dirección.

—¿Qué decía?

—¿No te acuerdas?

Alzó una ceja.

—Era de ti. Le decías a tu padre que no se preocupara, que habías llegado sana y salva a Sidney, que tus planes habían cambiado y que estabas de camino a tu nuevo puesto. Prometías escribir en cuanto te hubieras instalado.

—¿Lo hice?

—Sí.

Rowland asintió con firmeza.

—Y lo harás.

Hizo una pausa.

—Mientras tanto, estás a salvo de tu aburrido prometido…

Se detuvo apenas un instante antes de añadir:

—Y hay un chico que te necesita muchísimo.

—¿De verdad enviaste un telegrama?

Rowland ocultó su decepción. Ella seguía demasiado alterada por lo de su padre como para captar el resto.

—Aún no te he mentido, Ellie.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un papel doblado y se lo tendió.

—Solo que no lo envié yo. Lo enviaste tú.

Elinor tomó el papel y lo abrió. Rowland la observó mientras lo leía. Permaneció inmóvil un instante, luego alzó la vista, con los ojos brillantes.

—Eso fue muy… muy…

—¿Considerado? —sugirió él.

—Amable —respondió ella, mirándolo con desconcierto.

Rowland percibió la lucha interna en su rostro.

—Si te sirve de ayuda —añadió con media sonrisa—, recuerda que tenía motivos ocultos. Si tu padre te hubiera llevado a casa, me

habría quedado sin la profesora que necesito.

Elinor asintió, y parte de su confusión se disipó. Permanecieron en silencio un momento. Luego dobló el papel y se lo devolvió.

—Ya no sé qué pensar —murmuró, ladeando la cabeza—. Me tienes completamente confundida. Se supone que la línea entre el bien y el mal es más clara.

—¿Más clara que qué?

—Que yo, sentada en medio de la nada, conversando tranquilamente con el hombre que me secuestró.

—Estás pensando demasiado.

Rowland la observó con atención.

—Escucha tu intuición. ¿Qué te dice? ¿Soy bueno o malo?

Ella no respondió.

—Es cuando no la escuchamos cuando nos metemos en problemas. Igual que cuando supiste que casarte con Crowe te haría infeliz.

—Mi familia es diferente —insistió ella—. El dinero y el estatus dictan las decisiones. No hay lugar para la intuición.

—Niégalo todo lo que quieras, Ellie. Pero algo te trajo hasta aquí, y tú lo seguiste.

Rowland extendió la mano y le rozó la mejilla con los nudillos. Ella estaba somnolienta, vulnerable. Era el momento perfecto para besarla otra vez.

No lo hizo.

—Lo único que te pido es que dejes de resistirte. Confía en que cuidaré de ti y todo saldrá bien.

Su pulgar rozó su labio.

Elinor abrió los ojos de golpe y lo miró bajo las pestañas.

Una sonrisa leve curvó sus labios.

—Pensabas que te iba a besar otra vez, ¿verdad?

—Sí.

—¿Decepcionada?

—Quizá.

Aquella respuesta lo sacudió más de lo que quería admitir. Era una invitación, y por un instante no deseó nada más que tomarla entre sus brazos y besarla sin medida.

Precisamente lo que no podía hacer.

—Mañana, cuando no tengas sueño, tu respuesta será distinta —dijo—. No has venido aquí en busca de un marido, y yo no te saqué del tren para conseguir una mujer. Esa línea está muy clara. No te haré daño, Ellie. Mantendré mi promesa.

Se levantó, le tendió las manos y la ayudó a incorporarse.

Quedaron frente a frente, iluminados por la luna. Ella lo miraba con los ojos abiertos, confiando en él… por fin.

Rowland sintió algo que creía muerto.

Se obligó a romper el momento.

Sin soltarla, la condujo hacia los caballos.

—Será mejor que nos vayamos. Hay un largo trecho hasta la carreta.

Elinor lo siguió en silencio, y a Rowland le quedó la incómoda sensación de que acababa de ignorar por completo lo que el destino intentaba decirle.

Capítulo 17

Sentada delante de Rowland, Elinor apretaba los dientes con cada paso que daba el caballo. Su paso firme parecía más bien un galope salvaje, sacudiéndola a lo largo de una miserable milla tras otra. Por quinta vez en otros tantos minutos, movió la cabeza de un lado a otro e intentó estirar los doloridos músculos de la espalda y el cuello.

—No sirve de nada —dijo Rowland justo en el momento en que ella llegaba a la misma conclusión.

—Supongo que no.

Suspiró y se recostó contra su brazo, resignándose tanto a la idea de que él a menudo parecía leerle el pensamiento como a la de que necesitaba su apoyo si quería llegar hasta la carreta. Apenas podía soportar estar sentada así —a la amazona delante de él— y ni se le pasaba por la cabeza volver a montar a horcajadas su propio caballo.

—¿Estás segura de que hoy no ha sido la primera vez que montas?

—No, pero sin duda ha sido la última —prometió ella, haciendo una mueca ante una sacudida cuando su caballo subió el terraplén que conducía a la carretera principal.

Rowland se rió entre dientes.

—Me impresiona que hayas aguantado tanto tiempo. Deben de haber sido dos horas de…

Se detuvo bruscamente y carraspeó.

—Tienes una determinación increíble para ser una mujer tan menuda.

Elinor levantó la cara hacia la de él, haciéndole saber que se había dado cuenta de su casi metedura de pata.

—Estaba decidida a escapar.

—¿Estabas? —preguntó él—. ¿Eso significa que has cambiado de opinión?

—Por ahora.

Ella expresó la tregua a la que habían llegado en silencio a primera hora de la tarde. Aún no estaba del todo segura de sus sentimientos, aunque el saber que él había enviado un telegrama para aliviar la preocupación de su padre había cambiado definitivamente las cosas. Ya no podía pensar en Rowland como un forajido. Un verdadero sinvergüenza nunca haría algo tan amable. En cuanto a la declaración de Rowland de que había tenido sus propios motivos egoístas... Elinor sabía que él podría haber encontrado otras formas de sacarla rápidamente de la ciudad —o de deshacerse de su padre.

El telegrama no era lo único que jugaba a favor de Rowland. Había otras cosas que ella no había visto o que no había querido ver antes. Él le había salvado la vida —y probablemente había arriesgado la suya— cuando la apartó del paso del tren y amortiguó su caída. Luego estaba el asunto, nada desdeñable, de que él se hubiera bajado a un pozo peligroso porque ella necesitaba agua desesperadamente.

Le habían disparado dos veces mientras ella estaba a salvo escondida con su pistola. La había rescatado de un incendio, le había curado la mordedura de serpiente, la había llevado a Sidney y había encontrado un médico. Se había pasado las últimas dos semanas intentando protegerme. ¿Por qué no me había dado cuenta antes?

Con repentina claridad, se dio cuenta de que ya no tenía miedo, sino que se sentía a salvo y segura —satisfecha, salvo por

sus dolores y molestias— mientras cabalgaban, con los brazos de Rowland rodeándola protectores. Junto con esta nueva sensación de seguridad, otros sentimientos brotaron a la superficie, sentimientos que no se atrevía a examinar demasiado de cerca. Aunque sabía que si estar en los brazos de Crowe le hubiera hecho la mitad de bien, nunca habría dejado Boston.

Pero se había ido, y allí estaba. En medio de la naturaleza salvaje con un perfecto desconocido —un desconocido al que de repente sentía que conocía mejor que a muchos de sus viejos conocidos en casa. ¿Podría ser que Rowland tuviera razón? ¿Me trajo aquí algún instinto o un poder superior?

Elinor recordó el momento en que la idea de ir al oeste se apoderó de ella. Para entonces, ya había conseguido un puesto como niñera en Virginia, pero algo en el anuncio de profesora en Sterling había captado su atención. Al final del día, había tomado una decisión, trazando planes audaces que la llevarían a más de mil millas de su hogar. En aquel momento, se había convencido a sí misma de que viajar más lejos hacía que su plan fuera mucho mejor, pero ahora se preguntaba si otras fuerzas también habían estado en juego.

Se había imaginado dando clase a un aula llena de niños en Colorado en lugar de dar clases particulares a los niños mimados de una familia adinerada en Virginia. No había duda de que lo pasaría peor en el Oeste, pero el atractivo de hacer realmente algo que valiera la pena era demasiado como para resistirse. En aquella época, le había parecido de suma importancia. Y aún lo era.

—¿Estás dormida, Brownie? —preguntó Rowland, interrumpiendo sus pensamientos.

—No.

—Pensé que lo estarías, ya que dejaste de moverte sin parar.

—Solo estaba pensando —dijo Elinor en voz baja—. ¿Por qué sigues llamándome así, Brownie? No llevaba días sin ponerme ese horrible traje.

Rowland se rió entre dientes.

—No tiene nada que ver con tu vestido. Son tus ojos los que te han valido ese apodo.

Sin saber muy bien si le estaba haciendo un cumplido, Elinor sintió un inquietante cosquilleo en el interior. El hecho de que se hubiera fijado en el color de sus ojos y los hubiera… era más de lo que ningún otro hombre había hecho jamás.

Rowland malinterpretó su silencio.

—Si no te gusta el apodo, seguiré llamándote Ellie… o señorita Kristensen.

—Ellie está bien —dijo ella, con el corazón extrañamente reconfortado por la libertad que él se había tomado con su nombre. Solo sus amigos más cercanos la llamaban Ellie. Para todos los demás —incluidos su padre y Crowe— ella siempre era Elinor.

—Bueno, Ellie, ¿es tu estómago el que gruñe o el mío?

—No lo sé.

Se llevó la mano al vientre.

—Al menos uno de los dos tiene hambre. ¿Todavía tienes esa manzana?

—Creo que sí.

—Sácala del bolsillo, entonces, y comámosla.

Tiró de la cuerda, ralentizando el paso del caballo.

Ellie se palpó con cuidado el costado de la falda, buscando la manzana. Al notar un bulto, pasó los dedos por la tela y localizó el bolsillo. Sacó la manzana y se la mostró.

—Toma. Puedes quedártela.

Él negó con la cabeza.

—La compartiremos. Las damas primero. Dale un mordisco.

Al darse cuenta de que probablemente había sido su estómago el que había gruñido —y lo estaba haciendo de nuevo—, Ellie no discutió, pero se llevó la manzana a la boca y le dio un mordisco grande y jugoso.

—Mmm…

Captó la sonrisa de Rowland mientras él la miraba.

—¿Siempre has sido tan franca con la comida?

—¿Qué quieres decir?

Apartó la manzana fuera de su alcance.

—O te encanta o lo odias. Actuaste como si el perro de la pradera fuera un manjar gourmet, pero te quejas durante una hora por la avena cada mañana.

—¿Soy tan mala? —preguntó ella, contrita—. Sinceramente, no creo que haya dicho dos palabras sobre la comida en toda mi vida antes de la semana pasada. En casa se sirve a la misma hora cada día, y comemos en el comedor, manteniendo una conversación educada. Sería extraño —probablemente se consideraría de mala educación— hablar de lo que estamos comiendo.

—Suena aburrido —dijo él—. Supongo que te prefiero eufórica o malhumorada. Así las cosas se mantienen interesantes.

—Pero aquí fuera —continuó ella, queriendo que él la entendiera— he pasado hambre por primera vez en mi vida. Nunca sé cuándo ni si voy a comer. Supongo que ya no doy por sentada una buena comida. Eso es todo.

Asintió.

—Simplemente estoy agradeciendo una buena comida… o una pieza de fruta, según sea el caso.

Le tendió la manzana.

—Agradecida y quisquillosa —corrigió Rowland, con diversión en la voz—. Aunque lamento que no hayas tenido comida decente aquí. Matarte de hambre nunca formó parte del plan.

Le quitó la manzana, la giró en la mano y le dio un mordisco más profundo, justo donde ella lo había hecho.

Ellie tragó saliva lentamente mientras lo observaba, horrorizada de que su mirada se desviara tan a menudo hacia su boca.

Él se dio cuenta de que ella lo miraba y, una vez más, pareció adivinar sus pensamientos.

—Si comemos primero un lado —explicó— no se me pegará la mano.

—Por supuesto —dijo Ellie.

En lugar de devolverle la manzana, se la quedó y la acercó a sus labios.

—Adelante —la animó.

Sin otra opción, inclinó la cabeza hacia delante y le dio un mordisco más pequeño junto al que él había dado.

Sabía aún mejor que el primero, pero esta vez se quedó callada.

Rowland levantó la manzana y volvió a morder donde ella lo había hecho. Se la ofreció una vez más. Ella dio otro mordisco, sintiendo cómo se sonrojaba al rozar sus labios con el dedo de él. Menos mal que está oscuro. En contra de su mejor juicio, levantó la vista y observó cómo los dientes de él se hundían en la manzana. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Quieres un poco más? —murmuró él mientras masticaba.

Ellie negó con la cabeza.

—No, gracias.

Temía lo que pasaría si comía más. Antes, prácticamente le había pedido a Rowland que la besara, y él se había negado con calma, por razones muy lógicas y correctas. Ahora, ahí estaba de nuevo, apenas capaz de apartar los ojos o los pensamientos de su boca.

Gimió.

—¿Te duele más? —preguntó Rowland.

Se terminó la manzana y tiró el corazón.

—Apóyate en mi pecho y duérmete. Te mantendré a salvo.

Sabía que lo haría. Ya no le tenía miedo a él, sino a sí misma, y resistió el impulso de acurrucarse contra él. Pero la tentación de un sueño sin preocupaciones, combinada con el trote constante del caballo, terminó por arrullarla hasta que cerró los ojos.

Estaba profundamente dormida cuando, un rato después, el brazo de Rowland la rodeó con más fuerza y él inclinó la cabeza por un instante. Con la mejilla apoyada en su cabello, un suspiro casi inaudible escapó de sus labios.



Con los ojos legañosos, Ellie se quedó mirando el fuego, tratando de entender lo que la rodeaba, la mañana… la noche anterior. Fragmentos de su conversación se reproducían en su mente, dejándola nerviosa, con sus emociones en un estado no mejor que el de los últimos días.

Ayer las cosas habían sido sencillas. Rowland MacRae era malo. Era el forajido que la había secuestrado y cometido quién sabe cuántos otros actos ilegales. Pero anoche había destrozado esa imagen, contándole lo que ella creía que era la verdad —sobre él mismo y su secuestro.

Recordaba vagamente haberse quedado dormida, y estaba bastante segura de recordar que Rowland la había bajado del caballo un rato después. Lo que pensaba que había pasado a continuación era lo que la tenía desconcertada.

Él le había dado una manta, y ella se había acurrucado y se había vuelto a dormir enseguida… ¿o no? ¿Era un sueño, o se había

inclinado Rowland a su lado, la había arropado y le había dicho que él también quería besarla?

—Pero no te defraudaré, Ellie. Y rezo para que tú tampoco me defraudes.

Palabras recordadas o imaginadas, no estaba segura.

—Desayuno junto a la rueda de la carreta, puntualmente al amanecer —dijo Rowland, agachándose para entregarle un cuenco humeante.

—Gachas de avena, qué sorpresa.

Las palabras salieron antes de que tuviera tiempo de pensar. Ellie se mordió el labio y miró a Rowland, pero si él había oído o le había molestado su sarcasmo, no lo dejó entrever. Prometiéndose guardar silencio, levantó la cuchara, sopló sobre las gachas y luego dio un bocado.

Estaba delicioso.

—Esto está bueno —soltó, olvidándose por completo de su promesa.

Se inclinó hacia delante, echando un vistazo al interior de la carreta, bromeando sobre la posibilidad de que alguien que realmente supiera cocinar se hubiera unido a ellos en mitad de la noche.

—¿Lo has hecho tú?

—Le he añadido más agua y un poco de azúcar moreno —respondió Rowland.

—Hoy estamos de celebración.

—¿De verdad?

Se recostó sobre la manta y volvió a hundir la cuchara en el cuenco.

—Sí.

Ellie se dio cuenta de que él parecía estar disfrutando del desayuno tanto como ella.

—¿Qué estamos celebrando exactamente?

Rowland se levantó, se acercó al fuego y volvió a llenar su cuenco con la olla que colgaba allí. Se giró y la miró fijamente.

—Ya no vas a huir…

Levantó la vista y contempló la pradera.

—Y… para esta noche deberíamos tener a la vista las colinas.

Capítulo 18

Rowland tiró de las riendas, haciendo que los animales se detuvieran a una buena distancia del camino. Soltó las riendas, levantó una mano y se estiró con torpeza. Aparte de estar muerto de cansancio, tenía el costado rígido y dolorido de que Ellie se hubiera apoyado en él durante las últimas tres horas.

—Ellie. Despierta.

Rowland se inclinó y le levantó la cabeza del hombro. Apenas se movió y, aunque había estado durmiendo, él sabía que estaba al menos tan cansada como él. Era la primera noche de las últimas tres en la que se había quedado dormida, y la había visto luchar contra el sueño todo lo que pudo.

Abrió los ojos y lo miró. Rowland reconoció su momento de pánico mientras su mente intentaba registrar dónde estaba. La preocupación grabada en los rasgos de su joven rostro le provocó un momento de culpa.

Solo un par de días más, pensó mientras bajaba del asiento. Y entonces conocerás a Ethan, y todo irá bien. Esperaba —incluso había rezado en silencio varias veces— que todo saliera bien. Pero las dudas le atormentaban. A Margaret no le había importado Ethan, y era su propia carne y sangre. No todas las mujeres son como Margaret, se recordó Rowland. Ellie era, de hecho, bastante diferente a ella. ¿Lo suficientemente diferente como para aceptar cuidar y educar a un chico problemático? No lo sabía.

—Ten cuidado —dijo Rowland.

Extendió los brazos para ayudarla a bajar de la carreta. Sin levantarse del todo, Ellie se inclinó hacia él, dio un paso y su grueso

calcetín se enganchó en una tabla astillada del suelo. Aún medio dormida, perdió el equilibrio y cayó hacia delante, directamente en sus brazos extendidos.

Él la cogió con facilidad y la bajó del carro, deseando una vez más que sus circunstancias fueran diferentes o, al menos, que hubiera una forma más fácil de viajar —sin tener a Ellie tan cerca—.

Ella se recuperó y murmuró un «gracias». A Rowland le volvió a sorprender lo buena mujer que era. ¿Cuántas mujeres le darían las gracias a un hombre por algo tan sencillo como ayudarlas a bajar de un carro cuando se habían visto obligadas a dormir sentadas en él toda la noche porque las estaban arrastrando —como había dicho Ellie— a medio de la nada? No muchas, imaginó.

Desde su conversación de hacía varios días, ella se había mostrado cooperativa, divertida, incluso agradable. Ahora se sentía mal por haberle dicho que los caballos tenían mejor carácter que ella. Resultó que Ellie no había mentido cuando le dijo que era perfectamente agradable… hasta que él apareció. Él había visto su otra cara en los últimos días, y le gustaba lo que veía. Demasiado. Varias veces se había sorprendido riéndose con ella o contándole más de su pasado de lo que quería, y había tenido que contenerse. No tenía sentido volver a acercarse demasiado a Ellie ni a ninguna otra mujer jamás.

Rowland le lanzó una manta, resistiendo el impulso de desplegarla él mismo y arroparla para lo que quedaba de la noche. Pero ya había hecho eso y sabía que cuanto más compartieran momentos como aquel, más difícil se volvería su situación. Había esperado que su tregua facilitara las cosas, pero, en cambio, solo había traído nuevos y más graves. Habría sido bastante sencillo evitar que Ellie se escapara, pero no era tan fácil evitar que él mismo corriera hacia ella. Un hombre se sentía solo, y una mujer tan atractiva como Ellie era una tentación insoportable.

Se dio la vuelta, pero no sin antes darse cuenta de que ella tardó apenas dos segundos en echarse la manta por encima y dejarse caer sobre la hierba, agotada. Su sentido de la decencia se

estaba desmoronando en más de un sentido. El hambre y la falta de sueño hacían que las sutilezas como una mesa bien puesta y una cama parecieran menos que necesarias.

Es bueno, pensó, que esté dejando atrás sus modales de ciudadana. También era una suerte que Ellie pareciera estar alejándose de él. Aunque por fuera se mostraba agradable, Rowland notaba que por dentro estaba preocupada. Percibía que su agitación aumentaba cuanto más se acercaban a su destino. Ojalá supiera qué decir para aliviar sus miedos, pero no estaba seguro de qué decir. Varias veces había empezado a sacar el tema de Ethan, solo para echarse atrás. De alguna manera, no creía que hablarle de su hijo fuera a servir de nada. Probablemente, ella esperaba a un estudiante normal, del tipo que habría tenido en Sterling.

Aun así, se recordó Rowland, a Ellie prácticamente se la habían echado encima —literalmente, cuando la empujaron fuera de aquel tren— y estaba convencido de que ella era la persona adecuada para ayudarle.

Atendió a los caballos, luego cogió su saco de dormir del asiento y lo extendió a una buena distancia de ella. Una delgada luna colgaba baja en el cielo, y a Rowland le reconfortaba saber que no estaría ni a la mitad de su ciclo antes de que volviera a tener a Ethan en sus brazos.



La interminable loma de negro —tal y como había aparecido desde la distancia— se fue transformando poco a poco en un bosque de un verde intenso a medida que la carreta avanzaba desde la árida pradera hacia los pinos. A pesar de su temor por lo que les esperaba, Ellie no pudo evitar disfrutar del cambio. Campos de flores silvestres, arroyos caudalosos y altos pinos los rodeaban, llegando en algunos lugares hasta el mismo borde del camino. Las Black Hills eran hermosas, y al recordar la única vez que ella y Rowland habían

hablado de los indios, de repente no pudo culpar a los lakota por querer conservar esta tierra para ellos solos.

Aun así, el temor crecía en su corazón, al igual que el silencio entre ella y Rowland mientras viajaban. Apenas le había dirigido dos palabras en todo el día. Estaba perdido en sus propios pensamientos otra vez, y eso la inquietaba aún más. Eso y el hecho de que ahora viajaran de día. Rowland había anunciado que era seguro hacerlo dos días atrás, cuando abandonaron la carretera principal en dirección a los yacimientos de oro y Deadwood y se dirigieron al noreste hacia la Agencia Touch the Clouds, una de las varias agencias indias dentro o alrededor de las Black Hills.

Si pensaba que la arena de la carretera a las afueras de Sidney dificultaba el viaje, se equivocaba. Las carreteras de las Black Hills no se parecían a nada que hubiera visto antes. En varios lugares, apenas podía distinguir que estuvieran circulando por algún tipo de camino. La hierba alta rodeaba la carreta, y ocultas entre ella había cientos de rocas de buen tamaño, justo del tipo que desequilibraba las ruedas de la carreta. Le dolían las manos de agarrarse al borde del asiento durante horas y horas, y no estaba nada segura de poder volver a ponerse erguida después de todos los sacudones y botes que había soportado su espalda.

—¿Podrías… conducir un poco… más despacio? —soltó Elinor entre dientes mientras atravesaban un tramo de terreno especialmente accidentado y ella se tambaleaba hacia un lado una vez más.

Rowland sacudió la cabeza.

—Si seguimos a este ritmo, recorreremos treinta millas hoy. Solo quedan un par de días más.

Se le revolvió el estómago a pesar de estar vacío. Cerró los ojos, deseando fervientemente que aquello fuera una pesadilla de la que pudiera despertar. ¿Por qué no le dije que quería volver a casa? ¿Cómo voy a enseñar a un indio? ¿Y quién es este alumno y por qué quiere que le enseñen? Ojalá Rowland respondiera a sus preguntas,

pero cada vez que intentaba averiguar más sobre su tarea de enseñanza, él la despachaba, diciéndole que le explicaría las cosas cuando llegaran allí.

Con suerte, eso significaba que no solo iba a dejarla allí, dar la vuelta con la carreta y marcharse. Quizá él mismo se quedara un tiempo. Esa posibilidad le infundió nuevas esperanzas. Había llegado a depender de Rowland.

Mirándolo de reojo, decidió averiguarlo.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos en el campamento lakota?

—No mucho —respondió él, con la mirada fija en el camino sin señalizar que tenían ante ellos.

La esperanza se avivó. Ella había dicho a propósito «nosotros» y…

—Tengo dos docenas de cabezas de ganado y una cosecha que me esperan en casa —continuó Rowland—. No puedo perder más de un día en el campamento.

El corazón de Elinor se hundió. No había dicho nada sobre que ella se fuera con él. Era tal y como había creído desde el principio. Ella era un intercambio por lo que fuera que él necesitara de los indios.

Nada más.

Volvió a cerrar los ojos e incluso se permitió apoyarse en su hombro, segura de que se desmayaría si no lo hacía. Pasó un momento y se sorprendió al sentir el brazo de Rowland rodeándola. Resultaba extrañamente reconfortante y le trajo a la mente el beso que parecía haber ocurrido hace una eternidad. Esta vez, Elinor se permitió pensar en ello sin vergüenza, sabiendo que podría ser uno de los pocos y preciados recuerdos a los que tendría que aferrarse mientras vivía y trabajara entre gente desconocida.

Capítulo 19

-¡Eh! —exclamó Rowland, tirando de las riendas. Detuvo la carreta junto a un grupo de pinos y accionó el freno de mano.

—¿Pasa algo? —preguntó Elinor con preocupación. Ayer habían viajado hasta bien entrada la noche, y ahora apenas habían pasado unas horas desde el mediodía—. ¿Por qué nos detenemos?

—Hay algo que quiero enseñarte, y vamos un poco adelantados.

Bajó de la carreta y le tendió la mano.

—Mañana llegaremos al campamento lakota. Sé que estás preocupada, pero me gustaría que los dos nos olvidáramos de mañana y disfrutáramos de esta tarde. Ya hemos recorrido un camino difícil, y a partir de aquí no se vuelve más fácil.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y esta se sorprendió al ver reflejada su propia preocupación.

Quizá él sienta algo parecido a lo que yo siento respecto a nuestra separación.

Atónita ante esta posibilidad, Ellie puso su mano en la de él y bajó con cuidado al suelo. Era imprudente y peligroso no pensar en nada más allá de una tarde agradable. Sin embargo, eso era exactamente lo que quería hacer. ¿Qué daño puede hacer una tarde? Mucho, cuando él me deje mañana.

Haciendo caso omiso de todo pensamiento racional, Ellie levantó la cara hacia él y sonrió.

—Estaría encantada de pasar una tarde sin preocupaciones con usted, señor MacRae.

Volver a las formalidades con los nombres no va a hacer que las cosas vuelvan a ser como eran hace una semana. Hemos cruzado demasiadas barreras.

—¿Quieres que te lleve en brazos o vas a entrar en calcetines?

—Lo que me gustaría es coger mi otro par de zapatos del baúl —insinuó con esperanza, aunque había hecho la misma petición —y se la habían denegado— al menos una docena de veces en la última semana.

—Adelante —dijo Rowland, sacando la llave del baúl de su bolsillo y tendiéndosela.

—Y ya que estás —añadió—, coge cualquier otra cosa que necesites o quieras para darte un baño.

Ellie le lanzó una mirada recelosa mientras cogía la llave.

—¿Qué has dicho?

—Has oído bien —sonrió Rowland—. Hace unos días me contabas lo mucho que echabas de menos la bañera de tu casa, así que pensé que quizá te gustaría tener la oportunidad de darte un baño. Ve a por tus cosas.

Con las manos en las caderas, no hizo ningún movimiento para volver a subir al carro.

—¿Dónde piensas que hay una bañera? ¿Hay alguna casa? ¿Vive alguien por aquí?

Él se rió entre dientes.

—No hay bañera. Tengo algo mejor.

Ella negó con la cabeza.

—Nada podría ser mejor que un baño caliente.

Se ha vuelto loco si cree que voy a bañarme en un lago.

—Gracias, pero nunca podría…

—Ellie —la llamço, con voz ligeramente exasperada—. Confía en mí.

Ella frunció el ceño; odiaba cuando él decía eso. ¿Acaso no había confiado en él durante toda una semana? En realidad, no tenía otra opción. Y, como Rowland solía señalar, él aún no la había decepcionado.

—Está bien —asintió ella, sin parecer lo más mínimo entusiasmada.

Un picnic, una pequeña caminata hasta una vista impresionante… eso era más bien lo que había imaginado.

—Voy a dar de beber a los caballos —dijo Rowland, dirigiéndose hacia la parte trasera de la carreta.

Ellie se subió al asiento, se arrodilló y luego se dio la vuelta para poder alcanzar su baúl. Introdujo la llave en la cerradura, la giró con facilidad y levantó la tapa.

Una fila de telas de algodón desconocidas yacía sobre la parte superior. Se le encogió el corazón mientras las miraba fijamente; luego se sentó en el asiento, incapaz de ocultar su decepción.

—¿Algún problema? —le preguntó él mientras llenaba un cubo de agua.

—Creo que te has llevado el baúl equivocado —indicó ella, desolada—. O eso, o la anciana ya se había llevado mis cosas de él.

Ellie señaló con la cabeza las telas apiladas en la parte superior.

—Nada de esto es mío.

—Claro que lo es —dijo Rowland—. Te las compré yo. No me costó más que un vistazo darme cuenta de que esas cosas elegantes que habías metido no estaban hechas para la vida en las Colinas. Te compré otro vestido y tela para un par más. Pero tus pertenencias también siguen ahí dentro.

—¿Tú compraste todo esto? —preguntó Ellie, girándose de nuevo en el asiento.

Levantó la primera capa de tela del baúl. Era una calicó de color rojo intenso. Junto a ella había una rosa y luego otra azul similar a la que llevaba puesta ahora. Metros de encaje estaban enrollados en una bola junto a una placa de botones y varios carretes de hilo.

De repente se sintió mareada. ¡Aparte de bordar, no sabía coser! Que el cielo me ayude, rezó, prometiendo en silencio que aprendería. En algún lugar tenía que haber un libro de instrucciones que la ayudara a confeccionar un vestido. Era tan simple como eso. Rowland había tenido la consideración de comprarle los materiales, y ella los utilizaría.

¿Se dará cuenta si no lo hago? Al fin y al cabo, no va a estar conmigo a partir de mañana. Pero tendrá que volver en algún momento si quiere cumplir su promesa de enviarme a casa tarde o temprano…

Ellie dejó a un lado tanto las telas como sus pensamientos turbulentos. En ese momento solo necesitaba un vestido limpio y una tarde libre de preocupaciones. El mañana llegaría pronto.

Debajo de las telas, encontró un vestido amarillo con una cofia a juego. Los sacó del baúl y encontró una camisa de algodón y unos pantalones bombachos. A un lado de estos, había tiras de cintas de colores vivos atadas en un lazo. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al cogerlas.

—¿Tú… tú también compraste esto?

—No sabía qué colores te gustaría —comentó Rowland, con tono casi avergonzado.

Caminó rápidamente hacia los caballos y se plantó delante de ellos, bloqueándole la vista por completo.

Ellie se sintió agradecida. Necesitaba un momento para recomponerse y controlar sus sentimientos revueltos. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien me regaló cintas para el pelo?

Doce años.

Un recuerdo nítido inundó sus sentidos, casi dejándola sin aliento. Parecía una tontería que algo tan simple pudiera perturbarla tanto, pero las lágrimas le picaban en los ojos mientras pasaba las cintas entre sus dedos.

La opresión en la garganta se convirtió en un nudo que intentó tragarse desesperadamente. Se llevó una mano a la boca. ¿Qué pensaría Rowland si lloraba ahora? Con todo lo que habían pasado, aún no había derramado ni una lágrima. No lo haría ahora. Como siempre decía su padre, llorar nunca servía de nada.

Eleanor, su ama de llaves, solía repetir lo mismo. ¿Cuántas veces había dicho aquello? Más de una vez Ellie había deseado preguntarle si todo se consideraba leche derramada. ¿Nunca había un momento en que sí fuera apropiado llorar? Si lo había, dudaba que fuera ese, pero le costó todas sus fuerzas controlar sus emociones.

Respirando hondo, se dejó llevar por un recuerdo agridulce. Por un instante, volvió a tener diez años y disfrutaba de una salida con su madre. Recordaba la modista, los sombreros, las risas… y las cintas. Su madre le había permitido escoger una de cada color. Un arcoíris para su cabello.

El carruaje las llevó de vuelta. Luego caminaron juntas bajo el cielo gris. La lluvia llegó de repente. Corrieron. Ellie se escapó para jugar. El trueno sonó. Su madre no la vio a tiempo.

Alzó la vista al cielo despejado. No hay tormenta.

Su respiración se estabilizó. Acarició las cintas contra su mejilla, saboreando su suavidad.

Rowland no podía saber lo que significaban para ella. Era una coincidencia. Pero su gesto merecía ser correspondido.

Se mostraría agradecida. Disfrutaría la tarde.

Él regresó. La encontró mirándolo, con las cintas apretadas en las manos.

—Gracias —susurró Ellie. —Tragó saliva—. No tenías por qué comprarme nada, y menos aún las cintas.

—Sé que las mujeres suelen llevar el pelo recogido, así que también te compré horquillas —dijo él—. Puede que se hayan caído al fondo del baúl, pero siguen ahí.

—Me gustan las cintas —respondió ella, intentando que su sonrisa expresara lo que sentía.

Si tuviera que decirlo todo, tendría que abrazarlo.

—Y a mí me gusta tu pelo suelto. —Sus miradas se encontraron —. ¿Estás lista?

Ellie asintió. Desató el lazo y sacó la cinta amarilla. La colocó junto a la ropa elegida, lo guardó todo en su maleta y cerró el baúl.

—Coge una manta para secarte —sugirió Rowland.

Ella tomó dos —una para la ropa y otra para secarse— y bajó del carro con su ayuda.

Él le quitó las mantas y le ofreció el brazo. Comenzaron a caminar. Entonces lo recordó. Había olvidado los zapatos.

Él también lo notó.

—¿Has cambiado de opinión?

—No… se me olvidó —admitió ella—. Estaba tan abrumada por tu generosidad que no pensé en ellos.

Él sonrió.

—No está lejos. Te llevaré en brazos a la vuelta.

Elinor se mordió el labio.

—¿Qué pasa ahora?

—También olvidé las medias limpias.

Rowland se rió.

—Entonces tendrás que ir descalza otra vez.

Ella gimió.

—¿Qué diría mi padre?

—¿Tu padre? —se burló él—. ¿Qué diría tu prometido?

—Crowe —lo corrigió ella—. Se horrorizaría. Descalza y con el pelo suelto. Escandaloso.

—No hay nadie con quien prefiera ser escandalosa, señorita Kristensen.

Le apretó la mano brevemente antes de soltarla.

Caminaron unos minutos más y salieron a una pradera elevada. Rowland levantó el brazo.

—Ahí está tu bañera.

Ella alzó la vista, boquiabierta. Un estanque, abierto, sin un solo arbusto que ofreciera intimidad.

—Oh, no. No podría hacerlo. —Dio un paso atrás.

Antes de que pudiera alejarse, Rowland se agachó y la levantó en brazos. Ella gritó mientras él la llevaba hacia el agua.

—Bájame. Por favor, bájame.

—Si no sabes nadar, quédate cerca de la orilla. Ahí el agua es poco profunda.

No se detuvo y Ella pataleó.

—Odio el agua fría.

—Yo también.

—Cogeré neumonía —amenazó Ellie—. Tú perderás a tu profesora.

Rowland le quitó un calcetín.

—Oh, por favor, no…

Él deslizó el brazo bajo sus piernas y la dejó caer.

Ella chilló cuando sus pies tocaron el agua. Él la sostuvo por la espalda mientras recuperaba el equilibrio.

—Vaya… está caliente.

—Sí —sonrió—. Una fuente termal natural.

Elinor inclinó la cabeza. El dobladillo de su vestido flotaba. Encantada, movió los dedos bajo el agua.

—Esto es una delicia, Rowland. —Giró lentamente—. Pero no puedo bañarme aquí. No hay intimidad y no soy buena nadadora.

—No te preocupes. —Dejó las mantas en el suelo—. Espera aquí. —y se alejó corriendo.

Ella salió del agua, extendió una manta y dejó su bolso. Se abrazó, sintiendo el frío. Minutos después, él regresó con una rama.

—Puedes usar esto —dijo—. Clávala para comprobar la profundidad.

La hundió en el agua varias veces.

—Pero yo…

—Disfruta del baño, Ellie. —Le entregó el palo—. Te doy mi palabra de que no miraré. Y no hay nadie más.

Se tocó el sombrero. Se dio la vuelta y se alejó hacia la carreta.

—¿Y si resbalo? —gritó ella.

—Solo grita. Estaré al alcance de la voz. Disfruta —respondió él, levantando la mano en señal de despedida.

Sus ojos lo siguieron hasta que desapareció entre los árboles una vez más. Se quedó allí un minuto más, retorciéndose las manos, tratando de decidir qué hacer. El agua caliente se había sentido sublime. *Realmente me vendría bien un baño… ¿He bajado tanto el listón que he llegado a quitarme la ropa en medio de la naturaleza salvaje?*

Tras una lucha interna que duró demasiado, se decidió por un compromiso. Se bañaría… con la ropa puesta. No sería un baño de

verdad, por supuesto, pero sin duda sería una mejora respecto a su situación actual.

Ellie se quitó el calcetín mojado y lo extendió sobre la hierba para que se secara. Luego recogió el jabón y la ropa limpia, colocando esta última en el borde de la manta. Sabía que en algún momento tendría que ponerse la ropa seca, pero supuso que, si tenía mucho cuidado, podría hacerlo envuelta en la intimidad de la manta.

Desató los cordones de su gorro, se lo quitó y lo dejó en el suelo. Miró a su alrededor una vez más y, segura de que estaba sola, caminó los pocos metros que la separaban de la orilla. Cogiendo el palo que Rowland le había dejado, Ellie volvió a meterse en el agua.

La sentía aún más cálida que antes. Felicidad. Primero las cintas para el pelo y ahora el agua caliente. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Se recogió las faldas, se las subió hasta las rodillas, clavó el palo delante de ella y se adentró un poco más en el agua. *Esto sienta tan bien.*

Se quedó allí varios minutos, echó otra mirada vacilante a su alrededor, se subió la falda aún más por las piernas y se adentró hasta que el agua le llegaba casi a la cintura. Con una mano firmemente agarrada al palo y con la otra tratando de sujetar el montón de tela medio húmeda, medio seca que se le había amontonado en las caderas, pronto se dio cuenta de que no iba a poder usar la pastilla de jabón, que también llevaba en la mano con la que se sujetaba la falda.

Ellie volvió vadeando hacia la orilla, dejando caer la falda al llegar.

¿Sería tan terrible si me quitara el vestido? No hay nadie que me vea, y así me quedaré mucho más limpia.

Decidiendo que realmente era lo mejor, se movió rápidamente, desabrochándose el vestido y quitándoselo. Dejó la tela empapada en la orilla para ocuparse de ella más tarde y se apresuró a volver al

agua, deleitándose con la nueva libertad que le proporcionaba de su capa exterior de ropa.

Después de disfrutar de unos minutos sin hacer absolutamente nada más que estar de pie en el agua tibia que le llegaba hasta la cintura, decidió lavarse el pelo. Con una mano aún en la rama, se inclinó hacia delante, intentando mojarse el cabello. Por desgracia, el corsé le dificultaba inclinarse tanto.

Supongo que también tendrá que quitárselo…

Sus dedos forcejearon con los cordones hasta que, por fin, el corsé se soltó, y lo arrojó a la orilla junto a su vestido. Sumergiéndose en el agua hasta el pecho, Elinor se rió a carcajadas mientras daba una vuelta, con los brazos extendidos, creando ondas en la superficie. El paraíso. Y tampoco hará frío. Nunca se había bañado en agua caliente fuera de una bañera. Las pocas y esporádicas visitas al mar que había hecho de niña no se parecían en nada a esto. Esto era una delicia, decidió, y tenía la intención de disfrutar cada minuto.

Echó la cabeza hacia atrás, sumergiendo su larga melena en el agua hasta que quedó empapada. Cogió el jabón con las manos y comenzó a lavarse. Tardó varios minutos en frotarse y aclararse hasta que sintió que su el pelo estaba satisfactoriamente limpio. Pasó a lavarse la cara y luego el torso, una tarea nada fácil con la camisa puesta. Pero de ninguna manera se la iba a quitar.

Simplemente tendría que lidiar con la incomodidad de llevar puesta una camisa y unos pantalones bombachos.

Mientras me deje alguna prenda puesta, no es como si realmente me hubiera bañado en medio de la naturaleza salvaje.

Cerró los ojos, luchando contra un demonio desconocido e inesperado: esa parte de ella que se lo estaba pasando en grande, relajándose en un lago cálido en medio de la nada.

Con un suspiro de desánimo por su propio carácter débil, recogió un puñado de agua, lo lanzó al aire y luego observó cómo

caía sobre ella.

Se oyó un enorme chapoteo detrás de ella, y Elinor gritó, luego se tapó la boca con las manos. Se giró justo a tiempo para ver a Rowland salir, de espaldas a ella, en el extremo opuesto del estrecho manantial.

—Lo prometiste —gritó, acusadora.

Se sumergió en el agua, asegurándose de que nada por debajo del cuello quedara al descubierto.

—Y voy a cumplir esa promesa —respondió Rowland.

Se zambulló bajo el agua y nadó hacia ella, resurgiendo un minuto después, esta vez de cara a ella.

Ellie abrió la boca para gritar, pero la visión de Rowland —mojado, con el pelo revuelto y el pañuelo atado sobre los ojos— convirtió su grito ahogado en una carcajada.

—Tú… tienes un aspecto ridículo.

—Eso es de mala educación —la regañó él—, teniendo en cuenta que ni siquiera puedo ver cómo estás.

—¿No puedes? —Frunció los labios para no reírse más—. ¿Estás seguro?

Él asintió.

—Sí. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero esta cosa funciona demasiado bien. Sigue sin parecerme justo.

—Lo prometiste —le recordó Ellie—. De hecho, creo que prometiste mantenerte alejado hasta que yo terminara.

—Estabas tardando mucho —se quejó él—. Pensé que ya sería de noche antes de que llegara mi turno. De todos modos, el manantial es lo suficientemente grande para dos.

—Pues… vete allí, entonces —dijo Ellie, señalando hacia el otro extremo—. Al menos eso puedes hacerlo. Ya es bastante malo que estemos mal vestidos y compartiendo el mismo agua.

Rowland soltó una carcajada.

—¿Es eso lo que somos? —Sacudió la cabeza, salpicando agua —. Y yo que pensaba que nos estábamos bañando.

—Oh, no —replicó Ellie—. Eso suena francamente pecaminoso. Y, además, no es cierto. Ya he terminado de lavarme y llevo la ropa puesta.

—Bueno, ¿por qué no lo has dicho? —Rowland se llevó la mano a la nuca para quitarse la venda—. En ese caso, no hay necesidad de llevar esto.

—Espera. No te quites ese pañuelo. No te atrevas.

Frunció el ceño.

—Pero acabas de decir… Señorita Kristensen, creo que ha dicho otra mentira.

—No es una mentira. Al menos, no a propósito. Sí que llevo ropa… solo que no toda —admitió en voz baja.

Una comisura de los labios de Rowland se curvó.

—¿Y cuáles serían esas?

—No es asunto tuyo —espetó Ellie—. Ahora sé un caballero y vuelve a tu lado del lago.

—Aguas termales —corrigió él.

—No importa.

Puso los ojos en blanco.

—Pero sí importa —insistió—. Un lago o un río estaría frío. Te traje aquí para que pudieras disfrutar del agua caliente.

—Te lo agradezco —respondió Ellie—. Es maravilloso estar limpia. Ahora, si tienes la amabilidad de darte la vuelta, me voy.

—¿Qué prisa tienes? Quédate un rato y date un baño.

Rowland se dejó caer de espaldas.

Ellie apretó los ojos y se giró, pero no sin antes haber vislumbrado su pecho desnudo.

—Abre los ojos, Ellie.

—Creía que habías dicho que no podías ver.

—No puedo, pero sé que no estás mirando. No te preocupes. Llevo los pantalones puestos. Estoy bien vestido.

Ellie se rió ante lo absurdo.

Toda esta situación es cualquier cosa menos eso.

Se giró lentamente. Echó un vistazo con un ojo. Rowland estaba, efectivamente, vestido. Más que eso. Abrió el otro ojo y lo observó mientras flotaba en el agua.

Volvió a cerrarlos con fuerza.

—Tengo que salir ahora.

—¿No te gustaría aprender a flotar así?

Negó con la cabeza.

—No, gracias.

—El agua te calienta la espalda, los hombros, la cabeza… hasta los dedos de los pies —continuó Rowland—. Y parece que el peso del mundo desaparece.

Era tentador. Ellie se estremeció; el cabello mojado le enfrió la nuca.

—Es una sensación increíble. No puedes flotar así en una bañera.

Se mordió el labio, indecisa. En realidad, no quería salir.

—Está bien —dijo al fin, en voz baja.

Rowland sonrió y se puso en pie.

—¿Quieres que vaya hacia ti o prefieres venir tú?

—¿Ninguna de las dos?

—Podría explicarlo, pero será más fácil si estoy a tu lado. —Demasiado tarde comprendió el problema—. Quizá no sea buena idea.

—¿Qué pasa?

—No es eso…

—Ah… —Rowland sonrió—. ¿Y si te cojo de la mano?

No puedo creer que esté haciendo esto.

—Sí.

Nadó hacia ella y se detuvo a unos metros.

—¿Ellie?

—Aquí.

Se sentía extrañamente tímida.

Él le tendió las manos y ella las tomó.

—Vamos un poco más lejos.

—De acuerdo.

Avanzaron hacia el centro del manantial. Ellie se sorprendió de lo cómoda que se sentía.

Confío en él. Me siento segura. Siento… más de lo que debería.

—El truco es relajarse —explicó Rowland—. Si te tensas, te hundes.

—Entonces estoy en problemas.

—Estarás bien. —La voz de él era suave—. Imagina que estás en una cama, cómoda, a punto de dormirte.

Ella cerró los ojos y la imagen acudió con facilidad.

—Cuando estés lista, recuéstate. —Asintió.

Intentó hacerlo. No era fácil. Solo la mano de Rowland la sostenía.

—¿Sigues con los ojos cerrados?

—Sí.

—Piensa en tu infancia.

Un recuerdo la inundó. Su madre. El cuerpo de Ellie se relajó. Sus manos se aflojaron en el agua.

Paz.

—Lo estás consiguiendo —susurró Rowland.

—¿Qué…?

Abrió los ojos. Él había retirado las manos. Entró en pánico, hundiéndose. Rowland la sujetó riendo.

—Sabía que no debería decírtelo.

—¿Cuánto tiempo estuve flotando?

—Así es como funciona.

La llevó a aguas poco profundas.

—Tu cuerpo sabe hacerlo.

—¿Estoy destinada a flotar?

—Sí.

Ella deseó ver sus ojos.

—Estás destinada a muchas cosas maravillosas, Ellie. —La soltó con suavidad—. Ahora será mejor que te deje sola.



El resto de la tarde pasó demasiado rápido para Elinor. Rowland la dejó junto al manantial y, de alguna manera, logró vestirse con la manta. Estaba extendiendo sus cosas cuando él regresó. Se había quitado el pañuelo y le ofrecía, en su lugar, un hatillo lleno de bayas. Se sentaron al sol, comiendo en silencio durante un rato.

—Si tuviera una cocina aquí, haría un pastel —comentó Ellie.

—¿Sabes cocinar?

Ella rió.

—No te emociones. Solo sé hacer pasteles.

Sonrió con nostalgia.

—Una cocinera me enseñó hace años… quizá ya ni siquiera sabría.

—Creo que puedes hacer cualquier cosa —dijo Rowland.

—Te escapaste de tu prometido, ¿no?

—Sí.

Movió los dedos descalzos.

—Lo hice.

—Has cruzado medio país, has aprendido a flotar, llevas el pelo suelto…

Rowland la observó.

—Diría que eres toda una mujer moderna.

Ella rió.

—Seguro que saldría en la crónica social.

Rowland se tumbó en la manta, mirándola.

Ella se secó el cabello y luego alzó la vista.

—Algún día, cuando vuelva a casa…

—¿Cuando te cases con Willard?

—Crowe. Y no me casaré con él.

Bajó las manos.

—Le dejé una carta. Le dije que buscara a alguien que apreciara su mundo.

Rowland asintió.

—¿Y tú?

—No lo sé.

Lo miró.

—Pero recordaré esta tarde.

Sus ojos brillaron.

—Gracias, Rowland.

—Es un placer, Ellie.

Capítulo 20

Ellie se agarró con fuerza mientras la carreta coronaba una colina —la última, le aseguró Rowland, antes de llegar—. Filas de cabañas lakota se extendían ante ellos, salpicando el paisaje hasta donde alcanzaba la vista. Se le cortó la respiración.

—¿Cuántos indios viven aquí? —preguntó con voz temblorosa.

Rowland sostenía las riendas con una mano y se acariciaba la barbilla con la otra.

—Si no recuerdo mal, creo que son unos ochocientos o novecientos. Los que están aquí, en la Agencia Touch the Clouds, fueron los últimos en llegar desde sus tierras en las Colinas.

Ellie se mordió el labio.

—¿Eso significa que eran los más salvajes?

—Supongo que se podría decir eso —respondió Rowland con indiferencia—. Aunque yo no lo veo exactamente así.

Al mirarlo, vio que estaba recostado en el asiento, con una sonrisa relajada en el rostro. El camino era mucho mejor tan cerca de la agencia, y Rowland parecía estar de muy buen humor aquella mañana. Estaba contento, se dio cuenta ella. Contento de haber terminado casi con ella y de que pronto recuperaría lo que fuera que los indios le habían quitado.

—¿Cómo lo ves exactamente? —le exigió, con la ira superando de repente incluso a su miedo.

Rowland se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿Qué ocurre?

Ella apartó la mirada, tan avergonzada de su temperamento impulsivo como de las lágrimas que le picaban en los ojos. Por segunda vez en otros tantos días, se sentía a punto de derrumbarse, aunque aquella vez por razones completamente distintas.

Obligándose a respirar con lentitud y rezando para que su corazón se calmara, Ellie intentó olvidarse de los indios por un momento y recordar en su lugar la amabilidad de Rowland del día anterior. No había imaginado el vestido que llevaba puesto, ni lo bien que lo habían pasado nadando, ni la conversación que habían mantenido hasta bien entrada la noche. Él la había protegido y le había mostrado bondad durante todos aquellos días, y, hasta que comprendiera del todo la situación, le debía al menos un poco de cortesía a cambio.

Girándose en el asiento, lo miró.

—Tengo miedo —admitió—. Que esperes que me quede con gente tan diferente a mí —gente de la que solo he oído lo peor— me aterra. Por favor —imploró, apartando la mirada de él y fijándola en el campamento—, ayúdame a entender por qué estamos aquí y quiénes son estas personas.

—Estos lakota son mis amigos. Son buena gente, personas preocupadas por sus familias y por la supervivencia.

Rowland se inclinó hacia delante, agarrando de nuevo las riendas con ambas manos.

—¿Cómo llegaste a conocerlos? —preguntó Elinor.

Se envolvió con el chal. A pesar del sol de la tarde que les daba de lleno, el aire era mucho más fresco en las colinas de lo que había sido abajo, en la pradera.

—Hace unos dos años, unos seis meses después de que pusiera en marcha mi mina cerca de Deadwood, hubo una escaramuza —una de tantas— entre unos soldados de Fort Kearny y uno de los campamentos lakota. Los lakota, liderados por un hombre llamado Caballo Loco, habían estado llevando a cabo incursiones en

los campamentos mineros, matando a tantos mineros como podían. Caballo Loco y los demás líderes sabían que tenían que sacar a los hombres blancos de las colinas antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? ¿Os atacaron? —inquirió Ellie.

—Demasiado tarde para evitar que los hombres blancos ocuparan las colinas. Y no, no me atacaron. En aquel momento yo estaba absorto en la mina y prácticamente ajeno a todo lo demás, incluidos los indios y su difícil situación. Podrían haberme matado entonces, y con razón.

—¿Qué? —exclamó Elinor.

Rowland levantó una mano.

—Déjame terminar. Intentaré que tenga sentido.

Ella asintió y se recostó en su asiento, decidida a comprender su relato.

—Los soldados de Fort Kearny vinieron en busca de algunos indios —cualquier indio— para matarlos. Esa era la forma que tenía el gobierno de enseñar a los nativos la lección de que no se iba a tolerar el asesinato de mineros.

Un tono amargo se coló en su voz mientras hablaba.

—Los soldados se toparon con un campamento lakota cuando casi todos los hombres estaban fuera cazando.

—¿Qué pasó? —preguntó Ellie cuando Rowland guardó silencio durante un largo minuto.

Él la miró.

—¿Tú qué crees?

Ella no respondió, pero mantuvo la vista fija en las tiendas, que se acercaban por momentos.

—Los hombres de Kearny irrumpieron allí con sus rifles y mataron a todo el mundo, a todo lo que se movía: mujeres, niños, bebés, caballos, perros. Fue casi una masacre total.

—¿Casi?

—A un niño de unos tres años le dispararon en el estómago. Su hermano mayor lo encontró y estaba intentando subirlo a una barra de arrastre cuando los descubrí a los dos.

Rowland condujo los caballos hacia el arcén, reduciendo poco a poco la velocidad hasta que la carreta se detuvo. Se volvió hacia Ellie.

—El mayor tendría unos siete u ocho años y estaba tan aterrorizado que intentó apuñalarme cuando nos vimos. Lo sujeté, lo até bien, y me puse a ayudar a su hermano.

—¿Qué hiciste?

Ella buscó en los ojos de Rowland y se sobresaltó cuando el dolor que vio en ellos se desvaneció, sustituido por una leve sonrisa.

—Hice lo que los MacRae llevan haciendo desde hace generaciones —explicó, con un deje de orgullo—. Las hierbas adecuadas, el lugar adecuado y las manos adecuadas pueden curar.

—¿Y luego? —insistió Ellie, absorta en su relato.

No le costaba imaginarlo en aquellas colinas, arrodillado junto a un niño pequeño, obrando un milagro. ¿Acaso no había obrado ya varios por ella?

—El pequeño se recuperó. Le di de comer al mayor y lo vigilé. Al final, llegamos a un acuerdo: él me llevaría hasta los suyos y yo lo seguiría, llevando a su hermano.

—¿Así que llevaste a los niños de vuelta y te hiciste amigo de los lakota?

—No fue exactamente así —matizó Rowland—. Los llevé de vuelta, sí, pero su padre me recibió con una flecha en la pierna.

Ellie dio un grito ahogado y se llevó las manos a la boca.

—Te dispararon...

—Luego su tío me apuñaló. Me habría rematado si el chico mayor no se hubiera adelantado y, al parecer, hubiera intercedido por mí, contando cómo había salvado a su hermano.

—¿Te dejaron marchar?

Rowland negó con la cabeza.

—En realidad no podían. La flecha estaba clavada muy hondo y me desangraba a toda velocidad. Por suerte, los lakota también tienen tradición de curación. Me quedé con ellos más de un mes, hasta recuperar las fuerzas.

—Dios mío —murmuró Ellie.

Se recostó en su asiento y Rowland dio un leve tirón de las riendas. Los caballos retomaron la marcha y la carreta volvió a avanzar.

—Resulta que, aparte de ser sanador, tenía bastante en común con los lakota.

—¿Ah, sí?

Él asintió.

—Mis antepasados fueron expulsados de sus hogares en las Tierras Altas de Escocia. A los que no mataron los despojaron de sus tierras, de su ganado... incluso les prohibieron su forma de vestir.

—El levantamiento jacobita —apuntó Ellie.

Conocía bien esa historia, la otra cara de la moneda.

—Mis antepasados eran ingleses —admitió en voz baja.

Rowland le dedicó una sonrisa irónica.

—No te lo reprocharé. Pero parece que nada ha cambiado demasiado aquí, en nuestra tierra de la libertad. Los lakota han sido expulsados de sus tierras, obligados a vivir en reservas. Ya no pueden cazar ni seguir las estaciones como lo han hecho durante generaciones. Muchos de los valientes, los protectores, fueron asesinados mientras intentaban expulsar a la serpiente —el hombre

blanco— de sus tiendas. Y, al igual que ocurrió con los clanes escoceses, no tuvieron éxito.

Ellie permaneció en silencio, intentando asimilar todo lo que él le había contado. Ahora comprendía mejor su relación con los lakota, pero muchas de sus preguntas seguían sin respuesta. Si Rowland era amigo de ellos, ¿por qué le habían quitado algo? ¿Y por qué el gobierno de los Estados Unidos no podía proporcionarles un maestro? Si lo que él decía era cierto y su modo de vida había sido prácticamente aniquilado, ¿por qué no se les animaba a aprender el idioma y las costumbres inglesas?

Pensamientos inquietantes comenzaron a agitarse en su mente, especialmente sobre el papel de Rowland —entonces y ahora — como intruso en las Black Hills. Si estaba tan en contra de lo que les había sucedido a los lakota, ¿no debería sentirse culpable por su participación en ello?

—¿Lista para el resto de la historia? —preguntó Rowland, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Hay más?

Él dejó escapar una risa baja.

—Oh, ya sabes que sí. Puedo ver las preguntas y las acusaciones en tu rostro con la misma claridad con la que, sin duda, se agitan en tu mente.

Ella apretó los labios, conteniendo una sonrisa.

—Nadie ha sido capaz nunca de leerme la mente como tú. ¿Es eso también otro rasgo de los MacRae?

—Quizá.

Le guiñó un ojo.

Elinor lo miró, sorprendida por su repentino aire desenfadado.

—Muy bien, entonces, ya que conoces todos mis pensamientos...

—Oh, no todos —replicó Rowland—, aunque eso sería interesante.

Sonrió.

—¿Cuál es mi pregunta? —insistió Ellie, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué crees que quiero saber?

Rowland se quedó pensativo unos instantes.

—Te preguntas cómo concilio el hecho de ser uno de los responsables de expulsar a los indios de sus tierras.

Ellie abrió mucho los ojos y asintió en silencio.

—No lo concilio del todo —admitió Rowland—. Aunque, cuando abandoné aquel campamento lakota al cabo de un mes, mi opinión sobre la minería había cambiado.

Redujo la marcha de los caballos y levantó una mano en señal de saludo a un grupo de niños siux que jugaban en el arroyo junto al camino.

—Lobo Solitario —el hombre que me curó— habla inglés. Pasamos muchas horas conociéndonos e intentando comprender nuestras diferencias. Llegué a ver las Black Hills como tierra sagrada, igual que las Tierras Altas lo eran para mis antepasados. Y, cuando lo sentí, supe que ya no podía explotar la tierra. Para los lakota, eso es como una violación.

—Pero sigues aquí —señaló Ellie.

Rowland asintió.

—Sí, pero ya no exploto minas. Me he quedado para trabajar la tierra y colaborar con el gobierno y los lakota, tratando de encontrar una forma de convivir. Los escoceses y los ingleses nunca lo lograron del todo. Ahora hay paz, sí, pero las cosas nunca volvieron a ser como antes para los clanes. Supongo que ese mismo futuro aguarda a las tribus que vivieron aquí primero. El gobierno nunca cederá la tierra, pero quizá permita a los indios salir de las reservas y trabajarla como nosotros. Eso sería mejor que lo que tienen ahora.

Ellie se giró en su asiento y observó a los niños que los miraban fijamente. Las razones de Rowland para querer una maestra empezaban a resultarle más claras, y enfrentarse a los lakota, aunque seguía siendo aterrador, ya no le parecía imposible.

Tenía que recordar lo que él le había contado. Tenía que pensar en los niños de su historia y entender que no eran distintos de aquellos a los que podría haber enseñado en Sterling.

Enderezó la espalda y se sentó erguida, decidida a que la única forma de superar aquello era entregarse por completo y hacer todo lo que estuviera en su mano. Rowland había dicho que podría marcharse cuando el trabajo estuviera hecho. Se aferraría a esa promesa para enfrentarse a lo que estuviera por venir.

Capítulo 21

Los niños se alinearon para saludarlos mientras Rowland guiaba la carreta a través de las puertas. Detuvo a los caballos y saltó al suelo, en tanto Lobo Solitario se abría paso entre los pequeños.

—Has regresado, amigo.

Rowland estrechó con firmeza la mano del anciano. —¿Todo va bien?

Lobo Solitario asintió. —Tan bien como puede ir, viviendo como vivimos aquí.

Se inclinó y habló con la niña que tenía al lado. Ella escuchó sus indicaciones y luego salió corriendo hacia una de las muchas hileras de cabañas del campamento.

—Águila Roja se alegrará de verte —añadió—. Le ha tomado mucho cariño a tu hijo y no le importaría que la llevaras a tu cabaña como su madre.

Levantó la vista hacia Ellie, cuyo rostro estaba pálido mientras permanecía de pie en el escalón de la carreta, detrás de Rowland.

—Aunque veo que ya has encontrado una segunda esposa.

Rowland se volvió hacia la carreta y le tendió la mano a Ellie. Al sentir el temblor de sus dedos, se los apretó con suavidad en un gesto tranquilizador y luego volvió la mirada hacia su amigo.

—No es una esposa, sino una maestra. Esta es Elinor Kristensen. Ha venido a ayudar con Ethan.

Ellie hizo una reverencia impecable. Lobo Solitario frunció el ceño mientras la observaba.

—No creo que aguante dos lunas —le dijo en su lengua materna a Rowland—. No es demasiado tarde para que cambies de opinión y te cases con una lakota.

Rowland intentó ocultar su diversión.

—Sabes que no puedo. Puedo hacer más por tu pueblo si me mantengo dentro de estas puertas. Si viviera aquí, los líderes del gobierno no tomarían mi consejo tan en serio.

—¿Has hablado con el gran padre en nuestro nombre?

Rowland negó con la cabeza, lamentando decepcionar al anciano.

—No con el gran padre, sino con uno de sus emisarios, que le llevará mi mensaje.

Junto a Rowland, Ellie se acercó con cautela mientras los niños se agolpaban a su alrededor.

—Se habla de permitir de nuevo la caza —continuó Rowland—. No puedo hacer ninguna promesa, pero he intentado convencerlos de que es mejor para todos que los lakota se mantengan por sí mismos en lugar de depender de las rentas del este.

—Está bien —respondió Lobo Solitario—. Aunque no sé qué cazaríamos para tantos juntos y sin los bisontes.

Rowland asintió. En su fuero interno, coincidía con él y temía que sus palabras hubieran caído en oídos sordos. Pero no podía rendirse; no podía soportar pensar en aquel pueblo valiente y orgulloso viviendo como hasta ahora durante los años venideros.

—Hay algo más —añadió, atreviéndose a sacar a colación la otra posibilidad que había discutido con los agentes—. Quizá sea posible, en un futuro próximo, que algunos —unos pocos al principio — vengan a vivir y trabajar la tierra como yo lo hago: criar ganado y cultivarla.

Lobo Solitario frunció el ceño.

—No sabemos nada de vuestra forma de vida, vuestras vacas, vuestras casas...

—Ahora no —replicó Rowland—, pero podríais aprender. ¿No es acaso el papel de los hombres lakota proveer y proteger a sus familias?

Lobo Solitario asintió.

—La forma de vida del hombre blanco es diferente, pero el resultado es el mismo. Nuestras familias comen y están a salvo. No puedo devolver el pasado a tu pueblo, pero ambos podemos trabajar por algo… mejor que esto. Piénsalo mientras los agentes están aquí.

—Entonces disfrutaremos de tu visita —concluyó Lobo Solitario, dando por terminada la conversación por el momento, aunque Rowland sospechaba que hablarían de aquellos asuntos hasta bien entrada la noche.

El anciano se volvió hacia los niños que se agolpaban alrededor de Ellie. Estos salieron corriendo cuando una mujer se acercó a ellos, con un niño rubio en brazos. Rowland se apresuró a ir a su encuentro y tomó al pequeño.

—Ethan.

Lo abrazó durante un largo rato y luego se apartó para estudiar su rostro. Soltó una risa cuando las manitas se dirigieron al instante a la barba incipiente de su barbilla y mejillas. Se le llenó el corazón al estrecharlo de nuevo contra sí.

Nunca, se prometió en silencio. *Nunca más estaremos separados como lo hemos estado.*

—Le hemos cambiado el nombre —anunció Lobo Solitario, con una sonrisa—. Ya no es Pelo Claro Que Muestra Sus Huesos, sino Pelo Claro Que Come Mucho.

Rowland soltó una carcajada mientras acariciaba la barriguita redonda y llena que sobresalía por encima del taparrabos que llevaba.
—Tienes razón. Ha crecido.

Miró a Lobo Solitario, con gratitud en los ojos.

—Te debo mucho, amigo mío, por mantener a mi hijo a salvo y bien.

—No más de lo que yo te debo a ti, El que Recibe una Flecha.



Ellie entrelazaba y separaba las manos con nerviosismo mientras Rowland y el anciano continuaban hablando. Poco a poco se fue acercando, observando al niño en brazos de Rowland: su pequeño. Eso era evidente. Eran la viva imagen el uno del otro.

Él es lo que los lakota le quitaron a Rowland.

Unos ojos azules, tan brillantes como los de su padre, la miraron por encima del hombro, y Ellie contuvo la sonrisa que estuvo a punto de ofrecerle. El niño no se la devolvió; siguió observándola con curiosidad. Ella extendió la mano y rozó con el dedo la parte superior del puño con el que se aferraba al brazo de Rowland.

No es más que un bebé, pensó. *¿Dónde está su madre?*

No le extrañaba que Rowland se hubiera unido a los forajidos y la sacara del tren. Si aquel fuera su hijo, ella también habría actuado con la misma desesperación.

Se le encogió el corazón al imaginar a Rowland dejándola al día siguiente, llevándose a ese pequeño tesoro con él y regresando a casa con su esposa. Nunca le había preguntado si estaba casado. Sin embargo, al recordar lo que él había dicho, la forma en que se disculpó por besarla y cómo había resistido la tentación después, todo encajaba.

Todo.

Su hijo, el motivo por el que se la había llevado… incluso su amabilidad del día anterior, cuando estaba a punto de abandonarla.

Sintió cómo se le agolpaban las lágrimas y supo que esta vez no lograría contenerlas.

La joven que había llevado al niño hasta Rowland se acercó entonces, indicándole a Elinor que la siguiera. Ella asintió y, con la cabeza gacha, pasó junto a Rowland y Lobo Solitario, que continuaban absortos en su conversación.

Era mejor así, se dijo.

Mejor que él no la viera llorar.

Capítulo 22

Rowland observó cómo la pipa ceremonial daba la vuelta al círculo. Al menos el gobierno no les ha quitado eso a los lakota, pensó, mientras contemplaba a los ancianos a medida que cada uno tomaba su turno. Lobo Solitario había presentado las ideas de Rowland, y se había producido un acalorado debate —tanto a favor como en contra—. Rowland comprendió que no había resuelto ninguno de sus problemas, pero se sentía agradecido por haber ofrecido al menos posibles soluciones. Si nada más, tal vez había traído esperanza para el futuro.

Fuera de la cabaña donde estaban reunidos, Rowland vio a Águila Roja haciéndole señas. Por respeto, buscó con la mirada a Lobo Solitario para pedir permiso para marcharse. El anciano frunció el ceño hacia Águila Roja y negó con la cabeza. Ella se retiró, y la atención de Rowland volvió a los hombres que lo rodeaban y a su hijo, dormido en sus brazos.

Rowland sabía que a los demás hombres les parecía extraño que no hubiera cedido el cuidado de Ethan a Águila Roja, a Ellie o a cualquiera de las otras mujeres del campamento. Pero, después de haber estado separado de su hijo tanto tiempo, se mostraba más que reacio a dejarlo ir. Antes de traer a Ethan allí, casi lo había perdido… dos veces. Resultaba tan difícil como imprudente olvidar aquellos momentos o ignorar la posibilidad de que volvieran a repetirse.

Apartó con suavidad el cabello húmedo de la frente de Ethan mientras pensaba en todo lo que aún tenía que explicarle a Ellie y en todo lo que le estaba pidiendo que hiciera por él. En realidad, esperaba una hacedora de milagros más que una simple maestra. Le

inquietaba su reacción cuando comprendiera la magnitud de sus problemas, de sus planes, de sus esperanzas. Decidió que al día siguiente sería un buen momento para hablar con ella. Con suerte, habría disfrutado del día sin desplazamientos tanto como él, aunque desde aquella mañana solo la había visto de lejos, con unos mocasines nuevos, ayudando a otras mujeres a acarrear agua.

Lobo Solitario volvió a mirar hacia la entrada. Rowland siguió su mirada y vio que Águila Roja había regresado.

—Águila Roja está preocupada por La que Llora Mucho —dijo Lobo Solitario, esbozando una leve sonrisa—. Quizá fui generoso al decir que aguantaría dos lunas. Tal vez deberías reconsiderar mi oferta antes de que te vayas mañana.

—¿Te refieres a Ellie? —preguntó Rowland, mirando de Lobo Solitario a Águila Roja—. Ella no llora mucho; de hecho, no recuerdo haberla visto llorar desde que la conozco.

Le devolvió la sonrisa.

—Se enfada.

Lobo Solitario negó con la cabeza.

—No es la mujer que has traído hoy aquí. Ve a comprobarlo por ti mismo. Esto preocupa a Águila Roja.

Rowland subió a Ethan a su hombro y se levantó del suelo. Salió de la cabaña, siguiendo a la mujer silenciosa mientras avanzaba por el campamento, pasando junto a fogatas, cajas de comida y perros dormidos. Sobre ellos, la media luna iluminaba el camino.

Tras varios minutos, se detuvo frente a una cabaña apartada de las demás. Águila Roja apartó la piel de búfalo e indicó a Rowland que entrara. Él asintió en señal de agradecimiento y se agachó para pasar, sin soltar a Ethan, que seguía pegado a su pecho.

La cortina volvió a caer, dejándolos casi a oscuras. Rowland parpadeó y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Al otro lado de la estancia, oyó un llanto suave e inconfundible.

—¿Ellie?

Avanzó con rapidez hacia el lecho de pieles junto a la pared. Distinguió su silueta, acurrucada en posición fetal, envuelta en el vestido amarillo pálido, con los pies calzados con mocasines asomando por un extremo y una maraña de cabello color miel por el otro.

—Ellie —repitió, tocándola con suavidad.

Ella se incorporó de golpe, retrocediendo lo más lejos posible de él. Incluso en la penumbra pudo ver los ojos hinchados y el rostro enrojecido por el llanto.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado por su aspecto.

—¿Rowland?

Percibió alivio en su voz, pero enseguida se desbordó en un nuevo torrente de lágrimas. Se llevó las rodillas al pecho y hundió la cabeza entre los brazos, mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

Rowland se acercó.

—¿Te has hecho daño?

Su llanto se intensificó.

—¿Te ha asustado alguien? Dime qué ha pasado.

Colocó a Ethan en una posición más cómoda y extendió la mano libre hacia ella, tocándole el brazo.

Ella no se apartó ni dejó de llorar. Sin saber muy bien qué hacer, Rowland decidió esperar. Tarde o temprano, se le acabarían las lágrimas y tendría que hablar.

De pronto, lo asaltó la culpa por haberla dejado sola todo el día. Antes de su llegada, ella había dejado claro que los indios le aterrorizaban. Había esperado que su historia aliviara sus miedos, pero ahora comprendía que tal vez no había sido buena idea contarle que le habían disparado una flecha y apuñalado las mismas personas con las que se alojaban. Quizá la parte en la que lo habían cuidado no había calado lo suficiente.

Recordó la curiosidad de los niños aquella mañana y se preguntó si Ellie habría pasado el día rodeada, con el pelo y el vestido alborotados por manos curiosas.

Qué necio soy, se reprendió. Ahora estará en un estado perfecto para escuchar los detalles y dificultades de su nuevo alumno.

Esperar a que dejara de llorar le llevó más de lo previsto, pero finalmente —justo cuando él mismo empezaba a cabecear— sus lágrimas se secaron. Ellie levantó la cabeza y lo miró con los ojos enrojecidos.

—Siento haberte dejado sola todo el día —dijo Rowland—. Pensé que te habías ido para siempre.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué ibas a pensar algo así?

—Porque sería más fácil para los dos. —Respiró hondo, con un leve temblor.

—¿De qué estás hablando, Ellie?

—Ahora lo entiendo. —Intentó sonreír, sin lograrlo del todo—. Lo entiendo y te perdono. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

—¿Lo habrías hecho? —preguntó Rowland, desconcertado.

Empezaba a temer que el agotamiento del viaje la hubiera afectado justo en el peor momento. El brazo con el que sostenía a Ethan se le había entumecido, así que lo cambió con cuidado al otro lado. Cuando volvió a alzar la vista, vio a Ellie observándolos con una ternura inesperada.

—Nunca imaginé que tuvieras un hijo. Es precioso.

Extendió la mano y rozó la mejilla de Ethan.

—Y me alegra tanto que esté a salvo… Oh, Rowland, la angustia que debes de haber sentido estas últimas semanas, sabiendo que los indios lo tenían como rehén.

—¿Rehén? —repitió él—. Traje a Ethan aquí para protegerlo.

Sus miradas se encontraron, llenas de preguntas.

—No lo entiendo… Pensé que…

Las lágrimas volvieron a brotar y Ellie apartó la vista.

Oh, no.

—¿Qué pensabas? —preguntó Rowland en voz baja, alzándole con suavidad la barbilla para que lo mirara.

—¿No es… no era tu hijo una especie de rescate hasta que me trajiste a mí, una profesora, a cambio?

—Te dije desde el primer día que no ibas a ser un intercambio.

La miró con firmeza.

—Supongo que no me creíste.

Ella negó con la cabeza.

—Dijiste muchas cosas… muchas de ellas daban a entender que debía quedarme aquí. Me hablaste de enseñar lengua y habla. Si no es a los lakota, ¿a quién debo enseñar?

Rowland se pasó la mano por el cabello.

—¿Todo este tiempo has creído que te traía para quedarte con ellos?

—Sí. ¿Por qué crees que intentaba escapar?

—Si eso creías, ¿por qué dejaste de huir?

Ella se encogió de hombros, evitando su mirada.

—Me convenciste de que confiara en ti. Me dije que me mantendrías a salvo… y prometiste que podría volver a casa cuando todo terminara. Pensé que podría ser valiente, pero hoy te vi con tu hijo y creí que habías regresado con tu familia… y que yo me había quedado sola.

Se cubrió el rostro con las manos. Sus hombros se sacudieron bajo un llanto desgarrado, sin contención, roto en sollozos

profundos.

Atónito por lo que acababa de oír, por todo lo que ella había creído durante semanas, Rowland permaneció inmóvil unos instantes. Luego, su instinto protector se impuso.

Acostó a Ethan al borde del lecho y tomó a Ellie entre sus brazos.

—Ellie. —Le acarició el cabello—. Lo siento. Debería habértelo contado todo desde el principio. Debería haberte confiado la verdad sobre Ethan, igual que tú confiaste en mí.

La estrechó contra sí. Ella se aferró a su camisa, empapándola con sus lágrimas. No le importó. Era lo menos que merecía. Con el miedo que sentía, qué semanas tan terribles debía de haber soportado.

Ella alzó el rostro.

—¿Por qué estoy aquí?

—Mi hijo… —Rowland miró a Ethan, profundamente dormido—. Necesito que le enseñes.

Ella frunció el ceño.

—Es solo un bebé, Rowland. Le quedan años para ir a la escuela.

—Cumplirá dos el mes que viene —replicó—. Y espero… espero que seas capaz de obrar un milagro.

Se apresuró a continuar antes de que ella lo interrumpiera o él mismo perdiera el valor.

—Ethan no habla. Nunca. No balbucea, no emite sonidos. No puede caminar, ni gatear, ni jugar como debería. Aparte de su aspecto… no hay mucho en él que sea normal.

Contuvo la respiración, sorprendido por la ansiedad que le provocaba su reacción. Ellie se apartó y se secó las últimas lágrimas.

—¿Su madre?

—Se ha ido. —No se atrevía a decir más—- Intenté ocuparme de él yo solo, pero apenas podía mantenerlo alimentado y seco mientras trabajaba. No puedo criar a un niño y atender una granja al mismo tiempo. Y sabía que algo no iba bien… sabía que necesitaba a alguien especial.

—¿Así que viajaste en tren para buscar una maestra? —Ellie negó con incredulidad—. Yo estudié en la Academia para Jóvenes Damas de Boston. Aprendíamos lectura, aritmética… y cosas como servir el té o conversar en la mesa. No creo que eso nos sea de mucha ayuda.

Se puso en pie frente a él.

—La conversación quizá sí —respondió Rowland.

Debería haber hablado con ella semanas atrás. Pero entonces, ella no habría venido.

—Nunca nos enseñaron a ayudar a niños que no caminan ni hablan. —Lo miró, con los ojos brillantes—. No soy la hacedora de milagros que esperabas.

—Solo te pido que lo intentes.

Detestaba el tono suplicante de su voz. Una profunda decepción lo atravesó. Era un rechazo… igual que el de Margaret.

Ellie permaneció inmóvil unos instantes. Luego lo rodeó y se arrodilló junto a Ethan.

—¿Me has traído hasta aquí para cuidar de tu hijo?

—Así es.

Una chispa de esperanza se encendió en él al verla tomar la pequeña mano del niño.

—Enséñale. Ayúdalo. No puedes hacerlo peor que yo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Ellie.

—¿Y si no puedo?

—Creo que puedes.

Rowland contuvo el aliento mientras ella apoyaba la mano de Ethan contra su mejilla, con una ternura casi maternal.

—¿Nunca ha hablado?

—No. De bebé balbuceaba un poco, pero dejó de hacerlo. Necesita a alguien que lo entienda… que llegue hasta él.

Ellie apartó el cabello de la frente del niño. Luego se levantó y se volvió hacia Rowland. Se llevó las manos a las caderas y lo miró con una expresión firme, casi severa. Pero su voz, al hablar, fue suave.

—Nos habríamos ahorrado muchos problemas si lo hubieras dicho desde el principio. Pero…

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Acepto el puesto.

Capítulo 23

-Aaaaaaa... avellana —repitió Ellie. Tomó el dedo de Ethan y trazó la letra en la página abierta del abecedario que sostenía en su regazo. Antes de partir, había insistido en sacarlo, junto con un libro ilustrado de animales, de su baúl. Ahora, a media mañana, ya iba por tercera vez repasando el libro con Ethan y no parecía tener intención de parar en breve.

Rowland apenas podía mantener la vista en la carretera, y no podía dejar de sonreír.

Esta mañana temprano, se había despertado en la cabaña lakota y había encontrado a su hijo a unos metros de distancia y a Ellie junto a Ethan, al otro lado. Los dos dormían acurrucados juntos, con el brazo de Ellie abrazando a Ethan contra su cuerpo. Rowland no estaba seguro de cuánto tiempo había permanecido allí, fascinado por la imagen que tenía ante sí, pero era muy consciente del caos que aquella escena le estaba causando en su interior.

Se había dicho a sí mismo que la tarde de ocio de hacía dos días había sido solo por Ellie, que ella necesitaba estar tranquila y descansada antes de llegar a la agencia lakota y conocer a Ethan por primera vez. Pero al final del día, Rowland se había llamado tonto cientos de veces por siquiera plantearse la idea de que podría estar a solas con ella en las aguas termales y mantener la distancia. Allí, en el agua caliente, había estado jugando con fuego, y lo sabía. Cada día la quería más. Cada noche se recordaba a sí mismo que ella nunca podría ser suya.

Esta mañana, viéndola dormir mientras abrazaba a su hijo, la tortura de Rowland alcanzó un nuevo nivel, uno aún más difícil de afrontar que la atracción física que sentía hacia Ellie. Ella ya estaba

cumpliendo sus deseos y sueños, actuando como la madre que Ethan nunca tendría. Rowland la había querido para sí mismo, y ahora la quería para Ethan. Una cosa era que un hombre viviera una vida desprovista de amor y afecto, pero ¿cómo podía negarle esas cosas a su hijo?

Apartando los pensamientos inquietantes sobre el futuro a un segundo plano, Rowland se concentró en el camino que tenía ante sí y en la esperanza que Ellie ya le había traído. Esa mañana no parecía en absoluto intimidada por las tareas que les esperaban, sino que estaba encantada con Ethan y se negaba a escuchar una lista de lo que no podía hacer, insistiendo en cambio en que solo había que enseñarle la forma correcta de aprender.

Tras el torrente de lágrimas de la noche anterior, parecía una mujer nueva, transformada de la noche a la mañana, como si la preocupación de las últimas tres semanas se hubiera disipado. Su entusiasmo era contagioso, y Rowland se dio cuenta de que no recordaba ningún día en el que se hubiera sentido más feliz. Estaban en las colinas que tanto amaba, y su carreta se dirigía hacia casa. Su hijo estaba a salvo, y una maestra hermosa y llena de vida había aceptado formar parte de sus vidas.



Rowland lanzó una mirada preocupada en dirección a Ellie. Ella sostenía a Ethan en su regazo mientras dormía, con dos mantas protegiéndolo de la lluvia torrencial. Rowland y Ellie no tuvieron tanta suerte. Su sombrero y la cofia de ella apenas los protegían del frío y de las agudas gotas. Un relámpago destelló delante de ellos y Ellie se encogió. Un trueno sacudió el cielo oscuro unos segundos después. Rowland estaba seguro de haberla oído gemir.

—Tormentas como estas no suelen durar más de una hora más o menos —comentó, con la esperanza de tranquilizarla.

—¿No hay ningún sitio donde podamos refugiarnos? —gritó ella —. ¿Ningún lugar que nos ofrezca protección? Piensa en Ethan —le instó—. Esto es peligroso.

—Mejor seguir adelante —repuso Rowland—. No conozco a ningún minero por aquí, y me temo que podrían ofrecernos algo más que hospitalidad.

—Creo que vale la pena correr el riesgo —insistió Ellie. Se inclinó sobre Ethan, bajando la cabeza a medida que la lluvia se intensificaba.

Al verla temblar, Rowland se sintió fatal. *Quizá deberíamos buscar un lugar donde parar.* Pero, al mirar a su alrededor, supo que la carretera era lo más seguro. Aunque los frondosos árboles podrían protegerlos de la lluvia, también serían un blanco para los rayos. Espoleando a los caballos para que aceleraran, deseó que la tormenta hubiera esperado hasta mañana, cuando estuvieran más cerca de casa y él conociera algunos lugares donde podrían haber encontrado refugio.

Un trueno retumbó un segundo después, rebotando en el estrecho cañón.

—Rowland, por favor —gritó Ellie, volviéndose hacia él, con terror en los ojos—. Tengo que parar. Tengo que salir de aquí.

—Ellie, no hay ningún sitio...

Ella se puso de pie en la carreta, con Ethan aún aferrado a sus brazos.

—Siéntate —ordenó Rowland—. Está bien, vamos a parar.

Guio a los caballos hacia el arcén, buscando el escaso refugio que ofrecía un saliente de roca.

En cuanto se detuvo la carreta, Ellie empezó a bajar. Rowland saltó de su lado y corrió a quitarle a Ethan de los brazos. Ella negó con la cabeza, pero dejó que Rowland les ayudara a bajar. Nada más tocar el suelo, cayó de rodillas y, sin importarle el barro, se arrastró bajo la carreta. Rowland se secó el agua del ala del sombrero y se

agachó junto a la rueda. Temblando, Ellie se acurrucó bajo la carreta. Metódicamente, mecía a Ethan de un lado a otro, con la mirada perdida en la lejanía. Preocupado por su estado de ánimo y la seguridad de Ethan, Rowland se arrastró bajo la caja de la carreta y se sentó junto a ella, encorvado.

—Solo es un poco de lluvia —murmuró, pasándole el brazo por los hombros.

Ella lo miró por fin, con un miedo palpable en su expresión.

—No —susurró—. No lo es.

Rowland no estaba seguro de si temblaba de frío o de ansiedad. Decidió que era hora de tomar medidas drásticas, apostando a que si conseguía enfadarla de verdad, se recuperaría.

—No vas a volver a llorar delante de mí, ¿verdad? Mi camisa todavía está mojada desde hace dos días.

—Tu camisa está mojada porque nos has metido en esta horrible tormenta. Y no, no voy a llorar. Rara vez lo hago.

—Me habrías engañado, por cómo te comportaste la otra noche. Lobo Solitario predijo que por la mañana no quedaría nada de ti.

—No lo hizo.

—No —admitió Rowland—. Pero sí me dijo que no aguantarías dos lunas en las Colinas. Me ofreció a Halcón Rojo como sustituto tuyo.

Ellie frunció el ceño. Un relámpago iluminó su refugio y Rowland notó que ella se tensaba. Le apretó el hombro mientras retumbaba el trueno, esta vez más lejos.

—La tormenta se aleja —indicó él.

—No lo suficientemente rápido —respondió Ellie, aunque su voz sonaba más firme.

—Aquí arriba tenemos muchas tormentas. Y mucha nieve en invierno. Quizá esto no vaya a funcionar. Quizá debería dar media

vuelta, meterte en un tren y enviarte de vuelta a Wendell.

Esta vez Ellie no se molestó en corregir el uso erróneo que él hacía del nombre de su prometido.

—No te atreverías. Tú mismo dijiste que ya te he dado demasiados problemas y, además, me necesitas para enseñarle a hablar a este niño tan querido.

Retiró la manta y echó un vistazo a Ethan, que milagrosamente dormía a pesar del torrente que caía sobre ellos.

—Cierto —dijo Rowland.

Su mano rozó los dedos helados de ella mientras la ayudaba a arropar a su hijo con la manta.

—Estás helada. Dame la mano.

Ella obedeció, y él tomó sus delgados dedos entre los suyos y comenzó a frotarlos. Aunque su intención era calentarla, él también se sintió conmovido por su contacto. Qué placer era sostener la mano de una mujer, sentir el simple contacto de otro ser humano. Llevaba tanto tiempo sin hacerlo. Al cabo de unos minutos, ella cerró los ojos, con una leve sonrisa en los labios.

—Me siento mucho mejor. Gracias.

Rowland volvió a recordar el día en que le había dado de comer el perro de la pradera y ella había reaccionado como si hubiera llegado al paraíso. Era curioso cómo algo tan simple como unas manos cálidas o un trozo de carne quemada parecía llenarla de tanta gratitud, y algo tan común como una tormenta la ponía tan alterada.

Le tomó la otra mano y empezó a calentársela también. Se quedaron sentados en un silencio cómplice durante varios minutos, hasta que Rowland se dio cuenta de que la lluvia había amainado considerablemente.

—Creo que ya estamos a salvo.

Salió a gatas de debajo de la carreta y se acercó a Ethan.

—¿No podemos esperar a que la tormenta haya pasado por completo? —preguntó Ellie, mirando ansiosa al cielo—. A veces, cuando parece que una ha terminado, llega la segunda oleada.

Rowland negó con la cabeza.

—Deberíamos irnos. No quiero pasar la noche en este cañón, y eso es exactamente lo que nos pasará si no nos ponemos en marcha y avanzamos unos kilómetros.

Ellie miró al cielo una vez más y, finalmente, se inclinó hacia delante, colocando a Ethan en las manos extendidas de Rowland.

Con cuidado de mantener a su hijo cubierto, Rowland colocó a Ethan en el centro del asiento de la carreta y luego volvió para ayudar a Ellie.

—Mi vestido —se quejó ella, mirando la tela manchada de barro mientras agarraba la mano de Rowland.

Él tiró de ella, dio un paso atrás y sintió que su talón se hundía en un bache del camino. Se sentó de golpe, tirando sin querer de Ellie hacia delante.

Las suelas de sus mocasines resbalaron sobre la hierba mojada y su mano libre se agitó en el aire antes de que ella cayera hacia él, aterrizando mitad sobre Rowland y mitad en un charco bastante profundo del camino embarrado.

—¿Estás bien? —preguntó Rowland, tomándola del brazo y ayudándola a sentarse.

—No, no estoy para nada bien —espetó ella—. Estoy hecha un desastre. Mírame.

Se apartó un mechón de pelo pegado a la cara.

—Te estoy mirando —respondió Rowland, incapaz de ocultar la risa en su voz—. Con tu vestido rosa y el barro hasta los codos, me recuerdas a los cerditos después de haberse revolcado en el fango.

Ellie entrecerró los ojos. Empezó a cruzarse de brazos, pero luego se dio cuenta de que eso solo empeoraría el estado de su

vestido. En lugar de eso, le señaló con el dedo.

—Qué comentario tan grosero. ¿Un cerdo? En serio, Rowland. Y tú eres quién para hablar. Con ese pelo que necesitas cortarte, la cara sin afeitar y las manos y rodillas embarradas, pareces un gran oso pardo que acaba de despertar tras un largo invierno de hibernación.

Apretó los labios formando una línea fina —un intento débil, decidió Rowland, de parecer severa y reprensiva—. Sus labios temblorosos y la chispa de diversión en sus ojos delataban sus verdaderos sentimientos.

—Si soy un oso que ha estado hibernando... —se acarició la barbilla, untándose accidentalmente el barro por la cara—, entonces es probable que tenga... hambre.

Se abalanzó sobre ella, agarrándola por la cintura mientras ella chillaba.

—Y no hay nada que le guste más a un oso hambriento que un delicioso cerdito rosado.

—Rowland, no —suplicó ella, riendo mientras intentaba zafarse de su agarre—. Ya estamos hechos un desastre de barro. Pero si me vuelves a tirar hacia ti…

Él siguió intentándolo. Ella logró liberar una mano y se la llevó al pecho, intentando empujarlo.

Volvió a recordar la fuerza que ella poseía cuando realmente quería algo, ya fuera empujarlo desde un tren, montar a caballo a pelo o empujarlo al barro. Decidió dejar que se saliera con la suya. Al fin y al cabo, su estratagema ya había funcionado. Ahora, en lugar de miedo en sus ojos, vio picardía.

Elinor empujó con todas sus fuerzas y lo hizo caer de bruces en el charco en el que ella había caído momentos antes. Sin embargo, él aún le sostenía la mano y la arrastró consigo, empapándole por completo el brazo que no se había ensuciado de barro la primera vez.

Ella jadeó, sacudiéndose los dedos y salpicándolos a ambos de agua sucia mientras se arrodillaba, jadeando y sin aliento, junto a él.

Rowland se sacó el pañuelo y se limpió los ojos. Sin dejar de reírse, se lo ofreció a Ellie.

Arrebatándoselo, ella intentó secarse las manos y, de repente, levantó la vista.

—¿Qué estamos haciendo?

—¿Luchando en el barro como un par de cerdos? —sugirió él.

Ella frunció el ceño.

—¿No te gusta? —preguntó Rowland, levantando una ceja—. Por lo menos te ha distraído de la tormenta.

—Odio las tormentas —admitió Ellie en voz baja.

—Me he dado cuenta.

Le quitó el pañuelo y lo utilizó para limpiarle una salpicadura de barro de la punta de la nariz.

—Pero lo bueno de una tormenta es que a menudo hay una recompensa al final.

Se levantó del suelo y luego se agachó para ayudarla a ponerse de pie con delicadeza. Caminando con cuidado, se dirigieron hacia la carreta.

Él la ayudó a subir al asiento y luego señaló el cielo al norte de donde estaban, donde se extendía un arcoíris descolorido.

—Conoces la promesa del arcoíris, ¿verdad?

—No más inundaciones.

Ellie se hizo a un lado, con cuidado de no tocar a Ethan con su vestido embarrado.

Rowland se subió a su lado.

—¿Qué tal si me prometes que seguiremos adelante ahora y que no habrá más torrentes de lágrimas como los que tuvimos hace

un par de días?

Ellie levantó la barbilla.

—¿Y qué obtendré a cambio?

—Dentro de dos días: un baño caliente y un techo sobre tu cabeza.

—¿Solo dos días más?

Sonaba extasiada.

—Lo prometo.

Chasqueó las riendas.

Su sonrisa había vuelto.

—Trato hecho.

Capítulo 24

Ellie se inclinó hacia delante sobre el asiento de la carreta, haciendo rebotar alegremente a Ethan en su regazo mientras observaba los alrededores. Aquel día el cielo estaba despejado, a diferencia de la tarde de la tormenta de hacía dos días. Llevaba puesto su último vestido limpio —uno que se había traído de casa y que resultaba demasiado elegante para viajar— y se había lavado el pelo aquella mañana en un arroyo helado cerca del campamento.

Rowland la había mirado como si hubiera perdido el juicio, y después se lo había dicho sin rodeos, pero Ellie consideraba que el sacrificio de pasar frío bien valía la pena para presentarse lo más limpia y arreglada posible al ver su nuevo hogar por primera vez.

Cuidado, se advirtió cuando ese pensamiento volvió a cruzarle por la mente. No es mi hogar. Voy a la casa de Rowland a enseñar a su hijo. Nada más. Sí, pero voy con él. No me ha dejado atrás.

Su corazón se llenó de alegría, y nada —ni siquiera otra tormenta— habría sido capaz de apagarla. El alivio que había sentido al abandonar el campamento lakota, junto con la certeza de que su largo y arduo viaje estaba a punto de concluir, la colmaban de optimismo. Y el niño sentado en su regazo no hacía sino acrecentar aquella dicha. Rowland temía que Ethan se convirtiera pronto en una carga para ella, pero estaba equivocado.

En lo más profundo de su ser, Ellie estaba convencida de que podía ayudar. La duda de la primera noche había cedido paso a una oleada de esperanza, a pensamientos e ideas que estaba casi segura de que beneficiarían al pequeño. Poder hacerlo, mientras vivía y trabajaba junto a Rowland, le parecía mejor que cualquier otro

puesto de profesora que hubiera imaginado jamás. Quizá él tenía razón. Tal vez algún designio divino la había conducido hasta allí.

Observó cómo Rowland guiaba a los caballos hacia un cañón más estrecho que los anteriores. Unos surcos descoloridos marcaban el trazado de un camino accidentado, y Ellie se recostó en el asiento, rodeando con firmeza a Ethan con un brazo mientras su mano libre se aferraba a la barandilla.

La tarde anterior y aquella misma mañana habían pasado por media docena de granjas —o concesiones, como las llamaba Rowland—. No había visto a ninguna mujer, pero varios hombres desaliñados —uno de ellos vestido únicamente con ropa interior larga— les habían saludado al paso de la carreta. Sin embargo, desde el mediodía no se habían cruzado con nadie. Cuando se lo había preguntado, Rowland se había limitado a explicarle que, al construir su casa, había buscado la soledad, lejos de las zonas mineras. Su intención era criar ganado y trabajar la tierra, y la mejor manera de lograrlo, insistía, era estableciéndose en un lugar apartado.

—La última hora es dura —le había advertido.

Y, por supuesto, tenía razón. Aunque Ellie ya se había habituado en parte a los baches del camino, lo que Rowland no había mencionado era la belleza de aquella región. A ambos lados, montañas cubiertas de pinos se alzaban en pendiente, con vetas de pizarra de colores en la base y torres de granito coronando sus cimas.

Flores silvestres de color púrpura bordeaban el sendero, asomando entre la hierba alta de finales de verano, que le llegaba a la rodilla. Ardillas inquietas corrían sobre troncos caídos, y los pájaros gorjeaban por encima del constante crujir de las ruedas. Aunque apenas comenzaba septiembre, el otoño ya se insinuaba en el paisaje. Los arbustos de bayas brillaban con vivos tonos, y los álamos dorados se mecían con la brisa.

Ellie estaba completamente hechizada. Fuera cual fuese el aspecto de la casa de Rowland, sabía que le gustaría vivir allí.

Tras lo que calculó como más de una hora avanzando por el áspero camino del cañón, el valle empezó a ensancharse poco a poco. A lo lejos, distinguió cómo la montaña se curvaba, marcando el final del desfiladero… y de su viaje.

—¿Ya casi hemos llegado? —preguntó.

—Casi —confirmó Rowland.

Sin embargo, no sonaba tan entusiasmado como ella había esperado. Ellie recordó de pronto cómo la había reprendido por la cabaña de adobe en la que se habían refugiado durante el trayecto por Nebraska. Él había asegurado que su casa era algo distinto. Aquella idea despertó en ella una ligera inquietud.

Sabía que muchos mineros vivían en grandes tiendas de lona. Tal vez él también, y esa fuera la causa de su tono reservado. La posibilidad la inquietó. Una cosa había sido dormir cerca durante el viaje, y otra muy distinta prolongar aquella situación. Había anhelado tener su propia habitación; la intimidad empezaba a parecerle el mayor de los lujos. Aunque, pensándolo bien, una tienda con Rowland y Ethan seguía siendo preferible a compartir una cabaña lakota con desconocidos.

Aquella reflexión la hizo sonreír para sí.

Pensó en Crowe y en lo que diría si pudiera verla en ese momento. Se le escapó una risita, que sofocó de inmediato al notar la mirada inquisitiva de Rowland.

—¿Qué ocurre ahora?

Ellie negó con la cabeza, abriendo mucho los ojos en un intento de parecer inocente.

—Nada. Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Ahora no.

—Hmm.

Rowland volvió a centrar su atención en el camino.

—Supongo que Crowe vive en una casa magnífica, con carruaje elegante y un ejército de sirvientes.

—De hecho, así es —respondió Elinor—. Pero nunca me llevaría a un lugar tan hermoso como este, ni nadaría conmigo en unas aguas termales, ni me daría la oportunidad de hacer algo que de verdad importe en mi vida.

Bajó la vista hacia Ethan, que observaba con atención el libro ilustrado sobre su regazo.

—O-so —dijo, señalando la página—. Grrr… oso gruñón.

Alzó la vista hacia Rowland.

—Si te preocupa lo que piense de tu granja, no tienes motivo. Viviré feliz en una tienda de campaña siempre que…

Se interrumpió bruscamente, con la boca entreabierta.

La carreta había girado y ascendía ahora por un camino de grava. A la derecha, junto a la pared del cañón, se alzaba un gran granero rojo entre dos extensos campos arados. A la izquierda, un huerto aún sin cosechar, con hileras de calabazas y calabacines esparcidos sobre la tierra.

Y justo enfrente, al final del camino, una majestuosa casa blanca de dos pisos se erguía como una promesa.

Un anciano negro estaba sentado en una mecedora del porche. Al verlos, se levantó y bajó los escalones con una sonrisa amplia.

—No es un sirviente —advirtió Rowland mientras detenía la carreta.

—Vaya sorpresa —exclamó el hombre al acercarse—. De verdad lo has conseguido. Has encontrado a una mujer dispuesta a volver a este lugar olvidado.

—Me alegra verte, Walter —respondió Rowland, bajando del carro.

Le tendió la mano a Ellie. Ella le entregó a Ethan antes de descender.

—Ellie, este es mi buen amigo Walter. Vive aquí y ha estado ocupándose de todo mientras yo estaba fuera. Walter, te presento a la señorita Elinor Kristensen, que ha venido desde Boston para ser maestra.

Elinor le ofreció la mano con una sonrisa.

—Encantada de conocerle. Y, en realidad, estoy aquí porque Rowland me secuestró de un tren.

Walter soltó una carcajada mientras le estrechaba la mano.

—El placer es mío, señorita Ellie. ¿Dice que este hombre la ha secuestrado?

Miró a Rowland con fingida incredulidad.

—Así es —respondió ella—. Aunque ya lo he perdonado.

Walter rió de nuevo.

—Ya me cae bien —comentó—. Más te vale tratarla y pagarla bien.

—Esa es la intención —gruñó Rowland.

Ellie no supo discernir si hablaba en serio o en broma.

—Pago bien, ¿verdad, Walter? —añadió Rowland.

—Desde luego —afirmó el anciano—. Me he hecho con una mina de oro por cuidar unas vacas y sembrar un poco de maíz.

—Qué… interesante —murmuró Ellie, confundida.

Miró a Rowland cuando este le devolvió a Ethan.

—Creía que ya no te dedicabas a la minería.

—No —respondió él—. Pero si un amigo puede beneficiarse de un oro que ya está ahí, prefiero que lo haga.

Se volvió hacia Walter y lo abrazó con fuerza.

—Qué bien estar en casa. ¿Algún problema durante mi ausencia?

—Ninguno.

Ellie observó cómo la tensión desaparecía del rostro de Rowland, y sintió el mismo alivio sin comprender del todo su causa.

—Y espero que exageraras con eso de las vacas —añadió Rowland mientras bajaba la parte trasera de la carreta.

—No te preocupes —repuso Walter—. Hay unas dos docenas pastando. Las conté la semana pasada.

—Perfecto.

—Y tengo noticias.

—¿Ah, sí?

—Mi hijo Samuel encontró una pepita así de grande —dijo, levantando el puño— en tu mina.

—Tu mina —corrigió Rowland.

Walter asintió.

—La cambiamos por dinero en Deadwood… y mi Pearl viene de camino. Estará aquí a finales de mes. Después de siete años, volveré a ver a mi mujer.

—Qué maravilla —dijo Ellie con sinceridad.

—No puedo imaginar a nadie que lo merezca más —añadió Rowland—. Ambos sois bienvenidos aquí el tiempo que queráis.

—No será necesario —respondió Walter—. Compré la propiedad de Frandsen: casa, granero, ganado… todo. Mi Pearl tendrá por fin un hogar propio.

Su orgullo era palpable.

Rowland y Walter terminaron de descargar la carreta, incluyendo el baúl de Ellie, que arrastraron hasta el porche con

fingida exageración.

—Voy a llevar los caballos al establo —anunció Rowland—. ¿Necesitas una carreta?

—Me vendría bien —admitió Walter.

—Elige la que quieras. Será el pago por las semanas extra.

—Entonces, vamos.

Ellie los observó alejarse. Había recorrido ya el patio y el jardín mientras descargaban, así que decidió esperar en el porche. Le moría la curiosidad por ver el interior de la casa, pero no quiso entrar sin Rowland.

Se acomodó en la mecedora con Ethan y el libro ilustrado.

Comenzó a leerle de nuevo, como había hecho varias veces ese día, pero esta vez acompañó las palabras con signos de las manos, marcando cada letra tras señalarla y pronunciar su sonido.

Hacía años que no usaba ese lenguaje, pero sus manos recordaban. El lenguaje de los sordos estaba en ella tan profundamente como el inglés.

—¿De verdad la sacaste de un tren? —preguntó Walter mientras se alejaban.

Rowland se encogió de hombros.

—Más o menos.

Walter no apartaba la vista de Ellie.

—Sea lo que sea, hiciste bien. Has elegido bien.

Capítulo 25

Walter condujo a uno de los dos caballos a un establo libre en el granero.

—¿Dónde piensas alojarla?

—En la habitación de Ethan —respondió Rowland, indiferente —. ¿Cuánto maíz dirías que has cosechado?

—Suficiente —contestó Walter—. Tu ganado debería estar bien gordo durante el invierno. ¿Vas a dormir en tu antigua habitación, entonces?

—No —replicó Rowland, con más brusquedad de la que pretendía—. Pensé que podrías quedarte allí. Yo no necesito una habitación. Dormiré en el salón, en ese elegante sofá cama que Margaret insistió en tener.

Miró por encima de la verja a la vaca lechera y a su ternero, considerablemente más grande desde la última vez que los había visto.

—¿A la señorita Elinor le parecerá bien eso?

—¿Por qué no iba a parecerle bien?

—Una chica de Boston tiene que pensar en su reputación.

Rowland dejó de observar a las vacas y se volvió hacia Walter.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Al parecer, a nada —refunfuñó Walter—. No hay mucho en esa cabeza tuya si no ves claro como el agua de lo que estoy hablando. No puedes tener a una mujer joven, guapa y soltera viviendo contigo.

—No tenía pensado que fuéramos solo nosotros dos. Esperaba que tú también estuvieras aquí.

Rowland sacó avena del barril y la echó en el saco de pienso.

—Pero aun así funcionará. Tengo un hijo. Ella es su tutora. Es tan sencillo como eso.

—No, no lo es —insistió Walter—. La van a rechazar allá donde vaya. Las otras mujeres hablarán a sus espaldas. Y los hombres... los hombres de por aquí pensarán que ella ofrece algo que no ofrece.

—No vamos a estar con nadie más —repuso Rowland—. Y, además, ella solo estará aquí hasta que Ethan se ponga al día. Una vez que sea capaz de caminar y hablar. Cuando sea un poco mayor y…

—¿Y si nunca llega a hacer esas cosas?

—Lo hará.

Rowland apartó la mirada, fingiendo estar ocupado comprobando la mecha de la linterna de pared.

—Yo también lo creo —concedió Walter—. Pero va a llevar tiempo, y tienes que pensar en esa joven de ahí atrás. Tienes que ser justo con ella. Cada día llega más y más gente a las Colinas. Sé que crees que estás bastante alejado de todo, y lo estás, pero Myersville no está tan lejos. Y las mujeres son diferentes. Una se entera de que hay otra a menos de un día a caballo, y tiene que ir a visitarla. Solo hace falta una, Rowland. Que venga una sola hasta aquí y descubra que Ellie no es tu esposa...

—Nunca será mi esposa —cortó Rowland con amargura.

—Nunca digas nunca —le advirtió Walter.

Rowland esbozó una sonrisa irónica.

—En este caso, diría que está justificado. No puedo tener dos esposas.

Walter miró a su alrededor con exageración.

—No veo que tengas ninguna ahora mismo. ¿Cómo sabes siquiera si la señorita Margaret está viva y, si lo está, qué posibilidades hay de que vuelva a aparecer por tu casa?

—Oh, está viva —respondió Rowland—. Lo siento. Solo está esperando el momento oportuno para volver a amargarme la vida.

—Pues entonces diría que tienes un pequeño problema. ¿Qué le vas a decir a la gente sobre la señorita Ellie?

—La verdad —propuso Rowland.

Cogió una horquilla y empezó a echar heno en el último establo.

Walter negó con la cabeza.

—No. Tienes que pensar en algo para protegerla.

Rowland se apoyó en la horquilla.

—De acuerdo, diré que es mi hermana. ¿Satisfecho?

—Si crees que va a pasar por tu hermana, yo podría presentarme como tu padre perdido hace mucho tiempo.

Walter soltó una carcajada.

—Vosotros dos os parecéis tanto como nosotros. Ella tiene los ojos marrones; los tuyos son azules. Tu pelo es claro; el de ella es más oscuro. Ella es guapa. Tú eres feo.

—Entiendo lo que quieres decir —replicó Rowland—. ¿Qué tal prima, entonces? Puedo decir que es mi prima y que ha venido a ayudar con Ethan.

—Hmmm...

Walter lo meditó mientras vaciaba el cubo de avena.

—Supongo que eso podría servir... por ahora.

Miró hacia atrás para comprobar si Rowland había oído algo, pero este ya había salido del granero para ir a buscar al otro poni.

—Aunque no va a durar —murmuró Walter—. A menos que al final resulte que es una prima con la que se besa.

Capítulo 26

Rowland regresó del granero solo y de mal humor.

—Podrías haber entrado —le dijo a Ellie al verla aún sentada en la mecedora del porche.

—Pensé en esperar a que me dieras el gran recorrido —respondió ella, dedicándole una sonrisa con la esperanza de aliviar su ánimo.

—No tiene nada de grandioso —murmuró Rowland—. Es solo una casa de campo corriente.

Se equivocaba.

Ellie entró delante de él en el vestíbulo mientras él le sostenía la puerta. A la derecha había una mesa de caoba con tallas ornamentadas, sobre la que colgaba un espejo ovalado a juego. Junto a ellos, un perchero de gran tamaño completaba el conjunto, aunque parecía completamente fuera de lugar. Tenía suficientes ganchos y pomos como para abastecer a todo un club de caballeros, pensó Ellie, incapaz de imaginar por qué Rowland lo habría elegido. Una alfombra con flecos cubría el suelo de pino y conducía hacia la escalera.

Más allá del perchero se abría una puerta cuyo interior aún no alcanzaba a ver. A la izquierda, unas puertas dobles abiertas daban acceso a una amplia cocina. Rowland asintió, indicándole que empezarían por allí. Ansiosa por descubrirlo todo, Ellie le entregó a Ethan y entró, deteniéndose frente a una gran mesa redonda que parecía apenas usada.

Rowland la adelantó y se detuvo ante una enorme cocina de hierro fundido.

—Si algún día te apetece hacer un pastel, esta es una de las mejores cocinas que existen. Hicieron falta cuatro caballos y seis ruedas para traerla hasta aquí.

—Me lo imagino —dijo Ellie, pensando en lo imposible que habría resultado transportar aquella mole por los caminos que habían recorrido.

—Los platos están ahí, en el armario.

La mirada de Ellie se dirigió hacia un precioso aparador al fondo.

—La cubertería y los manteles están en la cesta —continuó Rowland—. No espero que cocines… a menos que quieras.

¿Había imaginado aquel matiz en su voz?

—De momento, todo lo que comemos debe ser fresco cada día. El año pasado no corté mucho hielo porque estaba ocupado con Ethan. Cuando los arroyos se congelen, dedicaré un par de días a recoger bloques. Así será más fácil conservar la mantequilla, la nata y demás.

Se llevó la mano a la frente y se la frotó, preocupado.

—No contaba con que Walter se buscara su propio hogar. El año pasado nos arreglamos entre los dos para preparar lo necesario. Traje algunas conservas de Sidney, pero no bastarán para todo el invierno…

La miró con expectación.

Ellie comprendió al instante.

—¿Quieres que yo…? ¡Dios mío!

Se llevó la mano a la garganta.

—Rowland, no tengo ni idea de cómo conservar alimentos.

—No esperaba que supieras —respondió él—. Pero quizá Walter y yo podamos enseñarte, y luego trabajaremos juntos. Muchas de estas tareas deberían haberse hecho hace semanas. Pero

estuve fuera tanto tiempo… Si vamos a sobrevivir al invierno, necesitaré tu ayuda. Además de tu trabajo con Ethan, claro.

—Hmm… —reflexionó Ellie—. ¿Me darías un aumento?

—Por supuesto.

Rowland no pareció complacido.

Ellie soltó una risa.

—Era una broma. Claro que te ayudaré… o al menos lo intentaré.

Se acercó y le apoyó una mano en el brazo.

—Te advierto que quizá te arrepientas de haberlo pedido.

Sonrió.

Rowland le devolvió la sonrisa.

—Agradezco tu disposición. Cuando llegue el invierno, tendrás largas horas para dedicarte a Ethan.

—Las espero con ganas.

Él la condujo de nuevo al vestíbulo y abrió la otra puerta. Dentro, Ellie se encontró con un salón sorprendentemente refinado, con muebles tan elegantes como los de muchas casas de Boston. Dos sillones de orejas se enfrentaban junto a la ventana, y un sofá curvo descansaba contra la pared opuesta. Una mesa ovalada se alzaba sobre una alfombra a juego en el centro de la estancia. Un reloj de pie dominaba una esquina.

Todo parecía intacto. Una fina capa de polvo cubría muebles y tejidos, como si nadie hubiera pisado jamás aquella habitación.

El crepitar del fuego en la chimenea era lo único que aportaba calidez. Todo lo demás resultaba extraño, como si alguien hubiera intentado trasladar una casa urbana al corazón de una granja aislada… y no lo hubiera logrado.

Ellie supo al instante que no pasaría mucho tiempo allí. La cocina le resultaba mucho más acogedora, y el porche, con sus

mecedoras, infinitamente más atractivo que aquellas sillas rígidas.

—Si no te importa, dejaré mis cosas aquí —dijo Rowland—. Dormiré en el porche para estar cerca, pero sin molestar a Ethan cuando salga temprano.

—Me parece bien, si a ti no te supone un inconveniente.

—Ninguno.

Ethan se removió en sus brazos, y Rowland lo depositó con cuidado sobre la alfombra.

—Espero que no te importe compartir la habitación con él. Solo hay una habitable arriba. La otra pertenecía a mi esposa… y prefiero dejarla como está.

—Por supuesto.

Un leve pinchazo le atravesó el pecho.

Tuviste una esposa. Ethan tuvo una madre. Yo solo soy su profesora.

Se acercó a la chimenea. Rowland la siguió.

—También es mejor que me quede aquí abajo por otras razones —añadió—. Walter cree que deberíamos decir que eres mi prima, para evitar malentendidos. Si tú estás arriba y yo aquí…

—¿Está sugiriendo que mintamos, señor MacRae?

Ellie adoptó un gesto teatral de escándalo.

—Solo para proteger su reputación, señorita Kristensen. Si a usted no le preocupa, no veo motivo para hacerlo.

Claro que me preocupa. Pero temo más por mi corazón que por mi reputación.

Ellie fingió meditar mientras tomaba un candelabro de cristal de la repisa. Tras un instante, lo alzó como si brindara.

—Por mentir.

Y por muchas otras cosas… huir, bañarse en aguas termales, caminar descalza… enamorarse.

Rowland tomó la pieza a juego. El cristal tintineó suavemente.

—Por mentir.

Sus miradas se cruzaron.



La luz del sol se filtraba por la ventana cuando Ellie despertó a la mañana siguiente. Bostezó, se estiró y luego permaneció inmóvil, disfrutando del lujo del colchón de plumas. Aunque descansaba sobre el suelo —Rowland le había prometido un somier pronto—, se sentía más descansada que en semanas.

Más descansada… y limpia.

La noche anterior había cerrado la cocina y se había permitido una hora de placer sumergida en una bañera de verdad. El manantial había sido agradable, pero aquella combinación de calor, agua perfumada y toalla limpia la hacía sentirse femenina de nuevo.

Lástima que su ropa no estuviera igual.

Gimió al recordar la pila de prendas sucias que la esperaba.

Apartó las sábanas y se acercó a la cuna de Ethan. Se detuvo en seco.

Estaba vacía.

¿Había entrado alguien mientras dormía?

Se puso la bata, salió al pasillo, bajó las escaleras y entró en la cocina.

Rowland estaba sentado a la mesa, alimentando a Ethan, que ocupaba una trona que ella no había visto el día anterior.

—¿Se… se ha levantado solo?

Rowland alzó la vista, esbozando una sonrisa al verla despeinada, descalza y envuelta en la bata.

—Lo levanté yo. Estaba inquieto. Duermes como un tronco, Ellie.

Ella se sonrojó.

—Buenos días a ti también. Me vestiré y bajaré para ayudar.

—Hazlo.

Subió apresurada, cerró la puerta del dormitorio y se apoyó en ella, intentando calmar los latidos de su corazón.

¿En qué estaba pensando al bajar así? ¿Por qué era todo tan… difícil?

Se acercó al baúl y sacó una blusa limpia. Tendría que conformarse con una falda sucia por ahora.

Pero eso no era lo importante.

Rowland parecía adivinar siempre lo que pensaba, lo que sentía. No podía permitir que lo hiciera ahora. Tenía que controlarse.

Tenía que dejar de pensar en el hombre que la esperaba abajo… y concentrarse en su hijo.

La razón por la que estoy aquí.

Sería un año interminable si no lograba dominarse, si no dejaba de comportarse como una colegiala cuyo corazón se desboca cada vez que el chico que le gusta le sonríe desde el otro lado del patio.

Capítulo 27

Queridísimo padre:

Siento no haberte visto en Sidney, pero ya he llegado sana y salva a mi nuevo destino. En el tren desde Chicago conocí a un caballero que necesitaba ayuda con su hijo pequeño. El sueldo es el doble de lo que habría ganado en Sterling, y estoy deseando trabajar con este alumno, pues creo que sufre algunas de las mismas dificultades que tenía mamá. Es una alegría, papá, pensar en ayudar a este niño enseñándole el idioma que mi madre me enseñó.

Por favor, perdóname por marcharme sin decírtelo, pero no veía otra forma de convencerte de que no podía casarme con Crowe. Dile que le deseo lo mejor.

Volveré a escribirte pronto. Con todo mi cariño,

Elinor

Ellie volvió a leer la breve carta una vez más; luego dobló el papel y lo introdujo en el sobre. Cogió el sello, lo presionó contra la cera y estampó sus iniciales sobre el pliegue. Se alegró de haber pensado en traer su juego de papelería; quizá ver aquel papel familiar y recibir noticias suyas bastaría para tranquilizar a su padre.

—¿Damos un paseo, Ethan?

El niño permanecía sentado sobre el colchón de plumas. Lo había colocado allí hacía un cuarto de hora, dándole una de sus baratijas para entretenerlo. Resultaba alentador verlo tocar las joyas y mostrar interés por cuanto lo rodeaba.

—Parece que tus manos funcionan perfectamente —añadió mientras le retiraba la pulsera—. Ahora, si consiguiéramos que las usaras más… y que caminaras.

Formó con los dedos el signo de caminar.

—Camina —repitió, señalando sus propias piernas mientras se movía ante él.

—Ethan, anda.

Se arrodilló, lo tomó en brazos e intentó ponerlo de pie. Las pequeñas piernas se doblaron de inmediato.

—Ethan —reprendió con suavidad—. Eres un niño mayor. Tienes que usar esas piernas.

Le subió los pantalones y señaló con insistencia.

—Anda. Piernas… anda…

Se quedó sin aliento.

Una cicatriz terrible serpenteaba por la parte posterior de la pantorrilla, cruzada por marcas gruesas y torcidas de puntos. Ellie se estremeció, incapaz de imaginar qué le habría ocurrido al pequeño. La idea del dolor que debía de haber sufrido le hizo arder los ojos.

Desde que lo habían traído del campamento lakota, Rowland se había entregado por completo a su cuidado: lo alimentaba, lo vestía, lo cambiaba sin descanso. Ahora Ellie empezaba a preguntarse si, además del amor paternal, no había algo más oculto tras aquella devoción.

Pero ¿por qué me lo ocultaría? Quiere que lo ayude.

Los ojos de Ethan, curiosos, se fijaban en la pulsera que había dejado fuera de su alcance.

—Quizá salgamos a ver a tu papá.

Se puso en pie y lo alzó en brazos.

—Ha estado tan ocupado con sus vacas que apenas ha tenido tiempo para hablar conmigo… y creo que tiene algunas explicaciones

que darme.

Bajó las escaleras, tomó el abrigo de Ethan y su propio chal del desmesurado perchero, y salió al exterior. Se detuvo un instante en el porche, observando el patio en busca de Rowland o Walter, pero no vio a ninguno de los dos.

Sabía, sin embargo, que al menos uno de ellos debía de estar cerca. Rowland le había prometido que nunca estaría sola y que, ante cualquier problema, debía llamarlos a gritos.

Cuando le preguntó qué quería decir con aquello, él se había limitado a insistir en una única cosa: no perder de vista a Ethan ni un instante.

En aquel momento la orden le había resultado extraña. Ahora, tras ver la cicatriz, comenzaba a comprenderla mejor.

Pero había llegado la hora, decidió Ellie, de mantener una conversación seria con Rowland. Apenas llevaba una semana allí y ya acumulaba demasiadas preguntas.

Con Ethan en brazos, bajó por el camino hasta el granero. Walter estaba fuera, cargando cestas de bayas y sacos de manzanas en la carreta.

—¿Está lista para hacer conservas, señorita Ellie?

—Más que nunca —respondió, contemplando los recipientes rebosantes—. ¿Has recogido tú todas esas bayas, Walter?

—Así es.

Sonrió con orgullo.

—Y he oído que prepara un pastel excelente. ¿Habrá alguno esta noche?

Uh oh.

—Lo intentaré —respondió con un hilo de voz—. Pero hace mucho que no practico… y creo que ya has notado que lo único que sé hacer por ahora son tortitas.

—Y bien buenas que están.

Le guiñó un ojo.

—¿Has visto a Rowland? —preguntó Ellie, cambiando a Ethan de brazo—. Quería que me hablara de la cicatriz de su pierna.

Walter colocó el último saco en la carreta.

—Puede que te lo cuente… o puede que no. Pero yo preguntaría, si fuera tú.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Si voy a enseñarle a caminar, necesito conocer sus limitaciones. Debo saber qué le ocurrió.

—Nada bueno —respondió Walter—. Eso es lo que le ocurrió. A su padre tampoco le pasó nada bueno. Y eso es todo lo que necesitas saber para ayudar a ambos.

Se quitó el sombrero y se secó la frente.

—Te he visto con él. Con esos gestos de manos… le estás enseñando a hablar así, ¿verdad?

Ellie asintió.

—Lo intento.

—¿Aprendiste eso en alguna escuela especial?

—No.

No añadió nada más.

Walter la observó con detenimiento.

—Entonces, ¿dónde lo aprendiste? Está claro que sabes lo que haces con ese niño.

Ellie sostuvo su mirada un instante.

—Lo sé porque crecí hablando así.

Se volvió hacia la casa.

—Gracias, Walter. Voy a preparar la cocina.

Regresó con paso decidido, más intrigada que nunca por el niño que llevaba en brazos… y por el hombre que no lograba apartar de su pensamiento.

Capítulo 28

Tras dejar enfriar el último lote de mermelada sobre la mesa, Ellie se dejó caer en una silla y se apartó el pelo de la cara. Se tocó el moño deshecho de la nuca y supo que debía de tener el mismo aspecto: cansada y agotada. ¿Quién iba a imaginar que hacer conservas daría tanto trabajo? Durante los últimos cuatro días no habían hecho otra cosa, es decir, ella y Walter.

Rowland se había ido a reunir a sus vacas. Ellie lo echaba de menos y estaba de mal humor por haber permanecido de pie, trabajando sin descanso frente a los fogones durante horas y horas. Aun así, al contemplar las filas de tarros alineados en el armario y sobre la mesa, sintió una satisfacción que nunca antes había experimentado. Gracias a su esfuerzo, tendrían compota de manzana para disfrutar y mermelada para untar en el pan aquel invierno. Pan. Oh, no. Aún tenía que aprender a hacerlo, y cuando Walter se fuera a buscar a Pearl la semana siguiente, Ellie tenía el presentimiento de que esa tarea también recaería sobre ella.

En ese momento, una siesta le parecía una idea divina —y bien merecida después de todo su duro trabajo—. Sabía que Walter había salido al granero a hacer las tareas de la tarde, así que no había nadie cerca para verla holgazanear.

Nadie excepto Ethan. Con sus grandes ojos azules, la miraba desde su sitio en el suelo. A Ellie le alegró comprobar que se había arrastrado varios metros para llegar hasta los relucientes peines de carey que ella había colocado fuera de su alcance. Estaba progresando. Cada día pasaba una hora o más jugando con él, moviéndole las piernas, ayudándole a intentar ponerse de pie.

Pero no había tenido mucho tiempo para practicar los sonidos con él, o, lo que era más importante, para poner a prueba su teoría sobre su audición. Decidiendo que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro, Ellie llevó a Ethan hasta la puerta, donde podría vigilarlo mientras preparaba todo.

Empezando cerca de las escaleras, enrolló la larga alfombra de la entrada. Una vez apartada, barrió el suelo desnudo y luego arrastró el perchero hasta el salón de Rowland. No entendía qué le había llevado a comprar un mueble tan de mal gusto cuando unos simples ganchos en la pared habrían servido igual de bien y habrían quedado mucho mejor en la entrada.

Salvo por la mesita, la entrada estaba ahora vacía y era lo suficientemente grande, pensó, para sus experimentos. Llevándose a Ethan consigo, subió corriendo las escaleras y cogió varias mantas y su almohada. Tras arrastrar todo eso de vuelta a la entrada, le preparó un trono para que se sentara. Quería poner a prueba su oído y sabía que, si percibía vibraciones en el suelo, estas interferirían. Tras colocarlo sobre la almohada y las mantas, le entregó los peines. Corrió a la cocina y reunió rápidamente varias ollas, sartenes y utensilios.

Ethan no levantó la vista cuando ella volvió a la habitación. *No es raro*, pensó Ellie, *si realmente no puede oírme.*

Sentada en el suelo, a medio metro detrás de él, pronunció su nombre en voz baja. Nada.

—Ethan —dijo en voz más alta.

Seguía sin haber respuesta. Ellie dio una palmada. No estaba segura, pero le pareció que había movido ligeramente la cabeza. Inclinándose hacia la derecha, cogió una tetera y una cuchara y las golpeó suavemente. Ethan se giró hacia ella.

Ella sonrió. Buen chico. Retrocediendo un poco más, repitió la secuencia. Esta vez tuvo que golpear la tetera con mayor fuerza. De nuevo, Ethan giró la cabeza para seguir el ruido.

Una y otra vez, Ellie repitió el proceso: golpeaba la olla, pronunciaba su nombre y hacía sonar el suelo y los pomos de las puertas. Se alejó hasta el salón y la cocina, garabateando apresuradamente notas en un trozo de papel después de cada sonido. Mirando a su alrededor en la cocina, vio el molinillo. Preguntándose si aquel sería un rango de sonido que Ethan pudiera percibir, lo tomó en silencio de la mesa y se tumbó en el suelo con él. Escondida tras la puerta entreabierta, esperó unos minutos más, por si Ethan la había visto. No parecía que fuera así, ya que estaba absorto en juntar y separar repetidamente los dientes de sus peines.

Giró la manivela del molinillo una vez. Él no levantó la vista. *Vamos, Ethan.* Tras asegurarse de que había granos dentro, volvió a girar la manivela. Le pareció verlo estremecerse. La giró dos veces más. Él la miró y sonrió.

Ellie sintió que se le derretía el corazón. No solo la oía, sino que respondía con emoción. Se arrastró hasta él, lo tomó en brazos y le besó las mejillas.

—Buen chico, Ethan —lo elogió—. Bien.

Hizo un gesto con las manos y luego lo abrazó de nuevo.

—Sabía que podías oír un poco. Lo sabía.

Se abrió la puerta principal y entró Rowland, contemplando la insólita escena: la alfombra y el perchero habían desaparecido y, en su lugar, estaban Ellie y Ethan, rodeados de ollas, sartenes, cucharas y mantas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Al ver su expresión de desconcierto, Ellie soltó una carcajada.

—Estamos jugando, Rowland. Y ha pasado algo maravilloso. Ethan puede oír. No oye todo —añadió de inmediato—, y su oído izquierdo es sin duda mejor que el derecho, pero no es sordo. Voy a poder ayudarle.

Le sonrió radiante a Rowland, luego se volvió hacia Ethan y le besó la mejilla una vez más.

Rowland permaneció de pie en silencio, mirándolos fijamente, con una expresión indescifrable en el rostro.

—Eso está bien —dijo por fin.

Se tocó el sombrero, retrocedió hacia el porche y cerró la puerta tras de sí.

Ellie sintió que su alegría se desvanecía. *¿He hecho algo mal? ¿Por qué Rowland no está tan feliz como yo? Ethan es su hijo.*

Confundida y dolida, volvió a sentar a Ethan en su trono improvisado y se dispuso a limpiar el desorden que había causado. Devolvió las ollas, sartenes, utensilios y el molinillo a la cocina; dejó su cuaderno y las mantas en la escalera para subirlos más tarde; sentó a Ethan en su silla y desenrolló la alfombra.

Pero cuando llegó el momento de volver a colocar el perchero, decidió no hacerlo. Mientras aquella atrocidad permaneciera en el salón, la larga entrada era el lugar perfecto para que Ethan aprendiera a caminar. Decidida a que esa cosa horrible ocupara su espacio, al menos como desquite por el comportamiento gruñón y desagradecido de Rowland, lo dejó allí y cerró la puerta.

Al sentir que regresaba parte de la euforia por su éxito con Ethan, se dirigió a la cocina y decidió que horniearía un pastel de bayas para celebrarlo.

Capítulo 29

Tras colgar el delantal en uno de los nuevos ganchos que Walter había instalado antes de marcharse, Ellie se detuvo para tomar a Ethan en brazos y salió apresuradamente al porche. La carreta —ahora de Walter— subía por el camino de entrada, y Elinor aguardó, expectante, deseando ver a Pearl por primera vez. Durante días, Walter no había hecho otra cosa que hablar de su esposa, y Ellie sentía que ya la conocía.

A medida que la carreta se acercaba, Ellie comprobó que Pearl encajaba con la imagen que había formado en su mente. Calculó que le llevaba unos quince años y, por lo que Walter le había contado, sabía que aquella mujer tenía experiencia en todo, desde la partería hasta el trabajo en el campo.

Incluso desde la distancia, su rostro curtido irradiaba bondad. Ellie se puso de puntillas, esforzándose por ver mejor por encima de Walter, ansiosa por contemplar a aquella mujer que, esperaba, tomaría las riendas de la cocina al menos durante unos días.

Rowland también había salido del granero, aunque permanecía a varios metros, fingiendo examinar las hortalizas del huerto que hacía tiempo debían haberse recogido. Desde su llegada, hacía casi un mes, apenas había cruzado palabras con Ellie. La cercanía del viaje se desvanecía como un recuerdo lejano, y ella comprendía el motivo. Él había dejado claro que su presencia allí respondía únicamente a su papel como maestra de Ethan.

Debería alegrarse, se repetía. Sobre todo teniendo en cuenta lo generoso que era su salario. El sábado anterior, él la había escuchado con atención mientras describía los avances del niño. Al terminar, se limitó a decir que estaba haciendo un buen trabajo y le

entregó una bolsa con más dinero del que habría ganado en medio año en Sterling.

Cuando ella protestó, asegurando que era demasiado, Rowland se retiró al granero y no regresó en todo el día.

No era cruel. Nunca lo había sido. Pero aun así, Ellie sentía cómo su corazón se resquebrajaba poco a poco.

Es mejor así, insistía para sí. Tendré que marcharme… y dejar a Ethan ya será bastante difícil.

Si conseguía dejar de sentir tanto por Rowland antes de ese momento, quizá lograría soportarlo.

Con una sonrisa que no lograba alcanzar sus ojos, descendió los escalones justo cuando Rowland ayudaba a Pearl a bajar de la carreta.

Walter, con el sombrero en la mano, avanzó con orgullo.

—Pearl, estos son Rowland MacRae y la señorita Elinor Kristensen. Señorita Ellie, Rowland… mi Pearl.

Ellie se acercó con Ethan en un brazo y la otra mano extendida.

—Bienvenida.

La simple presencia de otra mujer le levantó el ánimo.

Pearl tomó su mano entre las suyas y la estrechó con calidez. Luego alzó la vista hacia Rowland.

—Señor MacRae, no sé por dónde empezar a darle las gracias. Ya casi había perdido la esperanza de reunirme con Walter y con mi hijo.

Con las manos en los bolsillos, Rowland se removió incómodo.

—Tiene dos hombres extraordinarios. Ya era hora de que estuvieran juntos.

—Nada de esto habría sido posible sin usted —insistió Pearl—. Mi hijo seguiría en Virginia… y yo quizá habría muerto en esa

plantación. Nuestra familia está en deuda con usted.

Ellie observó cómo el rostro de Rowland se teñía de rojo. No respondió. Se volvió hacia la carreta, concentrando su atención en los caballos.

Para aliviar la tensión, Ellie intervino:

—¿Le gustaría entrar, Pearl? Rowland y Walter pueden encargarse de sus cosas.

—No hay mucho de lo que ocuparse —repuso ella con naturalidad—. Solo tengo lo que llevo puesto. Dejé el resto para quienes lo necesitaran.

—Claro… —murmuró Ellie, sintiendo un leve remordimiento al pensar en su propio baúl, aún lleno.

Los hombres condujeron los caballos al establo, dejándolas solas. Ellie guió a Pearl hacia la cocina. Tras sentar a Ethan, se dirigió al aparador y sirvió té y tarta.

—Me alegro mucho de que esté aquí —confesó—. Walter probablemente ya le habrá dicho que necesito ayuda desesperadamente.

—Lo único que ha dicho es que obra milagros con ese niño.

Pearl observó a Ethan, que aplastaba un trozo de pan con entusiasmo. Probó la tarta y asintió.

—Está deliciosa.

—Gracias —respondió Ellie—. Aunque me temo que eso es todo lo que sé hacer.

—¿Quién le enseñó?

—Una cocinera de casa —respondió, bajando la mirada—. Hace mucho tiempo.

Pearl asintió.

—Sea quien fuera, hizo un buen trabajo. La masa no es fácil. ¿De dónde es usted?

—De Boston.

Ellie evitó levantar la vista. Se preguntó qué pensaría Pearl de alguien criada en aquella comodidad.

—Yo he pasado doce años en Carolina del Sur —continuó la mujer—. Créame, un cambio de aires se agradece.

—Sí… —asintió Ellie—. ¿Le gustó el viaje en tren?

—Seguro que más que a usted —rió Pearl—. Walter me contó una historia interesante sobre usted y el señor MacRae.

—Interesante… —repitió Ellie, recordando las largas horas que había pasado con Walter cocinando y trabajando, mientras él le arrancaba cada detalle.

Pearl la miró fijamente.

—¿Y ahora qué piensa hacer, señorita Ellie?

Ellie se quedó inmóvil, con el tenedor suspendido en el aire.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe a qué me refiero.

Chasqueó la lengua, decepcionada por la evasiva.

—Tiene un niño que cuidar… y un buen hombre. ¿Qué piensa hacer con eso?

Ellie no supo qué responder.

—Quedarse ahí sentada no servirá de nada —añadió Pearl, levantándose—. Mi hijo me espera. Solo me quedaré un par de días, así que más vale que aprovechemos. Diga qué necesita aprender.

—Ay, Dios mío…

Ellie se llevó la mano a la boca.

—¿Y ahora qué ha hecho? —preguntó Pearl, rodeando la mesa.

Observó con gesto crítico cómo Ellie intentaba meter el brazo por una manga que había cosido cerrada.

Pearl suspiró, llevándose la mano a la frente.

—¿No es ya la cuarta vez?

Ellie asintió con solemnidad.

—No sé qué hago mal. Lo sujeto bien con alfileres… pero luego lo coso y… se estropea.

—Dios mío, muchacha. No tiene remedio.

Ellie soltó una carcajada, y la manga defectuosa colgó ridículamente a su lado. Su risa resultó contagiosa, y el ceño de Pearl se suavizó hasta que ambas acabaron riendo a pleno pulmón.

—Será mejor que use parte del dinero que le ha dado el señor Rowland para buscar una costurera —dijo Pearl entre risas—. A este paso, acabarán todos desnudos antes de que aprenda.

Ellie rió aún más.



En la otra habitación, Rowland alzó la vista del libro.

—¿Qué estarán haciendo?

Miró a Walter con inquietud.

—Ni idea —respondió él—. Y mejor así.

—Eso espero.

Rowland se inclinó ligeramente, alcanzando a ver a Ellie mientras reía sin control en la cocina. Llevaba el cabello suelto, sujeto con una de las cintas que él le había regalado.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no unirse a ella. Aunque vivían bajo el mismo techo, evitaba su compañía siempre que podía.

No tiene sentido someternos a esto. Observó cómo ella subía corriendo las escaleras, aún riendo.

—No tiene sentido, ¿verdad, Josh?

Acortó el nombre como Ellie le había enseñado. Era más fácil para el niño reconocerlo.

Ethan levantó la mirada hacia él y aquel simple gesto lo desbordó.

El contacto visual, la respuesta a su voz… Ellie estaba logrando lo que él no había creído posible. Le estaba devolviendo a su hijo.

Imaginó su futuro: aprendiendo, creciendo, viviendo como cualquier otro niño. Pero en ese momento, solo quería su cuento.

Ethan emitió un sonido y señaló el libro.

—Oso —dijo Rowland—. Grrrr.

Recordó la burla de Ellie, comparándolo con uno. Sonrió para sí. Tal vez no estaba tan lejos de la verdad.

Se acarició la barba incipiente.

Quizá Pearl podría arreglar aquello.

Decidido, terminó el cuento y dejó a Ethan preparado para la noche. Cuando estuvo seguro de que Ellie no podía oírlo, se dirigió a la cocina.

—Necesito un corte de pelo —pidió.

Pearl lo examinó con severidad.

—Ya era hora. Parece un animal del granero.

Rowland no se ofendió. Le divertía.

—Ese ganado nos da de comer.

—Y no será lo único que necesite atender si sigue así —replicó ella—. Lávese. Yo me encargo de esto.

Rowland obedeció. En el pozo, se lavó el rostro, las manos y finalmente el cabello, dejando que el agua fría despejara sus pensamientos.

La noche era clara y fría. El olor de la leña impregnaba el aire. Pronto llegaría el invierno.

Regresó a la casa. En la cocina, encontró a Ellie sola, alimentando el fuego.

Ella se volvió.

—Hola, Rowland. Pearl dijo que quiere que te corte el pelo.

—Sí… pero…

Miró hacia el salón. Un ronquido exagerado confirmó que Walter y Pearl dormían profundamente.

Se volvió hacia ella.

—Supongo que parezco un oso pardo.

—No quise decir eso.

—Y no parezco un cerdo.

—Gracias. —Ellie acercó una silla—. ¿Empezamos?

Rowland miró los retales sobre la mesa.

—Espero que trate mejor mi pelo que esa tela.

Ella sonrió.

—No creo que pueda hacerlo peor. Pearl dice que debería buscar una costurera con el dinero que me pagas.

—¿Ah, sí?

Rowland arqueó una ceja.

—Ella sugiere que limite mis escasos talentos a enseñar a Ethan y a hornear tartas y tortitas… y, de vez en cuando, pan, si estamos muy desesperados.

Ellie suspiró.

—Siento mucho no poder aprovechar mejor esas preciosas telas que me compraste.

—No importa —respondió Rowland, acercándose—. No debería haber dado por sentado que sabías coser.

Ella lo miró con inquietud.

—¿Te importaría mucho si se las envío mañana con Pearl? Solo tiene un vestido, y le vendrían bien…

Rowland alzó una mano, deteniéndola.

—No me importará en absoluto. Si puedo permitirme regalar una mina rentable, estoy seguro de que podemos prescindir de unos metros de tela.

—¿De verdad hiciste eso? —preguntó Ellie, apartándose para que él pudiera sentarse.

Rowland la desplazó un poco más y tomó asiento.

—Sí. Y no fue ningún sacrificio. Después de mi mes con los lakota, no podía justificar seguir explotando la mina.

—Pero sabías que aún quedaba oro —dedujo ella.

—Mucho.

Rowland la miró.

—Y Walter lo necesitaba. Ha ayudado a casi veinte personas con ese dinero, sin ampliar la mina. Y todavía queda bastante en los túneles.

—Debe de ser una sensación maravillosa ayudar así a los demás.

Ellie tomó una toalla limpia del aparador.

—Tú también estás haciendo algo muy importante —dijo Rowland—. Todo lo que esperaba… y más, con Ethan. Ya hace sonidos, intenta moverse…

—Es un niño muy inteligente.

Ellie desplegó la toalla y se la ató alrededor del cuello.

—Probablemente podría ayudarle aún más si supiera cómo fueron sus primeros años.

—¿Piensas estrangularme si no te lo cuento? —bromeó Rowland, intentando introducir un dedo entre la tela y su cuello.

—Lo siento —exclamó Ellie, ruborizándose mientras deshacía el nudo.

—¿Mejor?

—Mucho.

Rowland tragó saliva, comprobando que aún podía hacerlo.

—Creo que ibas a contarme cómo aprendiste a enseñar a niños que no oyen.

Ella dudó un instante, con el peine en una mano y las tijeras en la otra.

—De acuerdo… si prometes responder a algunas preguntas a cambio.

—Trato hecho.

—Entonces quédate quieto —advirtió, colocando una mano en su nuca mientras buscaba la raya en su cabello.

Rowland cerró los ojos.

Esto es peligroso… de una forma completamente distinta.

—¿Cómo se hizo Ethan esa cicatriz? —preguntó Ellie.

—Se cayó por las escaleras. Se rompió la pierna. El hueso atravesó la piel.

Ellie ahogó un grito.

—¿Hace cuánto? ¿Esas escaleras?

Miró hacia el tramo que conducía al piso superior.

Rowland asintió.

Ella apoyó ambas manos a los lados de su cabeza.

—Quieto… quiero hacerlo bien.

—Entonces te toca responder —replicó él—. ¿Dónde aprendiste el lenguaje de signos?

—De mi madre. ¿Cómo se cayó Ethan? Dijiste que nunca había caminado ni gateado.

—Y es cierto.

—No has respondido a todo —le recordó Ellie—. Pero empezaré yo.

Le inclinó la cabeza hacia delante y comenzó a cortar por la nuca.

—Mi madre era sorda.

—¿Tu madre…?

Rowland intentó girarse.

—Ah, ah…

Ella lo corrigió con suavidad.

Él volvió a inclinar la cabeza.

—Pero tú oyes perfectamente.

—Sí.

Corte. Corte. Corte.

—No todas las pérdidas auditivas se heredan. La suya fue por una enfermedad de niña.

Rowland guardó silencio, esperando que continuara. Las tijeras seguían sonando, mechón tras mechón cayendo al suelo.

Pero Ellie no añadió nada más.

—Levanta la cabeza, por favor.

Él obedeció.

—Nunca lo mencionaste cuando hablamos de ella.

—Te dije que no era muy expresiva.

Una leve sonrisa cruzó su rostro, que enseguida se apagó.

—No hablo mucho de ella. Murió cuando yo tenía diez años.

—¿La echas de menos?

Ellie asintió.

—Sí… últimamente más. El lenguaje de signos me la recuerda. Me alegra que aún me resulte natural, casi tanto como hablar.

Se apartó un poco, evaluando su trabajo.

—Ahora te toca. Cuéntame sobre la caída de Ethan.

Rowland dudó. No había manera sencilla de decirlo, pero ella merecía saber.

—A Ethan se le cayó de las manos a su madre. No llegué a tiempo. Lo intenté, pero…

—Ay, Rowland…

Ellie dejó las tijeras en suspenso y se sentó, mirándolo con profunda compasión.

—¿Estaba muy enferma?

—¿Enferma?

Rowland comprendió de inmediato. Era la conclusión más fácil.

Ninguna madre arrojaría a su hijo por unas escaleras.

Excepto Margaret.

Y Margaret no estaba enferma.

Se pasó una mano por el cabello, aún sin cortar en la parte superior.

—Escucha… es complicado. Largo. No estoy preparado para contarlo todo esta noche. Digamos que Ethan no estaba bien antes de la caída… y que después estuvo aún peor. Nueve meses más tarde lo llevé al campamento lakota. El resto ya lo conoces.

Ellie bajó la mirada hacia sus manos, con las tijeras inmóviles sobre su regazo.

El silencio se alargó.

Rowland extendió la mano y la posó sobre la de ella.

—Parece que los dos hemos tenido nuestro pasado.

—Creo que el tuyo fue peor. Perder a tu esposa… y ver a Ethan así…

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Rowland supo que debía corregirla. Decirle la verdad.

Pero no lo hizo.

—Nada de lágrimas —murmuró con suavidad—. Con lo que os habéis reído antes, ya estaba bastante preocupado.

Ella esbozó una sonrisa débil y se levantó.

—Prometo mantener la mano firme.

Retomó el corte.

Rowland cerró los ojos, abandonándose al contacto de sus dedos. El silencio de la cocina, roto solo por el chasquido de las tijeras, le permitió pensar.

Recordó el momento en que decidió buscar una maestra para Ethan. Walter lo había llamado loco, y quizá lo era. ¿Qué mujer aceptaría viajar hasta aquel lugar perdido para enseñar a un niño como el suyo?

Pero no había podido apartar la idea.

Así que, con poco más que fe, llevó a su hijo a la agencia lakota y emprendió la búsqueda. Ahora, sentado allí, con Ellie… una mujer dispuesta, capaz, casi milagrosa…La gratitud lo sobrepasó.

No podía ser casualidad.

—Gira un poco la cabeza —pidió Ellie en voz baja.

Rowland obedeció.

—Tenías razón. —Tardó un instante en comprender—. Lo supe la primera noche, cuando me hablaste de Ethan.

Su mano rozó la mejilla de él al ajustar la patilla.

Rowland abrió los ojos y buscó su mirada. Luego alzó la mano y atrapó la de ella.

—Estabas destinada a venir aquí.

Ellie sostuvo su mirada y asintió con serenidad.

—Eso parece.

Capítulo 30

Rowland estaba sentado en un taburete en la entrada del granero, con la cabeza inclinada y un rascador en la mano mientras trabajaba, concentrado en quitar el barro endurecido de la herradura de su caballo. Una sombra se cruzó en su camino, y levantó la vista para ver a su vecino más cercano, Orville Grady. Orville se rascaba el cuello con insistencia, como si algún tipo de parásito se hubiera instalado bajo su camisa. Probablemente así fuera, pensó Rowland, considerando la poca frecuencia con la que la mayoría de los hombres de las Colinas se lavaban a sí mismos y su ropa.

—¿En qué puedo ayudarte, Orville?

Rowland dejó con cuidado la pata delantera del caballo en el suelo y se levantó del taburete.

El rascado continuó.

—Yo... tengo entendido que tienes a una mujer viviendo aquí.

—¿Ah, sí?

Rowland miró más allá de Orville y observó la prueba evidente de lo que afirmaba. Ropa recién lavada —incluidas prendas de mujer — colgaba del tendedero, y la propia Ellie estaba a la vista, trabajando en el jardín.

—¿De quién lo has oído?

—De David Williams, Hank Evans, Charles Fuller. Dicen que lleva aquí desde septiembre.

—Es cierto —respondió Rowland, sorprendido de que la noticia hubiera tardado tanto en correr—. Necesitaba ayuda con mi hijo.

—David y Hank dicen que ya tienes esposa.

David y Hank deberían meterse en sus propios asuntos.

—Ellie es mi prima. Vino de Boston para trabajar con Ethan durante un tiempo. Es profesora.

Orville asintió y se volvió, siguiendo la mirada distraída de Rowland a través del patio hasta el objeto mismo de su conversación.

—Me preguntaba —comenzó— si tal vez le gustaría salir y conocer a otras mujeres, especialmente si es del Este y está acostumbrada a las fiestas y cosas por el estilo.

—¿De qué mujeres estás hablando? —preguntó Rowland.

Tras asegurarse de que el caballo seguía atado, salió del granero y se adentró en el aire fresco del otoño.

—Porque las únicas que se me ocurren que estén disponibles para socializar seguramente no serían buena compañía para mi prima.

—Oh, no.

El rostro de Orville se tiñó de un rojo intenso, a juego con la piel irritada de su cuello.

—Me refiero a la construcción del granero de los Harvey. Habrá un baile después.

Frunciendo el ceño, Rowland alzó la vista hacia el cielo.

—Más les vale darse prisa. No se levantará gran cosa cuando llegue la nieve.

Tras revisar los bolsillos de su mono en busca de clavos y alambre, se dirigió hacia el gallinero.

Orville pareció desconcertado por su brusquedad.

—Es este sábado.

Caminó rápido para alcanzarlo.

—Empezaremos a construir temprano, y así nos quedará la tarde para cenar y el baile. Aunque nieve de aquí a entonces, como mucho habrá unos pocos centímetros en el suelo.

Novato. Ya hablaremos después de que hayas sobrevivido a tu primer invierno en Dakota.

Rowland adivinó a qué se refería Orville y no le gustó, pero también sabía que no había forma de que pudiera llevar a Ellie a un baile. Apenas había sobrevivido al contacto cercano con ella cuando le cortó el pelo hacía unas semanas. Desde entonces, su aroma, el roce de sus manos sobre su piel, la certeza de que algo más grande que ambos los había unido, ocupaban casi todos sus pensamientos. Tenerla entre sus brazos mientras bailaban lo acabaría de rematar.

—Lo siento, Orville. Estoy seguro de que los Harvey necesitan ayuda con el granero, pero estuve fuera desde julio hasta mediados de septiembre buscando a Ellie, y todavía voy con retraso. Si queremos estar preparados para el invierno, simplemente no puedo dedicarle tiempo.

Orville se rascó el brazo.

—Bueno, entonces… quizá… ya que es tu prima… ¿yo podría llevarla a casa de los Harvey un rato?

Se apresuró a añadir:

—No todo el día, claro está, pero podría acompañarla a cenar y a bailar.

Rowland se detuvo en seco, luchando contra el impulso de golpear a Orville y luego levantarlo y echarlo de su propiedad.

Entrecerró los ojos, observándolo con detenimiento. Era joven e inexperto, pero había tenido suerte con su concesión minera. Aparte del rascado constante, parecía un tipo normal, lo bastante normal como para venir hasta allí siguiendo rumores. Rowland apretó los puños a los costados.

Orville lo advirtió y dio un paso atrás.

—¿Es tu prima?

—Sí. Y tengo derecho a protegerla de un puñado de buscadores de oro solitarios. ¿Crees que voy a enviarla a una guarida de leones como esa?

—No estamos hablando de un salón —replicó Orville a la defensiva—. Es gente decente, colonos como tú. Familias. Fue idea de la señora Harvey organizarlo en primer lugar. Su hermana casada también estará allí, y les encantaría tener a unas cuantas mujeres más entre los invitados. Por eso me ofrecí a venir.

Rowland se llevó una mano a la frente. *Walter tenía razón. Voy a causarle problemas a Ellie si no tengo cuidado. Pero también nos los causaré a los dos si vuelvo a acercarme a ella.*

—Bueno, quizá podría prestártela por una noche.

Quizá sea lo mejor. La forma en que me mira últimamente no ayuda en absoluto. Tal vez sea bueno recordarle que no hay nada permanente entre nosotros.

El picor se había extendido al otro brazo de Orville. Rowland decidió que sería mejor presentarlo cuanto antes, antes de que se arrancara la piel a fuerza de rascarse.

—Vamos —indicó—. Puedes conocer a Ellie tú mismo y preguntarle qué le parece el baile.



Ellie cortó otra calabaza de la gruesa enredadera y la colocó en la cesta a su lado. Echó un vistazo a Ethan, que jugaba felizmente en la tierra a unos metros de distancia.

—Alguien va a necesitar un baño esta noche.

Levantó las manos y observó con pesar sus uñas.

—Y no me refería solo a ti, Josh.

Se puso en pie, se sacudió la tierra de la falda y se dirigió al porche delantero. Se inclinó sobre los escalones y tomó su taza de agua, junto con el caballito de juguete y el jinete que Rowland había tallado para Ethan.

Ellie echó la cabeza hacia atrás y bebió un sorbo, cuidando de dejar suficiente para Ethan. Se reunió con él en el jardín y se agachó para ayudarle a sostener el vaso.

Cuando él terminó, ella lo inclinó.

—Se ha acabado.

Él la ignoró y volvió a hundir los dedos en la tierra con entusiasmo.

Ellie le levantó suavemente la barbilla para captar su atención.

—Se ha acabado —repitió despacio, mostrándole una vez más el interior del vaso vacío.

—Gm —imitó él.

Ellie sonrió.

—Así es. Se ha acabado.

Hurgó con el vaso en la tierra y luego le enseñó a Ethan a vaciarlo, formando una pequeña montaña para que el caballo y el jinete la subieran.

—¡Arre! —exclamó, moviendo la figura sobre el montículo.

Chasqueó la lengua, imitando el sonido de los cascos.

Justo cuando abrió más la boca, dispuesta a enseñarle cómo colocar la lengua para producir ese sonido, oyó pasos a su espalda. Al alzar la vista, sintió cómo el rubor le subía a las mejillas al ver a un hombre desconocido junto a Rowland.

Dejó caer el juguete, se puso en pie y se limpió las manos en el delantal.

—Hola.

Rowland la miró fijamente, sin sonreír. Su mirada pasó de él al desconocido, y una sensación de inquietud comenzó a agitarse en su estómago.

—Ellie, este es el señor Grady. Su casa está a unos diez kilómetros de aquí. Pasamos por delante al venir.

Se volvió hacia el hombre.

—Orville, mi prima, Elinor Kristensen.

Ella le dedicó una sonrisa vacilante y estrechó la mano que él le ofrecía.

—Encantada de conocerle, señor Grady.

¿Quién es? ¿Y por qué está Rowland molesto?

Habían pasado por varias granjas en el trayecto desde la agencia lakota hasta la propiedad de Rowland, pero no distinguía a ninguno de los hombres que los habían saludado. Ni siquiera al que vestía solo ropa interior larga. ¿Sería él?

—Por favor, llámame Orville.

Ella asintió, pero no repitió su nombre.

—Orville tiene noticias —añadió Rowland.

El corazón de Ellie dio un vuelco.

—¿Una carta? ¿Le ha pasado algo a mi padre?

—No. Nada de eso —la tranquilizó Rowland con rapidez, suavizando el gesto.

—Este sábado habrá una construcción de granero en la finca de los Harvey... y un baile —explicó Orville, mientras volvía a rascarse la nuca.

—Oh...

Ellie se llevó una mano al pecho, sintiendo cómo su pulso se calmaba al instante.

Las noticias en las Colinas no son lo mismo que las noticias en casa.

—Un baile.

Casi soltó una risa.

—Qué delicia.

El ceño de Rowland se acentuó.

—Tengo que volver al trabajo.

Se tocó el sombrero.

—Que tenga un buen día, Grady.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el granero.

Confundida, Ellie lo siguió con la mirada. Luego miró a Orville, buscando una explicación. Él se había quitado el sombrero y lo hacía girar nervioso entre las manos.

—Señorita Kristensen, me preguntaba si me haría el honor de acompañarme al baile de los Harvey.

Ella abrió la boca, pero no logró pronunciar palabra.

—Tengo una carreta en la que podría llevarla —añadió él—. Y todas las mujeres de los alrededores estarán allí. Tendría la oportunidad de conocerlas y hacer algunas amigas. No está bien que estemos tan separados, tan solos.

Lo comprendió de pronto. *Así que por eso Rowland parecía enfadado.*

Volvió a mirar hacia el granero y vio a Rowland observándola justo antes de desaparecer tras el lateral. Quizá no era tan ajeno a su presencia como ella había creído. Dirigió de nuevo su atención a Orville, decidida a rechazarlo con amabilidad. Al fin y al cabo, no era poca cosa recorrer esa distancia solo para invitar a alguien a un baile.

—Suena encantador, señor Grady. De verdad que sí, pero no puedo aceptar su amable oferta. Estoy aquí para cuidar del hijo de Rowland, y no podría dejarlo solo durante tanto tiempo.

—Rowland dijo que no habría problema. Dijo que podías ir.

El sombrero seguía girando entre los dedos tensos de Orville.

Ellie deseó tener algo a lo que aferrarse también. La esperanza que había sentido un instante antes se desvaneció, y sus emociones comenzaron a precipitarse.

—¿Dijo que podía ir... que usted... que usted podría llevarme?

Debe de haber algún malentendido. Seguro que Rowland no me enviaría con otro hombre.

Pero Orville asentía con entusiasmo, esperanzado.

Ellie rezó por disimular mejor que él —aunque no era fácil, cuando sentía como si acabaran de golpearla en el pecho—. Ojalá hubiera sido Rowland quien se acercara a ella y le propusiera ir juntos al baile. En cambio, le parecía bien que acudiera con otro hombre. ¿Qué podía hacer ahora sino aceptar? Negarse sería dejar al descubierto su corazón más de lo que ya lo estaba.

Probablemente esa era la forma de Rowland de hacerle entender que debía dejar de esperar algo más que su papel como maestra de Ethan.

Juntó las manos frente a ella y esbozó una sonrisa.

—En ese caso, señor Grady… Orville… —la sostuvo un instante —. Estaré encantada de acompañarle.

—¿De verdad?

Él le tomó la mano y la estrechó con entusiasmo.

—Estupendo. Perfecto. Pasaré a recogerla sobre las cuatro. Hay poco más de una hora de camino, y habrá una cena antes del baile.

—Horneará un pastel para la ocasión.

Ella retiró la mano, deseando que el estado de sus uñas hubiera enfriado su entusiasmo, del mismo modo que sus propios sentimientos se habían enfriado de golpe.

Pero Orville se colocó el sombrero y le dedicó dos inclinaciones de cabeza más, con una sonrisa que casi le cruzaba el rostro de oreja a oreja.

—Que tenga un buen día, señorita Kristensen. Hasta el sábado.

—Hasta el sábado.

Le devolvió el gesto con tres dedos antes de que él se diera la vuelta y se marchara en la misma dirección que Rowland.

Ellie bajó la mirada hacia Ethan, cuya atención ya no estaba en la taza ni en la figura, sino en la cesta de calabazas. Se dejó caer en el suelo, parpadeó para contener las lágrimas de rabia y se reprendió por sentirse herida. Luego tomó la taza de hojalata y la llenó de tierra.

Alzándola, volcó todo el contenido sobre la cabeza del vaquero en miniatura.

Capítulo 31

Ellie bajó las tenacillas con una mano y cogió el espejo ovalado con la otra. Suspiró mientras se miraba en el espejo. Los rizos que enmarcaban su rostro no contribuían precisamente a animarla. Se había esforzado más en arreglarse esa noche que para el baile más elegante de su ciudad natal. ¿Y para qué? Todo con la esperanza de que Rowland le dedicara siquiera una mirada antes de marcharse.

Al darse cuenta de que solo quedaban unos minutos para que el señor Grady viniera a buscarla, Elinor recogió sus cosas de la mesa de la cocina y las puso en la cesta para subirlas. Se ató un delantal sobre el vestido y se dirigió a la cocina. Removió el guiso, cortó el pan y le untó mantequilla, y luego fue al armario a por los platos.

Dos tartas de manzana —una para llevarse y otra para dejar en casa— se enfriaban junto a la pila de platos, y Elinor se preguntó de nuevo si debería haber hecho solo una. Seguramente a Rowland no le habría importado perderse su tarta. Y se lo merecería por enviarme con Orville Grady. Pero lo más probable es que a Rowland no le hubiera faltado tanto su tarta como para cambiar de opinión o, al menos, venir él mismo al baile. Y a Ethan también le gustaba su tarta. No veía sentido en castigarlo porque a su padre no le importara ella tanto como a ella le importaba él.

Ellie puso un cubierto en la mesa y colocó la fiambrera de Ethan al lado. Esperaba que ver su sitio vacío molestara a Rowland, pero se sintió consternada al descubrir que era su corazón el que se sentía oprimido al mirar la mesa. Dándose la vuelta rápidamente, se desató el delantal y lo estaba colgando en el gancho cuando Rowland entró.

Apenas atreviéndose a hablar, no lo miró.

—La cena está en el fogón, y te dejaré un pastel para el postre. Si le lees a Ethan y le das mi beso de buenas noches...

Afuera oyó el inconfundible sonido de una carreta y un tiro de caballos.

Cogió su capa, tomó un pastel de la estantería y pasó rápidamente junto a Rowland.

—Buenas noches.

Rowland se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana de la cocina, observando cómo Orville la ayudaba a subir al asiento de la carreta. Él se subió a su lado, sentándose más cerca de lo que debería, pensó Rowland, frunciendo el ceño.

Un segundo después, una comisura de su boca se levantó al ver a Ellie alejarse.

Acertadamente, Grady no se acercó más. Después de hablar con él en el granero el otro día, Rowland no tenía ninguna preocupación real por la seguridad de Ellie. Al fin y al cabo, Orville era miembro del comité «Ciudadanos por la Ley en las Colinas». El baile se celebraba justo en el valle de al lado, y la gente que iba a estar allí eran colonos más recientes —colonos como él, que buscaban lugares donde criar a sus familias—. Grady era lo suficientemente fuerte como para protegerla de cualquier minero que viniera en busca de una chica.

Cuando la carreta desapareció de la vista, Rowland se alejó de la ventana y se dirigió a la estufa. Levantó la tapa de la olla e inhaló. El guiso olía delicioso, pero no tenía hambre. Se volvió hacia Ethan, que estaba ocupado aplastando galletas y patatas en su bandeja.

Rowland se acercó y le revolvió el pelo a su hijo.

—¿Tú tampoco tienes hambre?

Levantó a Ethan de la silla.

—¿Qué tal si jugamos con los bloques, y luego te cuento ese cuento y te doy un beso de tu ma...

Se contuvo.

—Ellie lo prometió.

Menos de media hora después, Rowland oyó el sonido de las ruedas de la carreta crujiendo sobre las hojas en el exterior. Cogiendo a Ethan en brazos, Rowland se apresuró hacia la puerta principal, preocupado por si algo terrible había sucedido para que Ellie volviera a casa tan pronto. Sintió tanto alivio como decepción cuando abrió la puerta y vio que era Walter ayudando a Pearl a bajar de su carreta.

Rowland levantó una mano a modo de saludo mientras sus amigos se dirigían al porche.

—Tenías razón, Pearl —dijo Walter a modo de saludo mientras pasaba junto a Rowland para entrar en la casa.

—¿En qué tenía razón? —preguntó Rowland mientras entregaba a Ethan a las manos extendidas de Pearl.

—En que no te habías enterado de la construcción del granero y del baile —respondió Pearl. Se dirigió directamente a uno de los sillones orejeros y se acomodó en él, con un Ethan que se retorcía en su regazo—. Nos enteramos de ello hasta donde vivimos, pero estás tan alejado de los caminos transitados...

—Nos enteramos —dijo Rowland. Se sentó junto a Walter en el sofá—. Ellie está allí ahora mismo.

—¿Qué? —preguntaron Pearl y Walter al unísono, con la boca abierta por la sorpresa y un destello de desaprobación en los ojos de Pearl.

Rowland se encogió de hombros.

—Orville Grady le pidió que fuera con él. Se llevó un pastel —añadió sin convicción.

Pearl y Walter intercambiaron una mirada. Intuyendo que se le venía encima uno de los sermones de Walter, Rowland se levantó.

—También dejó uno aquí. Voy a traernos un trozo a todos.

Prácticamente corrió hacia la cocina.

Rowland cogió el pastel de la estantería y lo puso sobre la mesa. La cubierta con rejilla tenía un perfecto color dorado, y se le hizo la boca agua ante la expectación. Levantó la vista y vio que lo habían seguido.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Pearl—. ¿Tu chica está en el baile con otro hombre?

—No es mi chica —respondió Rowland—. Eso ya lo sabemos todos.

—No, qué va —replicó Pearl, señalándolo con el dedo—. Ellie no sabe que no es tu chica. Ella quiere serlo y no entiende por qué no la dejas.

—Ella sabe lo que tiene que saber —refunfuñó Rowland. Cortó el pastel y puso dos platos junto al que Ellie ya había colocado en su sitio—. ¿Tú también quieres cenar? —preguntó, mirando a Walter—. Dejó un poco de estofado y pan.

—Con el pastel me basta —respondió Walter, sentándose a la mesa.

Pearl sentó a Ethan en su silla y se acercó a la cocina. Levantó la tapa de la olla y echó un vistazo.

—Mmm. Huele bien. Vaya, esa chica aprende rápido.

—No es una chica; es una mujer, y está aquí para ayudar a Ethan. Nada más.

Rowland se sentó a la mesa, cogió un tenedor y dio un bocado justo cuando Walter empezó a tener arcadas.

Al instante, Rowland entendió por qué. Un sabor salado le quemó la lengua, y se inclinó sobre el plato, escupiendo trozos de manzana.

—¿Qué os pasa a los dos? —preguntó Pearl.

—Agua —logró decir Rowland entre arcadas, señalando la jarra.

Pearl sirvió agua en una taza. Rowland la empujó hacia Walter y luego bebió directamente de la jarra.

Ethan chilló y aplaudió.

Walter siguió bebiendo.

Rowland se levantó, recogió los platos y volcó el contenido de nuevo en la bandeja.

—Por todos los cielos. ¿Qué os pasa? —exclamó Pearl.

Probó con el dedo y, tras un instante, rompió a reír.

—¡Sal! ¡Ha usado sal en lugar de azúcar!

La risa la sacudía sin control.

—No veo qué tiene de gracioso —gruñó Rowland—. Ha desperdiciado ingredientes… y se sentirá mortificada cuando se dé cuenta. ¿Has olvidado que llevó un pastel al baile?

Pearl dejó de reír y lo miró con atención.

—¿De manzana, como este?

Rowland asintió.

—Entonces deberías pensar qué significa eso.

—Que cometió un error.

—O puede que no —replicó Pearl—. Podría haber hecho uno bueno y dejarte el malo… o equivocarse en ambos… o hacerlo a propósito.

—Eso es ridículo.

—No si quería llamar tu atención.

—¿Cómo iba a lograr eso?

—¿Dijo algo antes de irse?

—Sí…

—Entonces piensa —insistió Pearl—. ¿Qué pasará cuando todos prueben su tarta?

Rowland se removió.

—No quiero que se sienta humillada.

—Exacto —asintió Pearl—. Y si eso ocurre, podría marcharse… y te quedarías sin ella.

Rowland guardó silencio.

—Así que vas a arreglarte y a ir a ese baile —concluyó Pearl.

—No es mi chica —repitió él.

—Puede que tú lo tengas claro —dijo Walter—, pero ella no.

—No puedo ir.

—No tienes que quedarte —añadió Walter—. Ve, recoge la tarta y vuelve.

Rowland dudó.

Coge el pastel y vete.

Se acarició la barbilla.

—Quizá…

—De acuerdo, lo haré.

Salió de la cocina y fue a su cómoda. Sacó una camisa limpia y se miró en el espejo, preguntándose si valía la pena afeitarse.

De vuelta en la cocina, Pearl y Walter intercambiaron miradas cómplices mientras escuchaban el chapoteo del agua.

—Menos mal que oímos a Grady presumir de llevar a la chica más guapa de Hills —susurró Pearl.

Ethan golpeó la bandeja con la cuchara, como si aprobara el plan.

Walter asintió.

—Menos mal, desde luego.

Capítulo 32

Los sonidos de los violines y el zapateo llegaron a oídos de Rowland cuando entró en el patio de los Harvey. Aparcó la carreta cerca de la cabaña y no se molestó en desenganchar los caballos, ya que pensaba quedarse solo el tiempo necesario para recoger el pastel de Ellie.

Al otro lado de un pequeño campo, apenas distinguía el nuevo granero alzándose en la oscuridad, y sintió un instante de culpa por no haber ido a ayudar con la construcción. En circunstancias normales, habría estado más que dispuesto a ofrecer tanto su tiempo como sus herramientas, pero la preocupación por el baile posterior lo había mantenido alejado.

Hasta ahora.

Rowland subió los escalones del porche y entró con rapidez por la puerta abierta de la cabaña. La sala, larga y estrecha, estaba abarrotada, y una pared de hombres, de espaldas a él, ocultaba a los bailarines de su vista. Mejor así, pensó, mientras se dirigía hacia la mesa repleta de tartas y pasteles. Parecía que los postres se reservaban para más tarde.

Solo tardó un instante en localizar el pastel de Ellie, con la cubierta enrejada y el diseño de manzanas y hojas en la parte superior. Al menos había trabajado bien la masa. De pie junto a la mesa, intentó parecer indiferente mientras hundía el dedo en la tarta, lo sacaba con rapidez y se lo llevaba a la boca.

Sal.

Arrebató la tarta de la mesa, la apretó contra sí y, de espaldas a la multitud, se dirigió hacia la puerta. Una vez fuera, cruzó el

porche a grandes zancadas y se alejó por el campo hasta el granero. Cuando consideró que ya estaba lo bastante lejos, volcó el molde, le dio un par de golpes y observó cómo el pastel caía en trozos al suelo. Probablemente, algún animal encontraría sabrosas aquellas manzanas saladas.

Así que no había estropeado el mío por enfado.

Rowland regresó a la cabaña, aliviado al comprender que todo había sido un error. No creyó ni por un instante la teoría de Walter y Pearl de que Ellie lo hubiera hecho a propósito para atraerlo al baile.

Tras esconder el molde bajo una manta en la caja de la carreta, subió al asiento justo cuando un silbido agudo surgía de la cabaña, acompañado de gritos y vítores. El zumbido de los violines se intensificó hasta un ritmo frenético, y un cubo en el porche vibraba con el constante zapateo.

Con las manos en las riendas, Rowland dudó. Todo sonaba bastante inocente… pero ¿cuántas mujeres habría realmente allí? ¿Y si aquello era el principio de un descontrol? Diciéndose que solo iba a comprobar que Ellie estuviera a salvo, saltó del asiento y regresó al interior. Abriéndose paso entre la pared de hombres, se detuvo al ver de inmediato qué los tenía tan absortos.

Contó seis mujeres, todas ellas bailando, entrando y saliendo del círculo con los seis hombres en el centro de la sala.

—Allemande a la izquierda —gritó el maestro de ceremonias, y los bailarines cambiaron de dirección.

Rowland alcanzó a ver el rostro de Ellie, sonrojado y sonriente, mientras el hombre que tenía delante la empujaba hacia adelante. Su vestido amarillo trazaba un amplio arco sobre el suelo, y Rowland se fijó en la cinta a juego que llevaba en el pelo. Cuando se había marchado aquella tarde, la llevaba recogida en un moño pulcro, con apenas unos rizos enmarcándole el rostro. Ya entonces le había parecido hermosa, y había tenido que contenerse para no decírselo. Pero ahora, con el cabello suelto sobre la espalda, ondulando junto a

la cinta al girar, comprendió lo que todos los hombres de la sala estaban viendo.

Era deslumbrante.

Apartó la mirada y observó a las otras mujeres. Una era la esposa de Nathan Harvey. Otra, visiblemente encinta, saludaba a un niño pequeño cada vez que pasaba junto a él. Sin duda, también estaba casada. Eso dejaba solo cuatro mujeres solteras. Rowland recorrió la sala con la mirada, calculando el número de mineros apiñados en aquel espacio. Cuatro mujeres para al menos dieciocho hombres. Y tres de ellas —una a la que le faltaban varios dientes delanteros— no podían compararse con Ellie.

—Hagan una reverencia a su pareja y do-si-do —gritó el animador. El círculo volvió a deshacerse en parejas.

Rowland observó, atónito, cómo los hombres a su lado se lanzaban hacia adelante, empujándose unos a otros para alcanzar a las bailarinas. Los primeros en llegar daban un golpecito en el hombro a quienes ya estaban bailando, obligándolos a retirarse. Vio el gesto frustrado de Orville Grady cuando le tocó la mujer desdentada en lugar de Ellie.

Al volver a mirarla, Rowland notó que su sonrisa se apagaba, sustituida por una mueca cuando su compañero le pisó el pie. Al ver sus zapatos asomando bajo la falda, comprendió que aquel no sería su único problema. Llevaba los zapatos de ciudad —como él los llamaba— y, tras semanas usando mocasines, debían de oprimirle los pies.

No habían pasado ni dos minutos cuando Rowland se vio empujado, apartado a codazos y obligado a retroceder mientras más hombres se lanzaban a la pista. Contó al menos cinco compitiendo por tomar la mano de Ellie. Orville volvió a fracasar y se retiró con aire abatido.

Rowland sintió algo parecido y decidió que, ya que estaba allí, más valía comprobar si Ellie se encontraba bien y si quería marcharse.

Cuando las parejas se alinearon en dos filas, avanzó con la siguiente oleada de hombres. Decidido, se movió con rapidez, tomó la mano de Ellie y dio un golpecito en el hombro de su compañero. El hombre se apartó, y Rowland ocupó su lugar mientras ella se levantaba tras una reverencia.

—¡Rowland! Has venido.

Su sonrisa regresó, más luminosa que antes. A Rowland se le aceleró el pulso. Aquello era justo lo que había querido evitar. Pero ya era tarde. Le tomó la otra mano y la hizo girar.

—¿Estás bien, Brownie?

Ella rió y asintió.

—Déjame adivinar. Parezco morena porque estoy acalorada de tanto bailar. Llevamos más de una hora sin parar. Lo que daría por un trago de agua y un poco de aire fresco.

Avanzó un paso y Rowland la rodeó con un brazo por la cintura, alzando la otra mano mientras giraban de nuevo.

—Hagámoslo, entonces. Vamos, yo...

Un golpecito en el hombro interrumpió sus palabras, y otro hombre le arrebató a Ellie de inmediato. Era Orville. Al parecer, varios habían seguido el ejemplo de Rowland, adelantando los turnos en la danza. La competencia era feroz.

Ellie lo miró por encima del hombro y se encogió ligeramente de hombros mientras Orville la guiaba. Rowland alzó el dedo índice, indicando que volvería enseguida. Se abrió paso hasta la mesa y encontró un cubo de agua con un vaso. Lo llenó, lo sostuvo en alto y regresó entre la multitud. De camino, se detuvo junto a los músicos.

—Tenéis a algunas mujeres a punto de desmayarse. Quizá deberíais bajar el ritmo.

—Lo haremos. Esta pieza está a punto de terminar.

—Gracias.

Continuó avanzando, calculando cómo llegar de nuevo hasta Ellie. Los violinistas cerraron con un final brillante y se detuvieron de golpe. El murmullo estalló. Rowland avanzó y tocó el brazo de Ellie justo cuando anunciaban un vals.

Le entregó el vaso. Orville lo miró con evidente disgusto.

Rowland lo ignoró y condujo a Ellie lejos del gentío para que pudiera descansar.

—Gracias.

Bebió hasta la última gota y se humedeció los labios, recordándole a Rowland su primer día de viaje. Durante un instante, deseó volver a aquellos días, cuando todo era más sencillo.

Otro hombre intentó acercarse, pero Rowland lo apartó.

—Está descansando.

—Una vez más, apareces de la nada y me salvas —rió Ellie—. Y yo que pensaba que esos días habían terminado.

Nunca, pensó él. *Siempre estaré cerca para velar por ti.*

Pero se limitó a encogerse de hombros.

—No hay problema.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Frunció el ceño, preocupada.

—¿Y dónde está Ethan?

—En casa con Pearl y Walter. Fue idea suya que viniera. Prácticamente me empujaron por la puerta.

—Ah.

Parecía decepcionada.

—¿Bailamos al menos, entonces? Has venido desde tan lejos.

Rowland dudó.

—¿De verdad quieres? Creía que estabas cansada.

—Estoy harta de girar y de que me saquen los brazos de los hombros.

Bajó la mirada, de pronto tímida.

—Pero un baile lento contigo suena celestial.

Muy mala idea.

—Entonces ven. Busquemos un poco de cielo.

Le puso la mano en la espalda y la guio hacia la puerta, alejándola del centro. Por el rabillo del ojo vio a otro hombre acercarse.

Ellie también lo vio. Se inclinó sobre Rowland y, justo cuando el hombre alzaba la mano para interrumpirlos, le colocó el vaso vacío en la palma.

—¿Le importaría sujetarme esto, señor Roberts?

—Yo… eh… por supuesto que no, señorita Kristensen.

Rowland asintió mientras pasaban. La condujo tras los músicos y evitó nuevos intentos de interrumpirlos.

Ellie se detuvo ante la mesa de postres.

—Todo tiene muy buena pinta. Y me muero de hambre.

—Bailemos primero —sugirió él—. O quizá no tengamos otra oportunidad. Luego me encargaré de alejar a tus pretendientes mientras comes.

—No son pretendientes.

Ella frunció el ceño.

—Solo son mineros solitarios buscando una noche de compañía.

—Eso es justo lo que me preocupa.

La condujo hacia la salida.

—No veo mi tarta —añadió ella.

—Quizá ya se la hayan comido.

—¿Probaste la que dejé en casa?

—Sí. Me comí un trozo. Haces un pastel estupendo.

Normalmente.

—Imagino que para cuando volvamos, Walter y Pearl habrán terminado el resto.

La llevó hasta el extremo del porche, lo bastante lejos de la puerta, pero cerca de la música.

De frente a ella, tomó su mano y besó suavemente sus nudillos, sin apartar la mirada.

Ya estás metido en esto. Disfrútalo.

Apretó su mano entre la suya. Un encaje perfecto. Todo en ella encajaba.

Su otra mano reposaba en su hombro. Él la atrajo más cerca de lo que debía. Ella no se apartó.

—El porche es estrecho —murmuró.

Ella asintió. Él notó cómo tragaba saliva. Siempre le habían enternecido esos pequeños gestos.

No había bailado en mucho tiempo, pero los pasos surgieron con naturalidad. Con él, no habría pisotones.

Ella lo percibió y suspiró.

—Para ser un vaquero, bailas muy bien. ¿Practicas en el granero?

—Eso sería digno de ver —sonrió—. Me enseñó mi madre. Está en mi...

—Sangre —completó Ellie, sonriendo—. He decidido que, si más gente tuviera ascendencia escocesa, el mundo sería mejor. Intuición, habilidades curativas, corazones compasivos… y grandes bailarines.

—Sí, muchacha. Creo que tienes razón.

Imitó un acento escocés exagerado, complacido.

Se acercaron a la barandilla, y él aprovechó para atraerla aún más.

La mano de Ellie ascendió por su hombro, peligrosamente cerca de su nuca. Ella alzó la cabeza, mirándolo. Sus ojos brillaban a la luz de la linterna. Él ya no sabía si escuchaba su propio pulso o el de ella.

Deberían latir juntos.

Se estaba perdiendo en su mirada.

—¡Oye! No puedes quedártela para ti.

Un dedo golpeó su hombro.

Rowland se giró y vio a un desconocido mirándolo con hostilidad.

—El baile es dentro, señor. Ahora me toca a mí.

—Ya nos han interrumpido dos veces —respondió Rowland, conteniendo la irritación.

Se colocó delante de Ellie.

—La señorita tenía calor. Necesitaba aire.

—Entonces bailaré con ella aquí fuera. Las reglas son las reglas.

—La señorita...

—No pasa nada, Rowland.

Ellie apretó sus dedos.

—Podemos volver dentro.

Se aferró a su brazo y avanzó.

El hombre los observó con recelo y se adelantó hacia la puerta. Al cruzarla, murmuró:

—Parece que sí que tiene calor.

Rowland soltó el brazo de Ellie, se giró y le lanzó un puñetazo directo a la mandíbula. El hombre se tambaleó contra la mesa de postres, haciendo caer un pastel sobre otro minero.

—¿Qué…?

El caos estalló. Tartas, platos y tazas volaron. Un violinista clavó el arco en las costillas de otro hombre. Las mujeres gritaron. Un bebé lloró.

—¡Mi vajilla! —clamó la señora Harvey.

Rowland decidió que pagaría los daños. Merecía la pena.

Golpeó, esquivó, respondió.

Quizá esto me haga olvidarla por un momento.

—¡Me la llevo a casa, Grady! —gritó.

—Yo la traje. Yo la llevo —replicó Orville.

—No me obligues a golpearte también.

Rowland se volvió, lanzó un último puñetazo y salió al porche.

Ellie estaba sentada en la carreta, impecable, con las manos en el regazo. Rowland subió, esperando una reprimenda. En su lugar, ella lo abrazó.

—Gracias.

—¿No estás enfadada?

Negó.

—Al contrario. Iba a golpearlo yo misma. Me has ahorrado el esfuerzo.

Rowland soltó una carcajada.

—Me sorprendes, Brownie.

Hizo avanzar a los caballos.

—Para ser una chica tan urbanita, no dejas de sorprenderme.

Capítulo 33

-¿Qué tal fue el baile de anoche? —preguntó Walter, estirándose mientras se sentaba a la mesa.

Elinor salió de la cocina para poner los platos.

—Fue encantador. Rowland empezó una pelea.

—¿Qué? —exclamó Pearl al entrar con paso firme en la cocina. Colgó el abrigo en un gancho y se sopló las manos—. Me estoy replanteando mi decisión de venir al norte. Aquí arriba una se queda helada.

Rowland entró llevando a Ethan en brazos.

—¿Qué ocurrió en casa de los Harvey? —preguntó Walter.

Aún complacido por el desenlace de la velada, Rowland miró a Ellie y sonrió.

—Uno de los hombres la insultó. Yo defendí su honor.

—¿Ah, sí? —repuso Walter, alzando las cejas.

—Eso fue exactamente lo que pasó —confirmó Ellie mientras empujaba una fila de tarros hacia el extremo de la mesa y traía una sartén con beicon.

—¿Aún no has encontrado un sitio para esa compota? —la reprendió Pearl. Luego se volvió hacia Rowland—. Tienes que construirle una despensa a esta mujer. No puede seguir guardando la comida en la mesa y en el suelo.

Señaló los tarros alineados junto a la pared.

—La casa que compró Walter tiene una buena habitación excavada en la ladera. Está cerca, es amplia y siempre se mantiene

fresca.

—Me pondré a ello enseguida —respondió Rowland con sarcasmo. Sentó a Ethan y empezó a servirle avena.

—Defensor del honor por la noche, constructor de despensas por el día —rió Ellie.

—Y ya que estás —añadió Pearl—, arregla ese retrete exterior. Con este frío… una podría quedarse pegada al asiento. Sobre todo alguien como Ellie, que no tiene mucho con qué abrigarse…

—¡Pearl!

Ellie se cubrió el rostro, ruborizada.

—¿Qué le pasa al retrete? —preguntó Rowland, sentándose junto a Walter.

—La tabla trasera está suelta. Se mueve como una cometa —explicó Pearl—. Y no me gusta que me dé el aire mientras hago mis cosas.

Ellie se dejó caer en la silla y se cubrió la cara con los brazos. Rowland no supo si reía o si deseaba desaparecer.

—Bueno, Walter, ¿vas a quedarte hoy? —preguntó Rowland.

—No puedo. Me quedan cuatro días de este trimestre y debo pasar al menos dos en la mina para conservar la concesión.

Rowland asintió.

—Qué pena —murmuró—. Parece que me espera un día muy entretenido: construir una despensa y arreglar un retrete.



—¡Adiós! —gritó Pearl desde la carreta, saludando con la mano—. Te recogeremos temprano en Nochebuena.

—¡Sí! —respondió Ellie, radiante—. Estoy deseando que llegue.

A su lado, Rowland permaneció en silencio. Lo último que deseaba era acercarse a Deadwood en Navidad, pero Ellie había aceptado con tanto entusiasmo que no había tenido valor para negarse.

Quizá la nieve nos deje aislados, pensó con un atisbo de esperanza.

Aunque, tal vez, sería mejor pasar esas fechas con otros en lugar de quedarse solos en la casa.

Aquella mañana había visto a Ellie entregar una carta a Walter, pidiéndole que la enviara. Le había parecido notar un brillo húmedo en sus ojos.

Quizá empieza a echar de menos su hogar. Y pasar la Navidad con Pearl podría animarla.

Ellie llevó a Ethan al interior, y Rowland se dirigió al granero en busca de herramientas. Sabía exactamente dónde levantar la despensa subterránea, tal como había sugerido Pearl. A apenas un metro de la casa, visible desde la cocina. El lugar perfecto para guardar tanto las conservas de Ellie como la carne de ciervo que había preparado para el invierno.

Mientras imaginaba las estanterías llenas, un copo de nieve descendió ante sus ojos… luego otro.

La urgencia lo invadió.

Trabajaría solo medio día en la despensa. Hasta entonces había evitado dejar solos a Ellie y a Ethan demasiado tiempo, pero eso debía cambiar.

Si querían sobrevivir al invierno, era hora de que volviera a ocuparse de la tierra… y de todo lo que ella podía ofrecerles.

Capítulo 34

Rowland se detuvo para secarse los ojos mientras se asentaba el polvo de la última detonación. Con un pañuelo atado a la cara, regresó a la entrada del almacén excavado en la montaña. Un nuevo montón de rocas y escombros de más de un metro de altura cubría el suelo y, durante los siguientes treinta minutos, cargó una carretilla tras otra, apartándolas bien del paso antes de vaciarlas. Por fin, solo quedaban por retirar los pequeños restos del fondo del túnel. Cuando terminó, se dispuso a alisar las paredes para que Ellie pudiera encalarlas al día siguiente.

No echo de menos la minería ni un ápice, pensó mientras trabajaba. *Prefiero cabalgar por estas colinas y reunir ganado cualquier día antes que este esfuerzo agotador de excavar una montaña.*

La montaña en cuestión resultaba ser casi roca maciza. Por fortuna, solo había planeado ampliar el almacén unos cuatro metros, que ahora alcanzaba metro y medio de ancho. Pesadas vigas reforzaban paredes y techo, aunque, por sólida que parecía la roca, dudaba de que fueran siquiera necesarias.

Clavó la pala una vez más y se volvió hacia el carro que tenía detrás. Mientras la tierra y las piedras se deslizaban al fondo, algo llamó su atención. Pensó que sería su imaginación, pero al repetir el gesto no pudo ignorar el brillo familiar que asomaba entre la roca y el polvo.

Dejó la pala, se agachó y hurgó con los dedos. En menos de un minuto, había reunido tres pepitas del tamaño de un pulgar en la palma de la mano. Dejó caer el resto de la tierra y cerró el puño, deseando de pronto no haber empezado nunca aquella bodega.

Al salir al exterior, abrió la mano una vez más y contempló las piedras. Bajo la luz de la linterna habían brillado con intensidad; al sol, se reducían a un tono apagado, casi cobrizo. Sintió cómo se desvanecía su última esperanza.

No era oro de los tontos.

Guardó las pepitas en el bolsillo y regresó al interior, ya casi terminado. Con la linterna en alto, recorrió la pared del fondo, cada vez más abatido a medida que las señales se hacían evidentes.

No había construido una bodega.

Había abierto otra mina de oro.

De inmediato empezó a pensar cómo ocultarlo. Las dos últimas semanas de trabajo no servirían de nada. Los tarros tendrían que quedarse apilados en la cocina aquel invierno. Utilizar el almacén no compensaba el riesgo de que alguien descubriera el oro.

La leyenda india decía que quien tomara de aquellas colinas sagradas sería castigado, y Rowland no tenía ninguna duda de que era cierto. Ya había visto de primera mano el caos que podía desatar una simple pepita.



Tras asegurarse de que Ethan dormía, Ellie salió al pasillo y vio que Rowland seguía esperándola. Alisándose la falda, bajó las escaleras, deteniéndose a mitad de camino para sentarse con cuidado. Tres peldaños más abajo, él se apoyaba en la barandilla, con una expresión tensa.

—¿Querías hablar?

Aquello se salía de su rutina y la inquietaba. Por lo general, solo conversaban durante las comidas, y ni siquiera eso ocurría con frecuencia últimamente, pues él pasaba días enteros fuera cazando.

Él alzó la vista.

—Hay un problema con el trastero.

—De acuerdo… ¿qué puede haber de preocupante en eso?

—En realidad, no es tan necesario como lo pintaba Pearl. Podemos trasladar los tarros a otro sitio.

—¿Al salón, tal vez? —replicó ella, provocándolo adrede.

Sabía bien cuánto detestaba aquel perchero. Al menos una vez por semana lo oía maldecir en voz baja cuando la camisa se le enganchaba en uno de aquellos ganchos.

—El próximo verano construiré un cobertizo junto a la cocina —prometió Rowland.

¿Estaré aquí el próximo verano?

—Mientras tanto, voy a sellar el sótano y haré todo lo posible para que parezca que nunca ha existido. No quiero que nadie —ni siquiera Pearl o Walter— sepa que está ahí.

Ellie lo miró, desconcertada.

—¿Por qué? ¿Es peligroso?

—Mucho.

Rowland metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsa, que le tendió.

Ella desató el cordón y volcó el contenido en su palma. Sus ojos se abrieron con asombro.

—¿Es…?

—Oro —confirmó él—. Más peligroso de lo que puedas imaginar.

—¿Lo encontraste aquí… justo afuera?

Hizo rodar una de las pepitas entre los dedos, acercándosela a la vista.

—Sí. Esta tarde.

—¿Hay más como estas?

Él asintió.

—¿Muchas?

—Eso parece.

¿Se refiere al oro… o a otra cosa?

—¿Ha habido un derrumbe?

—No. Aunque imagino que podrías pensarlo al verme.

Se dio una palmada en la pernera y levantó una nube de polvo.

—Pero no es ese tipo de peligro.

Ellie cruzó los brazos y se recostó contra el escalón, esperando.

—Cuando se descubre oro así, la noticia corre como la pólvora. Antes de darte cuenta, tienes un pueblo minero como Deadwood creciendo a tu alrededor. Eso arruinaría lo que tenemos aquí, sin duda, Ellie.

¿Nosotros?

—¿Por qué tiene que saberlo nadie? —preguntó con calma, aunque el corazón le latía con fuerza.

—¿Crees que puedo pagar la harina en Myersville con una pepita de oro?

—Bueno… no, pero…

—Sin peros. Además de la fiebre que provocaría, os pondría a ti y a Ethan en peligro constante. Los mineros ricos y sus familias son objetivos. Y ese es un riesgo que no pienso correr.

Familias.

—¿Y tu otra mina?

—La mina del norte ahora pertenece a Walter. Él decide. Yo no quiero saber nada más de ese negocio.

—Pero ¿por qué cerrar la bodega? Nadie tiene por qué enterarse del oro, y nos vendría bien.

Él la miró con decepción y extendió la mano.

—Siento que lo veas así, Ellie. Sé que esto no es tan lujoso como tu vida anterior, pero desde que estás aquí no te ha faltado nada. Por experiencia, sé que tener más de lo necesario suele corromper a las personas.

Ellie se incorporó, furiosa.

—No te atrevas a insinuar que soy egoísta. No estaba pensando en mí. Es Ethan quien lo necesita.

—¿A qué te refieres?

Rowland frunció el ceño mientras guardaba la bolsa.

—Solo puedo ayudarle hasta cierto punto. Su habla mejora, y ya se hace entender con signos… pero no puedo curarle las piernas.

Guardó silencio hasta que él volvió a mirarla.

—Se esfuerza mucho, pero la pierna que se rompió no soporta su peso. Creo que sanó mal, y le duele al apoyarla. Hay médicos en el Este que podrían ayudarle.

Rowland se inclinó, apoyando los codos en las rodillas. Había aceptado que Ethan nunca oiría bien. Pero la idea de que quizá no pudiera caminar…

—¿Qué sabes de esos médicos?

—No mucho… todavía. He escrito a mi padre para que investigue, pero no le he dado dirección de respuesta.

Su voz se suavizó, y la ira se desvaneció.

—El viaje sería caro. El alojamiento, el hospital… todo. He ahorrado cada céntimo que me has pagado y pienso devolvértelo para Ethan, pero quizá no baste. Si hay alguna forma de ayudarle antes…

Se deslizó un peldaño más abajo, acercándose a él.

—Prométeme que lo considerarás. Si yo he venido aquí para enseñarle a hablar, quizá tú hayas encontrado ese oro para curarle la

pierna. No está mal aceptar lo que Dios nos ofrece.

Rowland se inclinó y tomó su mano.

—Por desgracia, Ellie, a veces sí lo es.

Capítulo 35

Las campanas del trineo tintineaban alegremente mientras Rowland detenía los caballos frente a una modesta cabaña a unos kilómetros al sur de Deadwood. Con un delantal atado a su generosa cintura, Pearl salió corriendo a recibirlos, agitando una cuchara de madera mientras se acercaba.

—Llegas tarde —regañó a Rowland, apuntándole con la cuchara.

Metiendo la mano en el trineo, cogió a Ethan de los brazos de Ellie.

—No es culpa mía —se defendió Rowland—. Ellie tuvo que terminar de hornear sus tartas esta mañana.

—Oh, oh —dijo Pearl, intercambiando una mirada cómplice con Walter mientras él y su hijo, Samuel, se acercaban cargados de leña —. No habrás usado más que una pizca de sal, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Ellie miró de uno a otro, desconcertada por aquellas sonrisas. Rowland la ayudó a bajar del trineo, tomó su mano enguantada entre las suyas y la condujo al interior. A pesar del frío que aún teñía sus mejillas, aquel gesto bastó para calentarle el corazón.

La tarde fue una auténtica delicia, y Ellie no recordaba haber disfrutado jamás de un banquete navideño tan sabroso. Pearl era una cocinera extraordinaria, y Ellie le rogó que regresara pronto.

—Hay pocas maneras de preparar tortitas, estofado y tarta —dijo—, y me encantaría aprender a trinchar un pavo y a hacer salsa como tú.

—Oh, no —respondió Pearl, negando con firmeza—. No voy a dejarte hacer nada que implique trinchar. Ya lo intentaste, y no se te da bien, cariño.

Ellie rió junto a los demás ante la broma.

Después, meció a Ethan mientras escuchaba a Walter y a Pearl turnarse para contar historias de antes de la guerra. Muchas eran tristes, pero Ellie comprendió que aquellas vivencias habían forjado el carácter de ambos. No pudo evitar admirar la elección de amigos de Rowland.

El anochecer llegó demasiado pronto. Abrigados para el frío, partieron hacia Deadwood para la celebración de medianoche. Rowland no había dado detalles, y Ellie imaginaba un servicio tranquilo con villancicos. En cambio, encontró a cientos de buscadores de oro apiñados frente al Grand Central Hotel.

—Mi primo trabaja en el restaurante —explicó Walter, señalando el letrero—. Deberías pedirle a Rowland que te lleve a cenar.

—No creo que le guste mucho Deadwood —respondió Ellie, alzando la voz para hacerse oír—. Casi no venimos. Parecía preocupado.

Walter asintió.

—Es comprensible.

Ellie iba a preguntar más cuando la multitud comenzó a guardar silencio. Miró a Rowland, que observaba fijamente un enorme pino alzado a cierta distancia.

Se puso de puntillas, tratando de ver mejor. Tal vez habría cantos alrededor del árbol. No había visto iglesia alguna, solo tiendas, salones y tabernas. A juzgar por el olor y el aspecto de los hombres, todas prosperaban.

Pero no hubo canto alguno.

—Cinco, cuatro, tres...

Rowland se inclinó hacia ella.

—Mira hacia arriba, Ellie.

—¡Dos, uno!

El estruendo sacudió el aire. Luces ardientes brotaron del árbol, y una oleada de calor los alcanzó. Ellie se aferró a la manga de Rowland.

Ethan gritó. Sus ojos, enormes, buscaron refugio. Ellie lo estrechó contra su pecho.

—¿Qué está pasando?

—Han volado el árbol —respondió Walter.

—¿Volado?

—Así celebran la Navidad aquí —explicó Rowland—. Cada año hacen estallar el abeto más grande que encuentran.

A su alrededor, los mineros se empujaban, regresando a los salones.

—¿Para esto hemos venido? ¿Esto es una celebración?

—Sí. ¿Ya has tenido suficiente? —preguntó Rowland.

Ella asintió, aferrándose a Ethan mientras la multitud la empujaba.

—¿Seguro que no quieres ver cómo arde? —añadió él, con una chispa traviesa.

—Por supuesto que no. Esto es lo más absurdo...

—Cuidado —gruñó Rowland al apartar a un hombre que la empujó—. Vamos.

La rodeó con el brazo y la guió entre la gente.

—Si no vuelvo a ver Deadwood, será demasiado pronto —exclamó Ellie, arrugando la nariz al cruzarse con un borracho.

—Bien —respondió Rowland, sonriendo por primera vez desde que habían partido—. Pensamos igual. Volvamos a casa.



—¿Seguro que no puedes quedarte esta noche? —preguntó Walter al bajar del trineo.

Rowland negó.

—Tengo que volver con los animales, y Ellie y Ethan ya están dormidos. Prefiero irme ahora, mientras Josh duerme.

—Entonces entra un momento —insistió Walter—. Samuel los vigilará.

—Lo haré, señor MacRae —añadió el muchacho.

—Solo un momento.

Rowland lanzó una última mirada al trineo antes de seguir a Walter al interior.

El hombre tomó un tarro de la repisa y sacó un rollo de papeles.

—Esto es para ti. Ábrelo.

Rowland desató la cuerda y desplegó la primera hoja.

Solicitud de sentencia de divorcio.

Alzó la vista.

—¿Qué es esto?

—Te devuelvo el favor —respondió Walter, sonriendo ampliamente—. Me ayudaste a recuperar a Pearl. Ahora te ayudo a recuperar tu vida.

Rowland volvió a enrollar los papeles.

—Lo agradezco, pero ni siquiera sé dónde está Margaret...

—¿Alguna vez lo has investigado?

Rowland negó.

—No tenía motivos.

—Hasta ahora.

El silencio se alargó.

—He investigado por ti —continuó Walter—. Dakota del Sur concede divorcios con facilidad. Basta con presentar los papeles en Rapid City.

—¿Y si ella aparece?

—Tendrá que responder. Mira la siguiente página.

Rowland leyó en voz baja.

—Adulterio… crueldad extrema… abandono deliberado… negligencia… intemperancia habitual...

Levantó la mirada.

—Has resumido todo mi matrimonio.

Walter sonrió con pesar.

—Lo sé. Mereces algo mejor.

Rowland se frotó la nuca.

—No estoy seguro.

—¿De qué? —preguntó Walter—. No me digas que aún piensas en ella.

—No.

—Entonces no hay nada que temer.

Lo acompañó hasta la puerta.

—Ve a buscar tu libertad. Y después… haz de la señorita Ellie tu esposa.

Rowland salió a la noche helada. Su aliento se disipó en el aire.

—Lo pensaré. Gracias, Walter.

—Feliz Navidad, Rowland.

Capítulo 36

Ellie acercó la silla de su habitación a la ventana y volvió a leer la carta de su padre por tercera vez. Era un placer recibir noticias de casa: su hermana mayor y su familia estaban bien, su padre planeaba un viaje al extranjero y Crowe estaba prácticamente comprometido con una de sus amigas.

Ellie no podía estar más contenta.

El regalo de Navidad de Rowland había sido ponerse en contacto con su padre —a través de un telegrama enviado por Walter— y proporcionarle una dirección de respuesta, un apartado de correos en Deadwood. Ahora podría recibir cartas de casa con la misma frecuencia con la que Walter y Pearl vinieran de visita. Era un pensamiento alentador.

No tan alegre era la llegada del nuevo año y la posibilidad de que, en algún momento durante él, tuviera que dejar a Rowland y a Ethan.

Suspirando, Ellie volvió a doblar la carta y la guardó en el fondo de su baúl, junto con la plata que se había traído de casa, sus joyas y los vestidos que eran demasiado elegantes para gatear por el suelo con un niño pequeño.

Hace un año, esta misma noche, había estado en un baile, con Crowe merodeando molesto a su alrededor mientras el reloj se acercaba a la medianoche. Al mirar la luna esta noche, Ellie supo que debía de estar acercándose la misma hora, y Rowland aún no había regresado del granero. Deseaba que lo hiciera, deseaba que la tomara en sus brazos y la besara para darle suerte al cambiar de año. En su corazón, sin embargo, sabía que no lo haría, no más de

lo que la había acorralado bajo el muérdago colocado de forma llamativa bajo cada alero de la cabaña de Walter y Pearl.

Antes de cerrar el baúl, Ellie metió la mano y sacó el retrato de su madre. Una vez, Rowland le había dicho que se parecía mucho a la foto, pero Ellie no veía el parecido. Su madre había sido hermosa, incluso impresionante, y había conquistado el corazón de su padre y se había casado a los diecisiete años.

—No me parezco en nada a ti —dijo Ellie, con pesar en la voz —. No me interesan las fiestas ni los vestidos elegantes. No soy guapa.

Dejó el retrato encima de sus vestidos.

—Este año cumpliré veintitrés y no tengo perspectivas de casarme. Nunca conquistaré el corazón de nadie como tú lo hiciste. Ni siquiera consigo despertar el más mínimo interés en el hombre con el que he pasado los últimos cinco meses.

Ellie cerró el baúl, colocó la vela encima y la apagó. Se levantó, se acercó a la ventana y volvió a mirar hacia fuera. Las colinas cubiertas de nieve formaban un magnífico telón de fondo para los árboles de hoja perenne que las coronaban. La luz de la luna iluminaba el corral y los campos silenciosos. La paz se extendía por el pequeño valle. Era una belleza que le partía el corazón, porque sabía que no era suya para siempre.

Cogiendo el pesado chal que Pearl le había tejido a ganchillo, Ellie bajó sigilosamente las escaleras, razonando que si Rowland podía dejarlos solos en la casa durante tanto tiempo, ella sin duda podía sentarse un rato en el porche. Abrió la puerta principal, salió y dio un respingo, sorprendida al verlo sentado en una de las mecedoras.

—Dios mío, Rowland.

Ellie se llevó una mano al pecho.

—Me has asustado. Pensaba que todavía estabas en el granero.

—Llevo aquí un rato. ¿Te apetece sentarte conmigo?

—Me encantaría.

De verdad que debo dejar de usar esa palabra. Se sentó en la silla vacía y empezó a balancearse, moviéndose en dirección opuesta a la de él.

Ella se inclinaba hacia delante. Él se balanceaba hacia atrás. El sonido rítmico era relajante; el silencio entre ellos, agradable.

—¿Te acuerdas de aquel primer día que llegamos a casa? —preguntó Rowland.

—Sí. Me preocupaba que vivieras en una tienda de campaña, y en cambio tenías esta bonita casa escondida en este hermoso valle. Me encantó en cuanto la vi.

—No lo sabía.

Rowland la miró de reojo, con una sonrisa de agradecimiento en el rostro.

—Yo también quedé bastante encantado aquel día.

—¿Ah, sí? ¿Acaso las vacas habían crecido más de lo que esperabas en tu ausencia?

Él se rió entre dientes.

—En realidad, sí, aunque las vacas gordas no son lo que yo consideraría encantadoras.

Su silla dejó de balancearse.

—Recuerdo que volví del establo y tú estabas sentada aquí, en esa mecedora, con Ethan acurrucado en tu regazo. Era lo más perfecto que había visto nunca.

El corazón de Ellie pareció dar un vuelco.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Tú completabas el cuadro de este lugar, llenando lo que nos faltaba. No quería entrar. Solo quería quedarme allí, mirándolos a los dos.

Poco a poco, Ellie soltó el aire que había estado conteniendo. *¿Qué está tratando de decir? No le des demasiadas vueltas*, se advirtió a sí misma.

Rowland se recostó en la silla, con las piernas estiradas delante de él. Ellie bajó la vista y vio un hilo azul deshilachado que sobresalía por encima de su bota derecha.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntó Rowland, siguiendo su mirada.

—Esos calcetines que te hice son horribles.

Se agachó para meter el hilo suelto dentro.

—No sé por qué los llevas puestos.

—Porque Pearl dijo que me pondría boca abajo sobre sus rodillas si no lo hacía —confesó Rowland.

Ellie se rió.

—Y yo haré lo mismo si te los vuelves a poner después de esto.

—¿Es eso una promesa?

—Por supuesto que no.

Se sonrojó y se dio la vuelta.

—Supongo que no puedo salirme con la mía diciendo cosas como las que dice Pearl.

—No, no puedes —asintió Rowland—. Así no eres tú.

¿Quién soy entonces? Ellie quería preguntar. *Ya no soy la prometida de Crowe. Mi padre sigue descontento conmigo; puedo leer entre líneas en sus cartas. En realidad no soy tu prima...*

—¿Recuerdas cuando brindamos aquel primer día que llegamos a casa? —preguntó Rowland de repente, sacándola de sus

pensamientos.

—Sí. Aunque no sé si realmente contaba, ya que no estábamos bebiendo nada... ni usando copas, para el caso.

—Contaba —le aseguró Rowland—. Y ha funcionado bien. Hemos mantenido la farsa de que eres mi prima todos estos meses.

—Desde el baile, no ha habido nadie que viniera a cuestionarlo —le recordó ella.

—Eso no importa. Lo que importa es que voy a proponer un nuevo brindis, ya que es Nochevieja.

—¿Tenemos algo de beber y vasos de verdad esta vez? —preguntó Ellie, mirando a su alrededor en el porche.

—No. No los necesitamos.

Rowland se volvió hacia ella y le tomó la mano.

—Propongo un brindis por un feliz año nuevo, uno lleno de verdad.

Sus dedos estaban cálidos sobre los fríos de ella. Ellie se quedó desconcertada, sin saber qué pretendía con unas palabras tan atrevidas. ¿Se atrevía a esperar otra oportunidad?

Él se llevó la mano de ella a la boca y sopló sobre ella, tratando de calentársela.

Ella cerró los ojos; aquel simple contacto la llenó de anhelo.

Dentro, el reloj del salón dio las doce.

—Feliz Año Nuevo, Rowland.

Él le besó el dorso de la mano.

—Brindemos por un muy feliz año nuevo, Ellie.

Capítulo 37

Rowland se revolvió incómodo en el sofá y deseó estar en el granero. Al menos el heno de allí era más suave que esta cosa. Pero fuera había una tormenta, y Ellie le había pedido que se quedara cerca esa noche.

Si hubiera cortado esto para leña hace mucho tiempo, pensó, golpeando la almohada mientras se daba la vuelta sobre su espalda. Afuera, el viento azotaba las ramas desnudas de los árboles y la lluvia torrencial golpeaba los cristales de las ventanas. Apenas era principios de marzo —demasiado pronto para que lloviera en lugar de nevar—, pero esto era Dakota, donde lo único seguro del tiempo era que era variado e impredecible.

Un trueno retumbó en el cielo justo después de que un relámpago iluminara el patio. Rowland esperaba que los animales no se hubieran asustado demasiado en el granero. Pensó en ir a ver cómo estaban, pero decidió no hacerlo. En ese momento tenía demasiadas otras cosas en la cabeza.

Ayer, Walter y Pearl habían pasado por allí con la excusa de entregarle una carta a Ellie. Pero mientras ella y Pearl charlaban en la cocina, Walter había buscado a Rowland en el granero para revelarle el verdadero motivo de su visita inesperada.

Qué cosa tan pequeña, había pensado Rowland al mirar el sobre procedente de Rapid City, para contener tanto de mi futuro. Rowland rompió el sello, ojeó los documentos y vio la fecha impresa en la esquina superior derecha.

Abril. Otro mes de espera. Pero entonces, al parecer, sería un hombre libre. —Libre para irte y volver a casarte —había bromeado

Walter entre dientes—. Si fuera por mí, nos casaríamos el mismo día.

—Más te vale que no sea por ti —le advirtió Walter—. Más te vale hacer lo correcto con la señorita Ellie. Tienes que decirle la verdad y hacerlo pronto.

Decirle la verdad y hacerlo pronto.

Otro trueno, especialmente fuerte, sacudió la casa, y Rowland se incorporó, decidiendo ir a ver cómo estaban los animales después de todo. Bajó las piernas por el borde del sofá justo cuando Ellie aparecía en la puerta.

Un relámpago la iluminó fugazmente, con los pies descalzos bajo el largo camisón de franela que Pearl le había hecho. Ellie abrazaba con fuerza a Ethan, y las lágrimas le surcaban el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Rowland, poniéndose de pie y acercándose rápidamente a ella. Colocó la mano sobre la frente de Ethan tan pronto como llegó junto a ellos. Fresco—. ¿No está enfermo?

Ella negó con la cabeza.

—No. Siento haberte preocupado.

Él la tomó del codo, guiándola al otro lado de la habitación.

—¿Estás tú enferma?

—No… sí. La tormenta.

Se estremeció de repente, y Rowland recordó su miedo irracional durante la tormenta que habían sufrido el pasado septiembre.

Rowland le quitó a Ethan de los brazos, se inclinó y dejó a su hijo dormido en medio del sofá. Ellie se abrazó a sí misma como si tuviera frío, y Rowland se puso de pie de nuevo y la atrajo hacia sí. Ella giró la cabeza hacia un lado, con la mejilla húmeda apoyada contra su pecho. Él apoyó la barbilla sobre su cabeza y se balanceó

lentamente hacia adelante y hacia atrás, esperando a que ella se calmara.

Aunque estaba claramente alterada, Rowland no pudo evitar disfrutar de los minutos que pasaban, marcados por el reloj que tenían detrás.

La última vez que había tenido a Ellie tan cerca, ella intentaba escapar de él. Ahora sus brazos rodeaban su cintura y se aferraba a él como si su vida dependiera de ello.

Él quería que ella se sintiera así: protegida y cuidada. Quería que acudiera a él cada vez que necesitara ayuda o consuelo. Quería ser en quien ella confiara. Aún no le había dicho nada de eso.

—Gracias.

Por fin dio un paso atrás, secándose el rostro con la mano.

—¿Quieres decirme por qué las tormentas te alteran tanto? —preguntó Rowland, preguntándose por qué no se había molestado en averiguarlo meses atrás. Porque no quería acercarse demasiado a ella. No quería arriesgarse a saber más de lo necesario.

Ella dudó, con los dedos apretados contra los labios, como si intentara decidir si confiarle o no su miedo.

¿Por qué iba a confiarle nada cuando le había mentido desde el primer día?

—Sí —dijo Ellie por fin—. Me gustaría contártelo. Quizá te ayude.

—Quizá entonces sea yo quien se asuste.

El intento de broma de Rowland solo provocó una breve sonrisa.

—No lo creo.

Se dio la vuelta, mirando las incómodas sillas del salón.

—Quizá debería esperar hasta mañana.

—Para entonces habrás cambiado de opinión —replicó Rowland —. Un momento. Ahora vuelvo.

Subió corriendo las escaleras, de dos en dos, y sacó el colchón de plumas de su cama para llevarlo al salón.

—Sujeta a Ethan, por favor —pidió al regresar.

Ellie hizo lo que le pedía y luego observó cómo Rowland luchaba por colocar el colchón de plumas sobre el sofá.

—Tú te quedas con mi cama —dijo, indicándole que se tumbara.

Ellie se mordió el labio, sin hacer ademán de obedecer.

—Toma.

Rowland le quitó a Ethan de los brazos y lo colocó en el centro del colchón.

—Quédate con Ethan. Yo dormiré en el suelo.

Apartó la mesa y trasladó su ropa de cama a la alfombra. Será como el verano pasado: todas esas noches que dormimos bajo las estrellas.

—A veces lo echo de menos —murmuró ella, negándose a mirarlo.

—Yo lo echo de menos todo el tiempo —confesó él.

Ellie tragó saliva y luego se alejó de su alcance. Sujetándose el camisón con cuidado, se arrastró hasta el otro extremo de la cama. Rowland se tumbó en el suelo. Cuando se giró para mirarla, un trueno retumbó justo encima de ellos. Ella se estremeció.

—¿Siempre te han dado miedo las tormentas? —preguntó él.

—No lo creo. De pequeña, me gustaba la lluvia.

—A mí también siempre me ha gustado —admitió Rowland—. A menos, claro está, que me pille un aguacero reuniendo a una vaca rebelde. ¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre las tormentas?

Ellie se subió la manta más arriba y apoyó el brazo sobre ella.

—Cuando tenía diez años, mi madre y yo salimos de excursión. Se suponía que iba a ser un día especial, solo nosotras dos.

Recuerdo que me compró unas cintas para el pelo, muy parecidas a las que tú me compraste en Sidney.

Ellie lo miró, sonriendo de esa forma suya que le volvía loco.

—Aquel día en las aguas termales… esas cintas desenterraron un recuerdo, me hicieron recordar cosas que creía haber olvidado.

—¿Fue eso algo bueno? —preguntó Rowland con cautela.

—Ese día, sí. Pero más tarde…

Entre ellos, Ethan se movió. Ambos dirigieron la mirada hacia él, observándolo hasta que se calmó de nuevo.

Así es como debe ser la vida, pensó Rowland. Un hombre, su esposa, su hijo.

—¿Más tarde, cuándo? —insistió.

Ella inhaló profundamente, como si estuviera armándose de valor.

—Cuando nos topamos con esa tormenta de camino aquí, no pude evitar pensar en mi madre… en el día en que murió.

—Sigue —la animó Rowland cuando pasaron varios segundos sin que Ellie añadiera nada.

Ella miró hacia el techo, jugueteando con los dedos.

—Me da miedo contártelo, miedo de lo que pienses de mí.

—¿Qué voy a pensar de ti? —preguntó él, atónito—. ¿Tienes idea de las cosas que yo he hecho en mi vida?

—Sí. Y todas son buenas.

Ellie se incorporó de repente y se volvió hacia él.

—Ayudas a todo el mundo. A los lakota, a Walter y a Pearl… Renunciaste a una fortuna con tu mina.

—Cualquiera puede regalar dinero, Ellie. Eso no es tan difícil.

—Pero es mucho más que eso —insistió ella—. Eres amable, considerado, generoso… el mejor hombre que he conocido jamás, al que he tenido el privilegio de conocer.

Si tan solo supiera la verdad sobre mí.

Rowland tragó saliva para deshacer el nudo incómodo que se le formaba en la garganta.

—Ellie, hay cosas que no puedes saber. Cosas que podrían hacerte cambiar de opinión.

Ella negó con la cabeza con rotundidad.

—Lo dudo mucho. Pero… —su voz se redujo a un susurro— me temo que me verás de otra manera cuando sepas lo que he hecho.

—Eso no lo sabes —replicó Rowland, incapaz de imaginar nada que pudiera alterar sus sentimientos hacia ella en ese momento.

La atracción inicial que había sentido por ella hacía tantos meses se había convertido en algo mucho más: un respeto y una gratitud profundos y duraderos por la maravillosa mujer que era. Y amor, que Dios le ayudara: sentimientos de afecto tan intensos que, a veces, le dolía estar cerca de ella. Nunca había pensado que podría volver a confiar en una mujer de esa manera, pero lo hacía. Ella tenía su corazón en sus manos y ni siquiera lo sabía.

Ahora lo miraba con tal vulnerabilidad y súplica que Rowland casi podía creer que ella comprendía su dolor.

—Dímelo —la animó, con la esperanza de poder sacar al menos a uno de los dos de su agonía.

—Fue mi culpa que muriera —dijo Ellie en voz baja.

Se apartó de él y miró por la ventana, hacia su pasado.

—Salí a jugar bajo la lluvia. Mi madre vino a buscarme. No pudo oír los truenos para saber lo cerca que estaba el rayo. Se dirigió a mi árbol favorito, pero yo ya había corrido más lejos.

Las palabras de Ellie brotaban una tras otra como un arroyo desbordado.

—Entonces todo se iluminó y… la vi caer.

—¿Fue un rayo? —preguntó Rowland, esforzándose por comprender.

Ellie asintió y luego lo miró, con el rostro lleno de angustia.

—La alcanzó porque había salido a buscarme.

—Como habría hecho cualquier madre.

Rowland se pasó los dedos por el pelo, buscando las palabras adecuadas.

—No puedes culparte por algo que ocurrió cuando eras una niña. Y fue un accidente, un acto de la naturaleza.

—No lo entiendes —dijo Ellie con la voz entrecortada—. Debería haber estado en casa con ella. Debería haber entrado cuando empezó a llover. Debería haber tenido más cuidado.

—Tenías diez años —le recordó Rowland—. Y mi madre era sorda.

Sorda. Rowland exhaló un suspiro largo y lento. Sorda, como Ethan. Una vez más, le golpeó el milagro de la presencia de Ellie en su vida.

—Un auténtico milagro —murmuró—. Eso es lo que eres… lo que es esto.

—¿Qué…?

Ellie lo miró, y parte de la tristeza de su rostro se tornó en desconcierto.

—Acabo de contarte cómo murió mi madre, cómo fue culpa mía, y tú me llamas…

—Un milagro —repitió Rowland—. ¿Qué habría pasado si tu madre no hubiera venido a buscarte? ¿Te habrías escapado, o habrías sido tú quien estuviera bajo ese árbol cuando cayó el rayo?

No esperó respuesta.

—Es como te he estado diciendo todo este tiempo. Tal y como mi madre siempre me enseñó. Hay una mano más grande actuando en esta vida que la nuestra. A veces se extiende y nos quita cosas. Otras veces nos da. Aunque, sobre todo, sabe: nos conoce, conoce nuestras penas y nuestras necesidades.

—Para ser un forajido, suena usted bastante piadoso, señor MacRae.

Sus palabras eran acusadoras, pero en sus ojos brillaba una chispa de esperanza.

—Para ser una creyente, está siendo terriblemente obstinada, señorita Kristensen.

Rowland la imaginó como una niña de diez años, sola en medio de la tormenta, arrodillada junto a su madre muerta. La compasión se apoderó de él.

—Debió ser horrible verla morir así.

Ellie asintió, con los labios apretados.

—Lo siento —murmuró Rowland.

No había palabras suficientes para una tragedia así.

—Pero no me cabe duda de que tu madre habría elegido morir antes que tú. No digo que las cosas funcionen así. Ninguna niña debería quedarse sin su madre.

Se apresuró a continuar, necesitando que ella comprendiera.

—Al igual que ningún hijo debería quedarse sin su padre. Y gracias a que tú viviste, gracias a que estás aquí, Ethan y yo estamos juntos de nuevo. Y más que eso, le has dado el don del habla, algo que aprendiste de tu propia madre.

—Sí —susurró Ellie.

La esperanza creció en sus ojos.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Rowland.

—¿Te imaginas a una chica de Boston —que sabe lenguaje de signos— acabando en los bosques de Dakota del Sur con un niño pequeño que no oye bien y al que hay que enseñarle a hablar?

Ellie se encogió de hombros.

—Es posible… si un forajido se sube a su tren.

—Exactamente.

Rowland se puso de pie y le tendió la mano, tirando suavemente de ella.

—Vamos.

—¿Adónde vamos?

—Afuera.

Rowland se detuvo en la entrada, cogió su chal del gancho y se lo echó sobre los hombros.

—Nos has ayudado a Ethan y a mí a sanar. Es hora de que yo haga lo mismo por ti.

—¿Qué quieres decir? Rowland, sigue lloviendo.

Ellie intentó echarse atrás cuando él abrió la puerta.

—Estás loco —gritó por encima del golpeteo constante de la lluvia sobre el porche.

—Sí.

En lo que a ti respecta.

—Tienes que superar tu miedo a las tormentas.

La atrajo hacia él y se agachó para alzarla en brazos.

Ella soltó un pequeño grito que pronto se convirtió en risa cuando la primera gota le golpeó el rostro.

—Vas a tener que aprender a volver a disfrutar de la lluvia —dijo Rowland con seriedad—. Y de las tormentas también. Son parte de la vida en las Colinas, y si vas a pasar el resto de tu vida aquí…

Se detuvo y la miró a los ojos, sorprendido por su propia confesión.

—Tenemos que acabar con tu miedo de una vez por todas.

—¿Qué estás diciendo, Rowland?

—Estoy diciendo que te necesitamos, Elinor Kristensen —gritó, alzando la voz para imponerse al trueno—. ¿Ves? Eso es el Señor dándome la razón.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Yo te necesito —añadió él en voz más baja, estrechándola contra su pecho mientras la lluvia seguía cayendo a su alrededor.

Capítulo 38

Ellie estaba frente a la cocina, removiendo las gachas, cuando oyó entrar a Rowland. Inconscientemente, llevó la mano a la cinta que llevaba atada en el pelo y sintió que se sonrojaba al pensar en la conversación que habían tenido la noche anterior.

Se había alegrado de encontrar a Rowland ya fuera haciendo las tareas cuando se despertó esa mañana, pero ahora tenía que enfrentarse a él. A sus espaldas, oyó caer sus botas, una tras otra, seguidas del susurro de su abrigo al colgarlo en el gancho. Sus pasos eran casi silenciosos mientras entraba en la cocina y caminaba hacia ella.

Un segundo después, sus manos se posaron con delicadeza sobre sus hombros. La cuchara se le resbaló de los dedos y Rowland la giró para que lo mirara. Pensando de nuevo en lo inapropiado de la noche anterior —bailar bajo la lluvia en camisón—, mantuvo la mirada fija en su camisa.

Él no estaba dispuesto a tolerarlo.

—Mírame, Ellie.

Se dio cuenta de que era incapaz de desobedecer. Levantó la barbilla y, valientemente, le devolvió la mirada.

—Sobre lo de anoche…

—Oh, Rowland. Lo siento. No debería haber bajado, no debería habértelo contado…

Él le puso un dedo sobre los labios.

—He tomado algunas decisiones. Y la primera es…

Respiró hondo.

—Voy a romper mi promesa de mantenerme alejado de ti. Durante meses he querido besarte cada día, y ahora lo voy a hacer.

Tomándole el rostro entre las manos, se inclinó para besarla. Ellie se apartó, aunque hacerlo casi la desarmó por dentro.

¿Cuánto tiempo llevaba deseándolo así? ¿Y él también? Saberlo la llenaba de alegría y la enfurecía a la vez. Así que no era la única que había sentido aquella atracción. ¿Por qué, entonces, había guardado silencio? ¿Y ahora qué esperaba?

… Quizá sea hora de que conozca mis expectativas.

—Te dejaré romper tu antigua promesa, pero solo si haces una nueva.

—Dime lo que quieras —respondió Rowland, con los labios peligrosamente cerca de los de ella.

Ellie dio el paso.

—Quiero hablar de matrimonio. No quiero vivir aquí como tu prima o tu amiga. No quiero preocuparme por tener que alejarme alguna vez de Ethan. Quiero ser su madre… y tu esposa.

Rowland sonrió ampliamente y la atrajo hacia sí, rozándole la punta de la nariz con los labios.

—Menudas exigencias —bromeó.

Luego, su expresión se volvió pensativa.

—Creo que acabas de pedirme matrimonio.

Ellie bajó la mirada hacia sus pies, incapaz de ocultar la sonrisa.

Rowland le tomó ambas manos y la llevó hasta la mesa, apartándole una silla. Cuando ella se sentó, él se arrodilló frente a ella. La ligereza había desaparecido de su rostro.

—Hablaremos de matrimonio, Ellie. Quiero que seamos una familia.

Hizo una pausa.

—Pero primero…

La miró con gravedad.

—Tengo que contarte sobre mi pasado.

—Eso no cambiará las cosas.

Quería ofrecerle el mismo alivio que él le había dado la noche anterior.

Él asintió.

—Eso espero… aunque supongo que tú podrías sentirlo de otra manera.

Le apretó las manos.

—Tenemos que hablar de mi… esposa.

—¿Tu difunta esposa? —preguntó Ellie, sin estar segura de querer oír la respuesta.

Rowland tragó saliva. La tensión marcó su rostro.

—No, Ellie. Mi esposa. Estoy casado.

La puerta se abrió con un chirrido de bisagras, y Rowland le indicó que entrara primero. Ellie dudó, pero avanzó, aunque su instinto le pedía huir en dirección contraria.

Rowland caminó hasta la ventana y descorrió la cortina. El polvo se elevó en el aire, atravesado por la luz que lograba colarse por el cristal sucio. Ellie abrió los ojos con asombro al contemplar la estancia vacía: las paredes ennegrecidas, el suelo quemado.

—Ten cuidado por donde pisas —advirtió él—. Desde el incendio no me fío de esas tablas. Tendré que arreglarlo todo. Esta

podría ser la habitación de Ethan. Nosotros nos quedaremos con la otra.

¿Nosotros?

¿Cómo podía hablar así con tanta seguridad?

Hacía apenas unos minutos, ella le había pedido matrimonio. Pero eso había sido antes de saber que su esposa seguía viva.

Menos mal que estaba sentada.

Quería llorar, gritar, golpear algo… tal vez a él. Pero la conmoción la mantenía inmóvil, débil.

Ni siquiera sabía cómo había logrado seguirlo hasta allí. Sentía los pies pesados, el pecho oprimido.

Ojalá pudiera huir, encerrarse en su habitación y desahogarse.

No quería saber más.

Rowland estaba casado.

¿Qué más importaba?

Todo el tiempo que lo he conocido…

—Puedo ver cómo tus pensamientos van a mil por hora —dijo él.

Le tomó la mano y la condujo hasta una zona más firme. Extendió una manta y le indicó que se sentara.

Ellie obedeció, procurando mantenerse lo más lejos posible.

Rowland se sentó también, respetando la distancia.

—Creo que es mejor hablar de esto aquí. Tengo mis propios fantasmas que enfrentar.

Ella asintió. Escúchalo. Y luego… huye.

—¿Cómo se llama?

—Margaret —respondió él—. La conocí en el 75. Era una de las primeras chicas que llegaron a Deadwood a trabajar en los salones.

Yo era joven, arrogante… y empecé a ganar dinero. Nos llevábamos bien.

—¿Te casaste con una chica de salón?

Ellie lo miró con incredulidad.

—Sí. Creí que la estaba salvando. Su jefe no se conformaba con que trabajara en la barra. Los clientes exigían más… y ella tenía que ceder.

Ellie se abrazó a sí misma, indignada.

—Me vi como un héroe. Nos casamos y vivimos en una choza en Deadwood. Yo trabajaba en la mina. Margaret gastaba mi dinero… y ganaba más por su cuenta.

—No querrás decir que…

Rowland asintió.

—No lo sabía entonces. Pero no cuidaba mi casa mientras yo trabajaba.

—Eso es… horrible.

—Lo es.

Hizo una pausa.

—Luego quedó embarazada y cambió. Se volvió cruel. Yo pasaba días fuera. Fue entonces cuando encontré al chico lakota herido.

Ellie asintió.

—Regresé cambiado. Pero Margaret también… solo que para peor. Había vuelto con su antiguo jefe. Yo no lo vi. No le gustó que dejara la mina y nos mudáramos aquí.

—Los meses siguientes apenas hablamos. Ethan nació prematuro, enfermo. Yo me ocupaba de él. Margaret decía no sentirse bien. Yo quería creerla.

—Incluso la llevé a Deadwood a ver al médico… o eso creía.

Ellie bajó la mirada.

—Al final lo descubrí. Y la obligué a quedarse aquí. Fue una pesadilla. Ethan lloraba sin parar. El médico dijo que tenía infección de oído…

—¿Qué proponía?

—Perforarle el tímpano.

Ellie se estremeció.

—No lo permití. Así que Margaret lo hizo ella misma.

Ellie ahogó un grito.

—Cuando yo estaba fuera, si lloraba demasiado… ella lo sacudía, le pegaba… o peor.

Rowland tragó saliva.

—Con el tiempo… dejó de llorar.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Ellie. Se contuvo para no correr a abrazar a Ethan.

Por fin comprendía.

Oh, Josh. Mi dulce niño. Sintió que su ira se desvanecía, sustituida por el dolor y un deseo abrumador de protegerlo.

—No lo supe hasta el final.

La voz de Rowland sonaba áspera.

—Y entonces ya era casi demasiado tarde. Tuvimos una pelea y ella subió corriendo las escaleras.

Cerró los ojos, con el dolor reflejado en sus rasgos mientras revivía aquel instante.

Ellie esperó, sintiendo de pronto el impulso de consolarlo casi tanto como el de correr hacia Ethan.

Pasó un minuto de silencio antes de que Rowland se recompusiera, la mirara de nuevo y continuara.

—Margaret llevó a Ethan a lo alto de las escaleras. Estaba dormido… —Las palabras se le quebraron—. Y ella lo dejó caer.

—¿A propósito?

Rowland asintió, con la nuez marcándose en su garganta mientras luchaba por continuar.

—Corrí hacia él, intenté detener la caída, pero no fui lo bastante rápido. Cuando cayó, con las piernas y el cuello retorcidos, los huesos sobresaliendo… pensé que estaba muerto. Mientras me arrodillaba junto a él, Margaret fue a buscar una pistola que tenía escondida arriba. La vi venir, saqué la mía y disparé. Luego cogí a Ethan y fui en busca de ayuda.

—Pero no la mataste.

—No.

Ojalá lo hubieras hecho.

Ellie se cubrió la boca, como si aquel pensamiento hubiera escapado en voz alta.

—No pretendía matarla —dijo Rowland en voz baja, como si hubiera leído su mente—. Si lo hubiera hecho, estaría en la cárcel… o muerto. Y entonces, ¿qué habría…?

—¿Qué habría sido de Ethan?

Ellie terminó la frase en un susurro.

Las acciones de Rowland en aquel instante —cuando el odio y la ira debieron consumirlo— le revelaban más de lo que ya intuía sobre su carácter. Había dejado todo de lado para pensar únicamente en su hijo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Rowland no es un forajido. Está lo más lejos posible de serlo.

—Ethan era lo único que importaba —dijo Rowland—. Hasta que te conocí.

¿Y qué hay de mí?, se preguntó Ellie al instante. *Si Rowland hubiera matado a su esposa, ella nunca lo habría conocido. Estaría dando clases en Sterling, ignorante de todo.* Un dolor punzante le atravesó el pecho al imaginar aquella vida alternativa, sin el tren, sin los forajidos, sin él. *¿Y quién ayudará a Rowland si no lo hago yo?*

Rowland continuó, como si deseara terminar de una vez.

—Cuando regresé, Margaret se había marchado. Y a lo que dejó atrás le prendí fuego aquí mismo, en esta habitación. Quemé la cama, la cómoda… habría quemado toda la casa si Walter no me hubiera detenido. Me sacó de aquí a rastras, me obligó a entrar en razón, me echó y limpió todo.

Hizo una pausa.

—Desde entonces, no he vuelto a entrar aquí. Y no se lo he contado a nadie.

—Ella es quien debería estar en la cárcel —dijo Ellie, con rabia —. Intentó matar a su propio hijo.

Rowland se inclinó y tomó su mano.

—Sé lo que hice. Ahora tú también lo sabes. Y espero no tener que volver a hablar de ello.

Ellie apretó los labios, pero asintió.

—Solo hay una cosa más que necesito saber.

Sus ojos buscaron los de ella.

—¿Te casarás conmigo cuando mi divorcio sea definitivo el mes que viene?

Divorcio. Una palabra fea para una situación fea.

Ellie apartó la mirada, los labios temblorosos. La confusión, la lástima, la tristeza… todo se agolpaba en su interior. El amor quedaba relegado, por un instante.

No, eso es todo lo que importa.

¿Acaso Rowland no había actuado movido solo por amor a su hijo? ¿No podía hacer ella lo mismo?

El dolor por haber sido engañada seguía allí, aunque ahora comprendía el motivo de su silencio. Y aunque jamás entendería por qué se había casado con Margaret…

¿Qué importaba ya? Lo amo.

Una necesidad feroz de compartir ese amor con él y con Ethan, de reparar de algún modo todo lo sufrido, la invadió. Se volvió hacia Rowland, pero él ya se estaba poniendo en pie.

—Ya veo.

Su voz sonó dura.

—¿Qué?

Ellie alzó el rostro, empapado en lágrimas.

—Rowland, yo…

—Mañana iré al pueblo. Averiguaré cómo conseguirte un billete. La diligencia pasa más o menos una vez al…

—No quiero irme a casa. —Se levantó con rapidez cuando él se dirigió hacia la puerta—. Rowland, por favor.

Le sujetó la manga, presa del pánico. Él se volvió despacio. La mandíbula tensa, los ojos heridos.

Al comprender el daño que había causado su silencio, Ellie sintió que algo dentro de ella se rompía.

Dio un paso adelante y lo abrazó con fuerza, con todo el amor y la urgencia que llevaba dentro.

Rowland permaneció rígido un instante. Luego la estrechó contra sí, con la misma intensidad.

—Oh, Ellie…

—No quiero irme a casa —repitió ella.

Lo miró, sonriendo entre lágrimas.

—Yo estoy en casa.

Capítulo 39

Ellie pasaba de un lado a otro sobre la alfombra ovalada frente a la ventana del salón. Cada cinco vueltas, se detenía, se inclinaba hacia delante para correr la cortina de encaje y comprobar, una vez más, si había algún rastro de Walter. Se acercaba el mediodía y él aún no había llegado. La preocupación le oprimía el corazón y su instinto le decía que algo iba mal.

Muy mal.

Intentó no pensar en él, solo y pasando frío ahí fuera, en medio de la tormenta. Le resultaba difícil no hacerlo, y solo su otra preocupación —por los animales del establo, a los que hacía tiempo que había que ordeñar y dar de comer— fue capaz de apartar su mente de Walter durante unos breves instantes. Siguió paseándose, observando cómo Ethan jugaba en el suelo con los bloques que Rowland le había tallado por Navidad.

—Muy bien —dijo Ellie al fin, con las manos en las caderas mientras se dirigía con determinación hacia los ganchos junto a la puerta—. Ethan, vamos a salir unos minutos.

Ethan no levantó la vista hasta que su falda pasó rozándole la pierna.

Ellie cogió su abrigo del gancho y se arrodilló a su altura.

—A la calle —articuló despacio y en voz alta.

El rostro del niño se iluminó y se deslizó hacia ella. Le metió los brazos en las mangas y le abrochó los botones, sin prestar atención, por una vez, al placer que aquella tarea solía proporcionarle. Pensando de nuevo en Walter, Ellie le ató en la cabeza el gorro que Pearl había tejido a ganchillo para Ethan. ¿Qué sería de su querida

amiga si su marido resultaba herido… o algo peor? Ellie le deslizó los pesados guantes de lana sobre las pequeñas manos y luego se puso de pie. Levantó un dedo, indicándole que saldrían en un minuto. Cogió su capa del gancho, se subió la capucha y ató el cordón, consternada al descubrir que le temblaban las manos.

Agachándose, se subió a Ethan a la cadera. Por un segundo, sintió la tentación de dejarlo en la cálida casa.

No estaba segura de cómo evitaría que se ensuciara con el lodo y el barro del granero, y, sin duda, las tareas irían más rápido si no tuviera que estar pendiente de él. Pero la advertencia de Rowland resonaba en su cabeza. Había demasiados peligros. La estufa podría incendiarse; él podría tirar algo sobre sí mismo… cualquier cosa. Tendría que buscar un montón de paja donde sentarlo y esperar que el trabajo fuera rápido.

Preparándose para el frío cortante, abrió la puerta principal y la cerró de un portazo tras de sí mientras bajaba apresuradamente los escalones del porche. Agarrándose a la barandilla, la siguió hasta el borde y luego encontró la cuerda que Rowland había atado allí para usarla durante las fuertes tormentas de nieve. Aferrándose a la cuerda con una mano y sujetando a Ethan con fuerza con la otra, comenzó la laboriosa caminata bajo la lluvia torrencial. Tras solo unos pocos pasos, la nariz le escocía por el frío y el pelo se le había pegado a la cabeza. Al menos tendremos agua de sobra para los cultivos, intentó decirse.

Ethan apoyó la cara en su pecho y Ellie soltó la cuerda el tiempo suficiente para envolverlo con su capa. Se apresuró tanto como le permitieron las piernas, con los ojos escociendo bajo el golpe del viento. Rezó para que Walter hubiera encontrado refugio en algún lugar, y rezó para que Thay hubiera llegado sano y salvo a Rapid City antes de que estallara la tormenta.

A primera hora de la mañana se había despedido de él, con una parte de ella deseando irse a su lado. Sabía que, al menos en parte, él también lo había deseado. Podrían haberse casado allí, en el juzgado, tan pronto como se formalizara su divorcio, y a esas

horas podría estar en un hotel, disfrutando de su cena de luna de miel en lugar de esperar con ansias pasar el rato con un montón de vacas apestosas. Pero Rowland no había considerado prudente que ella y Ethan lo acompañaran.

Recordó la conversación que habían tenido hacía unos días.

—No te haré eso —había insistido él—. Una mujer tan maravillosa como tú merece una boda con todos los detalles: un vestido bonito, flores y que tu padre te entregue al novio. Dudo que estuviera muy contento de hacerlo si tuviera que escuchar primero al juez pronunciar la sentencia de divorcio definitiva.

—No me importa lo que piense mi padre —había protestado Ellie—. En cuanto te conozca, verá lo buen hombre que eres.

—Esperemos que tengas razón.

Rowland sonrió mientras le cogía las manos.

—La verdad es que es más que eso. Soy lo suficientemente egoísta como para casarme contigo en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia, pero estoy preocupado.

—¿Por qué? —preguntó Ellie, frunciendo el ceño—. No voy a cambiar de opinión.

—No pienso dejar que lo hagas.

Rowland dejó escapar una breve risa, pero su rostro volvió a ensombrecerse.

—Ha pasado más de un mes desde que localizaron a Margaret y le entregaron los documentos. Ella no querrá este divorcio. Significará el fin de cualquier posibilidad que pudiera haber tenido de hacerse con mi dinero, con mi antigua mina.

—¿Crees que va a intentar algo? —preguntó Ellie, sintiendo una punzada de inquietud.

—Sí —respondió Rowland con solemnidad—. Pero creo que lo hará con astucia; no recurrirá a la violencia a menos que se vea obligada.

—¿Qué crees que…?

—Creo que intentará convencer al juez para que le conceda la custodia de Ethan.

Ellie contuvo el aliento.

—No puede. Casi lo mata.

—Pero el juez no tiene pruebas de eso. Será mi palabra contra la suya. ¿A quién crees que creerá?

—A ti —aseguró Ellie—. Tú lo has cuidado todo este tiempo mientras su madre ha estado fuera siendo… una chica de saloon.

—No importa lo más mínimo lo que haya estado haciendo. Lo único que tiene que hacer es convencer al juez de que falle a su favor. Y Margaret tiene mucho talento para conseguir que los hombres hagan exactamente lo que ella quiere. Contará con eso y con el hecho de que yo le daría cualquier cosa para mantener a Ethan a salvo.

Rowland soltó sus manos y se pasó los dedos por el pelo.

—Todo se reduce a esto. No podemos tener a Ethan allí, y tenemos que estar preparados para huir si el juez le concede cualquier tipo de custodia. Me convertiré en un forajido si eso es lo que hace falta para proteger a mi hijo.

Así que Ellie se había quedado atrás. Rowland le había dicho que volvería en unos días. Mientras tanto, Walter iba a quedarse con ellos para encargarse de las tareas.

Excepto que no lo había hecho.

Y ahora ella estaba preocupada y sola allí fuera por primera vez.

Por fin, Ellie llegó al granero. Entró tambaleándose, sentó a Ethan en el suelo entre sus piernas y alcanzó la linterna que colgaba cerca de la puerta. Le temblaban las manos mientras encendía la mecha, que cobró vida con un leve parpadeo. Sosteniendo la

linterna en alto con una mano, se agachó y cogió a Ethan con la otra.

—Vamos, vamos a dar de comer a los caballos y a traerte un poco de leche.

Dio dos pasos hacia los establos, pero se detuvo al darse cuenta de repente de lo silencioso que estaba todo.

—Gm —dijo Ethan, señalando el establo de su caballo favorito.

Ellie alzó más la linterna y miró a derecha e izquierda. Aunque tenía los pies entumecidos por el frío, se apresuró a recorrer la fila de establos y miró dentro de cada uno.

—Gm —repitió Ethan.

Ellie lo abrazó con más fuerza, incluso cuando la mano con la que sostenía la linterna empezó a temblar. Se dio la vuelta y corrió hacia la puerta, apagando la luz y colgándola de nuevo en su gancho mientras se movía.

—Gm —dijo Ethan con la misma urgencia que ella sentía.

—Sí —murmuró Ellie, acercando la cabeza del niño a su corazón—. Los animales han desaparecido. Todos.

Capítulo 40

El camino de vuelta a la casa pareció durar el doble de lo que había tardado en llegar al establo. Los dedos de Ellie se deslizaban por la cuerda, y su manopla se enganchaba cada pocos metros. Cada vez que lograba liberarla, miraba a su alrededor, escudriñando a través de la lluvia y el granizo cegadores en busca de cualquier señal o sonido de una vaca o un caballo. Los animales no podían haberse esfumado sin más. Alguien tenía que habérselos llevado, y ese alguien no podía haber ido muy lejos con la tormenta.

Cómo deseaba haberlos dejado dentro, a salvo, con la casa cerrada con llave; incluso deseó tener la pistola de Rowland. No tenía ninguna duda de que sabría usarla si fuera necesario. Haría cualquier cosa para proteger a Ethan. El relato de Rowland sobre los horrores que el niño había sufrido a manos de Margaret seguía vivo en su memoria. Apretó al pequeño contra su pecho, sintiendo por primera vez el miedo de una madre. Amaba a Ethan como si fuera suyo.

El pánico que le oprimía el corazón se transformó en un tenue alivio cuando su mano rozó la barandilla. La cuerda los había guiado a salvo a través de la tormenta. Nadie la había cortado en su ausencia. Estaban a salvo.

Subió a toda prisa los escalones del porche, abrió la puerta de par en par, entró y la cerró de inmediato tras de sí, echando el cerrojo con firmeza. Estaban solos, pero mientras permanecieran dentro, se dijo, estarían protegidos. A toda costa, debía mantener a Ethan a salvo.

Pensó en Walter y se preguntó qué habría sido de él. Rezó para que hubiera visto parte del ganado suelto y estuviera buscándolo.

Pero, en el fondo, sabía que no era así. Temía que quien hubiera llegado hasta el establo también lo hubiera interceptado.

Arrodillándose, comenzó a quitarle el abrigo a Ethan.

Por favor, que Walter esté bien. Que Rowland esté bien. Protégelos hasta que pase la tormenta. Haz que los hombres puedan volver a casa. Cuida de los animales.

Había demasiado por lo que rezar.

Dejó sus prendas mojadas en el suelo y llevó a Ethan a la cocina.

Mantén la normalidad. Aviva el fuego. Prepara la cena.

Pero, en lugar del aroma familiar de la leña y la sopa, un perfume intenso le invadió el olfato.

Apretó a Ethan contra sí.

Todo parecía intacto.

Se volvió lentamente en el umbral, con la mirada arrastrada hacia la puerta entreabierta del salón. Como si no tuviera control sobre su propio cuerpo, cruzó la estancia. Sus dedos temblorosos empujaron la puerta.

La habitación estaba vacía.

El alivio la hizo apoyarse contra el marco.

Solo ha sido mi imaginación.

—Hola, Ethan.

Ellie giró la cabeza de golpe hacia las escaleras. Una mujer descendía con lentitud, el vestido de seda color bronce ondeando a su alrededor.

Entrecerró los ojos al mirarla.

—La niña del retrato. Qué mona.

¿Retrato? Se refiere a mamá.

Durante un instante, la ira desplazó al miedo.

—Soy Margaret.

Le tendió la mano.

—¿Y tú quién eres?

Sin soltar a Ethan, Ellie retrocedió un paso hacia la puerta.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Margaret.

—Yo que tú no haría eso. Alexander está justo ahí fuera, y tiene órdenes de disparar a cualquiera que cruce ese porche.

Ellie se quedó paralizada.

—Oh, sé lo que estás pensando —continuó Margaret—. ¿Por qué estoy aquí cuando debería estar en Rapid City tramitando el divorcio?

Ethan gimió.

¿Reconoce su voz?

Ellie le acarició la cabeza, intentando calmarlo.

—No pasa nada —susurró.

—Sí, no pasa nada —repitió Margaret—. No habrá divorcio… aunque quizá sí una o dos muertes prematuras. —Sonrió, disfrutando de cada palabra—. Y lo mejor de todo…

Sacó una pequeña bolsa del bolsillo.

Ellie la reconoció al instante y Margaret la agitó con ligereza.

—Parece que mi marido ha vuelto a encontrar oro.

—Rowland ya no se dedica a la minería —replicó Ellie con firmeza.

—No. Ya no.

Margaret inclinó la cabeza, concediéndole ese punto.

—Y se negó a quedarse con el oro de nuestra mina cerca de Deadwood, lo que hace aún más interesante saber de dónde ha salido esto.

Hizo girar la bolsa entre los dedos.

—Estoy segura de que, con la persuasión adecuada, estará encantado de decírmelo.



Ellie se sentó rígida en una de las incómodas sillas del salón.

Ahora todo encajaba.

Había sido Margaret quien había elegido aquellos muebles, quien había vestido la habitación para que aparentara algo que no era. Recordó el momento en que, junto a Rowland, había sostenido los candelabros de cristal y habían brindado. Ahora deseaba estrellarlos contra el suelo.

Si salimos de esto… cuando lo hagamos… todo arderá.

Ethan se removió en sus brazos. Ellie bajó la mirada hacia él y hacia el libro que sostenía en el regazo. Señaló una ilustración y le susurró la historia al oído.

Junto a la chimenea, Margaret caminaba de un lado a otro, igual que Ellie había hecho horas antes.

Ojalá no hubiera ido al granero. Ojalá hubiera ido con Rowland.

No importa.

Esto habría ocurrido igualmente.

Los «ojalá» no sirven de nada.

Acepta lo que ha pasado. Actúa.

Ethan apartó el libro de un manotazo, arqueó la espalda y se frotó los ojos.

Ahora no… por favor.

Si no lograba calmarlo… Margaret ya había dejado claro que la única razón por la que seguían con vida era atraer a Rowland de

regreso.

—De camino a Rapid City —había dicho—. Recibirá un mensaje que lo hará volver.

Había sonreído con malicia.

—Hasta entonces, mantén callado al mocoso.

Había señalado a Ethan con desagrado.

—O quizá decida que no lo necesitamos.

Ellie lo giró para que la mirara y trató de jugar con él.

No funcionó.

El niño comenzó a inquietarse más.

—Shh… —susurró—. Sé que tienes hambre… que estás cansado…

Sintió de pronto la humedad caliente en su ropa.

Habían pasado horas desde la última vez que lo había cambiado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Margaret.

—Necesita salir al retrete exterior —improvisó Ellie, aferrándose a la idea que acababa de surgir.

No sabía si Margaret la creería.

Ethan aún llevaba pañales. Pero necesitaba una oportunidad.

—Puedo llevarlo —añadió—. Se ve perfectamente desde la ventana de la cocina.

—Sé dónde está —espetó Margaret, apartando la cortina para mirar afuera—. Un sitio olvidado por Dios.

Ethan rompió a llorar.

Margaret se acercó.

Ellie le cubrió la boca con la mano, temiendo que la mujer alzara la pistola.

—¡Fuera! —ordenó Margaret—. Llévatelo. Cuídalo. Haz que se calle.

Alzó la voz hacia la otra habitación.

—Alexander, vigílalos desde la ventana. Solo pueden ir al retrete… y nada más.

Capítulo 41

Ellie cerró de un portazo la puerta del retrete. Nunca en toda su vida se había sentido tan agradecida de estar en aquel edificio húmedo y maloliente. Ethan estaba helado, mojado y llorando. Margaret no les había dejado coger sus abrigos.

Con un estremecimiento, Ellie dejó a Ethan en el suelo y se inclinó sobre el asiento, pasando los dedos por las tablas astilladas de la parte trasera del retrete. Por favor, que no lo haya arreglado. Por favor. La tabla central cedió hacia delante y una amplia franja de luz inundó el espacio. Ellie bajó la vista hacia el rostro de Ethan, manchado de lágrimas.

—No pasa nada —susurró, casi embriagada de alivio—. Vamos a estar bien.

Levantándolo con cuidado por encima del agujero, lo bajó al suelo, fuera, detrás del retrete. Cabía sin dificultad entre las tablas. Ellie se mordió el labio, sin estar segura de que ella tuviera tanta suerte.

Subiéndose al asiento, bajó una pierna y apoyó el pie en el suelo húmedo junto a Ethan. Él se aferró a su pierna, gritando. Por una vez, se sintió agradecida por el viento y la lluvia que aullaban. Aunque Margaret hubiera abierto la ventana, nadie en la casa habría podido oír nada. Tampoco habrían visto nada, ya que el retrete daba a la cocina.

Con el peso de su pierna ya fuera, Ellie se deslizó por la abertura. La parte superior de su vestido se enganchó en un clavo al pasar. Sin prestar atención al desgarro, tiró con fuerza hasta liberar

la tela y dejó caer el trozo rasgado por el agujero. Sus hombros pasaron, luego su cabeza… y estuvo fuera.

Volvió a encajar la tabla suelta en su sitio y dejó a Ethan un segundo para coger una piedra de buen tamaño. La colocó en la base para que no se soltara con facilidad.

Cogió a Ethan en brazos y echó a correr hacia la montaña, mirando al suelo para no tropezar. El bosque, cubierto de agujas de pino y hojas en descomposición, ocultaba sus pasos.

Al llegar a la pared de granito, se agachó tras el grupo de álamos que Rowland había trasplantado con tanto esmero el otoño anterior. Aunque las ramas aún estaban desnudas, los árboles ocultaban la entrada, baja y estrecha, de la mina. Volvió a dejar a Ethan en el suelo, se arrodilló y comenzó a apartar piedras hacia un lado. En pocos minutos, había despejado una abertura.

Metió primero a Ethan, lo siguió con rapidez y luego se inclinó para volver a colocar las piedras y los restos sobre la entrada. Cuando terminó lo mejor que pudo, lo tomó en brazos y se internó hasta el fondo de la fresca cueva. Allí lo dejó en el suelo y se quitó la enagua de lana, mientras él se aferraba a su pierna y lloraba. Volvió a cogerlo, se sentó y empezó a quitarle la ropa mojada con la mayor rapidez que le permitió la oscuridad. Cuando terminó, lo envolvió en las capas de ropa que se había quitado, arropándolo bien contra su pecho. Comenzó a mecerlo, rezando para que dejara de llorar, rezando para que se durmiera, rezando para que no los encontraran.



Estaba oscuro cuando Ellie despertó. El rayo de luz que antes atravesaba la entrada había desaparecido, y la cueva reposaba en un silencio inmóvil. También hacía frío… mucho frío. Con cuidado, cambió a Ethan de posición y le tocó la frente. Fría. Metió la mano entre las telas y buscó sus manos y sus pies; suspiró al encontrarlos tibios. Los suyos, en cambio, parecían bloques de hielo.

Un nuevo peligro. Moriremos de frío si permanecemos aquí demasiado tiempo.

Cerró los ojos, evocando el terror de la tarde. Sus opciones no eran buenas. Si regresaban a la casa, los matarían; pero no sabía cuánto podrían resistir allí.

Como si percibiera su inquietud, Ethan gimió en sueños. Ella volvió a mecerlo, calmándolo con una nana apenas susurrada.

Sal fuera.

La idea cruzó su mente con la misma claridad que la huida por el retrete, con la misma certeza que la había empujado hacia el oeste. Siguiendo ese impulso —ese instinto que, como le había enseñado Rowland, Dios concede—, Ellie dejó a Ethan con cuidado en el suelo y se puso de pie. Deslizando las manos por la pared, avanzó hacia la entrada. Miró atrás, con el corazón encogido al pensar en dejarlo solo en la oscuridad.

Rowland te necesita.

Pero él es un hombre adulto. Ethan no es más que un bebé.

¡Vete!

Incapaz de ignorar aquella urgencia, empujó las rocas hasta que algunas cedieron. Tras unos minutos, abrió un hueco suficiente para arrastrarse.

Conteniendo el aliento, asomó la cabeza. Caía una llovizna fina. El cielo, cubierto de nubes, ocultaba la luna y las estrellas.

Quizá eso sea una bendición.

Sin saber con certeza qué hacer, salió a trompicones y avanzó a ciegas hacia la casa. Al llegar al retrete, se agachó tras él. Rodeándose con los brazos, se dejó caer al suelo y esperó. Pensamientos e imágenes cruzaban su mente sin orden: Rowland, Ethan, Walter, Pearl… su padre, su madre.

Un relámpago lejano iluminó el cielo, seguido por el retumbar del trueno.

Oh, no… que no empiece otra vez.

Se levantó y se asomó, contemplando con anhelo las luces de la cocina —su cocina—. Allí había aprendido a cocinar. Allí había leído a Ethan. Allí le había pedido matrimonio.

Ay, Rowland. Por favor, Dios, haz que todo salga bien para que pueda casarme con él. Recordó la oración en el tren… y la gratitud que la había acompañado desde entonces.

Se oyeron cascos de caballo a lo lejos. Ellie se arrastró hasta el otro lado del retrete y estiró el cuello para ver el camino. Dos caballos. No es Rowland… Se dijo que era mejor así. Mientras él no regresara, estaría a salvo.

Un relámpago rasgó el cielo. En ese instante, lo vio. Rowland desmontaba apresuradamente. Sobre el segundo caballo, un cuerpo caído. Walter.

El trueno estalló sobre las colinas y la puerta principal se abrió. Margaret apareció en el umbral.

—Hola, cariño.

Rowland se volvió hacia la voz, llevando la mano a la funda de la cadera.

Desde su escondite, Ellie vio lo que él no podía: Alexander, agazapado en un lado del porche, con el arma preparada.

No.

Se dejó caer al suelo, tanteando a ciegas hasta encontrar la piedra que había colocado antes. Sus dedos toparon con ella. La aferró y se puso en movimiento, avanzando hacia la casa.

Rowland miró a Walter, luego desenfundó y dio un paso adelante.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde están Josh y Ellie?

—Oh, guarda eso —respondió Margaret con una risa falsa—. ¿De verdad crees que, después de la última vez, volvería a desafiarte? Tú eres más rápido.

Su voz se volvió fría.

—Casi muero aprendiendo esa lección.

Sin apartar el arma, Rowland avanzó un paso más.

Ellie alzó la vista y vio a Alexander apuntar.

Un relámpago estalló, más cercano.

Esperó apenas un latido… y corrió cuando el trueno desgarró el aire.

Alzó los brazos y descargó la piedra sobre la cabeza de Alexander. El disparo resonó al mismo tiempo.

—¡Rowland!

La oscuridad la envolvía mientras corría hacia los caballos. Otro relámpago cayó, alcanzando el alto pino junto a la casa. Un estallido brutal llenó el aire, y Ellie sintió el fuego atravesarle el brazo. Cayó hacia delante, de bruces sobre el barro helado.

Gritos. Margaret. Los hombres.

Alexander se incorporó tambaleante y huyó hacia el bosque. Walter lo siguió. Margaret desapareció del porche. Un segundo disparo resonó, peligrosamente cerca.

—Ellie. —Rowland se arrodilló junto a ella y la giró con cuidado —. ¿Estás herida?

El dolor la hizo jadear.

—Rowland… —El alivio la inundó—. Hay un hombre con…

—Walter se ha encargado —cortó él.

—¿Margaret?

—Se ha ido. No pienses en ella. ¿Dónde está Ethan? —Había urgencia en su voz.

—A salvo. En la mina. Frío… —Los dientes le castañearon.

Rowland la tomó en brazos y echó a correr hacia la montaña, gritando a Walter al alejarse. Sobre su hombro, Ellie vio la casa

envuelta en llamas.

—Tu casa…

—¿Estás segura de que Ethan no está dentro?

—En la mina…

El frío la invadía. Todo salvo su brazo, que ardía.

El rayo.

—¿Me ha alcanzado?

—Sí. Pero no parece grave. Un impacto limpio.

Respiraba con dificultad mientras corría.

—¿Me han disparado?

Giró la cabeza, intentando ver.

—No te muevas, Ellie.

Habían llegado a la entrada oculta. El llanto de Ethan resonaba desde dentro.

—Gracias a Dios…

Rowland la dejó con cuidado en el suelo.

—Apóyate.

Comenzó a apartar las rocas.

Ellie se tocó el brazo. Encontró el desgarro, la sangre tibia. Un grito ahogado escapó de sus labios. La oscuridad se cerró sobre ella.

Se desplomó, cayendo a través de la abertura que Rowland acababa de despejar.

Capítulo 42

-¿Rowland? —Ellie alzó la mano y le tocó la cara.

—Mmm-hmm.

—Ahora entiendo por qué casi juraste aquel día en el sendero cuando te pregunté por tu hombro. Esto duele como…

—Ejem.

Walter carraspeó ruidosamente y luego se rió entre dientes. Miró a Ethan, que volvía a dormir tras una noche agitada.

—Tienes a tu pequeño aquí, y desde luego le gusta imitar todo lo que dices, señorita Ellie. Y yo digo… —lanzó una mirada triste en dirección a Rowland— que llevas demasiado tiempo pasando el rato con este tipo sin la compañía de otras damas.

—Sé que te duele el brazo, y lo siento.

La voz de Rowland sonaba tensa mientras la atendía. La luz del día comenzaba a colarse por la entrada de la mina y por fin podía ver lo suficiente como para ocuparse de su herida. Necesitaba conseguir atención médica de verdad para Ellie y Walter, ropa de abrigo y comida para Ethan, pero incluso esas necesidades palidecían en comparación con su preocupación por dónde podría estar Margaret. ¿Esperando fuera para tendernos una emboscada? ¿Volviendo con refuerzos?

—¿Rowland?

—¿Sí?

—Te perdono por haber estado casado antes. Por amar a alguien antes de amarme a mí.

Él emitió un ruido peculiar en la garganta. No lo hice… no de verdad. No como te amo a ti.

—¿Rowland?

—¿Qué pasa, Ellie?

—Te perdono por no decírmelo antes. Por besarme cuando aún eras un hombre casado. Por intentar sacarme del tren, por hacerme caminar por la pradera sin comida ni agua, por dejarme creer que iba a tener que vivir con los indios, por…

—¿Ellie?

—¿Qué?

—Cállate.

Walter se rió más fuerte.

—Vosotros dos vais a tener una vida estupenda juntos. Ya lo veo venir.

—Era mejor paciente cuando estaba inconsciente —refunfuñó Rowland, pero sus ojos se llenaron de ternura al mirar a Ellie, que seguía castañeteando los dientes, con el dolor grabado en sus rasgos mientras intentaba soportar valientemente sus cuidados médicos. Odiaba tener que dejarla allí, pero ya le había dado a Margaret demasiada ventaja como para retrasarse más.

—Descansa ahora —le instó, depositando un suave beso en la frente de Ellie—. Volveré tan pronto como pueda.

—¿Adónde vas? —preguntó ella con voz llena de alarma y, en lugar de hacer lo que Rowland le había sugerido, se esforzó por incorporarse.

—Tengo que conseguir una carreta, buscar ayuda. Walter no puede caminar, y tú tampoco llegarás muy lejos, Brownie.

Tengo que encontrar a Margaret, tengo que poner fin a esto de una vez por todas. No estaremos a salvo hasta que lo haga.

—Vas a ir tras ella, ¿verdad? No lo hagas, Rowland. No importa. Volveré a fingir que soy tu prima. —Le puso una mano en el brazo—. Iré yo…

Rowland la miró fijamente durante un largo rato, luego le tomó la mano y la besó, sin apartar la mirada de Ellie.

—Nunca había visto a unos primos mirarse así —dijo Walter tras varios largos segundos.

—Exactamente.

Rowland se apartó, complacido de que el anhelo en el rostro de Ellie coincidiera con lo que él sentía.

—Así es como un hombre mira a la mujer que ama: a su esposa. Y tengo la intención de hacerte mía lo antes posible.

Se puso de pie, agachándose bajo el techo inclinado.

—Enviaré ayuda. Alguien estará aquí esta noche. Cuidaos el uno del otro hasta entonces.



Walter cambió de postura, tratando de ponerse cómodo en el duro suelo de tierra.

—¿Cómo estás por ahí, señorita Ellie?

—Mejor ahora que Ethan está tranquilo.

Bajó la mirada hacia el niño acurrucado en el hueco de su brazo sano. Por el momento, estaba contento, chupando felizmente un caramelo.

—Bendito seas por llevar ese caramelo de menta en el bolsillo, Walter.

—Un pequeño detalle de mi mujer —dijo Walter—. Lo compró especialmente para él la última vez que estuvimos en la ciudad. Me

alegro de haberme acordado, y me alegro de que no se hubiera aplastado. Solo lamento no tener algo para ti.

—Estoy perfectamente bien —dijo Ellie, esperando que la tensión no fuera demasiado evidente en su voz. A decir verdad, no recordaba haberse sentido peor en su vida —ni siquiera tras la odisea de cruzar la pradera con Rowland—, pero no quería que Walter lo supiera—. Además, ya me has dado algo. Rowland me dijo que me salvaste la vida anoche.

Walter se encogió de hombros, pero Ellie percibió cómo se le curvaba la comisura de los labios.

—Rowland me devolvió la vida un par de veces; no iba a dejar que perdiera a la mujer que le curará la suya.

—Bueno, te lo agradezco —dijo Ellie—. Cuando te vi inclinado sobre ese caballo, lo admito, temí lo peor.

—Eso es lo que Rowland quería que creyeran todos los que nos vieran. Y habría sido la verdad si no nos hubiéramos cruzado ayer por la mañana temprano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ellie, entrecerrando los ojos en la penumbra, tratando de descifrar la expresión de Walter.

—Iba de camino a tu casa y me encontré con Rowland a mitad de camino.

—Pero ¿no se desviaba eso de su camino?

—Sí. —Walter asintió—. Pero decidió cambiar de ruta en el último momento. «Tenía un presentimiento», dijo.

—Rowland y sus instintos —murmuró Ellie.

—Y menos mal —dijo Walter—. Encontró el problema antes de que este me encontrara a mí.

—¿Qué problema? —preguntó ella, mordiéndose el labio mientras esperaba su respuesta, que tardaba en llegar.

—Un par de matones de la señorita Margaret. Planeaban acribillarme y dejarme en la carretera a Rapid City como mensaje

para Rowland.

Ellie contuvo un escalofrío.

—No te preocupes —dijo Walter—. Rowland se encargó de ellos.

—¿Los mató?

—No te preocupes por su alma —le aseguró Walter—. Fue una pelea bastante desagradable, y uno estaba inconsciente cuando nos fuimos, pero se recuperará. Y supongo que alguien los encontrará en un día o dos. No van a estar atados ahí para siempre.

—¿En qué lugar? —preguntó Ellie, apoyando la cabeza contra la pared fría, tratando de ignorar el latido en su brazo.

—El atajo entre aquí y la antigua mina de Rowland, cerca de Deadwood. No hay mucha gente que conozca ese camino. Sobre todo, Rowland y Margaret lo usaban cuando… —El resto de la frase se le atragantó a Walter. Miró a Ellie—. Supongo que no querrás oír hablar de aquellos tiempos.

—Supongo que no —respondió Ellie. Algo de lo que acababa de decir le inquietaba, aunque no lograba identificarlo—. ¿Así que los dos se encontraron en ese camino, antes de que tú te toparas con los hombres de Margaret?

—Así fue.

—¿Crees que fue por ahí por donde huyó Margaret anoche? Me refiero a por ese camino.

—Es muy posible —dijo Walter—. Para ser una dama —aunque sería exagerado llamarla así—, conoce bien estas colinas. Mejor que la mitad de los hombres de por aquí, diría yo. No me cabe duda de que podría orientarse por ese camino en la oscuridad, por muy hechizada que esté —añadió en voz baja.

—Pero eso significa que ella y esos hombres podrían estar esperando a Rowland. Y ahí es donde se ha ido, ¿no? —preguntó ella.

—No te preocupes por lo que aún no ha pasado. Rowland habrá pensado en eso. Irá por la carretera principal hasta el pueblo.

—No, no lo hará.

Ellie apartó a Ethan de su lado.

—Dijo que nos traería ayuda esta noche, pero nunca dijo que él volvería esta noche.

Miró a los ojos de Walter, retándole a negar el temor que se había apoderado de ambos.

—Sé lo que estás pensando, y Rowland me despellejaría vivo si os dejara solos a los dos. —Walter extendió la pierna, con una tira de tela atada con fuerza alrededor del tobillo—. Aunque pudiera caminar, no me atrevería a dejaros solos aquí.

—No te lo estoy pidiendo —dijo Ellie.

Se puso de rodillas y, agarrándose a la pared, se levantó.

—¿En qué estás pensando? ¿Qué estás haciendo? —Walter extendió el brazo como para impedirle el paso.

—Estoy haciendo lo que Rowland me enseñó a hacer —respondió ella, pasando por encima de él en su camino hacia la entrada de la cueva—. Actuar según el instinto que Dios me ha dado.

Capítulo 43

Rowland encontró a Margaret descansando en el claro, justo más allá de los matones de los que se había ocupado la mañana anterior. Le sorprendió ver que ambos seguían allí, atados tal y como los había dejado. Comprobó las ligaduras para asegurarse de que no se trataba de una trampa. Margaret había llegado por otro camino o simplemente los había ignorado al pasar, descontenta como estaba con su servicio. Supuso que era lo segundo. Siempre había sido así con ella. Los hombres estaban para ser utilizados, de una forma u otra.

Desenfundó la pistola y caminó hacia ella.

—Levántate. Aún no has terminado de caminar.

—Buenos días, Rowland.

Se tomó su tiempo para estirarse antes de ponerse en pie, con la bolsa de pepitas de oro colgando de los dedos.

—Caminaré, pero no será hasta Rapid City. Si quieres el divorcio, muéstrame dónde está tu nueva mina.

Él soltó una breve risa. Sin apartar la pistola de su pecho, dio un paso hacia ella.

—¿Crees que solo quiero el divorcio ahora, después de que intentaras matar a Ethan y a Ellie?

—No intenté matar a nadie —replicó Margaret—. Tu sirviente es quien mató anoche.

—Walter no es un sirviente.

Margaret se encogió de hombros y se apartó ligeramente del arma, sin mostrar preocupación.

—El hecho es que mi amigo está muerto, y un hombre de color le disparó. A tu hombre no le irá bien en el juicio, ya lo sabes.

—Sé que eres una mujer vil que merece morir por lo que has hecho.

—Pero no serás tú quien me mate —se burló Margaret, volviéndose hacia él de nuevo.

Se acercó, aún fuera de su alcance, pero no del de su arma.

—Una vez me amaste. Una parte de ti todavía lo hace.

—Ya no.

Rowland dio otro paso. Si tan solo pudiera alcanzarla.

—Te di un hijo. Siempre me amarás por eso.

—Mi hijo no puede oír por tu culpa. No puede caminar.

Rowland se abalanzó sobre ella, pero Margaret se apartó con rapidez.

—Esto es bastante divertido, como en los viejos tiempos.

Le dedicó una sonrisa deslumbrante. Aquello endureció aún más su corazón.

—Excepto que en los viejos tiempos siempre había otro hombre esperando entre bastidores. Esa sonrisa nunca fue para mí.

—Y sigue sin serlo, cariño. Ya deberías saberlo. Siempre habrá otro hombre esperando entre bastidores.

Rowland se volvió… demasiado tarde.



—La verdad es que no me apetece meterme en asuntos como estos.

Orville cruzó los brazos, rascándose con nerviosismo mientras miraba a Ellie, que le bloqueaba el paso en mitad del camino.

—Mira lo que pasó en la construcción del granero. Si tu… primo… nos encuentra juntos ahora, quién sabe lo que hará.

—Te lo agradecerá, eso es lo que hará.

Ellie sostuvo el brazo herido contra su cuerpo y apretó los dientes para soportar el dolor.

—Por favor, Orville. ¿Qué ha sido de Ciudadanos por la Ley en las Colinas?

—Demasiados ciudadanos y muy poca ley, eso es lo que ha pasado.

—Si no vas a ayudarme, al menos préstame tu carro.

Sin esperar respuesta, rodeó el vehículo y, con la mano sana, consiguió subirse al asiento junto a él.

—Estás herida —exclamó Orville, mirando con horror su brazo ensangrentado.

—Te lo dije hace cinco minutos —replicó Ellie, exasperada—. ¿No has escuchado nada de lo que he dicho?

Se inclinó para tomar las riendas y Orville las apartó de su alcance.

—No puedes conducir con ese brazo.

—Entonces conduce tú —suplicó Ellie—. La vida de Rowland puede depender de ello.

—¿Hablabas en serio con todo ese galimatías sobre su esposa, el incendio y…?

Ellie asintió con firmeza.

—Completamente en serio. Por favor, Orville. El atajo está por ahí.

Señaló una abertura entre los árboles.

—Oh… está bien.

Orville tiró de las riendas y el carro comenzó a avanzar.

—¿Y qué haremos si los encontramos? ¿Si de verdad hay problemas?

—Una cosa cada vez —respondió Ellie, con voz baja pero firme —. A veces no sabes cómo va a salir todo. Solo sabes adónde debes ir.

Capítulo 44

Orville redujo la velocidad de la carreta. Se quitó el sombrero, saludó con la cabeza a la mujer que caminaba por el camino y habló con una voz sorprendentemente tranquila.

—Disculpe, señora. Soy nuevo por estos lares y estoy tratando de encontrar una concesión cerca de Deadwood. ¿Podría decirme si voy en la dirección correcta?

—Puede que sí. Depende de a qué concesión se dirija.

—Un tal señor M. Jones me ha vendido su concesión.

Desde su escondite bajo la lona que cubría la carreta, Ellie oyó la risa de Margaret.

—Será mejor que des la vuelta y te vayas a casa. La mina de Jones nunca ha dado más que tierra.

—¿Hay una mina de verdad allí? —preguntó Orville, entusiasmado.

Está interpretando bien su papel. Pero no te pases.

Ellie levantó un poco la cabeza, asomándose por un agujero en la lona. No había rastro de Rowland por donde alcanzaba a ver.

—Escucha, novato.

Margaret lo miró con desdén.

—No hay forma de decírtelo con delicadeza, pero te han timado. Lo que hayas pagado por la finca de los Jones ha sido demasiado. Hazte un favor y ríndete ya. Vete a casa antes de perder años de tu vida junto con el dinero que ya has malgastado.

—Pero… pero no he malgastado nada —replicó Orville—. Ya he encontrado una pepita de oro. De camino aquí. ¿Quieres verla?

Saltó de la carreta.

Ellie agarró la culata del rifle, preparándose para el momento en que se levantara la lona. Sus rodillas se clavaron en la madera astillada y tensó los pies. Oyó el susurro del vestido de Margaret y, un segundo después, la tela apareció ante su vista.

Con todas sus fuerzas, Ellie empujó hacia delante, clavando la punta del rifle en el pecho de Margaret y derribándola.

Orville cayó sobre ella como un fardo.

—En nombre de los Ciudadanos por la Ley en las Colinas, quedas detenida.

Ellie saltó del carro y se apretó el rifle contra el cuerpo, apuntando con su brazo sano.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Rowland?

Margaret respiraba con dificultad.

—Llegáis demasiado tarde.

—Está mintiendo.

Rowland irrumpió entre los arbustos al borde del camino. Tenía un corte feo en la cara y el aspecto de haber luchado en el barro.

Se acercó a toda prisa.

—Ellie, ¿estás bien? ¿Dónde está Ethan?

—Con Walter. Oh, Rowland…

Dejó que él le quitara el rifle y se apoyó en su pecho, refugiándose en sus brazos.

—Ayuda a Orville a atarla —ordenó Rowland al hombre que salía de entre la maleza.

Ellie alzó la vista. Era Samuel, el hijo de Walter.

Rowland siguió su mirada.

—He tenido suerte de que viniera a sustituir a su padre esta mañana. Me cubrió las espaldas cuando nos encontramos con Margaret. Casi me engaña, pero no quise arriesgarme a enfrentarme a ella solo. Nunca está sola. Se escapó después de dejarme con uno de sus admiradores.

Samuel levantó a Margaret, la llevó hasta la carreta y la sujetó mientras Orville sacaba una cuerda de debajo del asiento.

Rowland condujo a Ellie unos pasos más allá, alejándola de la escena.

Ellie enterró el rostro en su pecho y dejó que el miedo la alcanzara por fin. Él le acarició el cabello, calmando su temblor.

—Lo siento —murmuró—. Por todo esto… y por mucho más.

Sus dedos rozaron su brazo herido.

—Si no te hubiera traído aquí, nada de esto habría ocurrido. Estarías sana, fuerte y feliz en tu escuela de Sterling.

—Has trastornado mi vida —admitió Ellie.

Alzó el rostro para mirarlo.

—Y me has dado la aventura que buscaba, el sentido que buscaba… y el amor que no sabía que me faltaba.

Una leve sonrisa curvó los labios de Rowland.

—En ese caso, señorita Kristensen, diría que quizá estemos en paz.

Epílogo

Black Hills, verano de 1880

Walter sacó la cadena de oro del bolsillo y miró su reloj justo cuando el agudo silbido de un tren atravesó el bosque.

—Justo a tiempo —murmuró, con una lenta sonrisa de expectación en el rostro.

El clic constante de las ruedas sobre las vías de acero llegó a sus oídos, y accionó el freno del vagón y se bajó. Se dirigió tranquilamente hacia el andén, esperando con impaciencia ver por primera vez la línea Burlington Northern y a los ocupantes que transportaba, tan queridos para su corazón.

Los sonidos se hicieron más intensos y luego se transformaron en un chirrido agudo cuando el tren comenzó a detenerse. El silbido volvió a resonar cuando la locomotora tomó la curva y se dirigió hacia ellos.

—Es una belleza, ¿verdad? —comentó el hombre que estaba a su lado.

Walter asintió, aunque seguía inquieto ante la posibilidad de que la llegada del ferrocarril a las Colinas acabara por destruir la belleza intacta de la naturaleza. La locomotora pasó traqueteando junto a ellos, y luego desfilaron dos vagones más antes de que el tren se detuviera por completo.

Walter se acercó a los vagones de pasajeros. Habían sido tres largos meses y estaba deseando volver a ver a Rowland, Ellie y Ethan, sin olvidar a la nueva incorporación a la familia.

Ellie fue la primera en reconocerlo. Se detuvo en la puerta, con una mano protegiéndose el rostro mientras escudriñaba la multitud.

—¡Walter!

Bajó los escalones apresuradamente y se lanzó a sus brazos.

—¡Qué alegría verte! ¡Ya estamos en casa! —exclamó sin darle tiempo a responder—. ¿Dónde está Pearl?

Walter soltó una carcajada y se apartó del abrazo.

—La dejé en tu casa. Quería asegurarse de tener una buena comida preparada para ti.

Alzó la vista hacia Rowland, que descendía del tren con más cuidado que su esposa, con un bulto rosado en los brazos.

—Pearl y yo estábamos deseando veros… y sobre todo a la pequeña —añadió mientras se quitaba el sombrero y lo hacía girar entre las manos.

Rowland se acercó a ellos.

—Walter, me alegra verte. Gracias por venir a recogernos.

Dio un paso adelante y le dio una palmada en la espalda.

—No he venido hasta aquí para ver tu fea cara —replicó Walter con buen humor—. Quiero echarle un vistazo a tu hija.

—Bueno, aquí la tienes.

Rowland apartó la manta y dejó al descubierto al bebé.

—Walter Whitford, te presento a Jennifer Lynn MacRae. La llamamos Jenny.

—Parece una muñeca —susurró Walter, inclinándose con reverencia para observarla mejor.

Rowland dejó escapar una risa.

—No es ninguna muñeca cuando dan las nueve de la noche, créeme.

Como si quisiera corroborarlo, Jenny bostezó y, al abrir los ojos y descubrir al desconocido tan cerca, rompió a llorar.

—Déjame cogerla —pidió Ellie.

Rowland depositó a la niña en sus brazos.

—Tranquila, tranquila… —la calmó Ellie.

—¿Dónde está Ethan? —inquirió Walter de pronto, con un deje de preocupación.

—Aquí —respondió el niño, y Ellie y Rowland se apartaron para dejarle paso.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Walter, entre sorprendido y divertido.

—Yo —afirmó Ethan, mirándolo.

—Mis… piernas… han… mejorado —añadió mientras avanzaba con ayuda del andador—. Este… es… el abuelo.

Los ojos de Walter pasaron del muchacho al hombre que estaba junto a él.

—Walter, este es mi padre, Daniel Kristensen —explicó Ellie—. Papá, te presento a Walter Whitford. Él y Pearl son dos de nuestros amigos más queridos.

—Sus únicos amigos —apostilló Walter con sorna.

—Eso también —convino Ellie entre risas—. Pero compensan con creces la falta de otras familias en la zona.

Inclinó la cabeza hacia atrás, mirando más allá de su padre hacia los altos pinos.

—¿No es exactamente como te lo describí? Respira hondo y huele el aire del bosque.

Cerró los ojos, obedeciendo su propia sugerencia.

—Es precioso.

Una sonrisa serena iluminó su rostro al volver a abrirlos.

—Vamos. No creo que pueda aguantar ni un minuto más esperando. No hay nada que desee más que subir el camino hasta nuestra casa, entrar y sentarme en nuestra propia mesa.

—Y dormir en nuestra propia cama —murmuró Rowland en voz baja.

Walter le lanzó una mirada de reojo.

—La carreta está justo ahí. Vamos a por los baúles.

—Ellie, ¿por qué no os adelantáis tú y tu padre con los niños? —propuso Rowland—. Walter y yo iremos con las cosas en un momento.

—Gracias, cariño.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Es maravilloso estar en casa. No volveremos a irnos nunca más —prometió—. El próximo bebé nacerá aquí mismo.

—¿El próximo bebé? —repitió su padre con cierta brusquedad.

Ellie no respondió; se limitó a dedicarle a Rowland una sonrisa tímida.

Él le devolvió un guiño antes de volverse hacia el tren. Ellie, su padre y Ethan desaparecieron entre la multitud.

—Veo que nada ha cambiado —observó Walter—. Lleváis un año y medio casados, sois padres de dos niños y seguís comportándoos como un par de enamorados. No podéis dejar de miraros.

—¿Puedes culparme? —replicó Rowland.

Al reconocer sus baúles en el andén, tomó el más grande y dejó el otro a Walter.

—Bueno —continuó este mientras se lo echaba al hombro—, todo ha salido tal como esperabas. La cama de trineo llegó la semana pasada. Combina perfectamente con la cuna, y Pearl ha terminado ambas colchas.

—Te debo una, amigo.

Rowland sonrió al imaginar los cambios en la habitación de arriba. A partir de ahora, para sus hijos sería un lugar de recuerdos únicamente felices. Caminaron hacia la carreta, y Rowland comprobó con satisfacción que Ellie estaba sentada delante, con Jenny en brazos.

Estaban en casa, en aquellas colinas que él tanto amaba. Era su rancho…

Ellie se volvió hacia él en ese instante. Se había quitado la cofia y retiraba las horquillas, dejando caer el cabello libre sobre su espalda. Lo miró y sonrió.

A Rowland se le encogió el corazón. La Ellie de Boston había desaparecido. Su Ellie había vuelto.

—Te amo. articuló en silencio.

Ella asintió.

Te amo, Ellie, pensó. *Para siempre.*